





C. PRIETO

POESIAS



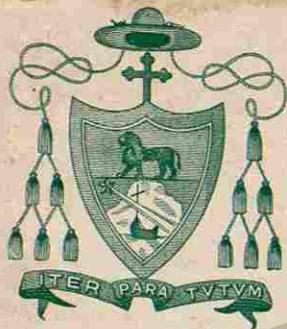
PQ7297

.P8

A17

C.1

CG 31 87

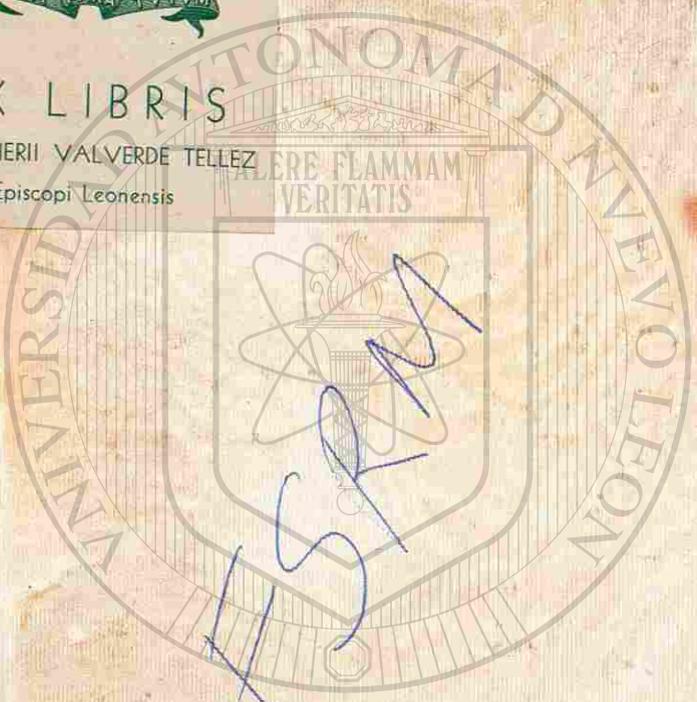


1080005935

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Don Manuel A. Meruendo

A mi hermano muy amado
que he recibido atenta el libro
con la modesta suma
que ha tomado con el establecimiento
el deber en el cultivo de sus afes
su honor
y el patrimonio a la
prudencia

En testimonio de lo cual
Caro y gratitud -

Guillermo Peta

Feb 25 / 196



COLECCION
DE
POESIAS ESCOGIDAS

+PUBLICADAS+ E +INEDITAS+

DE GUILLERMO PRIETO.

contiene este tomo:

ROMANCE DEL 6 DE DICIEMBRE
GUERRA AMERICANA: SUS DETALLES Y EPISODIOS.
PRIMERAS POESIAS, ECC., ECC.

CON VARIOS RETRATOS Y VISCAS.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO.

CIPOGRAFIA DE LA ORIGINA IMPRESORA DE ESCAMPILLAS.

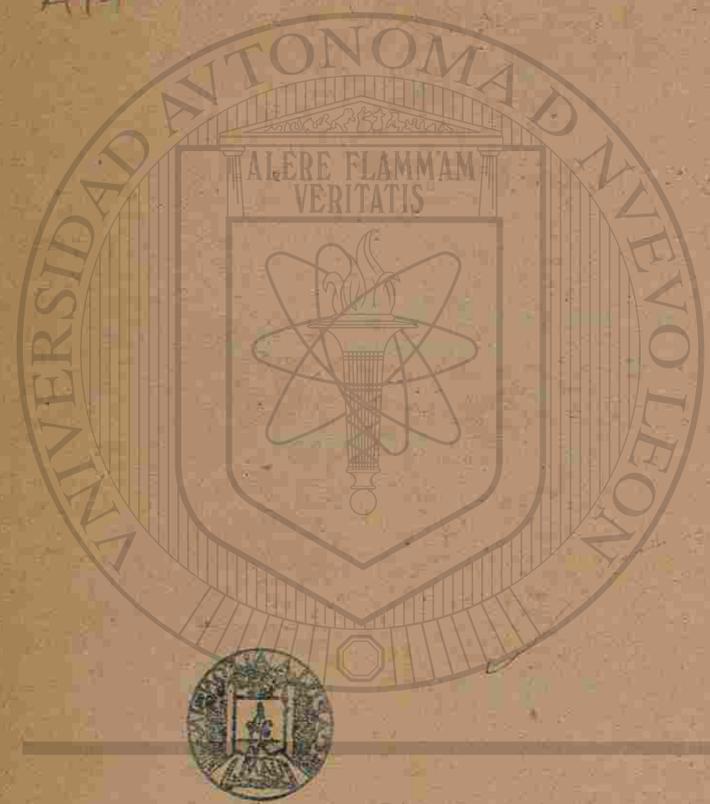
PALACIO NACIONAL.

1895.

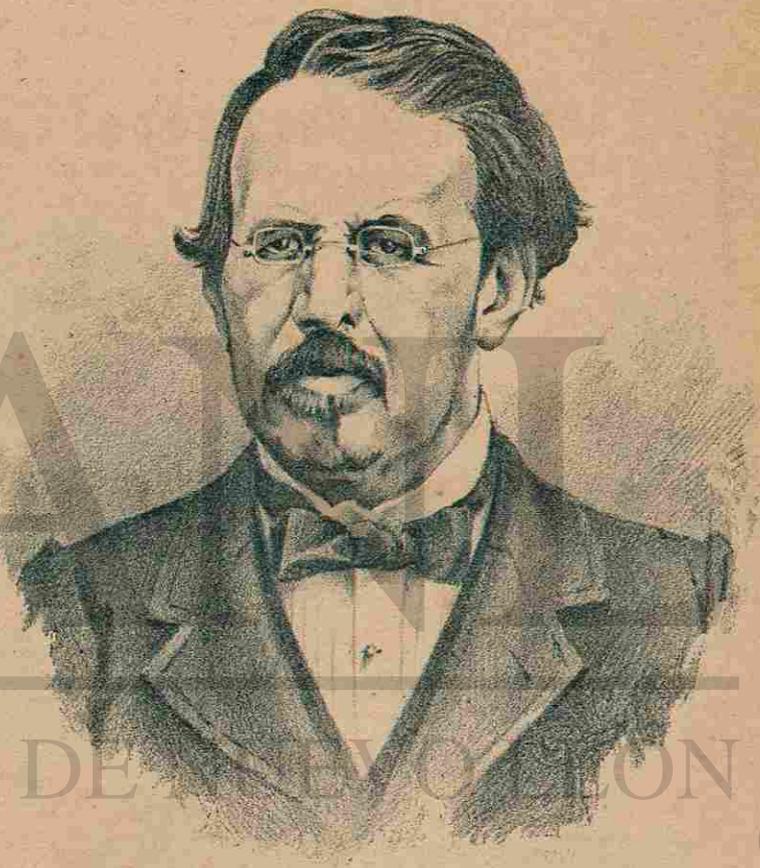
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Velverde y Talloz

M 861.5 UT
P 998 c 14/XI/78

PQ7292
P8
A17



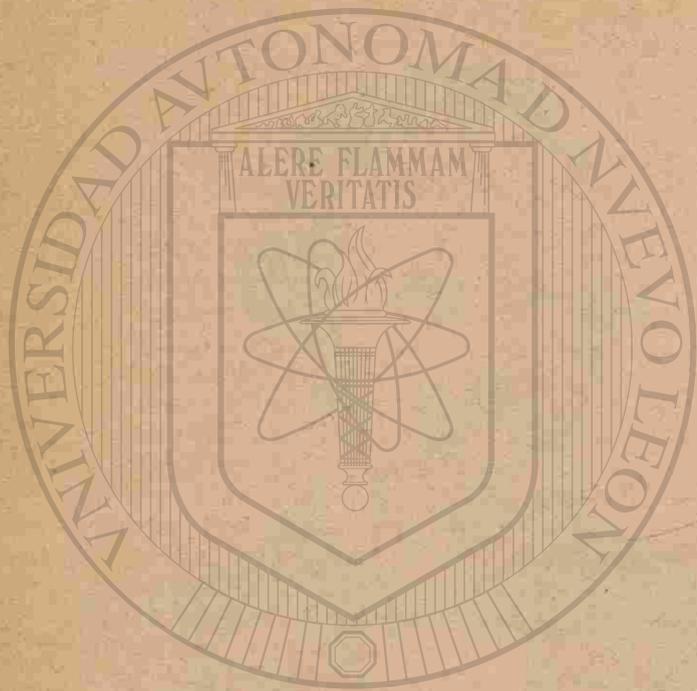
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
5935
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



GUILLERMO PRIETO

Retrato tomado de la mas antigua fotografia que conserva el escritor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
2007



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

AL LECTOR.

AUN cuando con ánimo indiferente abráis estas páginas, seducido á poco por las elocuentes palabras del tribuno de la democracia, agitado por las intensas emociones que apasionan al generoso defensor del indígena, del miserable y del oprimido, deslumbrado por los esplendores de la poesía en eterna primavera, sentiréis que os arrebató el torbellino de la revolución y que confundido entre la muchedumbre de insurgentes que á la voz de Hidalgo, saludaban la aurora en que la patria nace, vais desde entonces á compartir la vida tempestuosa de un pueblo que se regenera por la libertad y el progreso.

En el confuso caos de carcomidas creencias, costumbres é instituciones que con estrépito se derrumban, llevando en su caída el exterminio, mientras entre sus ruinas brotan nuevas aspiraciones, nuevos usos, nuevos organismos sociales, guiado por el laureado poeta, como Dante por Virgilio, ya penetraréis en los tenebrosos antros de la opresión, de la ignorancia y del fanatismo, en que todavía á los comienzos de este siglo imperaban, aunque con amortiguado fulgor, las castas de privilegiados, el sacerdocio teocrático, la soldadesca brutal y la llamada aristocracia, embrutecida por la superstición ó enriquecida por la rapiña. Ya iluminándose el espacio, evocada por los acentos mágicos del inspirado vate, surge entre irisadas nubes la fraternidad, implorando compasión para el esclavo, para el débil, para el desheredado de la sociedad. Ya sobre los escombros en que la nación se desmorona con los embates incesantes de la guerra civil, aparece Santa Ana, la personificación en México de esos engendros monstruosos de las revueltas intestinas, y que lla-

003187

mense Rosas ó Guzmán Blanco, son, con distinto nombre, el mismo ambicioso sin convicciones, para quien su indiferencia por los medios de encumbrarse, constituye precisamente el mejor título para usurpar el poder público en esas épocas luctuosas de los pronunciamientos militares, en que desorganizada la facción conservadora é impotente todavía el partido de la democracia para sostenerse en el gobierno, éste es la presa del más audaz ó del más intrigante; hasta que, fatigado el pueblo con la pesada carga, se sacude con esos estremecimientos de volcán por largo tiempo apagado, que sorprenden á los déspotas en el tranquilo sueño de su omnipotencia.

Tal fué el 6 de Diciembre de 1845, explosión espontanea y enteramente popular de la sociedad indignada por los excesos vergonzosos de la administración corrompida de Santa Ana; rayo de luz que contrasta con las sombras de aquel período de triste memoria, y que el bardo describe con el entusiasmo del joven que en ese día de gloria y regocijo para la patria, consagra su vida al apostolado del progreso, brillando en primer término desde entonces como héroe y cantor al mismo tiempo de las proezas de la revolución social.

Pero núblase de nuevo el límpido cielo de México; y escuchanse tan sólo los desgarradores lamentos de la elegía: es que el negrero norteamericano, temeroso de perder en su propio país sus riquezas vinculadas en la mercancía humana, á causa de las enérgicas imprecaciones que ya comenzaban á escucharse contra la esclavitud, resuelve arrebatar nos nuestro propio suelo, para extender hasta allí la infame institución que legitimaba la propiedad del hombre sobre el hombre, y robustecer de esta manera su poderío amenazado. Invasión tanto más inicua cuanto fué para el yankee un verdadero campo de ensayo de sus adelantos militares en que con frialdad mide en pechos mexicanos el alcance de sus balas perfeccionadas: la precisión de tiro de sus nuevos rifles; haciendo á la ciencia cómplice del crimen.

Pronto tiene el poeta que reprimir sus gritos de dolor, que recobrar su entereza, para concentrar toda la energía de su inspirada palabra en el período más tremendo de la revolución; pues comienza la lucha sin tregua ni cuartel que proclama el Plan de Ayutla, que derroca por última vez la dictadura de Santa Ana, que promulga la Constitución de 57, que fulmina las Leyes de Reforma, que desafía á la Europa, que resiste á

Francia y que sólo termina cuando á la corona de Iturbide ha añadido para pedestal de la república triunfante, la imperial corona de Maximiliano.

Tal es la epopeya grandiosa cantada por el poeta revolucionario. Y cado uno de esos cantos ha sido intensa llamarada que se extendía por todos los ámbitos de la República, enardeciendo los ánimos con aquel entusiasmo desdeñoso del peligro que dió la victoria á las huestes del progreso. En tanto que su sátira con la burla sangrienta, con el sarcasmo terrible de «Los Cangrejos», de «Don Opas», hacía la irrisión del público, las testas coronadas, las altezas serenísimas, sus excelencias los regentes, los encumbrados prelados, los arrogantes generales y los soberbios próceres de la Reacción y del Imperio. Y no son más sublimes los himnos sagrados con que el cantor de los Veddas saluda arrobado la aparición del sol entre los esplendores de la aurora, que las invocaciones de nuestro poeta á la patria, á la libertad, al progreso, con aquella fascinadora elocuencia que amansa á los feroces soldados prontos á disparar sus armas sobre Juárez y sus fieles compañeros.

Grabada está entre mis recuerdos la animación que se apoderaba del semblante de mi padre, Ignacio Ramírez, cuando en la intimidad del hogar resonaba su voz conmovida con alguna de esas magníficas estrofas, que desarmando su severa crítica, le hacían prorrumpir lleno de admiración ¡esta es la poesía!

Mas la inspiración que tiene maldiciones de profeta para el tirano, es también la musa de la ternura, del donaire, de la malicia inofensiva. Con la fidelidad y precisión de la cámara fotográfica, pero realizadas con los múltiples colores de la naturaleza y con la animación de la vida, ha formado precioso museo del estado social de México en la efervescente transformación de nuestro siglo, que ya opone, ya armoniza las costumbres, los sentimientos, las creencias de la época colonial con los nuevos usos y los nuevos ideales de la cultura moderna.

Y en todos esos cuadros las imágenes graciosas, las descripciones pintorescas, las expresiones felices, los símiles inesperados de Quevedo, que sorprenden por su verdad, centellean con la misma profusión que los fugaces meteoros que cruzan el espacio en las serenas noches de Noviembre.

Como el desnudo asceta de la India oriental, que donde extiende su raído manto brota al instante lozana planta cubierta

de flores, Guillermo Prieto descubre la poesía y la ternura hasta en las querellas de dos amantes desarrapados sentados mano á mano en el sucio banco de una prosaica pulquería. Siempre inspirado, su ingenio se desborda y brilla lo mismo en la plática familiar que en los escritos á que ha dedicado sus vigili-
 Mas no encontraréis aquí ni el insulso madrigal, ni las fruslerías de arte chinesco, ni las vanidosas pretensiones de poeta decadente que se empeña en interesar al público con sus pequeños contratiempos, como el hipocondriaco con sus imaginarias dolencias. El gran ciudadano se revela siempre en sus cantares, consagrados tan sólo á aquello que enaltece la inteligencia y los sentimientos del pueblo.

No es por tanto una maravilla, que Guillermo Prieto sea el poeta más popular de México; lo que pudiera causar extrañeza, si las causas no fuesen tan conocidas, sería que el número de lectores de sus incomparables versos no sea el mismo que el de los habitantes de la República. La falta de cultura priva aún de este placer y de esta enseñanza á los que más necesitados están de ilustrar su espíritu, de dulcificar sus instintos y de ennoblecer sus aspiraciones. ¡Que hasta en el tugurio del jornalero, hasta en la choza del indígena resuenen los acentos armoniosos del genio nacional, es nuestro deseo; pues hoy como siempre, el fermento más poderoso para transformar los sentimientos populares, es la poesía, y el numen de Guillermo Prieto es la poesía de la revolución social!

Ricardo Ramírez.



POST PROLOGO

PRESENTO al público parte de mis numerosos hijos, unos almibarados y pretenciosos, otros circunspectos y pulcros, aquellos guerristas y pendencieros, los otros traviesos é irreducibles, los más derritiéndose por el fandango y por las chinas, los otros cariacontecidos, lamentando penas y llorando desdichas; todos ellos vestidos con elegancia ó desarrapados, según las vicisitudes del caudal de mi magín.

Pero si quiere alguno reflexionar en el aire de familia de mis chicos, notará el amor exaltado á la patria y á la tierra, que rabian contra sus enemigos, que aman con toda el alma á sus bienhechores, orgullosos con su progreso y deseando su supremacía en el mundo, y esto al extremo de ser injustos á veces y de apasionarse como un jorobado correspondido en amores.

Por supuesto, que las inclinaciones de los chicos les puede originar el desdén de los aristócratas y la condenación al roce de la gente ordinaria; aunque yo, sin distinción de clases, haya tenido siempre veneración por los hombres de mérito, reservando las ponzoñas de mi musa para la canalla de lévita y de frazada.

Pero ninguno diga quien es, que sus obras lo dirán; y al buen cocinero se le conoce con la sartén en la mano.

En cuanto á la crítica, unos me tienen calificado tiem-

po ha, de bruto y desbaratado; y otros, de lijo predilecto del Parnaso: soy como mi madre me parió, y no es fácil que me reforme al pisar los ochenta escalones de la escala corta de la vida.

Por último, ni adulo sabios, ni me cuido de los críticos; hace tiempo me desengañé de las bellaquerías de la gloria, y me lanzaron de su seno, por viejo, todos los círculos de moda. Por tanto, no me quitan el sueño los pocos compradores de mi libro; pues entonces ¿por qué publico mis versos? Esto es lo que no acabo de saber á derechas, y espero me dé á entender el público, desechando ó aceptando el presente librito, precursor de otros dos (¡qué amenaza!), que están en prensa.

Julio 4 de 1895.

Guillermo Prieto.

ADVERTENCIA.

La presente edición abunda en erratas, muchas de las cuales son de verdadera importancia porque consisten en la colocación de versos que llegan hasta cambiar el sentido, pero que se han deslizado por la imposibilidad en que se halla el autor por falta de vista, de corregir las pruebas escrupulosamente y aun de evitar los errores que no ha podido corregir la imprenta, ni la bondad de los Sres. Jefes de la Oficina del Timbre que me tienen profundamente agradecido. Poner en este lugar una extensa fé de erratas sería inútil y por demás laborioso. Quédese, pues, reservado al buen criterio y á la ilustración del lector el corregir esas erratas, ó cuando menos otorgar mayor benevolencia al autor.

INDICE.

	Fégs
Prefacio	I
Postprólogo	VI
Seis de Diciembre de 1895.	
Cantares	3
Oda á la Patria	5
Grande y estruendoso romance del 6 de Diciembre	8
Romance 1º de Llaca	15
Romance 2º de Llaca	18
Romance 3º de Llaca	22
Refinado y verífico romance de los dos Antonios	25
A Llaca	32
A mi patria	37
Oda	40
Un momento de formalidad	46
Invación Norteamericana.	
Grande romance de los primeros traquidos de la guerra del yankee...	I
Triste y dolorido romance de Monterrey	IX
Al Ministro Mister Juan Sleidell	49
Grande y verífico romance del triste gana-pierde	51
Romance averiado, mortificante y espinoso de los polkos	53
El Peñón. 1847	70
Triste romance de Padierna	77
Romance de tinieblas, amargo como la hiel, de la derrota de Padierna	82
Churubusco	88
Poesía leída en Churubusco	96
La madre del recluta	102
Molino del Rey. Oda patriótica	113
Poesía en conmemoración de las batallas del 8 y 13 de Septiembre	119
de 1847	127
8 y 13 de Septiembre de 1847	137
1847, Romance corto pero muy templao	141
En Chapultepec	146
Romance dedicado á mis discípulos del Colegio Militar	150
14 de Septiembre de 1847. Romance de tormentos y desventuras, amargo como el propio acibar	154
Romance corcobeado y de los gringos	158
Grande y deleitoso romance del yankee enamorado	161
Verídico desafío, 1847	164
Romance pelagartero y de expectativa inquieta de Querétaro	167
Romance de sorpresa, en que se prueba que también los ángeles dan de aletazos	173
Grande y doloroso romance del tratado de paz	182
Improvisación al firmarse los tratados de paz	185
Poesía pronunciada en las honras de los que murieron en las batallas del Valle de México.	185
Curioso, y raro trágico romance del mentado padre Don Domeco Jaurauta	191

po ha, de bruto y desbaratado; y otros, de lijo predilecto del Parnaso: soy como mi madre me parió, y no es fácil que me reforme al pisar los ochenta escalones de la escala corta de la vida.

Por último, ni adulo sabios, ni me cuido de los críticos; hace tiempo me desengañé de las bellaquerías de la gloria, y me lanzaron de su seno, por viejo, todos los círculos de moda. Por tanto, no me quitan el sueño los pocos compradores de mi libro; pues entonces ¿por qué publico mis versos? Esto es lo que no acabo de saber á derechas, y espero me dé á entender el público, desechando ó aceptando el presente librito, precursor de otros dos (¡qué amenaza!), que están en prensa.

Julio 4 de 1895.

Guillermo Prieto.

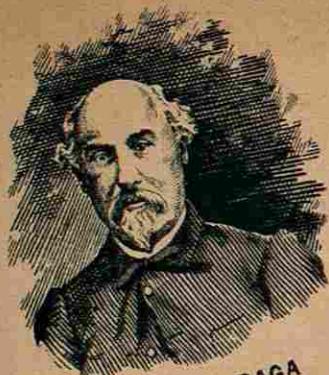
ADVERTENCIA.

La presente edición abunda en erratas, muchas de las cuales son de verdadera importancia porque consisten en la colocación de versos que llegan hasta cambiar el sentido, pero que se han deslizado por la imposibilidad en que se halla el autor por falta de vista, de corregir las pruebas escrupulosamente y aun de evitar los errores que no ha podido corregir la imprenta, ni la bondad de los Sres. Jefes de la Oficina del Timbre que me tienen profundamente agradecido. Poner en este lugar una extensa fé de erratas sería inútil y por demás laborioso. Quédese, pues, reservado al buen criterio y á la ilustración del lector el corregir esas erratas, ó cuando menos otorgar mayor benevolencia al autor.

INDICE.

	Fégs
Prefacio	I
Postprólogo	VI
Seis de Diciembre de 1895.	
Cantares	3
Oda á la Patria	5
Grande y estruendoso romance del 6 de Diciembre	8
Romance 1º de Llaca	15
Romance 2º de Llaca	18
Romance 3º de Llaca	22
Refinado y verífico romance de los dos Antonios	25
A Llaca	32
A mi patria	37
Oda	40
Un momento de formalidad	46
Invación Norteamericana.	
Grande romance de los primeros traquidos de la guerra del yankee...	I
Triste y dolorido romance de Monterrey	IX
Al Ministro Mister Juan Sleidell	49
Grande y verífico romance del triste gana-pierde	51
Romance averiado, mortificante y espinoso de los polkos	53
El Peñón. 1847	70
Triste romance de Padierna	77
Romance de tinieblas, amargo como la hiel, de la derrota de Padierna	82
Churubusco	88
Poesía leída en Churubusco	96
La madre del recluta	102
Molino del Rey. Oda patriótica	113
Poesía en conmemoración de las batallas del 8 y 13 de Septiembre	119
de 1847	127
8 y 13 de Septiembre de 1847	137
1847, Romance corto pero muy templao	141
En Chapultepec	146
Romance dedicado á mis discípulos del Colegio Militar	150
14 de Septiembre de 1847. Romance de tormentos y desventuras, amargo como el propio acibar	151
Romance corcobeado y de los gringos	158
Grande y deleitoso romance del yankee enamorado	161
Verídico desafío. 1847	164
Romance pelagartero y de expectativa inquieta de Querétaro	167
Romance de sorpresa, en que se prueba que también los ángeles dan de aletazos	173
Grande y doloroso romance del tratado de paz	182
Improvisación al firmarse los tratados de paz	185
Poesía pronunciada en las honras de los que murieron en las batallas del Valle de México.	185
Curioso, y raro trágico romance del mentado padre Don Domeco Jaurauta	191

	Págs.
Segundo alborotado y trágico romance del mentado padre Jarauta.....	198
¡A mi Patria! Composición leída en el General de la Universidad, para celebrar el aniversario del grito de Dolores.....	203
El día de la patria. A los veracruzanos.....	212
Mis primeras poesías.	
Sabino de Chapultepec.....	217
El ciervo en la red.....	220
El caballo salvaje. A Agustín Parada.....	223
A María. El primer amor.....	225
El arcángel de la muerte.....	228
Meditación.....	231
El Saltapared.....	236
El día de los muertos. A mi amigo Ramón Pacheco.....	240
La sonrisa del pudor.....	244
El sol. Al Sr. Lic. D. Mariano Otero.....	247
El cometa de 1843. A mi amigo Eulalio M. Ortega.....	250
La desesperación.....	254
A mi padre.....	257
Trova á María.....	262
El lago del bosque. A. R. I. Alcaraz.....	265
Ser ó no ser. A la memoria de mi amigo Antonio Larrañaga.....	269
Oda á mi amigo Ignacio Rodríguez Galván.....	272
La agonía. A mi amigo Domingo Revilla.....	276
Mi hijo dormido.....	280
La cuna vacía.....	285
A mi María.....	390
El torrente. A mi amigo Andrés Oseguera.....	293
El canto del salvaje.....	297
Una nube.....	301
A María. La lágrima del dolor.....	305
Canción.....	307
Briudis.....	310
Poesías místicas.	
La confianza del hombre en la religión.....	313
A Dios. A mi buen amigo el Señor Don Manuel Carpio.....	315
A María Madre de Dios.....	318
Viernes Santo. Jesucristo crucificado.....	321
Oración de Luisita Llamado á María Madre de Dios.....	325
A Fray Pedro de Gante.....	327
¡Dios!.....	332
Poesías varias.	
Fuentes Poéticas.....	337
Al mar.....	344
Consuelos. Al Sr. D. Casimiro Collado.....	348
A mi hija María.....	351
Distribución de premios en la Escuela de ciegos.....	354
En la apertura de la Escuela Normal de profesores de México.....	358
A Julia Iglesias. Las dos vírgenes.....	365
Oda á Jalapa.....	383
La caridad.....	386
A mi patria.....	389
Mis muertos.....	392
Patria.....	396



GRAL. L. URUGA



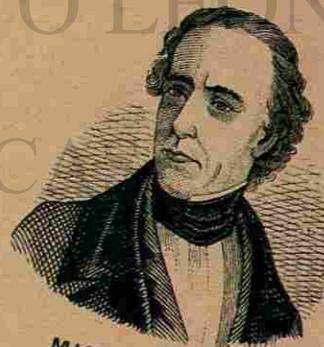
GRAL. AMPUDIA



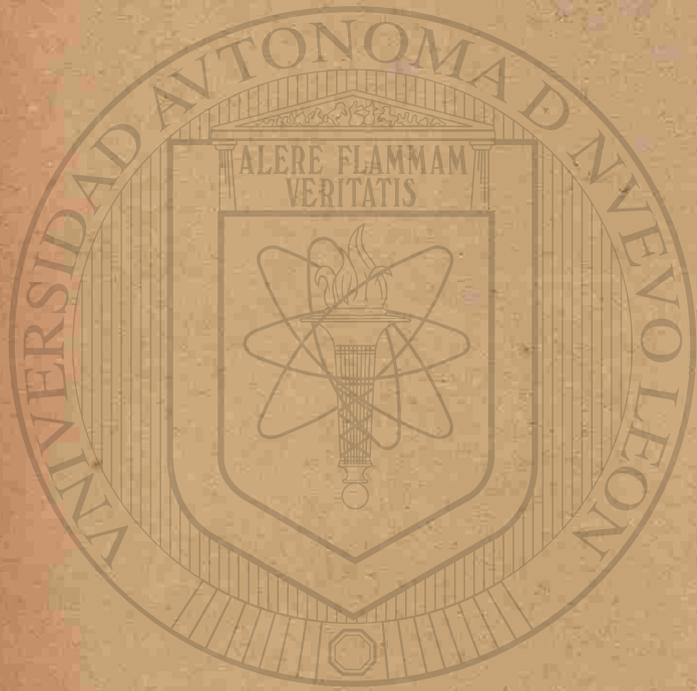
GRAL. M. ARISTA



GRAL. S. BLANCO



MICHELTORENA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

GRAN ROMANCE
DE LOS PRIMEROS TRAQUIDOS DE LA
GUERRA DEL YANKEE

—
OBERTURA.

I

Haciendo explosión los planes
De perfidias y de robos,
Abandona Corpus Christi
El ejército alevoso
Que aparecía en holganza,
Sin asechar Matamoras;
En el Frontón sus banderas
Enarbó jactancioso;
Y horrible clamor de guerra
Alzaron sus bronce roncós.
Los soldados mexicanos
Hambrientos y en abandono,
Con malas armas, sin parque,
Resentían los trastornos
De la traición de Paredes
Y las intrigas del mocho,
Que creyó llegado el tiempo
De alzar en México el trono.
Ampudia manda las fuerzas
Mexicanas, y anheloso
Galvaniza el entusiasmo,
Arbitra recursos prontos,
Y el maltratado armamento
Y el todo menesteroso;
En acción pone su tropas
Que son del valor asombro.
Al Frontón avanza el yankee;
Y los rancheros rabiosos
Dispersos incendian, matan

Y derraman en su enojo
 Del invasor con la sangre
 El desenfreno de su odio.
 Hay un momento propicio
 Pues los contrarios son pocos;
 Ampudia su plan ordena,
 Que era certero y juicioso,
 Pero en el instante mismo
 Que va á ejecutarlo él propio,
 Le anuncian que ya Paredes
 En el Poder, veleidoso
 A Arista encomienda el mando
 Para que le acaten todos.
 Ampudia y Arista en antes
 Guardaban hondos enconos
 Que sembraron la discordia
 Y que engendraron trastornos;
 Pues cuando pasiones viles
 Hacen penetrar su soplo
 En las alturas del mando
 Con disimulado embozo,
 Los más previsores planes
 Se tornan desgracia y polvo:
 Y Palo Alto y la Resaca
 De esto dieron testimonio.

II

LA BATALLA.

Entre alaridos y truenos
 Anúnciase la batalla,
 Y de Palo Alto los campos
 Se envuelven en humo y llama.
 En el paso de Anacuitas
 Que se disputa con rabia,
 El humo de los cañones,
 Forma tenebrosa mancha,
 En donde inventa la mente
 Más que convicta espantada,
 Sangre, destrucción, horrores,
 De inverosímil matanza.
 Nuestras piezas eran pocas;
 Las muchas del yankee estallan,
 Y el tiro de los fusiles
 A sus cañones no alcanzan;

Muriendo nuestros soldados,
 Por las enemigas balas,
 Sin retroceder un punto
 Y victoreando á la patria.
 El humo negro destiende
 Sobre las filas su faja,
 Pues á Taylor furibundo
 La resistencia le exalta;
 Porque ve que el *indio imbécil*
 Con derrota le amenaza.
 Por una, dos y más veces
 Ve estrellarse su arrogancia
 En aquella de valientes
 Inaccesible muralla.
 Entonces, para ocultarnos
 Sus ardides y sus mañas,
 Incendia el pasto que forma
 Repentino un mar de llama
 Que en oleajes espantosos
 Todo aniquila y arrasa;
 Entre tanto que sus bronces
 Nuestras filas despedazan,
 Entre muertos y quemados
 A la bayoneta claman,
 Los valientes que no luchan
 Y que sin luchar los matan.
 Arista, ardiente, sublime,
 Blandiendo su fuerte lanza,
 A todas partes acude,
 Sobre los estribos se alza
 Y prudente y reflexivo
 Los vivos ímpetus calma
 De sus heroicos soldados,
 A los que quiere en el alma;
 Al fin á la bayoneta,
 La tropa terrible avanza,
 Y Arista erguido, terrible,
 Rompiendo nubes de balas,
 Empeña á la bayoneta
 Aquella lucha extremada,
 Y con sus jefes valientes
 Los fuegos del yankee apaga.
 La noche cubre con sombra
 Tanto horror, tanta desgracia,
 Y la victoria indecisa

A la nueva aurora aguarda,
Taylor levanta su campo,
Y á los carros contra-marcha;
Arista en hondo silencio
Dispone la retirada,
Y toca alto en un extremo
En la boscosa Resaca,
Que al frente tiene llanuras
Y el hondo Bravo á su espalda.

III

DESPUES DE LA BATALLA.

Como en el fondo espantoso
De lóbrega y honda sima,
En nuestro campo sangriento
Dolientes voces se oían,
De los soldados heroicos
Que en las recias embestidas
Ó mutilados cayeron,
Ó abandonados expirán
Otros heridos, sangrando
Y rendidos de fatiga,
Por la sed atormentados,
Que los matasen pedían,
En vano entre las tinieblas,
Se buscan las medicinas,
Porque á los primeros tiros
Dió el Galeno la estampida.
De que se levante el campo
Da las ordenes Arista;
Y en la confusión, Ampudia
Corrige, ordena las filas.
Quedan regados cadáveres;
Infelices que agonizan
Y redoblan sus quejidos
Al rodar la artillería.
Era un rumor doloroso,
Algo que no se adivina,
Algo que cruza los aires,
Que hiere y aterroriza;
Pero en medio del desastre
Lo que en lo íntimo lastima
Son la calumnias que inventa
Vil y rastrera la envidia:

A Arista traidor le llaman
Sus enemigos con ira,
Y la deserción y el dolo
Y la infamia santifican.

IV

LA RESACA DE GUERRERO.

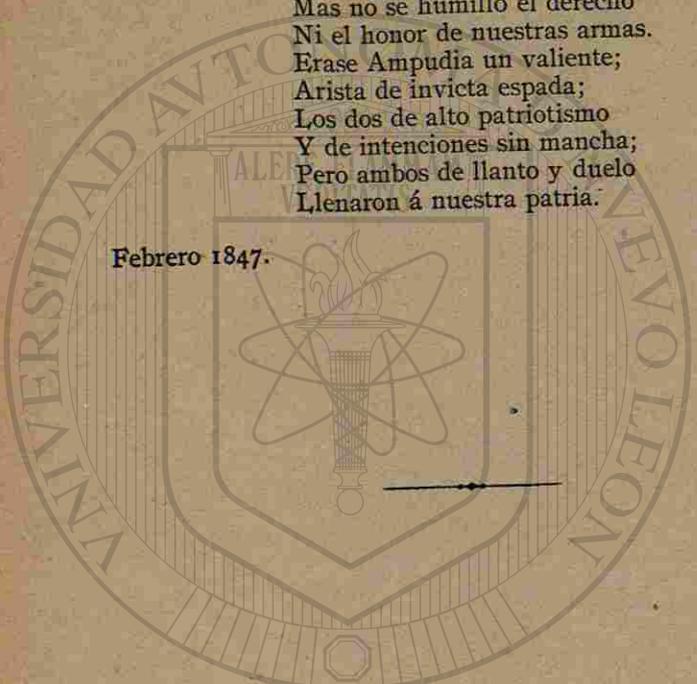
Es ancho carril, extenso
El campo de la Resaca;
A sus lados grandes bosques,
En su medio una barranca
Y depósitos fangosos
De verdes é impuras aguas.
Apenas brota la aurora
Y se forma la batalla,
A la cabeza los jefes,
Gloria y honor de la patria;
Mas, en la tropa ¡que cambio,
Que frialdad, que calma aciaga!
Se nota, que es como augurio
De derrota y de desgracia.
¿No son estos los valientes
Que ayer en brillantes cargas
Conquistaron de la gloria
Los laureles y las palmas?
¿No son los que atravesando
Por entre horrores y llamas
Miraron del enemigo
Vencedores las espaldas?
¡Ay! que la calumnia horrible
Ha envenenado sus almas,
Y creen que los ha vendido
El caudillo que los manda,
Y que se esconde en su tienda
Para no darles la cara.
Arista obstinado opina
Que quietud el yankee guarda,
Y descuida los aprestos
De otra tremenda batalla;
Pero después, reflexivo,
A Rómulo Vega llama,
Diciéndole: te encomiendo
El honor de nuestras armas,
Hoy tu mandarás en jefe,

Hazte digno de tu fama—
 De pronto el yankee aparece,
 Un flanco nuestro amenaza;
 Y los infantes de Puebla
 Con bravura le rechazan;
 Marcando heridos y muertos
 Su violenta retirada:
 Era un reconocimiento
 Que raudamente acomete y pasa.
 Mas Taylor en son de guerra,
 Hacia nuestro campo marcha.
 Aviso le dan á Arista,
 Pero este con pertinacia
 Se aferra que no es combate
 El que le anuncian las balas,
 Y se retira á su tienda
 Con sorprendente confianza.
 La batalla se ha empeñado,
 Se despilfarran hazañas
 Por unos, mientras los otros
 Se dispersan en bandadas,
 Y otros, traición reclamando,
 Rompen furiosos sus armas.
 En vano haciendo prodigios
 De valor relucha Uraga;
 En vano Urriza esforzado,
 Llevando en alto su espada
 Con regueros de su sangre
 Rumbo al honor les señala,
 Y Calatayud muiendo,
 Lauros arranca á la fama.
 Forman remolino ardiente
 Caballos, rifles, espadas
 Y las banderas que flotan
 Como la dispersa tabla
 De nave que el viento empuja
 Y que al arrecife arrastra.
 Por aquí muere Ramírez
 Que los contrarios asalta
 Y asido al bronce enemigo
 Le deja vida y entrañas;
 Por allá reúne Barreiro
 A la tropa desbandada,
 Aunque herido mortalmente,
 Soberbia y ardiente su alma.

Como huracán la derrota
 Cuanto encuentra desbarata;
 Entonces, muy tarde, Arista
 Quiere reparar sus faltas;
 Con los bravos escuadrones
 Al enemigo se lanza;
 Pero el enemigo astuto
 Entre los bosques dispara,
 Y barre sus escuadrones
 La asoladora metralla
 Hasta quedar casi solo,
 Porque sólo le acompaña
 José Martínez Negrete
 Su ayudante de confianza,
 Y así se mantiene fiero
 Hasta que del yankee arranca
 Vivas al mirar su enojo,
 Infecundo por desgracia.
 Ya Vega está prisionero
 Después de romper su espada
 Del yankee en las baterías
 A que intrépido marchaba.
 Entonces en torbellino
 La tropa en tumulto brama
 Y á las orillas del río
 Atropellado se avanza.
 Eran sólo dos Chalanes
 Los que halla la retirada:
 Los solos puntos de abrigo
 Contra el furor de las aguas.
 Pero el pánico imperando,
 De los bordes los arranca;
 A unos sumerge vestidos;
 Otros con esfuerzo nadan;
 Otros levantan los brazos
 Y se hunden sin esperanza;
 Los corceles resoplando,
 Los cuellos erguidos alzan,
 Agua chorreando las crines,
 Con el susto en las miradas
 Al ver cuerpos que les cercan
 Y que su marcha embarazan.
 Armas, pertrechos, fusiles
 Y parque y nada se salva.
 Así terminó el encuentro

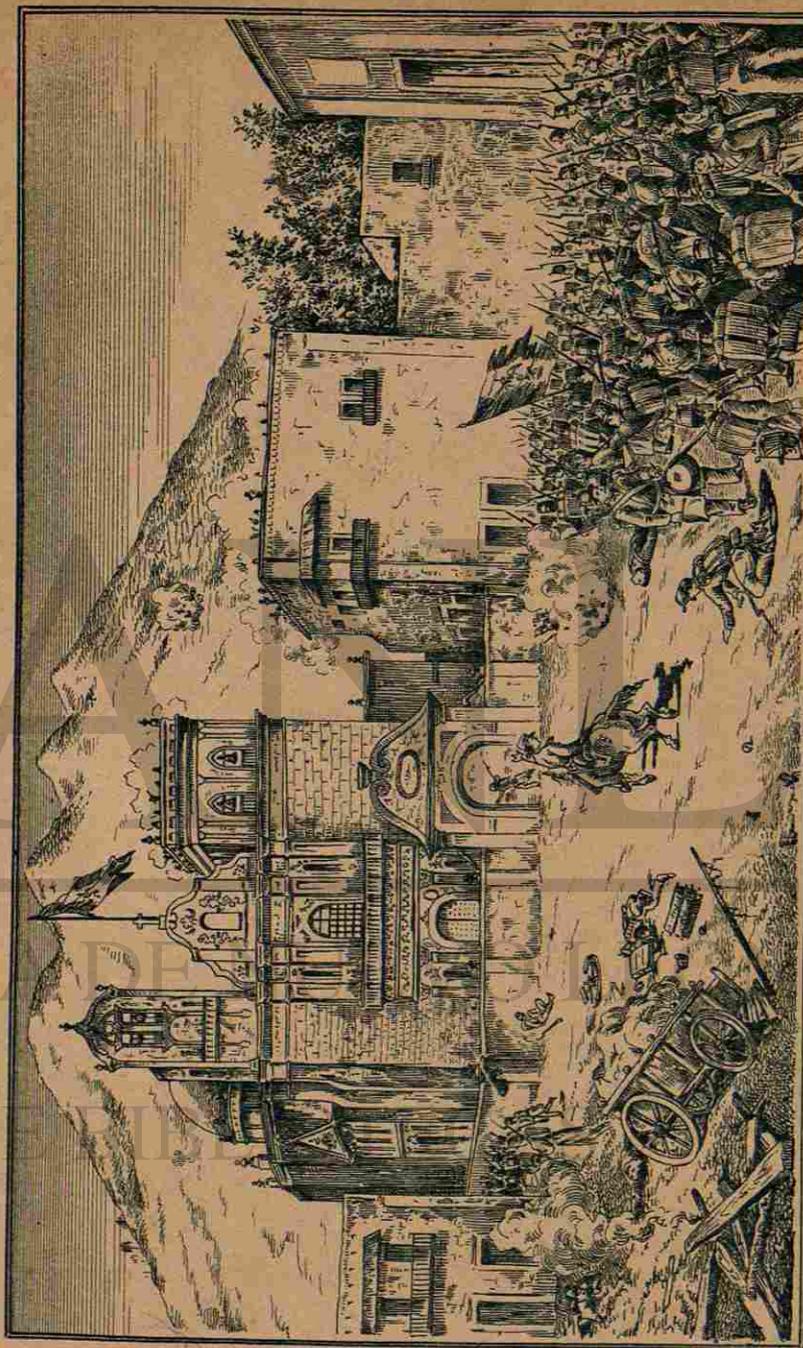
En Palo Alto y la Resaca;
 Que preparó la discordia
 Aliada con la ignorancia.
 Mas no se humilló el derecho
 Ni el honor de nuestras armas.
 Erase Ampudia un valiente;
 Arista de invicta espada;
 Los dos de alto patriotismo
 Y de intenciones sin mancha;
 Pero ambos de llanto y duelo
 Llenaron á nuestra patria.

Febrero 1847.



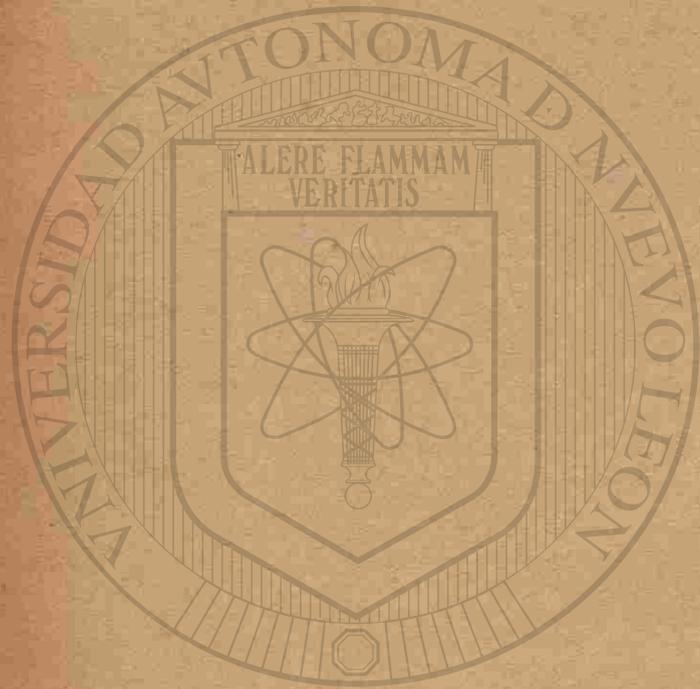
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NOTA.—Habiéndose extraviado entre los papeles del autor este romance y el que sigue, no fué posible imprimirlos en el orden que correspondía, y por esta causa llevan paginación por separado.



SITIO DE MONTERREY





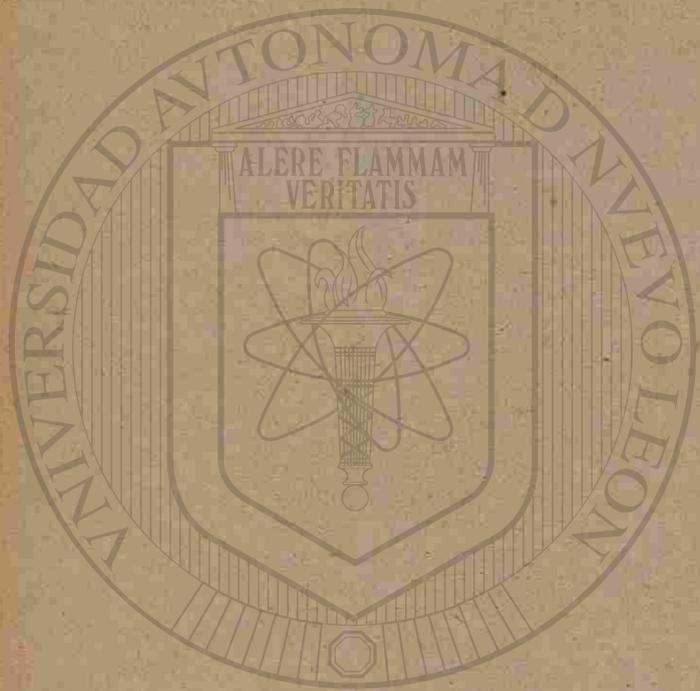
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TRISTE
Y DOLORIDO ROMANCE DE
MONTERREY.

¿Por qué levanto con osada mano
La losa sepulcral de mis recuerdos?
¿Por qué insensato el fuego de mis iras
Procax lanzo en el polvo de los muertos?
¿Por qué rencor estéril, imprudente
Mis memorias estúpido paseo;
Si no se han de borrar nuestras vergüenzas,
Ni ha de ser nuestro el mutilado suelo?
¿Por qué si vencedores y vencidos
Hoy como hermanos marchan al progreso,
Unidos para el bien, y de sus patrias
Al porvenir de su ventura atentos?
¿Por qué? Porque á la historia Dios ordena
Que del pasado despedace el velo,
Que con su soplo mágico reviva
Y muestre palpitanes á los tiempos,
Dictándoles lecciones á los hombres,
Incólumes haciendo sus derechos,
Y llevando al crisol de la justicia
La ventura ó la ruina de los pueblos.
Hermosa Monterrey, de las montañas
Reina y de los misántropos desiertos,
Se acerca tu espantoso sacrificio,
A la fatalidad inclina el cuello.
Se escucha por los bosques de Cerralvo
Del injusto invasor el ronco estrépito,
Como se oye del fondo de la cueva
Salir del tigre el rebramar horrendo;
Cual del ameno valle en la hondonada
Los míseros labriegos ven inquietos
Descender en torrentes á las aguas
Para invadirlos de los altos cerros.

Corren, construyen diques espantados,
 En las fieras corrientes invadiendo
 Sus campos y sus chozas, y se acogen
 A las alturas y al excelso templo;
 Así se fortifican previsores
 Zuluaga y sus expertos ingenieros:
 El mando tiene Ampudia, que á sus planes
 No afina á dar ni forma ni concierto.
 Aquí y allá las grandes eminencias
 Coronadas con anchos parapetos,
 Reforzados muros á las tropas
 Ponen de los asaltos á cubierto;
 Y convierte la ciencia en Ciudadela
 Del Obispado el cerro gigantesco.
 Ampudia con sus jefes distinguidos
 Dentro la catedral ocupa el centro,
 Cuando se anuncia Taylor furibundo
 Circundándole ráfagas de fuego.
 Tú, Nájera valiente, con los tuyos
 Impávido saliste á su encuentro
 Y al morir escupiste con tu sangre
 La frente vil del invasor soberbio.
 La tremenda batalla se encarniza;
 Se hacen vulgares los heroicos hechos,
 Y hay en cada reducto mil hazañas
 Dignas de los Romanos y los Griegos.
 Dime, tú, que me escuchas, bravo Uraga
 Moret insigne, digánlo tus huesos;
 Y tú, que vives, y que fué tu aurora
 Junto á Moret, el combatir sangriento,
 Iniciando en los fastos de la Patria,
 Con buril de oro el nombre de Escobedo.
 En tanto entre las filas discurría
 Como serpiente el mónstruo de los celos
 Explicando la ausencia de los jefes
 O denunciando su rencor y miedo.
 Terribles se suceden los combates:
 Ampudia manda replegarse al centro;
 Vagan decapitadas nuestras tropas,
 Redobla el patriotismo sus esfuerzos,
 En la plaza mayor noble matrona,
 De honra dechado, de virtud espejo,
 Alienta á los soldados valerosa,
 Acude adonde más amaga el riesgo,
 Allí eficaz auxilios generosos

Prodigia fiel, de patriotismo ejemplo.
 ¡Oh, Josefa Zozaya! ¿Por qué ingrato
 No te alza Monterrey un monumento?
 Era un cuadro de horror: en los reductos,
 Con furia ardiente se empeñaba el fuego
 En combates aislados, sin los jefes
 Que todo animan y le dan concierto;
 La gente enloquecida discurría
 Entre heridos, caballos y dispersos;
 Las madres con sus niños en los brazos;
 Trémulos y sin tino los más viejos,
 Entre gritos y lloros de los niños
 Y gritos y blasfemias de los ebrios;
 En tanto que ciertos generales,
 De esos en la ciudad cides soberbios,
 Ocultos en la torre de la iglesia
 El desastre miraban en silencio.
 En vano Ampudia con valor heroico,
 Quiso impedir el mal, ¡vanos esfuerzos!
 La derrota imperaba poderosa,
 Y era de la batalla el fin funesto.
 Entonces ¡oh, vergüenza! ¡oh, doloroso
 Terrible y humillante vilipendio!
 Se pide al invasor con vil instancia
 Y con blanca bandera parlamento.
 Worth se acerca y tiránico se impone;
 Taylor dijo, por fin capitulemos,
 Se firman los tratados humillantes;
 Y en medio de los gritos de despecho
 Los heroicos soldados de la patria
 De llanto de ira y de baldón cubiertos
 Vieron alzarse el labarum de estrellas,
 Nuestra bandera descender al suelo;
 En odio rebotando nuestras almas,
 Y con intensa envidia de los muertos.



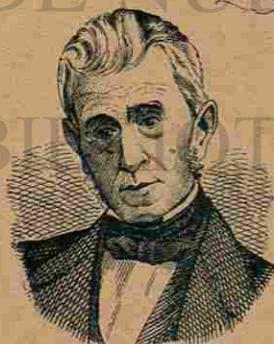
GRAL. STA. ANA.



GALLO PITAGÓRICO



M. G. PEDRAZA

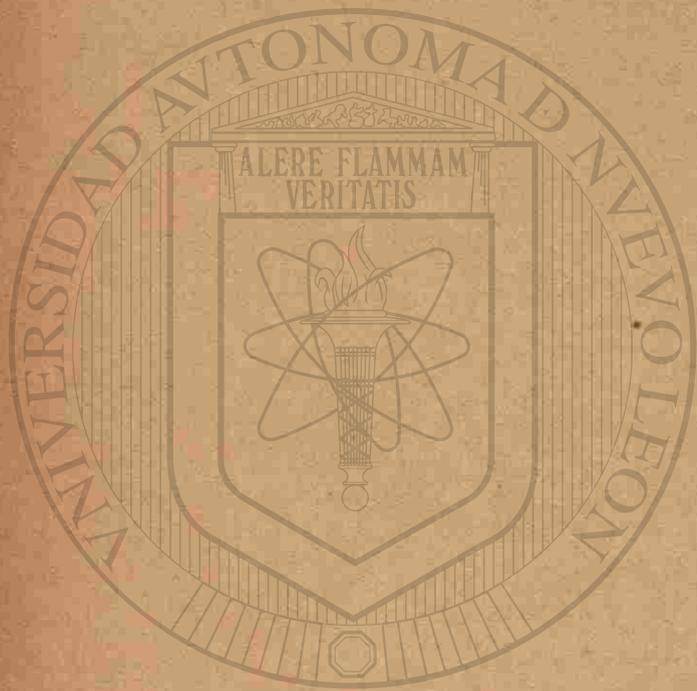


D. LUIS CUEVAS.



PEÑA Y BARRAGÁN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

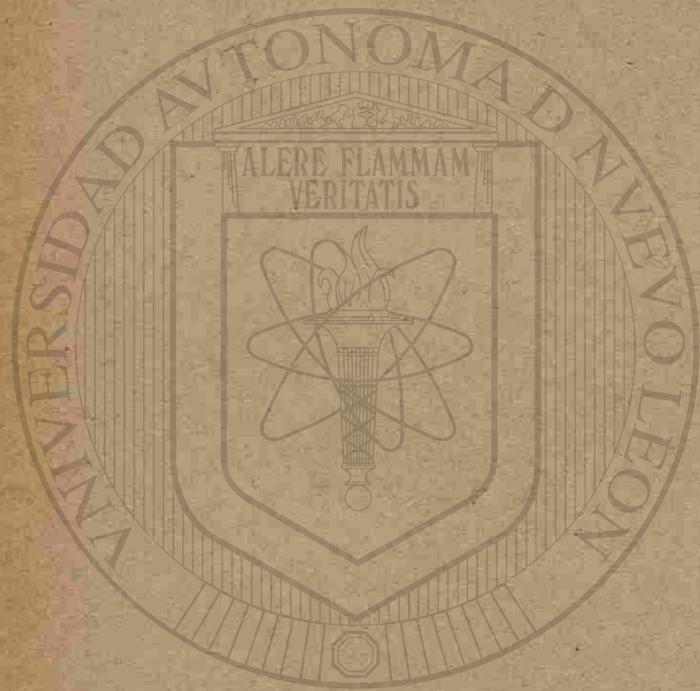


Invasión Norteamericana.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CANTARES

Yo soy quien sin amparo cruzó la vida
en su nublada aurora, niño doliente,
con mi alma herida,
el luto y la miseria sobre la frente,
y en mi hogar solitario y agonizante
mi madre amante.

Yo soy quien bagabundo cuentos fingía,
y los ecos del pueblo que recogía
torné cantares;
porque era el pueblo humilde toda mi ciencia,
y era escudo, en mis luchas con la indigencia,
de mis pesares.

La soledad austera y el libre viento
le dieron á mi pecho robusto aliento,
fiera entereza;
y así tuvo mi lira cantos sentidos,
en lo íntimo de mi alma sordos gemidos
de mi pobreza.

La nube que volaba con alas de oro,
la tórtola amorosa que se quejaba
como con lloro;
el murmullo del aura que remedaba
las voces expresivas del sentimiento,
copió mi acento.

Y el bandolón que un barrio locuaz conmueve,
y el placer tempestuoso con que la plebe
muestra contento;
sus bailes, sus cantares y sus amores,
fueron luz y arroyuelos, aves y flores
de mi talento.

Cantando, ni yo mismo me sospechaba
que en mí la patria hermosa con voz nacía,
que en mí brotaba
con sus penas, sus glorias y su alegría,
sus montes y sus lagos, su lindo cielo,
y su alma que en perfumes se desparcía.

Entonces á la choza del jornalero,
al campo tumultuoso del guerrillero
llevé mis sonos;
y no á regias beldades ni peregrinas,
sino á obreras modestas, á alegres chinas,
dí mis canciones.

¡Oh patria idolatrada, yo en tus quebrantos,
ensalcé con ternura tus fueros santos,
sin arredrarme;
tu tierra era mi carne, tu amor mi vida,
y la hiel de tus duelos fué mi bebida
para embriagarme!

Yo tuve himnos triunfales para tus muertos,
mi voz sembró esperanzas en tus desiertos;
y complaciente,
á la tropa cansada la consolaba,
y oyendo mis leyendas se reanimaba,
riendo valiente.

Hoy, mísero recuerdo de ese pasado
de luz y de tinieblas, de llanto y gloria,
soy un despojo, resto casi borrado
de la memoria.....

Pero esta pobre lira que está en mis manos,
guarda para mi pueblo sentidos sonos;
y acentos vengadores y maldiciones
á sus tiranos!

ODA

LEIDA POR DON GUILLERMO PRIETO, EMPLEADO
EN LA ADUANA DE ESCA CAPITAL

Patria, adorada patria, patria mía,
Alza gozosa la abatida frente
Y contéplanos llena de alegría;
No nos convoca el déspota insolente
Para que oigan un himno de victoria
Los tristes mexicanos
Sobre insepultos huesos de tus hijos,
Sobre despojos, ay, de sus hermanos!!!

La alta, la noble, la sublime gloria,
Por mano del poder orla las sienas
De nuestra juventud, ¡oh Lateranos!
Corred, volad, el premio
Os brinda la justicia,
Y al padre y al hermano y al amigo
Inunda vuestro honor en la delicia.
Todo rinde homenajes á la ciencia,
Le franquean sus antros los abismos,
Su alcázar la divina Omnipotencia;
Y sobre el carro de la ilustre fama,
De la inmortalidad con la aureola,
Sobre el vasto universo por sí sola
La luz, la vida y el poder derrama.
Triunfa de los romanos la fortuna,
Corren á Italia pueblos extranjeros
Y hollando con desprecio los aceros,
¿En dónde de Virgilio está la cuna?
¿Cuál es, cuál es de Cicerón la historia
Preguntaron al genio y á la gloria?

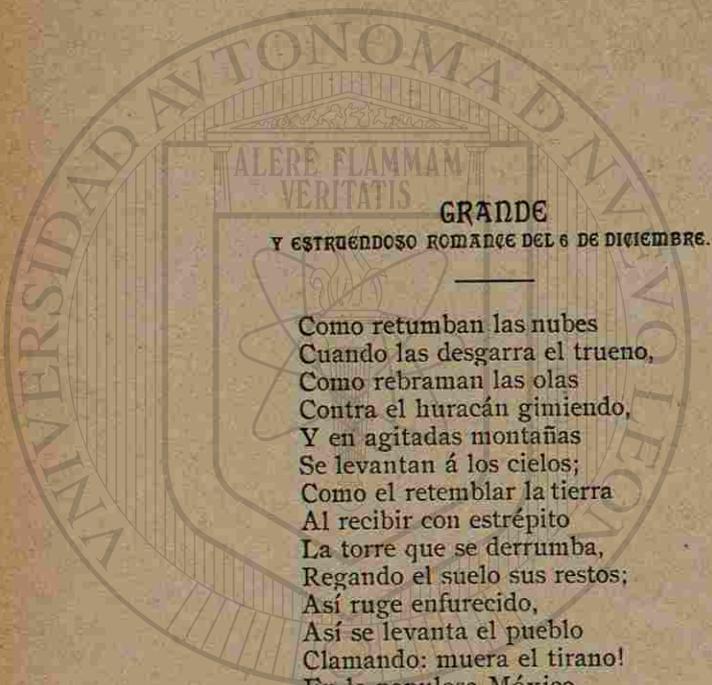
Cuando sereno el alto firmamento
Se muestra al suelo de esplendor vestido;
Pienso encontrar en él embebecido
De Newton inmortal el digno asiento:
Y al desplegar el cielo sus horrores,
Cuando toda la tierra está en desmayo,
Franklin parece que repite el rayo,
La tempestad entona sus loores.....

Tal es del sabio la feliz carrera:
Aun al llamarle su hora postrimera,
Escuchan sus palabras
Atentos los mortales;
A la manera que el marino ansioso
Con penetrante vista y faz doliente
Mira del sol los últimos destellos
Al ocultarse el astro majestuoso
En los lejanos mares de Occidente.

Jóvenes de Letrán, ya con su dedo
El saber os mostró la áspera senda
De la inmortalidad. Seguidla fieles,
Pues de la patria sois las esperanzas:
Os darán las naciones alabanzas,
El Anáhuac laureles.
¿No veis, no veis la dulce perspectiva
De un grato porvenir? ¿no veis ufana
Alzarse nuestra patria; reflexiva
Escuchar de sus hijos las lecciones,
Y apresurar el paso soberano
Para inscribirse con su propia mano
En el grande padrón de las naciones?
¿A quién no inflama tan brillante gloria?
¿A quién oculta vuestro honor sublime
Que desde infando trono
Nos dejó perecer en su hondo abismo:
La grande emulación? Y yo os pregunto
¿No saldremos jamás de la barbarie?
¿Daremos al desprecio nuestra fama?
Alce la vista pródigo el Gobierno,
Protección á los sabios
Con franca mano paternal despliegue,
Y con oliva y con laurel eterno
La árida senda de las ciencias riegue.

Así cuando del tiempo la corriente
Del Anáhuac se estanque en la ruina,
De mi patria y Letrán la luz divina
Reflejará con brillo indeficiente.

1836.



Y ESTRUENDOSO ROMANCE DEL 6 DE DICIEMBRE.

Como retumban las nubes
 Cuando las desgarran el trueno,
 Como rébraman las olas
 Contra el huracán gimiendo,
 Y en agitadas montañas
 Se levantan á los cielos;
 Como el retemblar la tierra
 Al recibir con estrépito
 La torre que se derrumba,
 Regando el suelo sus restos;
 Así ruge enfurecido,
 Así se levanta el pueblo
 Clamando: muera el tirano!
 En la populosa México.
 Y era el tirano Santana,
 Que hizo del poder supremo,
 Esclavo de sus pasiones,
 El antro de sus excesos;
 Que á la razón humillaba
 Diciéndole *yo lo quiero*;
 El que con sus favoritos
 En la orgía y en el juego
 Despilfarró los tesoros,
 Del poder honra y sustento.
 Las cárceles están llenas
 De hombres al orden afectos,
 Del taller huye el trabajo,
 Los campos están desiertos,
 El robo, machete en mano,
 Ataja el paso al comercio;

En la frontera, el salvaje
 Deja sus rastros sangrientos,
 Y se levanta insolente
 Y traidor el yankee artero,
 Para mutilar la patria,
 Atropellando el derecho.
 En vano es que la justicia
 Tronase en el parlamento,
 Por los labios de Pedraza,
 De Tulio con los acentos:
 En vano que el grande Llaca
 Flagelara audaz é intrépido
 A los que á la patria amada
 Llenaban de vilipendio.
 Nada—al que manda, homenajes,
 A la canalla el desprecio,
 Si algunos discolos chillan,
 Rigor y bala con ellos.
 Y así cayó uno por uno
 En lo más hondo del pueblo,
 El combustible ignorado
 Que al fin produjo el incendio.
 ¿Y quién despertó á esa masa
 Del ignominioso sueño?
 ¿Quién convirtió en tigre horrible
 Á ese humillado cordero?
 ¿Quién hizo mar formidable
 El lago dormido y quieto?
 Nadie—pero en las naciones
 Hay un solemne momento
 Que en la atmósfera los gérmenes
 Vuelan de los escarmientos,
 Y el volcán erupción hace
 Con un frívolo pretexto.

II

EL DESASTRE.

Canalizo está en Palacio
 Representando á Santana,
 Cual su manequí sumiso,
 Como esclavo y servil máquina;
 Del tumulto se apercibe
 Y en la tempestuosa alarma

Se le dice que la plebe
 Ruge por calles y plazas,
 Que ella exhumió furibunda
 La pierna que fué inhumada
 Del caudillo de Tampico,
 En el amplio Santa Paula;
 Le dicen que borran nombres,
 Y que derriban estatuas;
 Que las ponderosas puertas
 Que la Alameda resguardan,
 Hechas de barras de fierro
 Y en la piedra remachadas,
 Cayeron al recio choque
 De la iracunda avalancha;
 Corrieron como en torrente,
 Haces débiles de paja.
 Canalizo se enfurece,
 Y con la necia jactancia
 Que ciegos en su delirio
 Suelen tener los que mandan,
 Creyendo que todo pueden
 Con el poder de las armas,
 Acude á los veteranos
 Que le están haciendo guardia;
 Y su jefe le contesta
 Que allí las leyes se acatan,
 Recurre á los artilleros
 En el colmo de la rabia,
 Y ellos á su vez contestan
 Con despreciativa calma:
 Que ellos también son del pueblo,
 Que no pueden hacer nada.
 Entre tanto se acrecienta
 Furibunda la borrasca,
 Amenazando Palacio
 Cual las olas irritadas
 Azotan la incierta nave
 Que abre claros á las aguas;
 Entonces en la demencia
 Que al fiero imperante embarga,
 Ordena á Falcón el bravo,
 Su ayudante de confianza,
 Haga volar el Palacio
 Sin detenerse por nada;
 El oficial obedece,

Lleva en las manos la llama,
 Y corre á los almacenes
 En que el parque se encontraba;
 Pero al paso lo detienen,
 Lucha, resiste, lo amarran,
 Y ve su impotencia el pueblo
 Con risas y carcajadas.
 Los ministros se dispersan,
 Los soldados se entusiasman
 Y ponen en los balcones,
 Gozosos, banderas blancas;
 Basadre á la chusma arenga,
 En tanto que Haro se marcha
 Y se escurre como anguila
 Por una puerta excusada
 Para ir á engrosar las tropas
 Que defienden á Santana.

SAN FRANCISCO Y LA PROCESION.

Al alzarse irresistible
 Contra su tirano el pueblo,
 De su dignidad verdugo,
 Verdugo de su derechos,
 Tras el úkase insolente
 Que disolvió el parlamento,
 Que hizo irrisión de las leyes,
 Que rompiendo todo freno
 Hizo de la fuerza, el robo,
 El garito y los excesos,
 Su política insensata,
 Su sistema de gobierno.
 A el atrio de San Francisco
 Presurosos acudieron
 Personajes distinguidos,
 Próceres de grandes puestos;
 En tropel, sin distinciones,
 Confundidos y revueltos
 Con el peladaje hirviente,
 De comerciantes, de obreros
 De mujeres como furias,
 De jóvenes y de viejos,
 Unos armados de espadas,
 Otros con armas de fuego,
 Con piedras las mujerzuelas,

Y con puñales los léperos,
 Mas la multitud formaba
 Remedo de mar inmenso
 En que nadaban los rostros
 Como en el aire y sin cuerpo,
 Y otros vagaban dementes,
 Abiertas bocas rugiendo,
 Y figuras estupendas
 De descomunales gestos.
 Pepe Uruga y Luis Herrera,
 Tan valientes como diestros,
 Ordenan en batallones
 Aquellos grupos inquietos;
 Mientras por fuera del atrio
 Desbordado y turbulento
 El pueblo ruge y se azota,
 Toda barrera rompiendo.
 Las paredes, los balcones
 Las cornisas y los techos
 Se tornan de carne humana
 Que con horrisono estruendo
 Repiten: ¡Santana muera!
 Rasgando agudos los vientos.
 Al fin Herrera aparece
 Presidente del consejo,
 Y al que llamaban las leyes
 Del poder al desempeño;
 Era hombre por sus servicios
 Y sus virtudes excelso;
 Rostro dulce y apacible,
 Calvo, de mirar modesto,
 Blanca la piel, limpio el ojo,
 De continente sereno,
 Con la sonrisa en los labios,
 Y en los peligros intrépido;
 Con él están las lumbreras
 Que honraban el parlamento,
 Los escritores del siglo:
 Que fué el paladín sin miedo,
 Que arrostraba los peligros
 Brioso, potente y resuelto,
 De Santana y sus sicarios
 De odio y rencores objeto.

LA PROCESION.

Desocupado Palacio,
 Poblando el aire repiques,
 Vivas atronando el viento,
 Valiente, alegre, felice
 Se siente el pueblo, y en masa
 Sus corrientes se dirigen
 A ser del nuevo gobierno
 Escudo y apoyo firme;
 Y no hay ricos, ni pelados,
 Ni canalla, ni catrines,
 Hay hombres que se envanecen
 De ser dignos, de ser libres;
 Hierve en el atrio la gente,
 Hay de milicianos miles,
 Y la procesión comienza
 Con Herrera que preside,
 Dulce, sosegado, quieto,
 Majestuoso y apacible.

El pueblo espera impaciente,
 Turbulento, tempestuoso,
 Que lleguen los diputados,
 Que son su amparo y socorro;
 Y los grandes senadores,
 De la ley honra y decoro,
 Rompiendo el humano oleaje
 Van pasando uno tras otro.
 —¿Quién es ese pequeñito,
 Débil y pálido rostro?
 —Ese chico es Manuel Alas,
 El que valeroso y solo
 Acusó ardiente á Santana;
 ¡Que Alas viva, gritan todos.
 —Y ese viejo? el gran Pedraza
 Cuyo acento poderoso
 Fué terror de los serviles,
 De los tiranos asombro.
 —¿Y ese chiquitín alegre?
 Ese es el grande, el virtuoso,
 Es el querido del pueblo,
 Es el Gallo Pitagórico,
 Gobernante immaculado,
 Sabio á la vez que gracioso.

—Y los vivas estallaban
 Entusiastas y gozosos.
 —¿Y ese gigante que marcha
 Con soñoliento abandono?
 —Es el elocuente Otero,
 —Blando mirar, dulce rostro,
 Con un corazón de niño,
 Con un proceder heroico.
 Le siguen Cuevas, Guimbarda,
 Godoy y Chico y Buenrostro,
 La Rosa y Riva Palacio,
 Y ya no recuerdo que otros.
 —Mas, silencio, llega Llaca
 Como extraño al alboroto,
 En profusa capa envuelto,
 Y al cuello asomando el rostro;
 Con difíciles pisadas
 Como doliente y quejoso:
 Y ese fué el sublime atleta
 Contra del poder monstruoso;
 Y ese frente á los desmanes
 De gobernantes viejosos
 Les arrancó la careta,
 Y los sepultó en el odio.
 El pueblo le idolatraba,
 Era su amor, su tesoro,
 Y le tributaba culto
 Espontáneo y fervoroso.
 —¡Viva Llaca, nuestro padre!
 —¡Viva el amado de todos!
 Los jóvenes lo aclamaban,
 Los niños le ven curiosos,
 Y él marcha cabizbajo,
 En su meditar absorto.

—
 La comitiva á Palacio,
 Llega tras de largo tiempo,
 Y los cañones proclaman
 Con su poderoso estruendo
 El imperio de las leyes
 Y la victoria del pueblo.

Enero, 1845.

ROMANCE 1º DE LLACA

Anubla la tiranía
 El suelo de nuestra patria;
 En donde estaban las leyes
 Mandan fusiles y espadas.
 Fungiendo están de Consejo
 Galleros y barraganas;
 En la mesa del garito
 Se tratan materias arduas,
 Y en alas del vil cohecho
 El poder y el favor andan.
 Todo es discordia en los pueblos;
 Todo miseria en las arcas;
 Todo en la ciudad zozobra;
 Todo en las familias lágrimas:
 Los tahures son caballeros,
 Las meretrices son damas,
 No hay honor en los palacios
 Ni valor en las batallas.....

En la Cámara aparece,
 Símbolo de la esperanza,
 Voz del honor ofendido
 Y la virtud ultrajada,
 Un ilustre diputado
 Que tiene por nombre Llaca,
 Terror de los cortesanos
 Y rayo contra la infamia;
 Es de elevada estatura,
 Envuelto en profusa capa,
 Con negra nutria en el cuello
 Que contrasta con su cara,
 Que es del hombre que padece.....

Triste, pensativa y pálida,
 No hay sonrisas en sus labios,
 Pero hay fuego en sus miradas,
 Únicas que tienen vida
 Sobre sus facciones blancas,
 Que en silencio ó que parlando
 Se semejan á una estatua;
 La diestra su vientre oprime
 Pues en él, el dolor clava
 Siempre el venenoso diente,
 Dándole mortales ansias.
 Así doblado, doliente,
 Se le ve siempre en la Cámara,
 Y lo tiene el imperante
 Como á terrible fantasma
 Que se alza sobre la tumba
 Que preparan á la patria,
 Y hace resonar los vientos
 Con sus ecos de venganza.

Frente á frente los ministros
 Nuestros derechos reclama,
 Y pinta de los follones
 Y palaciegos las cábalas,
 Los robos de gerifaltes,
 Las fiestas, las barraganas,
 Que hacen nidos de serpientes
 Y escondrijo de alimañas,
 De Moctezuma el palacio
 Y de Iturbide la estancia.

Cual torbellino á los mares,
 Mueve al pueblo su palabra,
 Aquella palabra sorda,
 Sin ímpetu, sosegada,
 Cual cadáver que suspira
 Con la máquina galvánica,
 Como sonido que sale
 De la boca de una estatua.....
 Conturbados los ministros
 Se le acercan y le halagan;
 Le preparan en las calles
 Las traiciones y celadas,
 El oro quieren que llegue
 Para endulzarle á sus arcas:
 Pero ni atiende al halago,

Ni le intimidan las armas;
 Es la pública conciencia
 Que impasible se levanta,
 Y que todas las maldades
 Del gobernante delata.....
 El imperante furioso
 De la Cámara la entrada
 Cierra, y prepara prisiones
 Para sujetar á Llaca,
 Cadenas tendrán sus manos,
 Sus labios tendrán mordaza;
 Pero el noble diputado
 No por eso se acobarda.
 Busca refugio en el templo
 Que de San Francisco llaman.
 Allí están sus compañeros,
 Y está la plebe indignada,
 Allí quieto se dirige
 El buen diputado Llaca.
 La gente cuando lo mira
 Con gran respeto se aparta,
 Las cabezas se descubren
 Con reverencia extremada.
 Por todas partes el ruido
 Plega sus sonantes alas,
 Para no perder ni un eco
 De sus divinas palabras.

ROMANÇO 2º DE LLACA

«Hartos de duelo y vergüenza
 «Estamos los mexicanos;
 «Junto á la miseria gimen
 «Los mercaderes honrados,
 «Los sencillos labradores,
 «Los hábiles artesanos,
 «Entre tanto que los vicios
 «Imperan en el palacio,
 «Y triunfan los agiotistas
 «Y danzan los cortesanos.
 «Hay soldados á millares
 «En las plazas, no en los campos,
 «Que verdugos de los pueblos
 «Son de su señor esclavos.
 «Compra ilícitos placeres
 «El pan de nuestro trabajo,
 «Les pedimos gobernantes
 «Y dan á los pueblos amos.
 «La escoria de las tabernas
 «Quiere nos dé magistrados,
 «El fango de las prisiones
 «Quiere nos dé veteranos.....
 «Es vasto cuartel la patria,
 «Y los que ni son soldados
 «Ni conocen libertades,
 «Ni derechos sacrosantos
 «Como parias aparecen
 «En la Nación ultrajados.
 «El honor de las doncellas
 «Es precio de puestos altos.

«La escala de los ascensos
 «Es de delación y escándalos,
 «El robo inciensos exige,
 «Y la infamia pide lauros.....
 «Por fin en la cruz poniendo
 «La planta vil los malvados,
 «Han roto sus juramentos;
 «Y ya tenemos tiranos
 «En la patria de Morelos
 «Y entre los hijos de Hidalgo.»
 Esto les dijo el gran Llaca
 A los buenos mexicanos,
 Y embargando sus palabras
 Dolor intenso, rodaron
 Dos lágrimas de sus ojos.....
 Sobre sus carrillos pálidos.....
 No se alza en ondas la arena
 Del *Simun* al arrebató,
 Cual las gentes de mi tierra
 A estas palabras se alzaron.....
 En tropel van los garzones,
 En turba niños y ancianos:
 Libertad, repiten unos,
 Los otros ¡muera el tirano!
 Los bronces de las mil torres
 De mi México adorado,
 Desatan sus roncás voces
 Y estremecen el espacio.....
 Era el pueblo que en torrentes
 Quiere vengar sus agravios.
 A su ímpetu se estremecen
 Los muros como espantados;
 Todos corren á las armas,
 Y el pueblo es un océano
 Que ardiente despide truenos,
 Que airado fulmina rayos.....
 El noble *Joaquín Herrera*
 De los de Iguala soldado,
 El de cortesés modales
 El conciliador, el manso
 Marcha saludando al pueblo
 Con la sonrisa en los labios.
 El pueblo mucho le quiere
 Por virtuoso y esforzado.....
 Del templo de los franciscos

Hasta dentro del palacio
 Un raudal forma el gentío
 Fiero, turbulento, airado,
 Y las voces ensordecen
 Gritando *muerá el tirano*.
 Al clamor de mil campanas
 Y gritos desaforados.....
 De pronto una voz se escucha.....
 Son ellos!! ¡¡Los diputados!!
 Y el gentío se retira,
 Y hasta los bronceos callaron.
 De dos en dos van saliendo
 Esos del pueblo estimados,
 Y á restituirse caminan
 A su espléndido palacio.
 Allí se mira á Pedraza
 El del paso ladeado,
 El de la mirada austera,
 Nuestro Catón en el ánimo.
 Rugosa su faz domina,
 Su elocuencia lanza rayos;
 Allí va *Luis de la Rosa*
 El dulce republicano
 Cuerpo bajo, andar humilde,
 Tez morena, ojos rasgados,
 Es elegante su pluma,
 Son elocuentes sus labios,
 Es delicia de las letras
 Y terror de los tiranos,
 Regocijado y despierto,
 Chiquitín, alegre anciano,
 Ojo azul, rugoso rostro
 Y fresco de puro calvo.
El Licenciado Morales
 Marcha á todos saludando,
 Es el Gallo Pitagórico,
 El viejecillo sarcástico:
 Marcial le dió su malicia,
 El gran Juvenal su látigo.....
 Alas va? todos preguntan,
 ¿Y quién es ese muchacho
 Despreciable, de talento,
 Débil, enfermizo, flaco?
 Ese es quien en la tribuna
 Audaz acusó al tirano,

Y van á entonarle vivas.....
 Pero todos han callado,
 Porque se avanza sereno,
 Silencioso, dominando,
 Llaca, el amado del pueblo,
 Llaca, el del valor romano.....
 No es caudillo turbulento,
 No es Quinto Curcio, no Graco,
 Es el creyente en el pueblo,
 Inflexible al par que manso,
 Sereno como la fuerza,
 Cual la justicia elevado;
 Todos al verlo se agolpan,
 Todos le tienden la mano,
 Le aclaman padre del pueblo,
 Y él responde, mis hermanos.
 Tras la comitiva marchan
 Armados los ciudadanos,
 Todos se jactan de libres,
 Todos se llaman soldados.
 El torrente comprimido
 Salva potente el espacio,
 Inunda la inmensa plaza
 Y ocupa el palacio rápido.
 Flotan al aire banderas
 Que llevan los de los barrios,
 La música agita el viento,
 Las campanas desde lo alto.
 Con estruendosos repiques,
 Parte en la fiesta han tomado;
 Y el cañón en su estampido
 Parece gritar ufano,
 Gloria á los padres del pueblo;
 Gloria al pueblo soberano.
 El tiempo *victoria* escribe
 En sus inmortales fastos;
 Y el pueblo, *seis de Diciembre*
 Y al fin un *cuarenta y cuatro*.

ROMANCE 3º DE LLACA

Como mar enfurecido
 Y como loba rabiosa
 El pueblo se ha desatado,
 Y trabas rompe y destroza.
 Las estatuas del tirano,
 Imposturas de la historia
 Cayeron hechas pedazos,
 Y polvo y lodo se tornan.
 Hombres ciegos, inhumanos,
 Van hasta la misma fosa.....
 Y del reino de la muerte
 El silencio desalojan.....
 Delirios de la venganza
 Mi musa no los perdona;
 Pero á los tiranos dice
 Que el que siembra malas obras
 Recogerá al fin ultrajes.
 Aun dentro la tumba lóbrega.....
 Es volcán hirviente el pueblo,
 Es llama devoradora,
 Es el torbellino airado
 Que ciego con todo arrostra;
 Es Dios, que del sufrimiento
 Hizo rebosar su copa,
 Y que engendra tempestades
 al verterse cada gota.
 ¡Pueblo á quien ven los tiranos
 Como de inermes idiotas!.....

¡Ay del que sufre tu enojo!
 ¡Ay del que alentó tu cólera!
 ¿Qué le valdrán sus cañones,
 Qué, bayonetas y tropas?
 Son pajas diseminadas
 En las turbulentas olas,
 Son en alas de los vientos
 Algunas huérfanas hojas,
 Son átomos que se esparcen
 Si los huracanes soplan.....
 Así arrollándolo todo
 En palacio desemboca
 El pueblo, el seis de Diciembre,
 Y así la Cámara toma.
 Retumban las galerías
 Con sus pisadas sonoras.
 Tiemblan las altas pilastras
 Que aquel edificio adornan,
 Y en balcones y cornisas
 Rostros humanos asoman.
 De pronto en torno de un cuadro
 La plebe hirviente se agolpa,
 Es el cuadro de Tampico
 Que París pidió á la historia
 Para pintar de Barradas
 La tentativa famosa,
 Su rendición humillante,
 De México ante las tropas.....
 ¡Abajo! muera el tirano,
 Grita la plebe, y furiosa
 Se avanza á rasgar el cuadro,
 Pregón de nuestra victoria.....
 ¡Abajo!..... Mas se alza Llaca,
 Y con voz atronadora
 Grita airado: «deteneos;
 «¿Por qué el pueblo se abandona
 «A su furor? ¿Por qué ciego
 «Quiere rasgar nuestras glorias?
 «Ésa gloria de Santa Ana,
 «Gloria es de la Patria toda;
 «Son los títulos del pueblo
 «Y su sublime memoria.
 «Si Santa Ana tuvo lauros
 «En Tampico, en buena hora,
 «Respetemos sus recuerdos,

«Bendigamos su corona;
 «Mas si después fué verdugo,
 «Nuestra justicia le agobia;
 «Si heroe tuvo nuestros lauros,
 «Tirano tenga la horca.....
 «Dejemos ese recuerdo,
 «Que es de mexicanos gloria,
 «Que si los pueblos se vengán
 «Los nobles hechos no borran.»

Todos á esta voz se aquietan
 Y sus ímpetus sofocan,
 Porque la razón hablaba
 Del gran Llaca por la boca.
 Así recogen sus alas
 Las nubes tempestuosas,
 Cuando el viento poderoso
 A otra región las arroja,
 Y descubren el zafiro
 De los cielos que abandonan.

REFRIDADO Y VERIFICO ROMANCE

DE LOS

DOS ANTONIOS DEL 6 DE DICIEMBRE.

Cual confiado cocodrilo
 Que junto á las aguas duerme,
 Y de súbito las mira
 Convertidas en torrente,
 Que le cerca, que le arrolla,
 Que furibundo le envuelve
 Y le azota arrebatado
 Y con bravura le hiere,
 Así resintió Santana
 La revuelta de Diciembre.
 Le pide al poder esfuerzo,
 Convoca á sus tropas fieles,
 Que Querétaro ocupaban,
 Y á la capital se vuelve,
 Donde necio se imagina
 Que ha quedado quien le vengue.
 Llama á Cortazar entonces
 Que era distinguido jefe:
 Mas le encela su renombre
 Y con engaños le aprehende.
 En su coraje insensato
 Mata, roba, asalta alevé,
 Y desata sus furores
 Sobre los pueblos inermes.
 Ya aturdido corre incierto
 Sin hallar donde meterse,
 Como venado en llanura
 Huye de canes valientes,
 Y mientras prepara á Puebla
 Odio, injuria, incendio y muertes;
 Mientras rompe un armisticio,
 Desvergonzado y alevé.

«Bendigamos su corona;
 «Mas si después fué verdugo,
 «Nuestra justicia le agobia;
 «Si heroe tuvo nuestros lauros,
 «Tirano tenga la horca.....
 «Dejemos ese recuerdo,
 «Que es de mexicanos gloria,
 «Que si los pueblos se vengán
 «Los nobles hechos no borran.»

Todos á esta voz se aquietan
 Y sus ímpetus sofocan,
 Porque la razón hablaba
 Del gran Llaca por la boca.
 Así recogen sus alas
 Las nubes tempestuosas,
 Cuando el viento poderoso
 A otra región las arroja,
 Y descubren el zafiro
 De los cielos que abandonan.

REFRIDADO Y VERIFICO ROMANCE

DE LOS

DOS ANTONIOS DEL 6 DE DICIEMBRE.

Cual confiado cocodrilo
 Que junto á las aguas duerme,
 Y de súbito las mira
 Convertidas en torrente,
 Que le cerca, que le arrolla,
 Que furibundo le envuelve
 Y le azota arrebatado
 Y con bravura le hiere,
 Así resintió Santana
 La revuelta de Diciembre.
 Le pide al poder esfuerzo,
 Convoca á sus tropas fieles,
 Que Querétaro ocupaban,
 Y á la capital se vuelve,
 Donde necio se imagina
 Que ha quedado quien le vengue.
 Llama á Cortazar entonces
 Que era distinguido jefe:
 Mas le encela su renombre
 Y con engaños le aprehende.
 En su coraje insensato
 Mata, roba, asalta alevé,
 Y desata sus furores
 Sobre los pueblos inermes.
 Ya aturdido corre incierto
 Sin hallar donde meterse,
 Como venado en llanura
 Huye de canes valientes,
 Y mientras prepara á Puebla
 Odio, injuria, incendio y muertes;
 Mientras rompe un armisticio,
 Desvergonzado y alevé.

Cuyo atentado Inclán frustra
 Cubriéndose de laureles,
 De el gran Bravo solicita
 Y de su bondad obtiene,
 Como jefe de las fuerzas
 Del Gobierno de Diciembre,
 Liberal salvo conducto
 Con el que ampara y defiende
 A dos fieles emisarios
 Que enviar al Gobierno quiere.

ALERE FLAMMAM
 VERITATIS II.
 LOS EMISARIOS.

¿Para donde va la gente
 Formando estruendoso escándalo,
 Como furias las mujeres,
 Como tigres los pelados?
 ¿Por qué los dragones corren
 Espoleando los caballos
 Con el furor en los ojos
 Y con el sable en la mano?
 ¿Por qué el tumulto acomete
 La garita de San Lázaro,
 Y el recinto en ciudadela
 En instantes se ha formado?
 Es que aquellos muros guardan
 A los dos comisionados
 Que audaz Santana dirige,
 La ira del pueblo azuzando.
 Vedlos, el uno es moreno,
 Pelo negro, enmarañado
 Hasta cubrirle los ojos,
 Hundidos, fieros y uraños,
 Suspícales, vacilantes
 Entre el correr y el asalto
 —Es el general Mendoza,
 Por muchos, loco llamado,
 De valor esclarecido,
 Orgullo de los soldados;
 Le sigue lo extravagante,
 Lo inesperado y lo extraño.
 —Y ese catrín de ojo verde,
 Chiquitín, erguido, guapo

Barbilampiño, meloso
 Y cumplido *currutaco*
 Ese es un pollo de cuenta,
 Es el grande Antonio de Haro
 Astuto como la zorra,
 Valiente como los diablos,
 De títere la figura,
 En sus hechos un Bernardo.
 ¡Que muera! grita la gente:
 ¡Que muera! gritan airados
 Los del pueblo amenazante,
 Las mujeres y soldados;
 Esgrimiendo furibundos
 Lanzas, espadas y palos
 Entre aguaceros de piedras
 Y gritos desaforados.
 Entretanto las campanas
 Lllaman tocando á rebato,
 Y salen de entre el tumulto
 Gritos de muerte y disparos.

EL GOBIERNO.

Sabedor el imperante
 La embajada, delibera
 Si le escucha comedido
 O á la justicia le entrega;
 Porque Haro ante el gran Jurado
 Tiene pendientes sus cuentas.
 Y eran ministros sestudos
 Del buen don Joaquín Herrera
 Riva Palacio el astuto,
 De gran mundo y muchas tretas,
 Con Don Pedro García Conde,
 Que gobernaba la guerra;
 Y Echeverría Don Pedro
 El de la tupida ceja;
 Y el clerical delicado,
 El tímido don Luis Cuevas,
 Que entró á la vida y salióse
 Por la puerta de la Iglesia.
 Todos, pues, examinaron
 En la dura peripecia,
 Resolviendo que el congreso
 Del asunto decidiera,

Y dando orden que á la cámara
 Los enviados condujeran,
 Seguros y circundados
 De tropas y bayonetas.
 El movimiento se inicia
 Ruge la turba, se inquieta,
 Y á los coches que conducen
 La delincuente pareja
 Se avalanza furibunda,
 Y en los soldados se estrella;
 Avanzando, resistiendo
 Y en tremebunda refriega
 Llega el concurso á Palacio
 Do sobre un mar de cabezas
 Se levantan los fusiles,
 Las espadas centellean,
 Y los puñales furtivos
 Los brazos desnudos llevan.
 Así en tropel y rompiendo
 Muros, cancelas y puertas,
 Atropellando conserjes,
 Y arrollando centinelas,
 Emisarios y soldados
 Y chusma que clamorea,
 Al santuario de las leyes
 Como torrente penetra.

LA CÁMARA.

Estaban los diputados
 Ocupando sus asientos
 Inmóviles como estatuas,
 Graves, majestuosos, serios,
 Mientras del bajo edificio
 Las columnas y los techos
 Retemblaban con los gritos,
 Con los amagos sangrientos,
 Con el vibrar de la injuria
 Y del odio con los truenos.
 Ocultos los emisarios
 Están bajo el dosel mismo,
 Sirviéndoles como escudo
 El presidente en su puesto.
 A discutir va la cámara
 La consulta del Gobierno

Sobre si á Haro se le aprehende,
 Y se trata como reo.
 Declarado Canalizo
 E Ignacio Basadre presos;
 O si el seguro de Bravo,
 Como jefe del ejército,
 Para que vuelvan impunes
 A su campo es valedero.
 La discusión se ha iniciado;
 Toma participio el pueblo;
 Y los clamores estallan
 Reprobando ó aplaudiendo.
 De pronto hórrido retumba
 Un dominador acento
 Que los ruidos apagando
 Grita ¡silencio! ¡silencio!
 Los rostros vuelve el concurso;
 Y de pie sublime, excelso,
 Se destaca el gran Pedraza
 Como en los aires suspenso.
 —«Sabéis quien es ese monstruo
 Que espera aquí el fallo nuestro,
 Terrible y amenazante?»
 Dijo, los aires rompiendo,
 «Era el alma del tirano
 Dentro del caído gobierno;
 Resorte de sus engaños,
 Disfraz de sus malos hechos,
 La trama de sus intrigas,
 De sus perfidias veneno,
 De sus viles concusiones
 Agente astuto y protervo,
 El furibundo enemigo
 De la libertad del pueblo,
 El prófugo del palacio
 En cuanto se asomó el riesgo,
 El asaltante de Lagos,
 El del robo consejero.
 ¿Y sabéis á lo que viene?
 A que se humille rastrero
 El pueblo, á que se retracte
 De sus heroicos esfuerzos,
 A que alce al tirano estatuas,
 A que con laureles nuevos,
 Impune, libre y honrado

Se le mande al extranjero,
 Después de escupir al rostro
 De la patria de Morelos.»
 Aquel pavor imperando,
 Aquellos oyentes muertos,
 Aquellos ojos brillantes,
 Aquellos labios abiertos,
 Y aquel terrible Pedraza
 Que convertido en espectro,
 Embargaba los sentidos
 Y encadenaba el aliento,
 No, no son para descritos,
 Y á que lo imaginen dejo.
 Así continuó Pedraza,
 Tras de callar un momento:
 —Y sabéis de dónde viene
 Ese fatal mensajero?
 Viene de entre los verdugos
 Del que es su nativo suelo,
 Procurador de su infamia,
 Atizador de su incendio,
 De su tierra, de su cuna,
 Donde vió la luz del cielo,
 Donde de la tierna madre
 Sintió los amantes besos;
 El vergel en que volaron
 Sus infantiles ensueños;
 El relicario precioso
 De sus amores primeros;
 La tierra que de sus padres
 Guarda memorias y huesos;
 A esa madre la escarnece.
 La embriaga de vilipendio.
 Y yo en nombre de mi patria
 Y sus grandes sentimientos,
 En nombre de nuestros heroes,
 En nombre del Ser Supremo,
 Antonio Haro, te maldigo,
 Te maldigo hombre perverso,
 Y mi maldición te siga
 Hasta tu postrer aliento.»
 —Y aquella voz resonaba
 Como rayo en el desierto.
 Los oyentes eran piedras:
 El recinto cementerio.

El terror tornó en caverna
 De fantasmas el Congreso.
 —Pedraza dijo—«pero ese,
 Ese abominable reo
 Viene bajo del seguro
 Sagrado de un jefe nuestro,
 Y para darle castigo
 Que se merece, tenemos.
 Que atropellar su palabra,
 Que violarla, que violentos
 Compitamos en vilezas
 Con los enemigos nuestros.
 Y eso no, porque es muy grande
 Y es generoso mi pueblo.
 Que vuelva libre Antonio Haro
 Que vuelva libre á su puesto.»
 Y libre salió Antonio Haro
 Entre silencioso pueblo,
 La maldición de Pedraza
 Confundido repitiendo.

Santa-Ana vagó aturcido
 Con susto do quiera huyendo;
 Hasta que al llegar á un rancho
 De Jico, le sorprendieron
 Unos indios que le tratan
 Como á vulgar bandolero,
 Y al castillo de Perote
 A pie le llevaron preso.
 Años tras años pasaron
 Que en sus alas llevó el tiempo,
 Tal pareciendo que de Haro
 No quedaba ni recuerdo:
 Pero cual rumor lejano
 La noticia vino á México,
 Que Haro triste y escondido
 En un lejano convento
 En austera penitencia
 Pasó sus años postreros,
 La maldición de Pedraza
 Con espanto repitiendo.

Marzo.—1895.

GUILLERMO PRIETO

A LLACA.

¡Llaca, por siempre adiós! Duermes tranquilo
 A la sombra del árbol de la muerte!
 Cual héroe que en la lid mostró su saña
 Y después, en la tienda de campaña,
 Feliz concilia el apasible sueño.
 No lloremos por él, volvióse al cielo;
 Su ropaje mortal guarda esta losa.
 ¡Ah! yo tomo tu acento patria mía,
 Tu voz doliente de íntimo quebranto,
 Y esparzo fecundadas con mi llanto
 Flores de amor sobre su tumba fría!
 ¡Llaca, por siempre adiós! Yo te ví un día
 Vibrar de tu elocuencia vengadora
 Rayos mil á la infame tiranía,
 Tronó tu indignación en la tribuna,
 Al grito santo retendió la tierra,
 Y pálido escuchó la voz de guerra,
 Quien tuvo encadenada la fortuna.
 Entonces, imperando en el concurso,
 La faz tranquila, con serena frente,
 La magia de tu espíritu elocuente
 A la patria estenuada revivía,
 Y relució la antorcha de esperanza
 Como el astro purísimo del día!
 ¡Ay! que esa frente que sirvió de trono
 A la augusta y fecunda inteligencia
 Yace marchita en el humilde suelo!.....
 ¿Y esta es la vida? ¿De miseria y nada!
 Bella, efímera flor que se doblega
 Al soplo ingrato de inclemente hielo;
 Gota pura de cándido rocío,
 Que brilla con el sol sólo un instante
 Al caer y apagarse sobre el polvo
 Que cubre estéril el mezquino suelo.

¿Y dejas á tu patria agonizante?
 ¡Ay! su aurora de vida independiente
 Nació alumbrando tu temprana tumba!
 Clamaste por su bien y su ventura,
 Porque fueran las leyes su divisa,
 Porque se hiciera soberana y fuerte;
 Y te escuchó; miraste su sonrisa,
 Y descanso pedistes á la muerte!.....
 Silencio! Pero vele la esperanza
 Que no pide la tumba llanto estéril.....
 Pide resolución, clama venganza.
 Sí, duermes en paz, y duérmete al arrullo
 Que te forme el combate turbulento,
 Veremos tu sepulcro con orgullo,
 Y por la patria en medio á la pelea
 Tu nombre signo de victoria sea!!!...
 ¡Llaca, por siempre adiós! Ilustre hermano,
 Tú que abrigaste siempre en tus entrañas
 Amor sublime al nombre mexicano;
 Tú que al subir al trono del Eterno,
 Dejas rastro de luz, de luz de gloria;
 Tú que amparabas á la patria mía,
 Y á interceder por ella fuiste al cielo:
 Haz que respire una aura de ventura,
 Haz por que un nuevo sol nos halle unidos
 En dulce lazo y en alianza pura.
 Ve de la patria el afrentoso ultraje:
 Mírala hollada por el vil tejano;
 Mírala presa del feroz salvaje;
 Mírala entre las garras del tirano.
 Esta es la patria que te dió su aliento
 Y con sus alas protegió tu cuna;
 Es la patria en que se halla la tribuna
 Donde sonó tu vigoroso acento:
 Esta es la patria en que tu padre anciano,
 Lloro doliente por tu nombre tierno,
 El padre de tu amor, que te besaba
 Durmiendo niño en el hogar materno.
 Ruega por esta patria, sé su amparo,
 Luzca sobre ella de esperanza el faro;
 Adiós..... escucho el bronce funerario,
 Miro ardiendo la cera amarillenta,
 Como que gime el cántico de muerte;
 Son sollozos los rezos del santuario,
 La negra fosa su poder ostenta;

Todo oprimido de dolor observo,
 Todo me anuncia del mortal la suerte;
 Pero no, que la noble inteligencia
 Jamás perece: quédase en la tumba
 La vil materia, como en seco tronco
 La red mezquina que cubrió al gusano,
 Que después convertido en mariposa,
 Desplega el ala en la región del viento;
 Tú vives ya inmortal, hondo tormento,
 Tu falta Llaca, y tu valor nos deja,
 Queda sólo á los ojos triste llanto,
 Y al triste labio dolorosa queja.

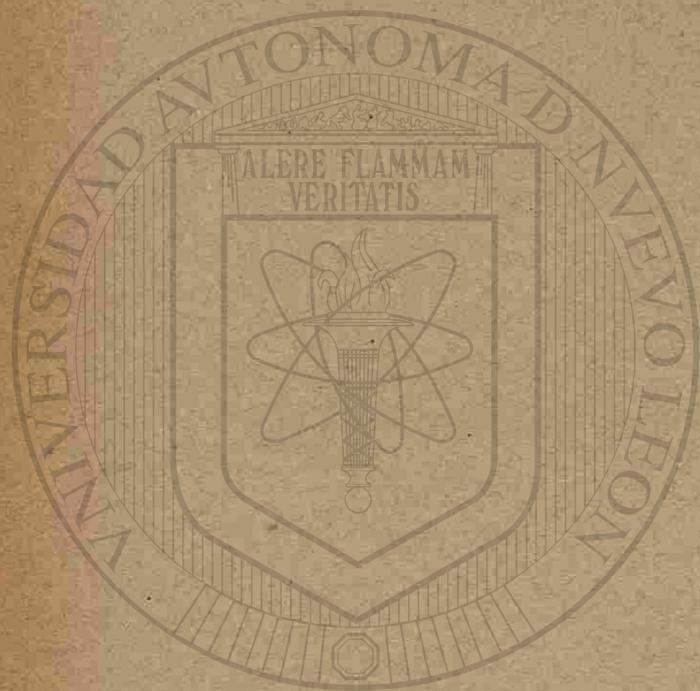
¡¡Llaca!! por siempre á Dios. El te aligera
 La tierra que te guarda en sus entrañas.....
 Viendo estoy el dolor en los semblantes
 De esos que te llamaron compañero,
 De quienes fuiste predilecto amigo.....
 El Señor de los cielos te dé abrigo
 Y torne altar tu tumba do algún día
 De libertad incienso, entre sus flores,
 Se queme en ella por la patria mía.

Diciembre 23 de 1844.

Invasión Norteamericana.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



A MI PATRIA.

¿Por qué duerme en su oprobio la señora
Del vasto septentrión? ¿Por qué humillada,
Befa ruín de alevosos invasores,
No se levanta grande y vengadora
Como ante el mundo apareció en Dolores?

Su bandera contempla el extranjero,
Y su sonrisa al verla es irrisoria;
Maldito el pueblo que en baldón convierte
Ese querido pabellón de gloria.

¿Y cómo no gemir? ¿y cómo helado
En brazos reposar de nuestra afrenta,
Si el mexicano corazón que abrigo
Dentro del pecho de dolor revienta?
¿Y cómo no gemir cuando algún día
Era un nombre de honor y de grandeza
El dulce nombre de la patria mía?.....

Como las palmas de su tierra ardiente
Entre otros pueblos se admiró su frente:
Gozaba el alma, el corazón vivía,
Cuando en las alas rápidas del viento,
Libertad! nuestro pueblo proclamaba,
Gloria! nuestro hemisferio repetía,
Y el mar que en nuestras playas se azotaba,
Libertad! en sus ondas respondía.

Entonces la divisa de insurgente
Era un signo de honor! Con tierno llanto
Se escuchaba el rumor de los combates
Mezclado con los cánticos de gloria;
Y al morir en el campo se moría
Arrullado al clamor de la victoria.

«Vé á defender tu patria, vé, hijo mío»
La madre al hijo de su amor decía,

Y el fiel guerrero con ardiente brío,
La rienda alzando á su corcel valiente,
Erguido y orgulloso se lanzaba
Buscando el estandarte independiente

Luego..... entre tus magníficos trofeos
Llorando te miré: tus propios hijos
Le quitaron la espada á tus verdugos
Para con ella destrozár tu seno.
Gemiste como huérfana sedienta,
Y hiel vertieron en tus labios rojos,
Y mil veces la mano de la afrenta
Mintió ternura y enjugó tus ojos!.....
Te cercaron con gritos de contento
Para ahogar tus gemidos de agonía,
Y al herirte, cobarde, ¡victor! ¡gloria!
La chusma de ambiciosos repetía!
¿Por qué antes de tu inícuo vilipendio
No rasgaron los Andes sus entrañas,
Y con su fuego horrísono borraron
De la faz de la tierra tu memoria?

¿Por qué en contraste vil tu hermoso cielo
Para otros soles destendió su manto,
Para alumbrar la raza degradada
Que caduca en la infamia y el quebranto?
¿Por qué pegar el labio á sus cadenas
Y hacer que solden su ominoso yugo?
Por qué hollando las huesos de los héroes
Serviles claman por el rey verdugo?

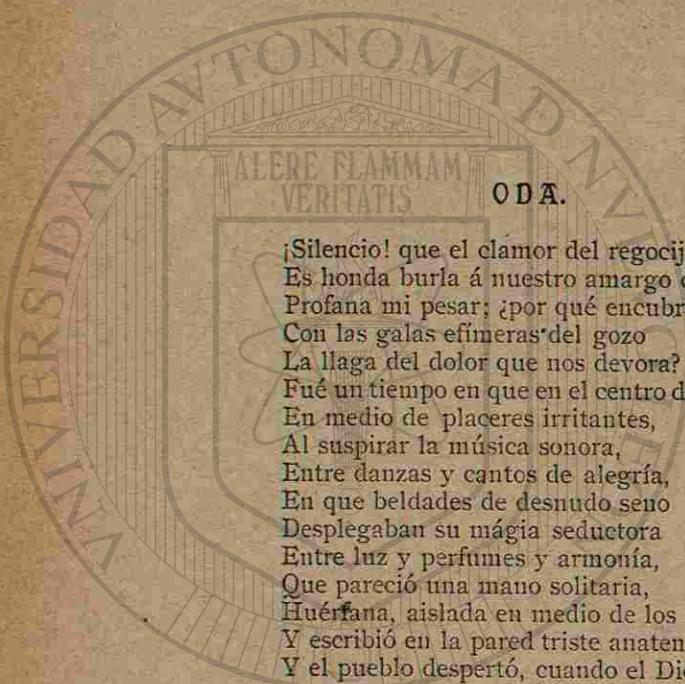
.....
Levanta, sí, tu losa ensangrentada,
Hidalgo, y sal del seno de la muerte;
Y altivo el rostro, fija la mirada,
Estendido tu brazo, erguido el cuello,
Dí entre tu pueblo con la voz airada:

«Hombres que quieren del oprobio el sello;
«Hombres que asesináis la patria amada
«Con sangre de mis venas rescatada;
«Hombres que aletargáis con el engaño
«Al pueblo y le mentís con rostro amigo,
«Encubriendo la pérfida cadena;
«Hombres que abrigan corazón de hiena
«Y almas de esclavos viles, os maldigo!

¡Omnipotente Dios! ¡Dios de mis padres!

Dios que imprimistes en la patria mía
Un sello inextinguible de belleza,
Que bajo tu mirada relucía
Tal como el mar duplica la grandeza
Del ancho firmamento,
Haz que cese, Señor, nuestro tormento;
Haz que luzca en los cielos una aurora
De unión y de contento:
Torna en pueblo de hermanos
El suelo de oprimidos y tiranos;
No le vuelvas el rostro con enojo
A las desgracias de la patria mía.
¡Ah! no; si ha de humillarla el extranjero,
Si ha de tornar su gloria en ironía,
A tí clamo, ¡Oh mi Dios! y de tí espero
Le dé su última luz, su último día,
Tu omnipotente cólera primero!

1846.



ODA.

¡Silencio! que el clamor del regocijo
 Es honda burla á nuestro amargo duelo,
 Profana mi pesar; ¿por qué encubrimos
 Con las galas efímeras del gozo
 La llaga del dolor que nos devora?
 Fué un tiempo en que en el centro de una orgía,
 En medio de placeres irritantes,
 Al suspirar la música sonora,
 Entre danzas y cantos de alegría,
 En que beldades de desnudo seno
 Desplegaban su magia seductora
 Entre luz y perfumes y armonía,
 Que pareció una mano solitaria,
 Huérfana, aislada en medio de los aires,
 Y escribió en la pared triste anatema;
 Y el pueblo despertó, cuando el Dios fuerte
 Lo alumbró con el astro de la muerte.
 Yo, al escuchar los cánticos marciales,
 Al vibrar de los bronces de las torres,
 Al estruendo solemne de la salva,
 Gemí en mi corazón. Miré aterrados
 Como espectros, alzarse en la frontera
 Los pueblos destrozados
 Calcinados sus labios con las quejas,
 Sus huesos con la infamia quebrantados,
 Y extendidos los límites de Tejas,
 Donde los nuestros ni sepulcro hallaron.
 Los ví, y entonces la alma estremecida,
 Ardiente el corazón, audaz el genio
 Dominó como el águila del cielo;
 Y el hondo acento de mi acerbo duelo
 Prestó á mis cantos entusiasmo y vida.

¡Ven, astro de Dolores! ¡La tiniebla
 Del infortunio rompe! Ven, te digo,
 Ven; como el sol á la marchita planta,
 Dános vida un momento..... ¡Patria mía!
 Te miro levantarte
 Del polvo de opresión; cuando tu pueblo
 A las lides intrépido corría,
 Y ufano y generoso
 Por tí su sangre con placer vertía.....
 Es menos grande el mugidor torrente,
 Que rompiendo sus diques, se avalanza
 Y gime entre las rocas que derriba.....
 ¡Tremendo es su furor! Su voz atruena:
 ¿Quién se opone á su curso omnipotente?
 ¿Quién, cuando Dios sus iras no encadena?
 Así ¡oh pueblo! te vieron: así un día,
 De tu venganza al choque furibundo,
 Salva tu fama los extensos mares,
 Y un pueblo de héroes se revela al mundo.
 ¡Bello era el porvenir! Del seno mismo
 De la empeñada lucha destructora,
 El pueblo distinguía
 Tiempo más bello y bella á nuestra patria,
 Con la luz apacible de otra aurora.
 Tal sobre las montañas un viajero
 Circundado de nubes tempestuosas,
 Que abortan rayos mil, que se despiden
 Con lúgubre fragor, que hórridas forman
 Lago de fuego que en los aires flota,
 De do implacable el exterminio brota;
 Al romperse al azar la negra nube
 Suele mirar risueña la campiña
 Y al sol poniente, que del manso lago
 En la ola blanda trémula riela;
 Suele mirar cortados los jardines
 Por diáfanas corrientes,
 Y campos do la paz y la abundancia
 Formaron quieta y deliciosa estancia.
 Tal se miró en los campos de Dolores
 ¡Ay! nuestro porvenir: el desengaño
 Con mano osada arrebató la venda,
 Y el porvenir, en ignorada senda,
 Nos dió cosecha de fecundo daño.
 Aquel pueblo de hermanos fué de hienas,
 Sediento de poder; hechas pedazos

Sus bárbaras cadenas,
 Prueba su esfuerzo, ocúpense sus brazos
 En guerras fratricidas;
 ¿Por qué cambian de nombre los tiranos?
 ¿Por qué viles arrancan esa presa
 Al orgulloso Ibero,
 Para ¡verdugos! con sus propias manos
 Romperle el corazón? ¿Por qué violando
 Los nombres santos: libertad y gloria,
 La hundís, ingratos, en la vil escoria,
 Sedientos de poder, ébrios de mando?
 ¿Por qué armáis en la sombra al asesino
 Para que ciegue infame la cabeza
 Donde eternos brillaban los laureles
Del Adalid del Sur? ¿Por qué á esta patria,
 Tan bella, tan amable, tan heroica,
 Ludibrio la volvéis del extranjero,
 Y en vil mercado, como infame esclava,
 Traidores, la ofrecéis? ¿Por qué la virgen
 Del septentrión, la rica, la hechicera,
 Llorá en medio del mundo sin amparo,
 Como infame ramera?
 ¡Patria hermosa de Hidalgo! ¡patria mía!
 Tu me diste en tus auras el aliento:
 En tu espléndido cielo miré el día
 De la existencia al encontrar la playa:
 Y triste y desgraciada, más te adoro:
 Es tu nombre mi acento de armonía;
 Es tu amor mi tesoro;
 Siempre acató tu encanto soberano
 Mi ardiente corazón de mexicano.
 ¿Qué, siempre gemirás; siempre en las luchas
 De opresor ambicioso y de oprimido,
 Los cánticos de gloria del que vence
 Serán escarnio de tu atroz tormento?
 ¿Siempre será una flor lanzada al fango
 Del que manda la pérfida lisonja?
 ¿Será siempre su hipócrita caricia
 Beso traidor del que seduce astuto,
 Que encubre cauteloso la malicia,
 Que presagia á la virgen llanto y luto?
 ¿Amáis la libertad? ¿la amáis? ¡Mentira!
 ¿Quién como Curcio su existencia entrega
 Y por la Patria y por su bien expira?
 ¿En dónde está el puñal que blandió Bruto?

¿Quién á Trajano en nuestros hombres mira?
 ¿Queremos libres ser? ¿y sólo vemos
 El círculo mezquino que rodea
 Al solio del que manda? ¿libres somos?
 ¿Y enciende impune su horrorosa tea
 En nuestro seno la voraz discordia,
 Y su cauda de fuego en nuestras playas
 Al viento libre destructora ondea?
 ¿Queremos libres ser, y gime atada
 La turba ciega al carro del potente,
 Mientras hambriento el útil artesano
 Desprecio lleva en la abatida frente?
 ¿Queremos libres ser, é intolerantes
 Imponemos el yugo ignominioso
 De mezquinas pasiones,
 Déspotas, á los pueblos más distantes,
 Estúpidos cercando al poderoso?
 ¿Queremos libres ser, y honda rencilla
 Nos destroza sin fin, y en cruda guerra,
 Hierde el hermano el pecho del hermano,
 Mientras el yankee audaz ve las querellas,
 Y aumenta vil con temeraria mano
 De su pendón odiado las estrellas?
 ¡Esa no es libertad! la del salvaje,
 Que al rudo empuje y al brutal coraje
 Debe sus goces ¿libertad? ¡mentira!
 ¿Cómo adunamos libertad y crimen?
 ¿Pensáis que las sangrientas bacanales
 De esa Francia infeliz, cuando corría
 Delirante en las plazas, descarriada,
 De sangre tinta, armada de puñales,
 Refrescando en la sangre que vertía
 La horrible guillotina,
 Su febril labio? ¿Pensaréis acaso
 Que allí la libertad resplandecía?
 Hombres, allí la humanidad temblaba,
 El pueblo con furor se suicidaba;
 Libertad ¡ay! sacrílego decía;
 Y el Dios que dió la libertad al mundo
 A ese pueblo verdugo maldecía.
 Sublime libertad, sol de las almas,
 Vida del mundo, bien de las naciones,
 Bella eres, cuando dando al pensamiento
 Tus alas de oro, triunfa de los mares,
 Abate al rayo y encadena al viento.

Bella eres, si á tu influjo, derramando
 Al comercio sus aguas fecundantes,
 Brotan pueblos felices
 Que tú, ¡oh Dios de bondad! tierno bendices.
 Bella eres cuando mandas, y del pueblo
 Llega el magnate á recibir las leyes,
 Y es irrisión la pompa del orgullo,
 Y farsas los caprichos de los reyes.
 Bella eres dispensando tus honores
 Tan sólo á la virtud, cuando los pueblos
 Al obtener un lauro, una victoria,
 Piden por premio el bien de sus hermanos,
 Y una sola sonrisa de la gloria.
 ¿No es cierto, respondedme, mexicanos,
 Que así vieron los héroes de Dolores
 La libertad que amantes nos legaron?
 ¡Omnipotente Dios! mi Dios, Dios mío,
 Mira á tu pueblo, vélo, que perece:
 ¿La luz de libertad le concediste
 Para alumbrarle el insondeable abismo
 A cuyo borde está? ¿Su antigua gloria
 Formará siempre lúgubre contraste
 Con su vida de angustia y de miseria?
 Tú que dijiste: resplandezca el día,
 Y brotó el sol á tu divino acento,
 ¿Por qué no vuelves á la Patria mía
 Su lustre y su contento?
 ¿No apuró gota á gota en su agonía
 El cáliz del tormento?
 ¡Generación de Hidalgo! ¡mis hermanos!
 ¡Hombres que amáis la libertad! No en ocio
 Permanezcan más tiempo vuestras manos;
 Hay una luz sublime de esperanza.
 ¿Lo adivináis? ¡Nombrando á los tejanos,
 La alma revive al exclamar: ¡venganza!
 ¿Queréis ser pueblo? ¿Pretendéis que os mire
 Sin marca horrible de baldón el mundo?...
 Mexicanos: unión; á la pelea,
 Y gloria ó muerte la divisa sea.
 Entonces, sí, ferviente el regocijo,
 Ocupenos sin fin; entonces dulces,
 Pueblen el aire plácidos acentos....
 Hoy el placer es vil, infame el llanto.
 Patria de mis hermanos, Patria mía;
 Si no ha de ser de gloria tu existencia;

Si hollada tu memoria llega un día
 Que pierdas tu sagrada independencia.....
 Sé clemente, ¡Gran Dios! Hunde en la nada
 La Patria de Galeana y de Morelos:
 Yo besaré, Señor, tu mano airada,
 Y veré como luz afortunada
 La luz postrera que nos den los cielos.

1847.

UN MOMENTO DE FORMALIDAD.

A MI PATRIA.

¡Dios de mis padres! ¡Dios de las naciones!
 ¡Omnipotente Dios! Mira el quebranto
 De la patria adorada que á mis ojos
 Dió por primera vez la luz del día.
 ¿Por qué á sus hijos quitas la pujanza?
 ¿Por qué al sentir que viles los oprimen,
 Sus labios mustios de tormento gimen,
 Y no claman, ¡ó Dios! ¡guerra! venganza!
 Cadáver Veracruz junto á los mares,
 Reina sin cetro, víctima sangrienta
 Oyó al morir los hurras de victoria,
 Del que empapó con sangre sus hogares!!
 ¿No despertáis? ¿Los gritos de alegría
 Que ufano lanza el invasor triunfante,
 Te arrullan de la infamia en el letargo?...
 ¡Oh tormento! ¡oh baldón! ¡oh patria mía!
 ¡Ved!!! las familias huyen con espanto
 A la luz del incendio de los pueblos,
 Mientras que las mil bocas de los bronce
 Del extranjero, aclaman el dominio,
 En medio del terror y el exterminio!!
 ¿Y dónde el pueblo está que en otro tiempo,
 De su ira el rayo fulminó en Dolores,
 E hizo pavesa el trono del tirano?
 ¿Y dónde el pueblo está que cual la lava
 De tremendo volcán, rompió sus hierros,
 Se tornó grande, se alentó en la gloria,
 Y de héroes una patria anunció al mundo
 Sublime con el sol de la victoria?

¡Patria hermosa de Hidalgo! ¡patria mía!
 ¡Como proscriptos en tu hermoso suelo,
 Comeremos el pan de la agonía:
 Como mendigos, de la patria al dueño,
 Iremos á pedir arrodillados,
 Tierra para dormir el postrer sueño!...
 ¡Serán nuestras angustias sus placeres:
 De nuestro amor los hijos, sus esclavos;
 Y les darán solaz nuestras mujeres
 Entre los restos, ¡ay! de nuestros bravos!
 No; que el enojo seque nuestro llanto,
 No, mil veces morir, que á tanta afrenta
 Es un oprobio estéril el quebranto,
 Cuando de rabia el corazón revienta!
 No, que está el labio de furor sediento;
 Tal sed, sólo con sangre se sacía:
 Fuerza es purificarlo para alzarte
 Cánticos de alabanza, ¡ó patria mía!
 El invasor con planta temeraria,
 Los miembros dispersó del que en las calles
 Reclamando piedad, se arrastró herido.
 Las vírgenes, los niños á sus plantas
 Corrieron en tropel á sus trincheras,
 Y en sus vidas, cobardes se cebaron
 Con crueldad y con ansia de panteras:.....
 ¡Clamad por paz... pedídsela villanos,
 Mientras besan las olas en la playa
 Los huesos de insepultos mexicanos!
 Pedid la paz, la firmará insolente,
 Humedeciendo su tremenda pluma,
 Del que por darnos patria esté expirando
 En la herida latiente.
 Pedid la paz junto al violado lecho
 De la esposa y la virgen ultrajada:
 Pedid la paz esclavo satisfecho,
 Que el invasor te otorgue con la espada,
 Renuncia de tu pueblo á la memoria,
 Para quedar escoria de la escoria,
 Que te envuelve, y te humilla, y te degrada!!!
 ¡Dios que tendiste un cielo de zafiro
 Como dosel, sobre mi patria amada,
 Joya hermosa de América la fértil,
 Bella y gentil, y rica, y admirada:
 ¡La de las fuentes de aguas cristalinas:
 La de las ricas y variadas flores:

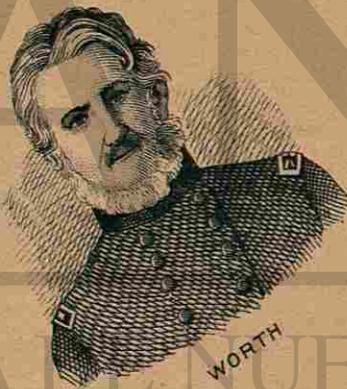
La de tesoros vírgenes, fecundos:
 La perla encantadora de dos mundos:
 La de beldades cuna, la opulenta:
 La madre augusta de ínclitos guerreros...
 ¡Morir! ¡morir! en medio de la afrenta:
 ¡Ser botín de bandidos extranjeros,
 ¡No eres tú nuestro Dios? ¡Dios sacrosanto!
 A cuyo signo de piedad el rayo
 Recoge el ala bajo tu amplio manto?
 ¡No eres tú nuestro Dios el que borraste
 De la faz espantada de la tierra
 Con la ola inteligente del Mar Rojo,
 De Faraón las huestes furibundas?
 ¡No eres ya nuestro Dios? ¡Por qué no infundes
 Fuerza á los brazos, á las almas brío,
 Para hundir en el fango que ha formado
 Con nuestra sangre en nuestro propio suelo,
 La frente vil del invasor impío?...
 ¡Guerra! ¡guerra sin fin! álcense ahuyando
 Como el león herido, pueblos ciento,
 Levantemos las frentes vengadoras...
 Ya escucho el estridor de los combates,
 Ya relincha el bridón, suena la trompa,
 Ya reluce una aurora de esperanza,
 Ya toda la Nación tiene un acento
 Que clama sin cesar: ¡guerra y venganza!
 ¡Guerra! ¡guerra! de Hidalgo descendientes,
 ¡Guerra! ¡guerra! la patria de Morelos.
 Todo se alienta, impávidas las frentes
 Beben la luz de gloria de los cielos!!
 Bien, á morir así, tan sólo hermanos,
 Luchando contra infames invasores,
 Y flota, dirigiendo mexicanos,
 Donde esa nueva luz feliz resbala
 Alumbrando los hijos de Dolores
 El adorado pabellón de Iguala!

.....
 Patria, patria, mi amor, si este es un sueño,
 Es el sueño de un hijo que te adora
 Y vierte llanto por tu adversa suerte;
 Mas si es sueño y no más, de Dios implora
 Que le oculte en la sombra de la muerte,
 De tu ignominia la funesta aurora!!!

Abril de 1847.



TAYLOR

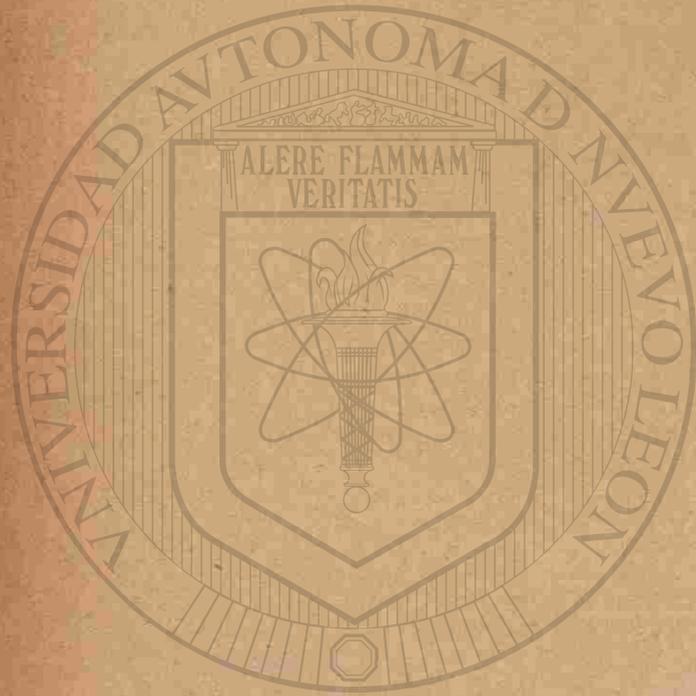


WORTH



SCOTT





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AL MINISTRO
MISTER JUAN SLEIDELL.

DESPEDIDA.

Vete al diablo, Mister Juan,
Mister Juan, adiós, adiós,
Vete, porque no te dan;
Vete, que no hay vengá á nos
Mister Juan.

¿Cómo te recibirán?
¿Qué tal viste á los salvajes?
Dícelos, Juan, por tu vida;
Tu misión aplaudirán,
Que fué misión divertida,
Mister Juan.

Entraste en la diligencia
Y después pediste papa,
Y debiste la existencia
A la purga de Jalapa.
Es cierto, el pueblo es patán,
pero los conoce mucho,
Mister Juan.

Ese pabellón de estrellas
Desplegó toda su gala;
Pero tu estrella fué mala,
¡Por Satán!
Vete por donde veniste,
Y diviértete; vas triste,
Mister Juan.

Vuelve á mascar tu tabaco,
Vuelve al buey y á la cerveza,
Porque te vimos el flaco,
Y perdiste la cabeza
A lo bausán;
Vé y encomiéndate á Baco
Para olvidar tu simpleza,
Míster Juan.

A extranjeros como hermanos;
Mas no somos tan ilusos
Que toleremos intrusos
Que con aire de tiranos,
Desprecio sólo nos dan.
—¡Vive Dios! si así pensaste,
Confiesa que te clavaste,
Míster Juan.

Vuelve, chico, á tus patatas;
Y á hablarnos del Oregón,
Y á tus lides de piratas;
Vuelve á tu grande nación
De esclavos y cuarteronas,
Aragán:
Deja de ser diplomático,
Porque con eso ocasionas
Que te tengan por lunático,
Míster Juan.

Adiós, adiós; y cuan pocos
De nuestra tierra se van.
¡Con tu misión te luciste!
No estés triste;
Tal vez te perdonarán:
Adiós; no fué tan salvaje
El pueblo á que echaste el viaje,
Míster Juan!!

1846.

FIDEL.

GRANDE
Y VERIFIQ ROMANCE DEL CRISTE
GANA - PIERDE.
1847.

I

AQUI EMPIEZA.

Lindas estrellas del Norte,
Del Norte claras estrellas,
Que en el fondo de los cielos
Me estáis contemplando trémulas
¡Al revivir mis recuerdos
Queréis que sienta las penas
De mi patria idolatrada
En sus dolorosas guerras,
Que preparó la injusticia
Y que consumó la fuerza?
Pues escuchad, que ya alista
Mi triste lira sus cuerdas,
Y vuestro color de lágrimas
Simpatiza con las nuestras.

II

ANTES DE LA BATALLA.

De Palo Alto y la Resaca
Quedaban rastros sangrientos,
Y Monterrey mal herido
Gime en la derrota envuelto.
El pendón de las estrellas
Dominaba en los desiertos,
Y de San Luis nuestras tropas
Se preparan á su encuentro.

En tanto con indolencia
 Mira nuestra hermosa México
 Que se despeña Paredes,
 Que Salas es el primero
 Abrazado con Lafragua,
 Y la Iglesia haciendo terno.
 Mas todos vieron absortos
 Ir de la elección surgiendo
 A Santa Ana presidente;
 Farías de desempeño;
 Y á punto de destrozarse
 Al frente del extranjero,
 Dos partidos enemigos,
 Mereciendo oprobio eterno.
 En San Luis está Santa Ana
 Organizando el ejército,
 Recibiendo testimonios
 Entusiastas de los pueblos.
 Unos patriotas Estados
 Daban hombres y dineros;
 Mientras otros se entregaban
 De la vil infamia al sueño:
 El caudillo de Tampico
 Se portaba activo, diestro;
 Sus valientes oficiales
 Pugnaban por no ser menos,
 Y el viento auguraba triunfos
 Y lauros brotaba el suelo.
 Pero no dejaba el jefe
 Lo típico de su genio:
 Conjunto de luz y sombra,
 Tejido de blanco y negro,
 En que el tinte de lo malo
 Acababa con lo bueno;
 Valiente pero arbitrario,
 Generoso y malos hechos,
 Sensible para la gloria
 Pero de ruines manejos;
 Admirador de lo grande
 Pero hundido en lo pequeño;
 Ignorante hasta lo sumo,
 Pero viendo con desprecio
 A la sesuda experiencia
 Y del sabio los consejos;
 Viéndose con extrañeza

En ese mar de defectos
 Rasgos de amor á la Patria,
 La bravura y el talento.
 En lo íntimo dominaban
 Los favoritos, el juego,
 Las mujeres desastradas
 Y los viles usureros.
 Así al faltar los recursos
 Por las contiendas de México,
 El hambre entró en los cuarteles,
 En San Luis el descontento,
 Y en las almas asomaban
 Fatales presentimientos.

III

MARCHA A LA ANGOSTURA.

Recuerdos desgarradores
 Que al estar resucitando
 Mi mente llenáis de sombras,
 Llenáis mis ojos de llanto,
 Atravesáis como suelen
 De luz de tumba los rayos
 Sobre insepultos despojos
 Y sobre restos humanos.
 ¡Oh memorias doloridas
 Que cruzáis por el pasado
 Como bandada de cuervos
 Entre bosques incendiados
 Que destruyó la tormenta,
 Que aniquilaron los rayos;
 Ramas secas, troncos negros
 Como recuerdo dejando
 De la destrucción horrible
 Y del furor de los hados;
 Así recuerdo la marcha
 De aquel ejército bravo
 Que caminó á la Angostura
 Con hambre, con sed, descalzo,
 Casi desnudos lo unos,
 Otros muchos desarmados,
 Y multitud de infelices
 Recogidos en los campos.

El invierno sus horrores
 Desplegaba con espanto,
 Y el inclemente desierto
 Al verlos entre sus brazos
 Les brindaba con la muerte
 Como alimento y descanso:
 Al abandonar sumisos,
 Fieles los últimos ranchos,
 Vieron como mar tendido
 Sin un accidente el llano,
 Ni árbol, ni roca, ni arbusto,
 Ni un arroyo, ni un barranco,
 Yerba rüin y sol quemante,
 O soplos de viento helado;
 E iba dejando regueros
 La enfermedad y el cansancio,
 Esperando muerte cierta
 En dolor y desamparo.
 Inesperado gran bosque
 De hermosas palmas hallaron
 Se acogen á su grandeza,
 A sus troncos arrimados
 Favor le piden al fuego,
 Pero el huracán soplando
 Desata voraces llamas
 Que por las palmas treparon
 Formando de intenso fuego
 En las alturas océano.
 Y aquel consuelo mentido,
 Aquel pasajero engaño,
 Se torna fatal desastre
 Para los pobres soldados.
 Al fin están frente á frente
 Del enemigo buscado
 Que se encuentra en *Aguanueva*
 Atendido y en descanso.
 Nuestros clarines resuenan,
 Se despierta el entusiasmo,
 Se elevan nuestras banderas,
 El gozo incendia los ánimos,
 Los vivas pueblan los aires,
 Relinchan nuestros caballos,
 Y las músicas marciales
 Vuelan lletando el espacio.

IV

LA BATALLA.

En el árido desierto,
 Do va á librarse el combate
 Dos hileras de colinas
 Forman un angosto cauce:
 Al oriente la muralla
 Está de cerros más grandes,
 Y al Occidente se extienden
 Con hondas desigualdades;
 Pero en extensión inmensa
 Vense de una y otra parte
 Como escalones de loma
 Limpias y sin matorrales
 Como las gradas de un circo
 De poderosos titanes.
 Sin un punto de sosiego
 Gritan á la tropa ¡avancen!
 Y se escuchan las descargas,
 Ruge el cañón rimbombante,
 Y á un cerro desamparado
 Que Taylor dejó culpable,
 Y era del campo enemigo
 Ciudadela formidable,
 Ampudia marcha resuelto,
 Taylor se opone constante,
 Y avanzan y retroceden:
 Todo es humo y fuego y sangre.
 Allí Luis Gonzaga Osollo
 Y otros nobles oficiales,
 Circundados por la gloria
 Fueron en la lid gigantes.
 La noche compadecida
 Del cielo quiso lanzarse
 Para dar propicio aliento
 A los que ardientes se baten;
 Pero al extender sus alas,
 Con entusiasmo vibrante
 Oyó gritar en la tierra
 Y oyó tronar en los aires

003187

Los vivos á nuestras tropas
Hollando el cerro triunfantes.

Despierta la nueva aurora,
Renaciendo la contienda
Con arranques de salvajes
Y con el furor de fieras;
Lo propio que dos torrentes
De dos alturas opuestas
Se precipitan furiosos,
Y en la hondonada se encuentran,
Destruyendo, aniquilando,
Y chocándose tremendas,
Las beligerantes turbas
Que encarnizadas pelean;
Ya trepando ó descendiendo
De las lomas por las grietas;
Como entre olas de humo negro
Se ven flotar las banderas,
Y el acero de las armas
En ráfagas reverbera;
Corre la sangre á torrentes,
Los broncees gimiendo truenan;
Los ayes de los heridos,
El insulto, la blasfemia,
El trueno, el clarín, los vivos
En tumulto el aire llenan;
Las mujeres del soldado
Con los que luchan se mezclan,
Con los brazos levantados,
Con su sueltas cabelleras;
Atendiendo á los heridos,
Con el moribundo tiernas;
En cada empeñado choque
Nuestros valientes imperan
A pesar de los de Taylor
Que cual bravos tigres eran,
Y diestros y arrebatados
En la tremenda refriega:
Ya parece que los nuestros
Sucumben y se dispersan;
Ya aparecen del contrario
Con cañones y banderas;
Y aquí Blanco se distingue,
Allá Torrejón campea,

Más allá, tú conquistabas
Ilustre Micheltorena
Brillantes lauros muy dignos
De honor y de fama eterna.
¡Cómo rendir homenaje
Y cómo ensalzar quisiera
Las hazañas de Parrodi,
De Lombardini y Juvera!.....
Tornó á desplegar la noche
En el cielo su tiniebla:
Quedamos dueños del campo,
Y era la victoria nuestra.

Pero Santa Ana, ligero,
Brusca retirada ordena,
Y á Taylor y á los vencidos
Los lauros del triunfo deja:
Quedando á nuestros soldados
El desastre y la miseria;
Y en pago de su bravura
Y sus virtudes excelsas
De la derrota terrible
El horror y la vergüenza.

ROMANCE AVERIADO,

MORCIFICADCE Y ESPIROSO DE LOS POLKOS.

I

EMBESTIDA DE AL PRENCIPIO.

Por más que hábiles disculpas
 Le quieran servir de velo
 A procederes villanos
 Y á los criminosos hechos,
 Al través de su tejido
 Se miran los *desperfeitos*.
 De Palo Alto y la Resaca
 Sangraban nuestros recuerdos,
 Y Monterrey su desdicha
 Lloraba en lecho sangriento;
 Taylor cerca la Angostura
 Se engalanaba soberbio
 Con los lauros que ganaron
 En reñida lid los nuestros,
 Y que abandonó Santa Ana
 En un arrebato ciego.
 Por Veracruz asomaba
 Arriesgado el yankee fiero;
 Y los valientes guardianes
 Del abandonado puerto
 Resistencia preparaban
 Con milagrosos esfuerzos,
 Dando al general Morales
 Vida y poderoso aliento,
 El grande Gómez Farías
 Digno llevaba el gobierno,
 En México envenenado

Por las intrigas del clero,
 La indolencia de los ricos,
 De moderados el miedo,
 Y los odios á Santa Ana
 Por sus caprichos y excesos.

II

LOS POLKOS.

Pero entre los mil peligros
 De aquella época funesta
 La discordia dominaba,
 Se cernía la miseria,
 Y el rencor de los partidos
 Llevaba en alto su tea.
 Al clero le pide auxilios,
 Y éste con astucia artera
 Evade, burla, se esconde
 Con los fueros de la Iglesia;
 Y aliándose al fanatismo
 Y conspirando en reserva,
 La instancia de los patriotas
 Convierte en guerra de creencias.
 Eran guardias nacionales
 Separados y sin mezcla,
 Niños puleros y decentes
 De las casas solariegas,
 Los empleados sedentarios
 De complexión apoplética,
 Obreros y dependientes
 De menos alta ralea
 En que Payno figuraba,
 García Torres y Balderas;
 Y eran cuerpos de «Victoria»
 De «Hidalgo» «Mina» y etcétera;
 Y era aparte un peladaje
 Que sin pies y sin cabeza
 Se agolpó á Gómez Farías
 Con atrevida entereza,
 Con Juan José Baz ardiente
 Arriesgando la *pelleja*.
 Vuelan doquier desconfianzas;
 Doquier cunden las sospechas;
 Se dice que se desarman

A los finos con dureza,
 Y el amor propio los une
 Y de ira y rencor blasfeman.
 Clérigos y moderados
 Aturdidos se congregan,
 Y les favorece una orden
 Que recibe «Independencia»
 De que á Veracruz caminen
 A donde el invasor llega.
 Estalla el pronunciamiento,
 Corre gente, cierran puertas
 Y el ronco cañón proclama
 Contra del Gobierno guerra.
 Farías, grande, impasible,
 Sin ver ni contar su fuerza
 La energía le agiganta,
 El desastre no le arredra,
 Y con la ley en la mano
 Alza erguido la cabeza.

III

CURAS Y SACRISTANES.

Mayordomos, sacristanes,
 Mochos, mochas y beatas,
 Monaguillos bisvirindos
 Y monjas despabiladas
 Con los soldados de Cristo
 Forman concurso y alianza.
 Se quebranta la clausura:
 El templo es cuerpo de guardia;
 Y llueven sobre los pechos
 De la falange cristiana
 Los dijes con cera de agnus,
 Relicarios y medallas.
 ¡Cuál se humanizan las monjas!
 ¡Cómo se entienden las almas!
 ¡Cómo truenan dulces besos
 Entre la cruz y la espada!
 Y en medio de esos delirios
 Y al través de tanta farsa,
 ¡Cuanta vileza encubierta,
 Cuanto luto y cuanta infamia!
 Y ese clero, que sus bienes

Para lo santo guardaba,
 Era el que con sus dineros
 Daba pábulo á la llama,
 Y los prodigaba fácil,
 Contento y con mano franca.

IV

DENTRO Y FUERA.

Los de Palacio resisten;
 Los rebeldes se amodorrán,
 Y á la ciudad en tortura
 La hambre y el dolor devoran.
 Se encuentran en las alturas
 Haciendo fuego las tropas
 Con empeñados disparos,
 Que en vez de matar, azoran
 Á tímidos pajarillos,
 Cacomiztles y palomas.
 La ciudad está desierta,
 En sus calles no se notan
 Ni el ruido de los carruajes,
 Ni aun las pisadas miedosas.
 Las ventanas y las puertas
 O se cierran ó se entornan,
 Porque con la luz, el susto
 Penetra en las casas todas:
 En las esquinas se agrupan
 Algunas gentes medrosas
 Que al amparo de la piedra
 Curiosas el rostro asoman,
 O que espían un momento
 Pasar de una acera á la otra,
 Y hallan heridas ó muerte
 Las inocentes personas:
 El hambre martirios siembra,
 Al enfermo se abandona
 En su doloroso lecho,
 Sin que nadie le socorra;
 Y el cadáver en las casas
 Entre cirios se estaciona,
 Porque obstruyen los peligros
 El camino de la fosa.
 Mas á pesar de que tiende

La guerra su horrible sombra
 En las *pulcatas* impera
 El retozo y la camorra.
 Los fandangos se hacen rajas,
 Los pleitos doquiera brotan,
 Los chicos están de huelga,
 Los artesanos sin obra,
 Los catrines en el cielo,
 Y las pollas en sus glorias.
 Por las garitas se escurren
 Con inquietud presurosas
 Familias que de la quema
 Huyen con ansia y congoja,
 Llevando en alto, plumeros,
 Colchones, sartenes, botas,
 En prisión estrecha el gato,
 Y en su jaula la cotorra.
 El interior del convento
 Presenta aspecto que asombra:
 ¡Qué ternezas de las madres!
 ¡Qué comidas tan sabrosas!
 ¡Qué fervores de los pollos!
 ¡Qué extremos de las devotas!
 En los cuarteles de polkos
 Ninguno á lo serio toma
 Ni la honra de nuestra patria
 Ni su humillante deshonra.
 El regocijo domina,
 Abundan las comilonas:
 Enorgullece á los bravos
 Que la religión apoyan
 El cariño de los deudos,
 Obsequios de las matronas,
 Las bendiciones de ancianos,
 Las ternezas de las novias,
 Y del púlpito los ecos
 Que las iglesias pregonan,
 Y que de la gloria eterna
 Les promete las coronas.
 En Palacio está Farías
 Tan firme como la roca.
 Y la chusma de pelados
 Que fieles no le abandonan
 Enfrenan á los decentes
 Que del honor hacen mofa;

Y se imponen valerosos
 A sus traidoras maniobras.
 Entretanto en la posada,
 Que la Bella Unión se nombra,
 En el aposento estrecho
 De González de Mendoza
 Los moderados influentes
 La salida salvadora
 Buscan al indigno embrollo
 De la situación penosa.
 Pedraza, Yáñez, Otero
 Un nuevo plan confeccionan,
 Y con los suyos acuerdan,
 Y á Prieto se comisiona
 Para que al que manda en jefe
 Explique aquella reforma.
 Y este fué el negro pecado
 Cuya mancha no se borra,
 Que á Prieto humilla y amarga
 Con constancia punzadora,
 Y que en su vejez enferma
 Es espina dolorosa.
 La revolución no avanza:
 Muchos polkos reflexionan
 Que su conducta es indigna
 De mexicanos patriotas:
 Y la deserción comienza,
 Y la pujanza se acorta.
 Repentinos, de la escena
 Los moderados se borran:
 Y el clero al cerrar sus arcas
 Dice: *ad majorem dei gloriam.*

EL ARZOBISPO Y EL POLKO.

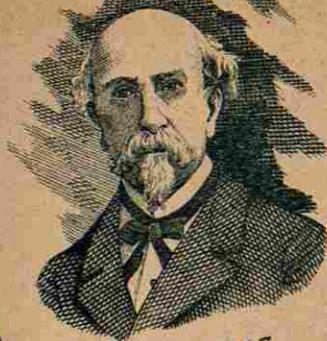
Son los viles cortesanos,
 De la fortuna cortejos,
 Como en nuestra hermosa tierra
 Son los pájaros viajeros,
 Que luego que se perciben
 De los rigores de invierno
 Se alejan á otras regiones
 En busca de mejor cielo;

O cual volubles veletas
 Que van por donde va el viento,
 Y que, viva el rey, exclaman
 Dejando atrás al rey muerto.
 Así, cuando de los polkos
 La mala suerte sintieron
 Los varones de la Iglesia,
 Las ratas de los conventos,
 Persignándose los frailes
 Súbito desaparecieron.
 La Iglesia lloró pobreza;
 Esparcióse el descontento;
 Y amenazantes sonaban
 De catástrofe los truenos.
 Peña y Barragán llevaba
 Dentro del pecho un infierno
 Al mirar á sus aliados
 Entregarse al blando sueño;
 Y para exponer sus ansias,
 Y de ira y de rencor lleno,
 Mandó ver al Arzobispo,
 Y dió la encomienda á Prieto.

VI

ENTREVISTA.

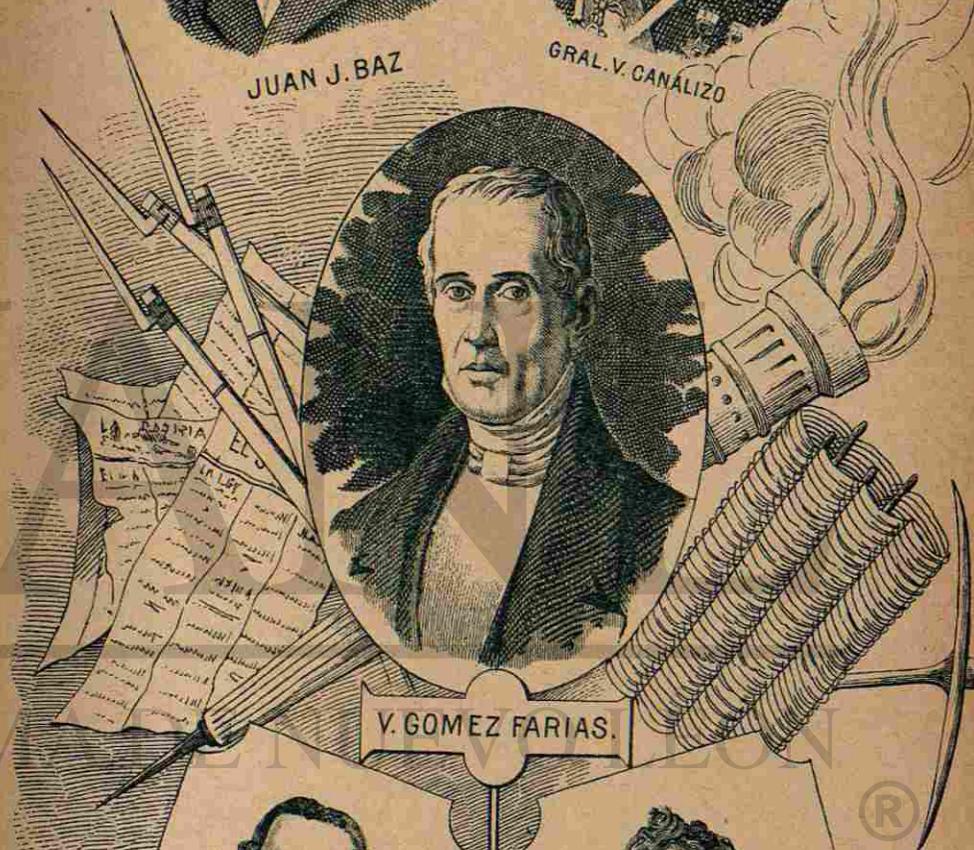
El Arzobispo Irizarri
 Era de corta estatura;
 Como de marfil el rostro
 Que anunciaba bondad suma;
 Pero en sus ojos pequeños
 Brillaba inquieta la astucia,
 La mirada indagadora,
 Y la reflexión profunda.
 Habitaba en una casa
 Por San Cosme, baja, oscura,
 En un rincón olvidado,
 Como á la garita adjunta;
 A la entrada el emparrado,
 Arboles de sombra y frutas,
 Y la habitación en alto
 Entre las ramas oculta;
 En una estancia apartada
 Sin cortinas ni pinturas,



JUAN J. BAZ



GRAL. V. CANALIZO



V. GÓMEZ FARIAS.



D. MANUEL PAYNO



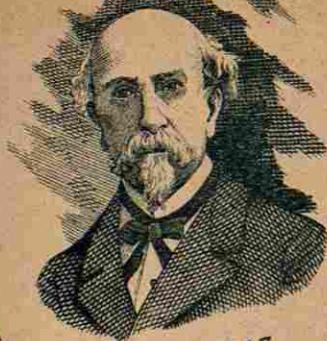
GRAL. MENDOZA

O cual volubles veletas
 Que van por donde va el viento,
 Y que, viva el rey, exclaman
 Dejando atrás al rey muerto.
 Así, cuando de los polkos
 La mala suerte sintieron
 Los varones de la Iglesia,
 Las ratas de los conventos,
 Persignándose los frailes
 Súbito desaparecieron.
 La Iglesia lloró pobreza;
 Esparcióse el descontento;
 Y amenazantes sonaban
 De catástrofe los truenos.
 Peña y Barragán llevaba
 Dentro del pecho un infierno
 Al mirar á sus aliados
 Entregarse al blando sueño;
 Y para exponer sus ansias,
 Y de ira y de rencor lleno,
 Mandó ver al Arzobispo,
 Y dió la encomienda á Prieto.

VI

ENTREVISTA.

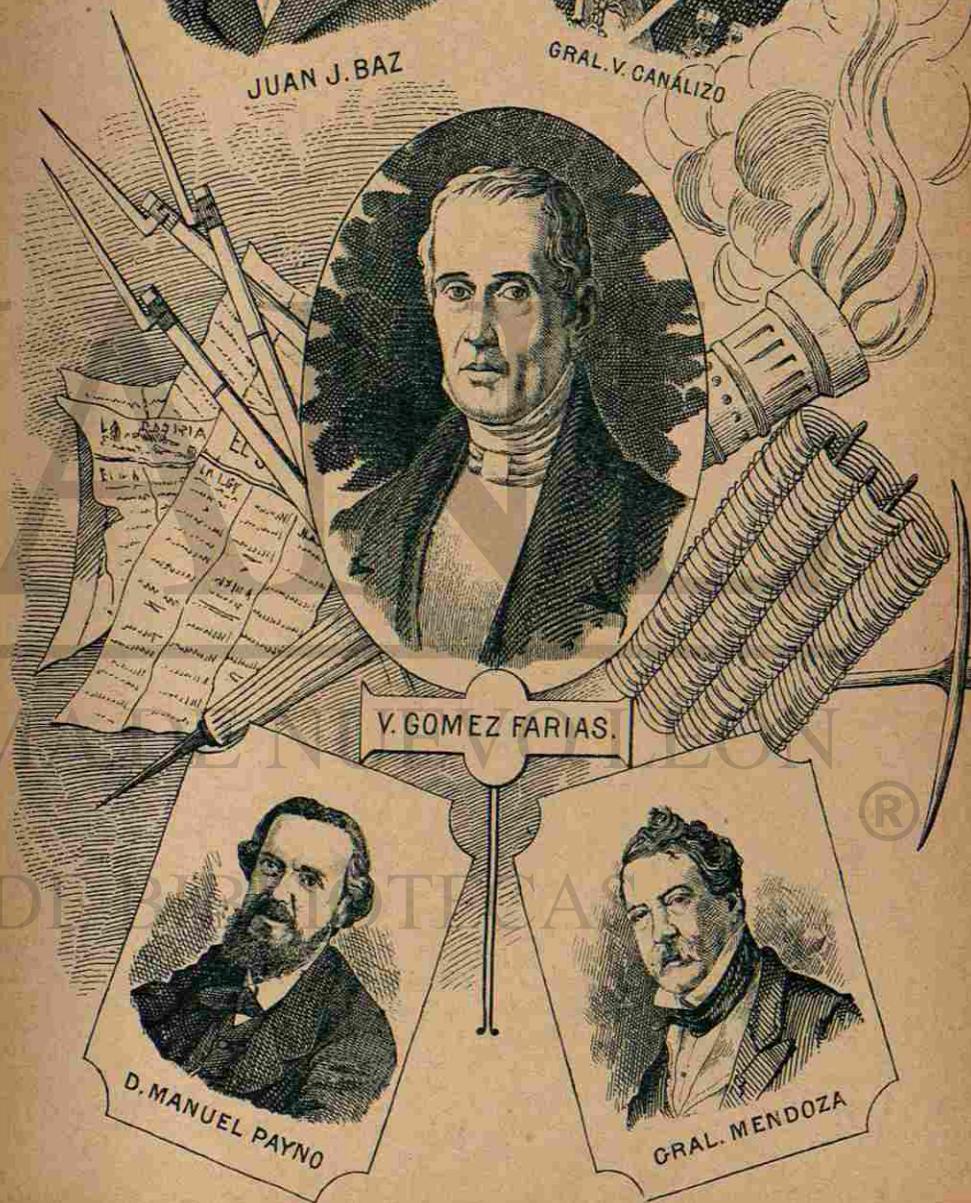
El Arzobispo Irizarri
 Era de corta estatura;
 Como de marfil el rostro
 Que anunciaba bondad suma;
 Pero en sus ojos pequeños
 Brillaba inquieta la astucia,
 La mirada indagadora,
 Y la reflexión profunda.
 Habitaba en una casa
 Por San Cosme, baja, oscura,
 En un rincón olvidado,
 Como á la garita adjunta;
 A la entrada el emparrado,
 Arboles de sombra y frutas,
 Y la habitación en alto
 Entre las ramas oculta;
 En una estancia apartada
 Sin cortinas ni pinturas,



JUAN J. BAZ



GRAL. V. CANALIZO



V. GÓMEZ FARIAS.



D. MANUEL PAYNO



GRAL. MENDOZA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al frente de tosca mesa,
Y ardiendo una luz confusa
Estaba el Santo Arzobispo
Con morada vestidura,
Con la cruz de oro en el pecho,
Humilde las manos juntas,
Y un Santo Cristo precioso
Que elevaba su figura
Como imperando en los libros
De las Santas escrituras.

VII

DIALOGO.

¿Qué queréis? le dijo al polko
El taciturno Arzobispo.
—«Yo quiero que su Ilustrísima,
Bondadoso y reflexivo,
La alta misión considere
Que me conduce á este sitio:
Dice el General en Jefe
Que se levantó atrevido
Abrazando vuestra causa
Con esfuerzos inauditos,
Que cumpláis cual caballeros
Los pactados compromisos;
Que sordos á los clamores
De la hambre y de los peligros
Os mostráis á nuestras penas
Indiferentes ó tibios;
Y que si no dais dinero
Nos veréis en mil conflictos,
Con las fuerzas desbandadas,
Con el suelo en sangre tinto,
Con familias entregadas
A feroces asesinos,
Y á la sociedad entera
Saliéndose de sus quicios.»
—¿Qué decís? y el sacerdote
Estaba como dormido,
Con las blancas manos juntas
Sobre su pecho tranquilo.
Al fin entreabrió los ojos

Fijándolos en el Cristo,
 Y con voz tierna y melosa
 De esta manera le dijo:
 «Volved al jefe que os manda,
 Decidle que le bendigo,
 Que la discordia lamento,
 Porque son hermanos míos:
 Que Dios serene las almas,
 Y haga porque brille el juicio:
 Que á mí, mi deber me manda
 Ser con todos compasivo;
 No hablar de cosas de sangre
 Ni contiendas de partidos.
 Que á Dios le pida consejos
 Con el corazón contrito;
 Y que el cielo le dé acierto
 Y le ponga á su servicio.»
 —«Señor, pero eso es posible
 Después de lo prometido?
 ¿No medís las consecuencias?
 —Todo lo tengo previsto.
 —Pero fomentar la lucha,
 Azuzarla decididos,
 Y desertar, y esconderse
 Tras los preceptos divinos
 Que hollásteis con vuestras plantas,
 Arrastrando al precipicio
 A los incautos creyentes,
 Explotando al fanatismo
 En nombre de nuestras creencias
 Y en nombre de Jesucristo?
 —No sigáis, ardiente joven,
 Yo en mi deber estoy fijo,
 Y si viniese la muerte
 Por cumplir lo que os he dicho,
 La miraré venturoso,
 La veré con regocijo,
 Porque traerá entre sus manos
 La corona del martirio.
 Y alzándose de su asiento,
 Con paso infirme y tardío
 Fuése á sus piezas privadas
 Entre rezos y quejidos,
 Dejando al polko en su pieza
 Solitario y aturdido.

VIII

ENCUENTRO

Ebrio de rabia, confuso,
 El desairado emisario
 Dejó la campestre estancia
 Del venerable prelado,
 Previendo en las consecuencias
 De sus propósitos santos,
 Que eran prestar una sogá
 Para un descenso arriesgado,
 Y empujar á un infelice,
 Y para el lance—azusarlo;
 Y al verle en medio á los aires
 Sobre el abismo colgado,
 Romper con mano piadosa
 Y con compunción el lazo.
 La noche tornó caverna
 Enlutada el ancho espacio:
 Y cuando en el Sur cruzaban
 Fugitivos los relámpagos,
 Eran como ojos de fuego
 Que se columbraba en lo alto.
 Terribles, deslumbradores,
 Los que formaban los arcos,
 Del acueducto vecino.
 En la soledad inmensa
 En que reinaba el espanto
 El mensajero de Peña
 Caminaba cabizbajo,
 Cuando brotó de la sombra
 Un bulto, apresuró el paso,
 Y sin esperar un punto
 Dijo: ¿me ofreces, hermano,
 Callar como caballero,
 Aunque te lleven *al palo*?
 —Te lo ofrezco, conociendo
 En la voz á Manuel Payno,
 Pues por mucho que me cuentes
 Esto se lo llevó el diablo.
 ¿Qué te dijo?—Nada.—Nada?
 ¿Recursos?—no háy—pues me marchó:
 En este momento; cerca
 Tengo listos mis caballos.
 Voy á que corte Santa Ana

Viniendo aquí tanto escándalo:
 Le informaré lo que pasa:
 Le diré que tome el mando:
 Que él es el genio del siglo
 Y de los destinos árbitro.
 Te encomiendo mis negocios,
 Pronto vuelvo, nos miramos.
 Y pasado un corto tiempo,
 Y tras un corto intervalo
 Que estuvo en expectativa
 Oyó el absorto emisario
 Volviendo el semblante al Norte,
 El galopar de caballos.

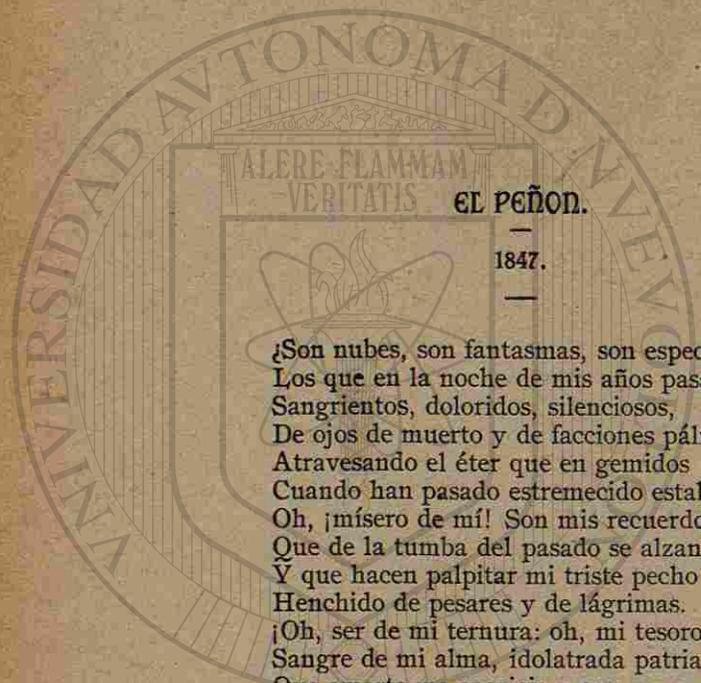
IX

El puñado de valientes
 Que el palacio resguardaban,
 Defensa de nuestras leyes,
 Honra y prez de nuestra patria,
 Ni cesaron un momento,
 Ni abandonaron sus armas,
 Ni el polko deja su puesto,
 Ni Farías su constancia,
 Ni Baz su heroico ardimiento,
 Ni Canalizo desmaya.
 Después de mil peripecias
 Y de peripecias varias,
 Grita México hostigado:
 Viene el General Santa Ana:
 Unos con odio le miran,
 Otros con gozo le aguardan;
 Y que llega á Guadalupe,
 Y que dispone la entrada:
 Y así como entre gozquejos
 Que se acometen y ladran
 Al llegar el mastín fuerte
 Que la riña desbarata,
 Así se escudan y aquietan
 Nuestras nacionales guardias.
 Y el orden se restablece,
 Porque al fin quien manda, manda.
 Y así borró la fortuna
 Esa página de infamia
 Que la guerra de los polkos
 En nuestra historia se llama.

X

CONCLUSION

Siguió su curso la guerra,
 Y las guardias nacionales
 Que oscurecieron sus nombres
 Con sus desasiertos graves,
 Su misión reivindicaron
 En cien heroicos combates,
 Dando testimonio al mundo
 Con sus hechos inmortales,
 Que cuando están en discordia
 El pueblo y los gobernantes
 En toda guerra extranjera
 Para el pueblo son los males.
 Así en Churubusco «Bravos»
 E «Independencia» brillantes
 Ensalzan sus grandes nombres
 Entre los hechos más grandes:
 Así «Hidalgo» en las calzadas
 Resistió recios combates;
 Y del Rey en el Molino
 «Mina», el del nombre gigante,
 Con León y con Balderas,
 Piden sus hazañas graben
 En los fastos de la historia
 Con refulgentes diamantes;
 Y «Victoria», en las garitas
 Vertiendo su heroica sangre,
 Con Béistegui, con Carrasco,
 Jorrín y sus oficiales
 Fueron últimos atletas
 Que en México luchar saben.
 Y juntos los mexicanos
 Su hermosa gloria proclaman.
 Y silencio, que ya inermes
 Vamos á ver el desastre
 Que mutiló nuestro suelo,
 Y dió la victoria al yankee.



¡Son nubes, son fantasmas, son espectros,
 Los que en la noche de mis años pasan
 Sangrientos, doloridos, silenciosos,
 De ojos de muerto y de facciones pálidas,
 Atravesando el éter que en gemidos
 Cuando han pasado estremeído estalla?
 Oh, ¡miserio de mí! Son mis recuerdos
 Que de la tumba del pasado se alzan,
 Y que hacen palpar mi triste pecho
 Henchido de pesares y de lágrimas.
 ¡Oh, ser de mi ternura: oh, mi tesoro,
 Sangre de mi alma, idolatrada patria,
 Que amarte me acaricia y que me encanta!
 Eres blanca azucena en mi contento,
 Eres sauce doliente en mi desgracia,
 Ruiseñor armonioso en mis placeres,
 Y tórtola que llora abandonada
 Cuando te vuelve con desdén indigno
 La indiferencia estúpida la espalda;
 A quien doy nido en mi amoroso pecho,
 Y la amo tierno y en mi amor se empapa.
 Pero así como el sol entre las nubes
 Que un viento tempestuoso airado rasga
 Deja claros de cielo en que descienden
 Como torrentes de brillantes ráfagas,
 Iluminando trechos de verdura
 Con tirsos de oro y cristalinas aguas,
 Así vienen rompiendo mis memorias
 Llampos de la invasión americana;

Como atraviesan por los negros mares
 Atrevidas gaviotas de alas blancas,
 Así dentre el pavor de las derrotas
 Claro espacio de cielo me entusiasma
 El apresto primero del combate
 Que hizo en su Oriente la ciudad armada.
 La siniestra inquietud con sordos pasos
 Cruzaba por las calles y las plazas
 Como cuando señales de tormenta
 Los apacibles campos amenazan,
 Que corren los ganados al establo,
 Que las aves se ocultan en las ramas,
 Que el labrador en congojosa espera
 A la puerta se ve de su cabaña;
 Tal está la Ciudad: los invasores
 Rumbo de Oriente su camino marcan:
 De repente se escucha en las alturas
 Prolongado el clamor de la campana
 Con acento de bronce que repite:
¡Mexicanos valientes—A las armas!.....
 Y así cual convulsivo terremoto
 Hace en la tierra inesperadas abras
 Que con ronco estridor lava despiden;
 Así brotan los fieles de la patria,
 Y se unen y agitando sus banderas
 Entre vivas y músicas avanzan
 Al Peñón, eminencia poderosa
 Que en las llanuras al Oriente se alza.

II.

LAS GUARDIAS NACIONALES Y EL PEÑÓN.

Al eléctrico grito del combate
 Se yergue la ciudad, se alza atrevida
 Y palpitante con la sed de gloria
 Armada cual Minerva resucita,
 Crece su talla augusta, alza la frente
 Y se transforma en poderosa y linda.
 Así cuando calienta el sol propicio
 El águila en su altura entumecida,
 Desplega ufana las robustas alas,
 Sacude su plumaje convulsiva,
 Y con ímpetu rompe el ancho espacio
 Que en vuelo audaz magnífica domina;

O así como en los mares de Occidente
 A la ola quieta el huracán agita,
 Y embiste rebramando el negro escollo
 Y lo atropella y luego se retira,
 Dejando con el fósforo esplendente
 Huellas que los abismos iluminan;
 Así á los gritos de venganza y guerra
 La Ciudad se conmueve: aparecían
 Las alturas de gente coronadas
 Que armadas lanzan entusiastas vivas;
 Las calles se convierten en raudales
 Que caudalosos grupos precipitan
 Al Oriente do estaba la defensa
 Y luce de León la espada invicta.
 ¿No escuchais? son las músicas que alegres
 A las milicias nacionales guían,
 Y en su conjunto forman de la patria
 El escudo de honor, la imagen viva:
 «Victoria» y sus garridos adalides,
 Los de ilustre abolengo ó cunas ricas,
 Ostentando sus bellas fornituras,
 Sus rostros blancos y sus manos finas;
 Ved, llegan los de «Hidalgo» que abandonan
 La vida sedentaria y son milicia;
 Ancianos venerables que acompañan
 La tierna esposa, las modestas hijas,
 Y los chicuelos con afán penoso
 Cargando el bastimento y la mochila.
 Allí chanceros derramando chistes
 Y hablando con los ojos á sus *chinas*
 Los que de «Independencia» tienen nombre
 Y los «Bravos» que ilustra Gorostiza.
 Todos van al Peñón, y al Peñón llegan,
 Bellos con la esperanza y la alegría,
 Presintiendo victorias, ó esa muerte
 Que al apagar la vida inmortaliza.

III.

EL CAMPAMENTO.—EL PEÑÓN.

Es un abrupto cerro que domina
 Áridas y extensísimas llanuras,
 Que convierten en cielos transparentes
 Las aguas que se tornan en lagunas:

Por doquier gigantescas arboledas,
 Viendo las aguas, corren ó se agrupan;
 Y en círculo grandioso se desplagan
 Sierras gigantes, cual corona augusta
 Del apacible, del risueño valle
 Que irradia con su encanto y su hermosura.
 Un portal arruinado cuyo techo
 Amaga con caducas aberturas;
 Una troje juguete de los vientos,
 De los hielos y el sol constante burla:
 Este fué el sólo asilo que á los bravos,
 Mezquinos los recursos les procuran.
 Mas, caballos, carruajes y vendimias
 Falda y cerco del cerro se disputan;
 Y por allí salones se improvisan;
 Fondas, cantinas por doquier pululan;
 Ávidos traficantes con efectos
 De toda clase, atropellando cruzan;
 Y al aire libre cantos populares
 En ruidoso tropel el viento surcan.
 La opulenta matrona que en la corte,
 Joya de los palacios nos deslumbra,
 Junto á la esposa humilde del obrero
 A asistir al soldado se apresura.
 El que ostenta del lujo los primores,
 El pobre de rasgadas vestiduras,
 El joven, el anciano y hasta el niño,
 Ven en todos hermanos y los buscan,
 Y al palpitar el hondo sentimiento,
 Alma de aquellas almas, con ventura
 Se miraba la patria idolatrada
 Y su unísono aliento y su voz única.
 Era la humanidad la que inspiraba
 Incontenible, omnipotente, augusta,
 La fe de la justicia y el derecho
 Sobre el dominio de la fuerza bruta.

IV

LOS GUARDIAS.—EL ENEMIGO.—LA MISA.
LA RETIRADA.

En la alta cima del gigante cerro
 Tres grandes eminencias se divisan,
 Tepeapulco, Morelos, Moctezuma,
 De moles imponentes y macizas,

Guardianes de la cumbre que se tiende
 En superficie despejada y limpia;
 El contorno del cerro, su declive
 Entre peñas enormes, entre espinas.
 La multitud inquieta en congojoso
 Trajín formaba y turbulenta hervía,
 Pirámide animada, pueblo etéreo
 Que sorprendiendo al Eter ascendía.
 La espléndida bandera de «Victoria»
 Flotaba en lo alto impávida y erguida
 Con Jorriñ y sus bellos oficiales
 Que en amor patrio y en contento ardían.
 En la zona más amplia, «Independencia»
 En elegante faja se extendía,
 Con el ilustre general Anaya
 De faz severa y apostura digna.
 Allí por fin el batallón de Bravos,
 Que mandaba el insigne Gorostiza,
 Modelo de los ínclitos guerreros,
 Del Parnaso el orgullo y la delicia.
 En alto los vistosos estandartes
 Entre las armas que fulgentes brillan,
 Entre los claros que ordenadas dejan
 De los soldados las abiertas filas.
 La multitud que en atropello inquieto
 Hacen las vendedoras y familias;
 La madre anciana con su amor inmenso,
 La matrona gentil, la tierna niña,
 Que estrecha cariñosa, su faz de angel,
 Del padre conmovido á las rodillas;
 Y la jerga grosera y los encajes,
 El plebeyo rebozo, la sombrilla
 Y la frazada burda y el gros rico
 Que á la dama opulenta revestía,
 Se besaban amigos, presenciando
 Lágrimas y sollozos y sonrisas,
 Y efusiones de amor que apasionados
 Los jóvenes guerreros percibían.
 ¿Mas, quién podrá pintar? quién? los paisajes
 Que hechizaban magníficos la vista:
 Se alzaban magestuosas las montañas
 Por sobre espejos de aguas cristalinas,
 Y grupos de frondosas arboledas
 Que bordaban del lago las orillas.
 El humo blanco de la humilde choza;

Entre yerba y sembrados las casitas;
 Al Occidente la empinada sierra
 Con sus ondas, sus picos y sus cimas,
 Desnudas crestas que los vastos cielos
 Caprichosas y mágicas limitan.
 Al Norte el Tepeyac, ricas haciendas
 Y cementeras de oro le dan vida.
 Al Sur, en ondas las desnudas lomas
 Llanuras de esmeraldas y colinas,
 Que se alzan como sílfides alegres,
 Y que animan gozosas la campiña.
 Cortijos, ranchos, pueblos entre bosques
 De árboles y vergeles, arquerías
 Y estancias de pacíficos ganados,
 Doquiera las miradas distinguían.
 Y al frente del Peñón, como imperando,
 Con pompa excelsa y magestad divina,
 Los volcanes, asombro de la tierra,
 Que al cielo imponderables se avecinan,
 Con sus cimeras nítidas de nieves
 Como colosos que al empíreo guían.
 ¡Atención! que en el cerro palpitante,
 En esa alta región que suspendida
 Parece por las aguas entre cielos
 De oro y cristal y hechizos y delicias,
 Se celebra el incruento sacrificio
 Que el cristiano ferviente santifica;
 En alto está el altar reverberando
 Con candelabros de oro y telas ricas,
 Con altos cirios de purpúreas llamas,
 Imponiendo su luz al claro día:
 Las tropas en su torno silenciosas
 En cuyos grupos los fusiles brillan,
 Y el sacerdote al medio destacando
 Su figura beatífica y tranquila.
 Como un dosel de espléndido zafiro
 Sobre el altar los cielos se extendían,
 Y lámpara sublime, el sol ardiendo,
 Raudales de oro espléndidos vertía.
 Palpitaban los senos conmovidos,
 Anublaban las lágrimas la vista.
 Se alza de pronto la hostia consagrada,
 Retumba la potente artillería,
 Que himnos entona al Dios de las batallas,
 Doblan los adalides las rodillas,

Y entre el llanto y sollozos y alaridos
Se escucha retronar la patria viva.
Grita el clarín: el enemigo al frente,
El yankee está burlando nuestras iras.
Y suelta al viento la sangrienta cauda
Arrogante la guerra maldecida!

Mas el yankee á su curso tuerce el giro,
La fortaleza del Peñón evita,
Y á Tlalpam se dirige, do sus planes
Con calculada maña modifica.

Tornan á la ciudad los nacionales
En lúgubre convoy, mustios y tristes;
Y siniestros rumores en los vientos
Vuelan dispersos y dolientes gimen!

TRISTE ROMANÇE

QUE CORRE FIRIENDO CON FURIA EL ALMA
O SEA REMINISCENCIAS DE PADIEDRA.

Cerro de Zacatepec,
Altura de la Campana,
Loma de Pelón Cuautitla
Por hondas simas cercada,
En que en tumulto rebozan
Los espinos y las zarzas,
Yo os miro como se mira
En la ruina abandonada
Columnas sin chapiteles,
Pedestales sin estátuas,
Y sin lápidas sepulcros
Que con yerba en sus entrañas
Les robó implacable el tiempo
Hasta el polvo de la nada.
Mas el corazón patriota
Fiel á mi memoria estalla
Y revive en estos sitios
El horror de la campaña,
Que dejó escrita con sangre
En la historia de la patria
De las villanas pasiones
Las más dolorosas páginas.
Heroica legión del Norte,
La de inmortales hazañas,
La palmera del desierto,
La fuente de limpias aguas,
La que el hambre, la intemperie
Y á la injusticia burlaba,

Y entre el llanto y sollozos y alaridos
Se escucha retronar la patria viva.
Grita el clarín: el enemigo al frente,
El yankee está burlando nuestras iras.
Y suelta al viento la sangrienta cauda
Arrogante la guerra maldecida!

Mas el yankee á su curso tuerce el giro,
La fortaleza del Peñón evita,
Y á Tlalpam se dirige, do sus planes
Con calculada maña modifica.

Tornan á la ciudad los nacionales
En lúgubre convoy, mustios y tristes;
Y siniestros rumores en los vientos
Vuelan dispersos y dolientes gimen!

TRISTE ROMANÇO

QUE CORRE FIRIENDO CON FURIA EL ALMA
O SEA REMINISCENCIAS DE PADIEDRA.

Cerro de Zacatepec,
Altura de la Campana,
Loma de Pelón Cuautitla
Por hondas simas cercada,
En que en tumulto rebozan
Los espinos y las zarzas,
Yo os miro como se mira
En la ruina abandonada
Columnas sin chapiteles,
Pedestales sin estátuas,
Y sin lápidas sepulcros
Que con yerba en sus entrañas
Les robó implacable el tiempo
Hasta el polvo de la nada.
Mas el corazón patriota
Fiel á mi memoria estalla
Y revive en estos sitios
El horror de la campaña,
Que dejó escrita con sangre
En la historia de la patria
De las villanas pasiones
Las más dolorosas páginas.
Heroica legión del Norte,
La de inmortales hazañas,
La palmera del desierto,
La fuente de limpias aguas,
La que el hambre, la intemperie
Y á la injusticia burlaba,

Cuidando los santos fueros
 De México con constancia;
 La que desde los confines
 De la frontera lejana
 Trazaba su derrotero
 Con la sangre que regaba,
 ¿Dónde estáis? Do las banderas
 Que soberbios tremolaban
 En alto y hechas girones
 Por las enemigas balas?
 ¿Por qué no oigo los clarines
 Del batallón de Celaya?
 Ni el escuadrón de Frontera,
 Ni á Valencia, Blanco y Salas
 Frente á frente de la muerte
 Con sus brillantes espadas?
 El yankee astuto en torrente
 Por el pedregal se lanza
 Y cundiendo entre sus quiebras
 Como asoladora llama,
 En nuestro campo tocando
 Su ardiente furor desata.
 Retumba el cañón potente,
 Los gritos de guerra se alzan,
 Y humo negro el campo envuelve
 Surcado por fajas cárdenas
 Del fragor de nuestras filas
 Que avanzaban denodadas.
 Todo ví, como en un sueño
 Recuerda confusa mi alma
 El correr de los caballos,
 Los yankees entre las ramas,
 Y sus cachuchas azules
 Perdiéndose en las entrañas
 Del Mal País que la loma
 Como una argolla cercaba.
 Ya oigo el clamor de la fuerza
 Que Mendoza brioso manda
 Y entona marciales cantos
 Cuando se empeña su carga.
 Y era un mar el humo espeso
 En que aparecen borradas
 Y al flotar ó al sumergirse
 Banderas, bridones, armas
 Y corceles sin jinete

En asorada vagancia
 Sobre los soldados muertos
 Y los que heridos se arrastran.
 En lo más enfurecido
 De la lucha encarnizada,
 Rumbo de la *Peña Pobre*
 El enemigo se avanza,
 Aniquila cuanto encuentra,
 Cuanto encuentra desbarata,
 Y del sendero la piedra
 La abrupta cerca rebalsa,
 Y al volcán que se le opone
 De hierro, de plomo y llamas
 Con ímpetu prodigiosa
 Domina, abate y espanta.
 Entonces, en medio al humo,
 De un conjunto se destaca
 Sobre el Rancho de Padierna,
 De adobe y de viejas tablas,
 Un hombre ó fantasma ó mónstruo
 Que de la bandera al asta
 Se ase, se estrecha, se trepa,
 Furibundo se encarama
 Y nuestra enseña divina,
 Nuestra bandera adorada,
 El alma de nuestras creencias
 En el honor y en la patria,
 Abate con furia loca,
 Muerde, derriba, desgarrá
 En medio del regocijo
 Que en hurras, vibrando estallan,
 Cuando el pabellón de estrellas
 Con provocativa gala
 Se enarboló victorioso
 Alegre tendiendo el ala.
 ¡Oh dolor! ¡oh instante horrible!
 Que eran de sangre mis lágrimas
 Y que sólo del recuerdo
 Lloro destrozada mi alma!
 Fué del dolor el abismo,
 Fué esa pena que anonada,
 Que agobiando nuestra mente,
 Con acerba hiel la embriaga:
 Así cruzó nuestro campo
 Gemebunda la desgracia,

Encendiendo en nuestros pechos
 Sed de sangre y de venganza.
 Valencia airado, sublime,
 Con su cólera que abrasa
 Va á dirigirse á Padierna,
 Cuando sus pasos ataja
 Un joven que le sorprende
 Por su apostura y su audacia.
 Es pequeña su estatura,
 En alto lleva la espada,
 De subalterno el aspecto
 Como el trueno su palabra:
 — Señor, le dijo atrevido,
 Yo quiero ir á la vanguardia—
 Y sin esperar respuesta
 La loma rápido baja;
 A sus soldados anima,
 Sobre de las peñas salta,
 Y destrozando enemigos
 Y entre torrentes de balas
 Impávido hasta Padierna
 Invencible se adelanta,
 Dejando filas de heridos
 Y de muertos á su espalda.

II.

SONRIE LA GLORIA.

A ejemplo de tanto arrojo,
 El entusiasmo es delirio
 El humo la luz opaca
 Y corren de sangre ríos;
 Por doquiera los aceros
 Brillan de jefes invictos;
 Ya de Agustín Iturbide
 Se oyen los marciales gritos,
 Recordando de su padre
 Los incontenibles ímpetus;
 Ya Feliciano Rodríguez
 Aterrando al enemigo,
 Le envuelve con sus dragones,
 De la honra y del triunfo digno;
 Cuando de repente se oye
 Un furibundo estallido,

Que deja como en suspenso
 Aquel combate bravío
 En medio del humo denso
 Como en alto suspendido,
 Se ven pasar los soldados
 A Padierna en raudó giro,
 Y de pronto el subalterno
 Impávido que hemos visto
 Solicitar de Valencia
 La vanguardia decidido,
 Corre á la bandera; trepa
 Y á ella vigoroso unido
 El pendón de las estrellas
 A nuestro honor desaffio,
 Derriba, rasga, y arroja
 Con entusiasmo divino.
 Después el pendón de Iguala
 Desplega en el éter limpio
 Y las músicas marciales
 Entre vivas á la Patria
 Y entre victoriosos gritos
 Resuenan con regocijo.
 ¿Quién es el héroe? preguntan
 Reverentes los caudillos.
 Es el bravo Simavilla,
 Casi un recluta sin títulos,
 A quien inscribe la gloria
 Entre los héroes mas ínclitos.
 Y el impávido soldado,
 Y el joven esclarecido,
 El autor de tanta hazaña
 Está mortalmente herido;
 Y de su pecho la sangre
 Brotaba en hirvientes hilos;
 Pero su frente irradiaba
 De la gloria con el brillo,
 Asombrando á los extraños
 Y sonriendo á sus amigos.

Pasaron años tras años,
 Cayeron sombras de olvido,
 Y yo miré á Simavilla
 Cruzando como mendigo
 De la Capital las calles
 Oscuro y desconocido!

ROMANCE

DE CINEBLAS AMARGO COMO LA HIEL,
DE LA DERROCA DE PADIERNA.

I.
PRINCIPIO.

Que arrastren sus negras caudas,
Que barran sus mantos negros
Bajo la bóveda obscura
De mis lejanos recuerdos
Del desgraciado Padierna
Los dolorosos sucesos.
Tras de la batalla el triunfo
Valencia creyó tan cierto,
Que derramó los honores
Entre sus bravos guerreros
Con la propia suficiencia
Que el mismo Jefe Supremo.
El enemigo se hallaba
Como entre dos barras preso,
Una de Francisco Pérez
Jefe valiente y experto;
Otra de nuestros soldados
Con sus victorias soberbios.
Faltaba sólo un empuje,
Sólo un atinado esfuerzo
Para que justa la gloria
Nos diera lauros eternos.

II.

DESPUES DE LA BATALLA.

La ambición dominadora
Como pérfida coqueta
Celos infunde á Santa Ana,
Y en cuanto la noche cierra,
Suspendida la batalla,

Sus tropas del campo aleja
Y les ordena iracundo
Que en San Angel se guarescan.
Valencia á Santa Ana acusa;
Santa Ana con rabia intensa
De insubordinado inculpa
Y de traidor á Valencia.
Padierna quedaba preso
Por las enemigas fuerzas,
Arbitro de nuestros flancos,
Dueño de las eminencias.
La lluvia empapaba el suelo,
Dominaba la tiniebla,
La tropa estaba en sus sitios,
Desesperada y hambrienta,
Sin una señal de enojo
Sin exhalar una queja;
Valencia en una barraca,
Bajo una opaca linterna
Única luz que en el campo
Lanzaba su luz siniestra,
Una razón de Santa Ana
Con quietud lúgubre espera.
De pronto dos ayudantes
Como dos fantasmas llegan
Y le dicen se retire
De parte de su Excelencia.
Retirarse: lo imposible;
Tras la derrota la afrenta.
¿Cómo romper aquel cerco
Que sujetaba á Padierna?
¿Cómo ordenar retirada
Entre las sombras espesas,
Desde la empinada loma
Y entre sus grutas y quiebras?
Valencia en un brusco arranque
Dió á Santa Ana por respuesta,
Que dejarlo sin auxilio,
Era la traición más negra.

III.

SANTA ANA Y VALENCIA.

Está en San Angel Santa Ana,
Casa del General Mora,
Circundado de su corte

Contra Valencia furiosa
 Por su ciega indisciplina
 Hija de su ambición loca.
 La lluvia forma torrentes
 En las caídas de las lomas;
 Y en los cuarteles rendidas
 Se dan al sueño las tropas.
 Entre tanto, del relámpago
 Se miraba á la luz roja,
 En el campo de Valencia
 El desórden, la congoja,
 Rugidos de descontento,
 La confusión, la zozobra:
 Como en lo hondo de un abismo
 En remolino se chocan
 Del torrente aprisionado
 Las enfurecidas olas.
 Valencia creyó imposible
 Su abandono en tal congoja,
 Y manda á Don Luis Arrieta
 Con otro amigo, persona
 Que este romance me dicta
 Con sinceridad notoria,
 A que su trance tremendo
 Al Presidente le esponga.
 Mientras, al favor seguro
 De aquellas macizas sombras,
 La deserción se desliza
 Y las armas se abandonan.
 Santa Ana escuchó el mensaje
 De Arrieta montado en cólera,
 Y le dijo enfurecido,
 Brotando injurias su boca—
 ¡Yo, auxiliar á ese bandido,
 Yo, exponer torpe á mis tropas
 A la lluvia y la intemperie
 En noche tan horrorosa?
 —Señor, pero á la intemperie
 Están los que auxilio imploran
 —No me repliquéis, marchaos—
 Y la mirada rabiosa,
 La actitud amenazante,
 La voz alterada y bronca
 Al aturdido emisario
 Alejan de su persona.

IV.

LA VUELTA DE ARRIETA.

Valencia inquieto esperaba
 De su emisario el regreso
 A la entrada de su tienda
 En fatal desasosiego.
 Arrieta llegó aturdido,
 Y su misión exponiendo,
 Desplomó de la esperanza
 Los patrióticos proyectos.
 Entónce herido Valencia
 Cual demente, airado, ciego,
 A gritos, sin precauciones,
 Sin razón, sin miramiento,
 Se desató en desvergüenzas,
 En tremendos improperios—
 Se nos vende; nos entrega
 Ese mandarán soberbio;
 Nos encontramos perdidos
 Por ese mónstruo perverso—
 Y se levanta el tumulto;
 El rencor, el odio, el miedo
 Dan al campo de Valencia
 El aspecto de un infierno.

V.

LA DERROTA

Apenas raya la aurora
 Del veinte del mes de Agosto,
 Cuando el yankee á campo abierto
 Avalanzóse impetuoso.
 Tres columnas se disparan
 Terribles contra nosotros;
 Y resisten sus esfuerzos
 Nuestros soldados heroicos.
 Parrodi á los enemigos
 Les hace morder el polvo;
 Y González de Mendoza
 Al contrario deja absorto
 Cuando herido, sin auxilio
 Y en su puesto casi solo

Esgrime su ardiente espada
 Y es de valientes asombro;
 Y Zires, Agustín Zires
 En su reducto impetuoso,
 Entre enemigos y muertos,
 Entre heridos y despojos,
 Quedando él solo con vida
 Grande, entero, valeroso,
 Cayó herido entre las rocas
 Bañado de sangre el rostro.
 Avanzan los enemigos
 Insolentes, victoriosos,
 Y voltean los cañones
 Haciendo doquier destrozos
 Contra miles de dispersos
 Y trenes y carros rotos
 Que bajaban de la loma
 En atropello horroroso.
 Quedaban muertos tendidos
 En lastimoso abandono;
 Ahullaban nuestras mujeres
 Flotándose, el rebozo,
 Con los brazos levantados,
 Con la locura en los ojos;
 Y así en tremendo avalanche
 Confuso, hirviente, monstruoso,
 Los empujó la derrota,
 Y los pisoteó el oprobio

VI.

EL ULTIMO CHOQUE

Tal la rota de Padierna
 Triste consignó la Historia;
 Salvando del hondo olvido,
 Y dignos de prez honrosa
 A Frontera esclarecido,
 A Olaguíbel el patriota,
 A su ayudante Ramírez,
 Que el Nigromante le nombra,
 Y á Barreiro y á mil otros
 Dignos de honrosa memoria

Valencia marchó á Toluca

Disfrazado y sin escolta:
 Santa Ana á México baja
 Con sus trenes y sus tropas.
 Y la conciencia severa
 Tras de lid tan desastrosa
 Puso con mano inflexible
 Del crimen en la picota
 Los nombres de los caudillos
 Que causaron la deshonra
 De las armas mexicanas
 Tan dignas de la victoria.

CHURUBUSCO. (*)

Huesos de los que fueron! polvo humano
 Do en otro tiempo palpité la vida!
 ¡Muertos heroicos, mártires de gloria,
 Despertad á mi voz adolorida!
 Despertad á mi voz! Ay! en las tumbas
 Caiga esta vez mi gemidor acento,
 Si no como reproche á la victoria,
 Como negro sudario de tormento.
 ¡Ay! qué revienta el corazón herido,
 El canto es un sollozo,
 El himno de recuerdo es un gemido!
 Restos amados, la insensible tierra
 Menos ingrata que la humana gente
 Os guardó con silencio reverente.
 ¿Quién nos desheredaba del recuerdo
 De tanto honor, de timbre tan glorioso?
 ¿Quién le dijo: «enmudece» á la memoria;
 «Olvida, pueblo vil, reniega impío,
 De tu pasado que ilustró tu gloria?»
 ¡Gran Dios! Dí por qué arcano
 Lo permitiste tú? ¿por qué á esos restos
 Los viola la presencia del tirano?
 Mejor su insulto! Guarde en su santuario
 Sus ídolos el pueblo. En nuestros pechos
 Tendrán su adoración, su relicario,
 Y su pompa serán nuestros derechos.
 Que escondan tu memoria, como oculta

(*) Esta composición fué leída en Churubusco, muy poco después de los sucesos que la motivaron; la reputo inédita ó por lo menos mandada recoger, á causa de los trabajos que hubo para que no se celebraran estas festividades; y la dejo con las groseras incorrecciones que le he advertido para conservar íntegro aquel recuerdo

El cobarde asesino
 El vestigio sangriento que denuncia
 Su crimen á los hombres: que la escondan,
 Y arrojen al olvido su esperanza;
 El porvenir exhumará su crimen,
 Un pueblo entero gritará: ¡venganza!
 ¡Santuario del Señor, fértiles vegas,
 Arboleda risueña, humildes chozas!
 ¡Recordáis otra edad?... Ese sendero
 Precipitó en torrente la derrota:
 Los soldados del Norte desbandados,
 En tumultuosa confusión, perdidos
 Carros y trenes, sobre el fango impuro
 Arrastraban su cuerpo los heridos,
 Dejando charcos de caliente sangre
 Do el paso contuvieron doloridos.
 El espacio del viento estremecían
 Los caballos sin rumbo y sin ginete
 Que entre el tumulto horrendo discurrían....
 ¡Qué horror, gran Dios! la afrenta como buitre
 En medio de la atroz carnicería
 Con orgullo infernal aparecía;
 Y en aquel caprichoso lomerío,
 Donde la *envidia innoble* y los *vencores*
 Dejaron ¡ay! sus inmortales huellas, (*)
 Alzaban los odiados vencedores
 Su maldecido pabellón de estrellas!!
 Yo lo ví: yo lo ví; bañé con llanto
 El profanado suelo;
 Me sentí lastimar; lloraba sangre
 Al mirar ultrajado sin su gala,
 Al mirar desgarrado y en el suelo
 Nuestro querido pabellón de Iguala.
 Tiniebla por doquier! do quier lamentos!
 Do quiera no! Rasgáronse los vientos,
 Ruge venganza el estridor potente,
 Y del clarín sonoro á los acentos,
 Churubusco inmortal alza la frente.
 Aún guarda sangre del honor las venas
 Esa raza valiente;
 La raza de los hombres de Dolores
 Se reserva á la Patria defensores,
 Y bravos que destrocen sus cadenas.

(*) Alusión á la batalla de Padierna.

¿De do venís? La escuela de las lides
 No os vió en su seno? El casco del guerrero
 Nunca oprimió tan altaneras frentes?
 Quién sois? El pueblo! Gloria, pueblo mío!
 Gloria á tí! Tú abres tus robustas venas,
 Y de la Patria enmedio á la agonía
 Dices: «Toma mi sangre, Patria mía,
 Ella redima tus acerbas penas.»
 Gloria á tí; porque tú siempre sufriendo;
 Pisando siempre con desnuda planta
 De malezas las sendas y de abrojos,
 Tiene voz de ternura tu garganta,
 Y raudales de lágrimas tus ojos
 Cuando la Patria desdichada llora,
 Y en sus desdichas á tu auxilio implora.
 Gloria á tí, porque tú si perseguido
 No besas el azote del tirano,
 Tu venganza suprema es el olvido,
 Y adoras noble al que te da su mano!
 Gloria á tí, porque tú de Churubusco
 Hiciste muro fuerte,
 Y supieron por tí los vencedores
 Que: no sólo los triunfos dan honores,
 Que hay lauros inmortales en la muerte.
 Suele encontrar en su ímpetu el torrente
 Cuando rugiendo arrolla y despedaza,
 Cuanto detiene su terrible empuje,
 La barrera tenaz, y lo rechaza,
 Se azota y vuelve, y furibundo ruge,
 Y renueva la lid, y en blanca espuma
 Se cubre inquieto, retrocede hirviente,
 Circunda al muro, evoca el estampido,
 Y de bronce las rocas
 Reproducen su horrísono gemido,
 Y fuercen poderosas la corriente....
 Churubusco valiente,
 Así te miré á tí, y entre la nube
 Que formó tu invencible artillería,
 Con amor, con ternura te seguía;
 Los nombres de los míos proclamaba,
 Y á cada trueno de enemigo bronce
 La piedra que sus muros lastimaba
 Como carne en mi cuerpo la sentía.
 Y se acercaban.... en extenso anillo
 La azul serpiente amaga tu garganta;

Millares de relámpagos su brillo
 Derraman por do quier.... En la llanura
 Te mira como al toro acometido
 Por canes implacables; revolvías
 Tu cuello poderoso, el flanco herido
 A borbotones sangre generosa
 Do quier derrama. ¡Dios de mis mayores!
 Que un momento la gloria les sonría;
 No amargue la derrota su agonía,
 Que al expirar se sueñen vencedores....
 ¿Qué es esto, Dios? no me oyes? ¿se revuelven
 En lucha encarnizada! ¿En la pelea
 No invocan á su patria? La ventura
 Reserva á villanos vencedores;
 ¿Qué es esto, Dios? Tu sol que nos alumbra
 No es el astro de Iguala y de Dolores!!!
 Sombras, que me queréis! Sombra querida,
 ¿Le miráis? ¿No le véis? Es un mancebo,
 Un garrido doncel, su noble cuna
 La virtud y el amor juntos mecieron;
 Acarició su infancia
 Propicia la fortuna,
 Y el honor perfumó con su fragancia
 El pensil fresco de su hermosa vida
 Por la sublime ciencia embellecida.
 Adiós mi porvenir y mi riqueza,
 Juventud con tus galas y tus flores,
 Con tus ensueños de oro y tus amores;
 Mata el alma la vida de la afrenta:
 Y al combate Martínez se presenta.
 Su vida encantadora
 En la gloria se extingue,
 Cual brillo de un lucero con la aurora;
 Cayó luchando su sangriento seno
 Que rasgó sin piedad plomo enemigo;
 Fué relicario de virtudes lleno,
 Fué del honor y el patriotismo abrigo.
 Amigo de mi infancia,
 Flor de pura fragancia,
 Recibe el llanto mío
 Que del fondo de mi alma te lo envió.
 Sombras, qué me queréis? ¿qué de mí quieres
 Peñúñuri inmortal?... Miradlo herido,
 Con el peligro renovar su aliento,
 Como ola que se eleva en la tormenta

Y junto al cielo con terror revienta;
 Como rayo que apaga el firmamento,
 Como ola de huracán enfurecido,
 Como espada de la ira.... Dios, contente!
 En vano es el clamar.... la ola enemiga
 Su heróico pecho estrella.

¡Ay! de su sangre pura
 Queda á la gloria la imborrable huella
 Que marca su querida sepultura....
 ¿Quién nos consolará de tanto duelo,
 ¿Quién en tanta orfandad nos dará asilo?
 ¿Cuál es bastante llanto

Que al alma satisfaga en su quebranto?
 Pasad, pasad, ¡oh sombras! Esas frentes
 Blancas como la nieve de altos montes
 Se inclinan con amor! Esas miradas
 Lánguidas, tristes como luz de luna,
 Se perciben en lágrimas bañadas
 Y de la Patria lloran la fortuna.

Te reconozco á tí, pálida frente,
 Severo Anaya... Corazón de niño,
 Agreste peña, fuente de aguas puras,
 Alma sin mancha como piel de armiño,
 Perla en el mar, lucero en las alturas.

Al monte el cedro, al mar las tempestades,
 Y á ese tu corazón la inmensa gloria
 Que en el futuro alumbra tu memoria.
 Inútil combatir.... Esfuerzo vano
 De águilas raudas que tendida el ala
 Van contra el viento: el huracán bravío
 Al fin dominará. Por fin, Dios mío,

Y así como granizo en sementera,
 Como lenguas de incendio en bosque umbrío,
 Como torrente que el vergel invade,
 Cual bandada de buitres
 Que á exangüe ciervo hambrientos se avalanzan,
 Y vivo todavía

Le hieren con diabólico tumulto,
 De los verdugos forma la alegría
 Tus hondas convulsiones de agonía.
 Churubusco, te ví... Cual nave rota
 Luchando con las ondas.... unas veces
 De contento, de orgullo coronado,
 Levantabas la frente.... otras inquieto
 En el humo del fuego te envolvías

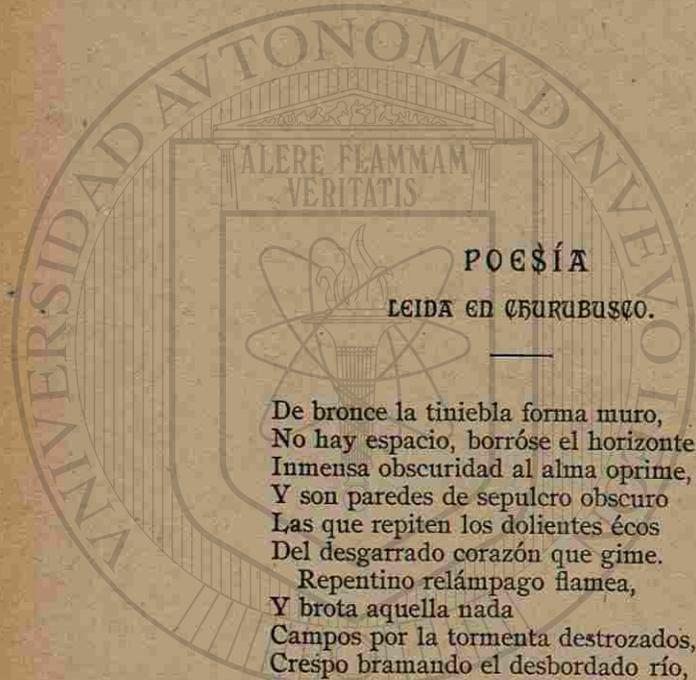
Como un fantasma.... Pavoroso á veces
 El silencio terrible te cubría,
 Otras clamaba ayuda
 El eco de tus bronce.... Cuando el viento
 El sendal de humo denso separaba
 De tu frente sangrienta,
 Cual dos altos volcanes
 Tranquilos, coronados por el hielo,
 Como los dos volcanes que tu Oriente
 Bellos conducen de mi patria al cielo,
 Rincón y Gorostiza se veían,
 Ambos nobles ancianos;
 El uno, con sus lauros de insurgente
 Sobre las canas de la heróica frente,
 El otro, á su corona de poeta
 Agregaba los lauros
 Del héroe y del valiente.

Y tú, grupo marcial, querido grupo,
 Ramo de adelfas de la verde Irlanda,
 Hijos de San Patricio! que con sangre
 Quisisteis bautizaros mexicanos;
 Alma de O'Conel, nuestra santa causa
 Era digna de tí. Si amáis la patria,
 Hombres que me escucháis, si hay una gota
 En vuestros nobles pechos que se inflame
 A mi recuerdo.... Gratitud sagrada,
 Léveles nuestra voz reconocida,
 Con llanto de ternura consagrada.
 Pasad sombras, pasad. Pasad, que temo
 Que con airada voz, con el gemido
 De eterno enojo del afán burlado,
 A México digáis.... Vertimos sangre,
 Y recogimos la abyección y el duelo;
 Sembramos nuestros huesos; y cosechas
 ¡Oh raza de hembras, perdición y luto!...
 Idos de aquí.... Mancháis con la discordia
 Esas enseñas que nos mienten llanto;
 Si ingratos al presente, ese pasado
 De sangre y vilipendio, esclavos ruines
 Buscáis con corazón envenenado;
 Si á los que ayer clamáisteis salvadores,
 Hoy convertís en víctimas, cediendo
 De enemigo del pueblo á los rencores.
 Idos de aquí.... vuestro dolor nos hiere
 El llanto es el ultraje, es el sarcasmo

Cuando no lo derrama la pureza,
 El fiero vencedor nos dió la muerte;
 No le pedimos más..... Y la mentira,
 La mentira en la tumba es la blasfemia,
 Es la profanación..... Si de rencores
 Tenéis el alma henchida..... Si á porfía
 Queréis que venga del oprobio el día,
 Con el odiado pabellón de estrellas,
 Idos, oh afrenta de la patria mía!
 No dejéis en esta ara vuestras huellas.
 Idos todos de aquí, ya que sentimos
 Ayer la mano del partido odioso
 Que nos insulta; que abjuró la gloria
 Y removi6 las tumbas en su encono.
 Las sombras de estas tumbas convertía
 En vil sarcasmo el proyectado trono!!!
 El, la patria asesina porque rasga
 Las fojas de oro de la hermosa historia;
 Porque arranca los lauros de su frente,
 El la hiere al tocarla. Ese pasado
 Es una joya hermosa, es una herencia,
 Es el radiante anillo
 Que une nuestro presente desdichado
 Al tiempo de la hermosa independencia
 Con inefable brillo!!
 Vano anhelar..... la hiel de la venganza
 Cay6 en las tumbas; su alma parricida
 Trabaja en ver la patria envilecida.
 Nuestros recuerdos disput6 á la fama
 Dictando sus mandatos al olvido.

Paz á los muertos! No manchéis el ara
 En que inmolaron sus preciosas vidas.
 Esta tierra es una urna..... las reliquias
 Que fiel contiene, reverencia claman.
 Es un paño mortuorio que ha regado
 De mil familias el acerbo lloro;
 Es arca de un tesoro,
De Independencia y Bravos adorado.
 malo, pueblo; los que aquí murieron
 Vieron cual tú la luz en cuna humilde;
 Su sudor fecundaba sus talleres;
 Su grosero corraje de soldado
 Bendijeron sus madres y mujeres.
 malo, pueblo, los que aquí pidieron
 Su último sueño á Dios, en la pobreza,

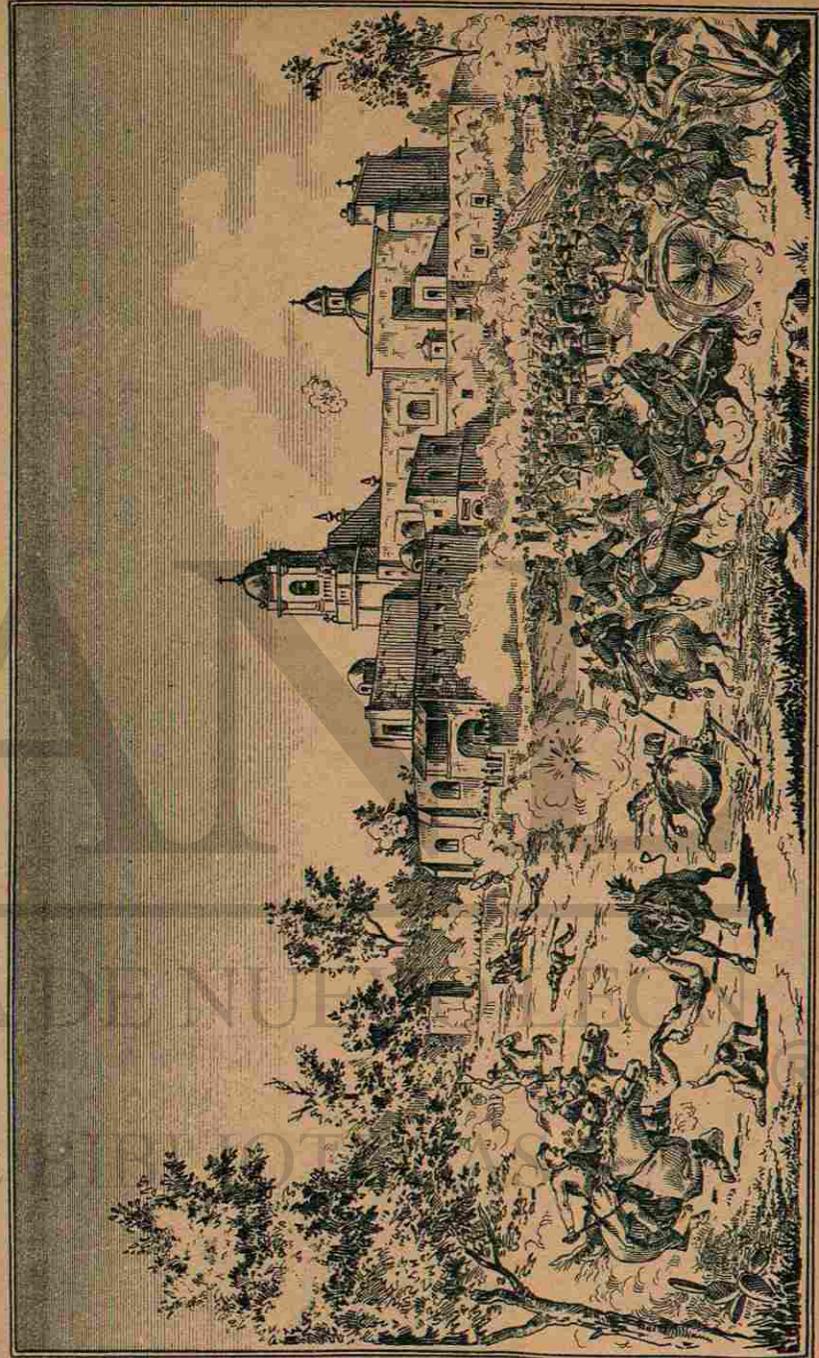
Como tú, reclinaron su cabeza.
 Y al grito de la patria adolorida
 Se dijeron con mágica entereza:
 «Nada te doy cuando te doy la vida»
 Ámalos con ternura en tus entrañas:
 Son tus glorias, tu bien, son tus hermanos,
 Tu historia misma, tu divino encanto;
 Esas tumbas ¡oh pueblo! son tu orgullo;
 Coronálas de flores,
 De flores empapadas en tu llanto.
 Pueblo, brazo de Dios; pueblo gigante
 Del supremo poder; pueblo, aire puro,
 Que risueño, fecunda y acaricia;
 Que terrible, combate y desordena;
 Pueblo amado, angel bueno
 Que á los gobiernos santidad inspira:
 ¡Ay! ¡Ay de aquél que por tu bien no mira!
 ¡No existes, eres vil, eres idiota?
 Hablad oh tumbas! ¡Los que así murieron
 Merecen mengua ó yugo,
 Y en el brazo procaz del fanatismo
 El látigo infamante del verdugo?
 Mienten, por Dios! Amigos, mis hermanos.
 Queréis honrar aqueste monumento,
 Queréis? hablad ¿queréis? Un juramento
 Por estas tumbas..... ¡Odio á los tiranos!



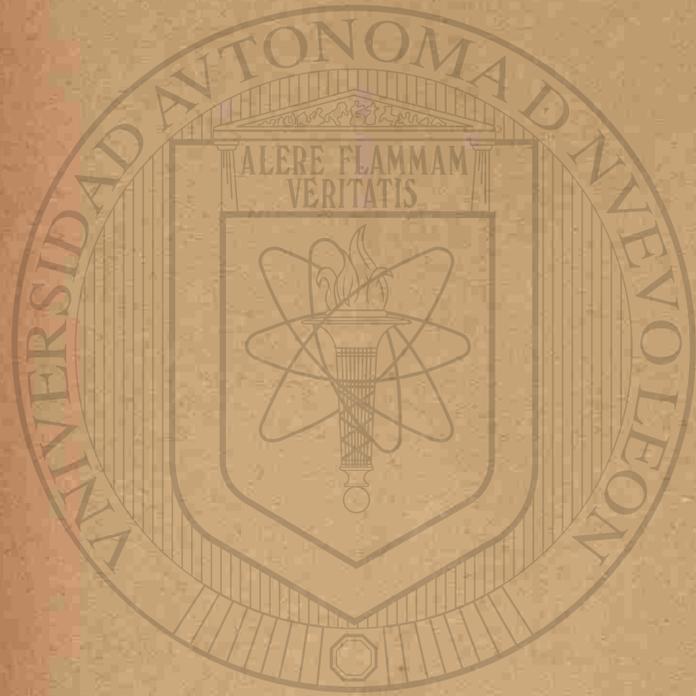
POESÍA

LEIDA EN CHURUBUSCO.

De bronce la tiniebla forma muro,
 No hay espacio, borrose el horizonte
 Inmensa obscuridad al alma oprime,
 Y son paredes de sepulcro obscuro
 Las que repiten los dolientes écos
 Del desgarrado corazón que gime.
 Repentino relámpago flamea,
 Y brota aquella nada
 Campos por la tormenta destrozados,
 Crespo bramando el desbordado río,
 Cual nave que zozobra el caserío,
 Dispersos, sin pastor, abandonados,
 Sin rumbo vagamundos los ganados.....
 E inmóvil en el cárdeno horizonte
 La excelsa cima del gigante monte.
 En la negra tiniebla del pasado
 Así cruzó relámpago de gloria,
 Exhumando magnífico una historia
 De juventud, de amor, de tierno llanto,
 En que se frustran lauros de victoria,
 En que se oyen quejidos de quebranto,
 En que te miro, oh Patria, en mi delirio,
 Sublime más y más con tu martirio;
 Y en que tú Churubusco te apareces
 Y de heroísmo divino resplandeces.



BATALLA DE CHURUBUSCO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Quién no vió descender de esas montañas
Tumba del sol, á la derrota impía,
Cuando ebrios de placer los invasores
Apagaban con hurras vencedores
Nuestros ayes, ó rabia, de agonía!!!

¿Quién no vió en avalanche estrepitoso
Despeñarse en revuelto remolino
Hombres, caballos, carros, moribundos
De fango y sangre y de sudor cubiertos,
Escudando sus restos de existencia
Con los rígidos cuerpos de los muertos!

Desgarrada, sin rumbo, en la demencia,
Flotante el pelo, ensangrentado el cuello,
Gimiendo el labio, la mirada errante,
Los brazos retorciendo de congoja,
Hollando sangre de tus propios hijos
Te ví oh mi Patria..... ¡sálvame! gritando
De Churubusco al distinguir el muro.....
Persiguiendo sus huellas

Triunfante el pabellón de las estrellas!
Y este recinto augusto alzó la frente,
La gloria enalteció los corazones,
Y el odio suplantando á la esperanza
Gritó en el retumbar de sus cañones,
¡O vencer ó morir! ¡Guerra y venganza!

Con ímpetu el torrente
Suele lanzarse de empinada sierra,
Peñas gigantes arrastrar potente,
A sus embates retemblar la tierra.....
Pero encuentra á su frente,
Ahuehete eminente

Que su furia robusto desafía.....
Entonce en su furor..... brama, porfía,
Embiste, retrocede, y retorciendo
Sus ondas espumantes
Vuelve y revuelve con airado empuje;
Y á cada embate en que el sabino cruge
Son más bellas sus ramas arrogantes.

Retruena el bronce; la risueña aldea,
Ayer dormida entre las verdes cañas,
Al canto de apacibles labradores.....
El templo cuyas puertas derramaban
Ecos vibrando de órgano sonoro,
Entre perfumes mil de incienso y flores
Cánticos del Señor en alabanza;

Revestido de acero,
 Potente fortaleza
 Prorrumpe en alaridos de venganza,
 Y grande y bello al estridor guerrero
 Levanta dominante la cabeza.....
 Impera entre el horror de la matanza.
 Una y dos y tres veces retrocede
 El yankee audaz envuelto en la metralla,
 Y torna furibundo á la pelea,
 Mientras de carne viva la muralla
 Humeante sangre sin cesar gotea.....
 ¿Quién eres tú, que arcángel de exterminio,
 Dando al viento la negra cabellera,
 Blandiendo audaz tu acero fulminante,
 Entre el humo coronas la trinchera
 Como en nube de horror meteoro errante?....
 Eras tú, Villamar. ¿Do están tus sueños,
 Tus dulces cantos y tu lira de oro,
 Los acordes risueños
 Del tierno bardo de cantar sonoro?
 ¿No sabes que tus gritos vengadores
 Son muerte del amor de tus amores?
 ¿No sabes, bardo, tú, que el mundo ignora
 Que la alta fantasía
 Que engendra mundos y que dioses cría,
 La virtud atesora
 De confundir en el humano aliento
 Gloria con poesía?.....
 Imperas en la lid..... Mientras tronante
 Ruge á tu espalda la enemiga hueste,
 Dos serpientes de llama encarnizadas,
 Churubusco, te ciñen, te revuelves
 Como en estrecho circo herido toro,
 Acometido por rabiosos canes.....
 Te estrechan, te sofocan y á tu empuje
 Retroceden las ráfagas de llama.....
 Grupo de honor! puñado de valientes.....
 Valor! valor! Mas la fortuna ciega
 A su suerte á los héroes abandona
 Y al cruento sacrificio los entrega.....
 Mirad al fuerte..... cual potente nave
 Clavada entre voraces arrecifes
 Y circundada de ondas hervidoras.....
 Lucha, se inclina, brava reaparece,
 Gime cimbrando la robusta mole,

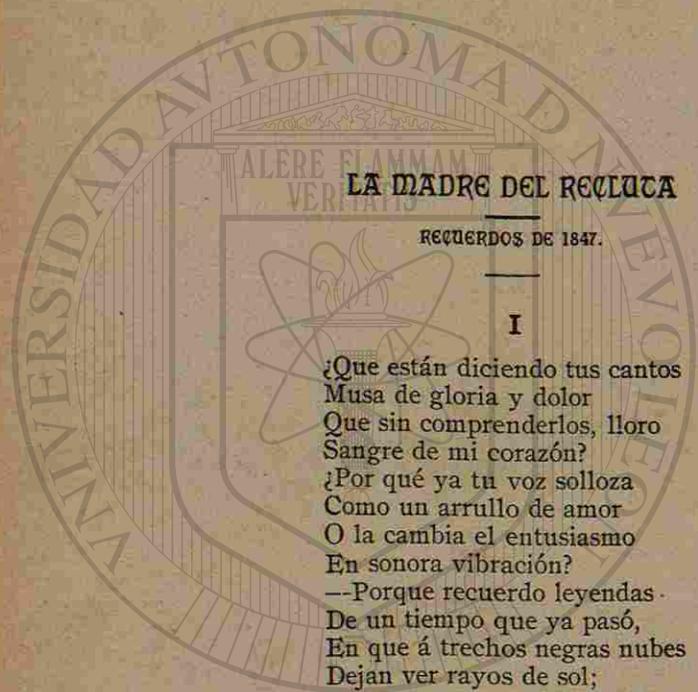
Y en cada nuevo esfuerzo de agonía,
 Del escollo cruel entre los brazos,
 Su existencia infeliz hace pedazos.....
 No desmaya el valor..... Méndez sublime,
 El cadáver de tu hijo idolatrado
 No detiene tu pie..... Grande en tu angustia,
 Ahogando de tu seno los gemidos,
 Infunde tu bravura la esperanza,
 Y en tanto la natura al verte llora,
 Tú, entusiasta prodigas tu existencia
 Por esta Patria á quien el alma adora.....
 Emulo tuyo, mónstruo de grandeza
 Corre Aguilar al bronce abandonado,
 Y lanza el rayo de su ardiente seno,
 Mientras, sangriento, exánime, cubiertas
 Con las sombras de muerte su semblante
 Peñúñuri inmortal mueve en su diestra
 El prepotente acero,
 Gritando á sus hermanos, ¡adelante!
 Un paso más..... que la victoria es nuestra.
 Tremendo batallar!.... ¡Esos atletas
 Son los hijos modestos del trabajo,
 Honra de la labranza y los talleres
 Ellos, los que dejando á sus mujeres,
 Ellos, los que arrancados á sus hijos,
 Ellos son los que en tí sus ojos fijos.....
 Oh, Patria, te abroquelan, te rodean,
 Y en su postrer aliento
 Tu nombre idolatrado victorean!
 Mas, como del incendio roja lumbre
 El muro salta, invade la techumbre,
 Del espacio infernal se enseñorea,
 Y sus ráfagas mil al viento ondea.
 El enemigo atroz rompe y domina,
 Y torna el muro destrucción y ruina.
 ¿Qué es ese bulto que entre el humo denso,
 Erguido tipo, impávido descuella,
 De la honra de la Patria en atalaya?
 Protesta del honor, titán de gloria,
 Ciego sublime, incomparable Anaya.....
 Allí estás tú como el peñón inmenso
 Que se clava en el cauce del torrente:
 Las olas á sus pies se hacen pedazos;
 Le envuelve espesa, tempestuosa bruma
 Y baña el sol su inmarcesible frente

Como en ampo purísimo de espuma!
 Y á tu diestra, Rincón el insurgente,
 Y Gorostiza, el de la excelsa lira;
 Y tú, Martínez, flor de mi memoria,
 De la garrida juventud decoro!!
 ¿Por qué tierno jazmín de los vergeles
 Veniste aquí á morir, si tú naciste
 Para el encanto ser de los jardines,
 Para la envidia ser de las mujeres,
 Para abrir tu corola en los placeres,
 Y tu aroma exhalar en los festines?....
 ¡Ay! que juntos los genios tutelares
 Te destinaron, triste, de mi Patria,
 Para ofrenda sublime en sus altares.
 Ya triunfó el invasor..... como bravía
 Arranca furibunda la corriente
 Lienzos enormes de obstinado dique,
 Y los derriba en el revuelto lecho,
 Y por sus grietas ondas hervidoras
 Trepán y se atropellan gemidoras:
 Así fué el invasor..... horrible instante!
 Que oprime el corazón, que arranca llanto.....
 Cuando en medio de heridos, de lamentos
 de niños, de mujeres..... plegó el ala
 Nuestro querido pabellón de Iguala,
 Para besar la frente de la muerte.....
 Mientras en sus bronces esculpió la historia:
Al vencedor los lauros de la suerte,
A los vencidos, bendición y gloria!

Joven generación. Tú la heredera
 De ese pasado de íntimo quebranto,
 Pero de honor también, tributa flores
 A esos sepulcros, riégalos con llanto.
 Tu alma toda pródiga en sus honores,
 Renueva ante ellos, santo el juramento
 De odio á los invasores,
 De afrenta y de rencor á los traidores.....
 Gloria á los héroes da y á los que tumba
 En esa hermosa luz negó el destino;
 Riégales con laureles el camino,
 Y descubre tu frente
 Que goza el corazón y honra al valiente.
 ¡Muertos, en pie! que yo hablo.... vuestros huesos
 Tiemblen dentro del polvo, que yo traigo
 Como ofrenda los frutos del ejemplo,

Que aquí sembrasteis con valor sublime;
 Como ovación os rindo las hazañas
 De Oriente y de Occidente
 En mil bravas campañas;
 Los laureles de Puebla y de Rosales,
 Dignos de vuestras frentes;
 La expiación del baldón de los tiranos,
 Lejos muriendo de sus patrios lares;
 La paz entre los dignos mexicanos;
 La bendición de Zaragoza y Juárez.

Agosto 20 de 1874.



LA MADRE DEL RECLUCA

RECUERDOS DE 1847.

I

¿Que están diciendo tus cantos
 Musa de gloria y dolor
 Que sin comprenderlos, lloro
 Sangre de mi corazón?
 ¿Por qué ya tu voz solloza
 Como un arrullo de amor
 O la cambia el entusiasmo
 En sonora vibración?
 —Porque recuerdo leyendas
 De un tiempo que ya pasó,
 En que á trechos negras nubes
 Dejan ver rayos de sol;
 Y si unas me arrancan llanto,
 Con las otras feliz soy.—
 Canta ¡oh! musa, como madre
 Que el llanto á su hijo enjugó
 Y le cuenta cuentos de hadas
 Para ahuyentar su afición
 —Hijo mío, escucha atento;—
 Y los dedos deslizó,
 Cual sacude entre las flores
 Sus alas el ruiseñor
 Antes de esparcir al viento
 Las notas de su canción.....

Año de cuarenta y siete
 De eterna recordación
 Revive al eco del parche
 Y el tumultuoso clamor

De México conmovido
 Con tremenda agitación;
 Remeda el ¡ay! prolongado
 De la campana mayor
 Que se escuchaba á lo lejos
 Vibrar como inmensa voz,
 Como entre olas que se azotan
 Se oye de bronce el fragor
 De la nave á medio hundirse
 Implorando salvación.
 En campo de sangre y muerte
 La ciudad se convirtió;
 Calles, balcones, alturas,
 Invade la población,
 Y sombrillas y paraguas
 Abren sus toldos al sol,
 Que hay un mundo de curiosos
 En ansiosa expectación,
 Ya cruzan, corriendo, grupos
 De algún Estado Mayor,
 Ya golpea el empedrado
 Chispas alzando un dragón;
 Ya se mira luenga fila
 De bayonetas al sol,
 De soldados que se alejan
 Al sur, en marcha veloz;
 Y ya en dominante torre
 O en empinado balcón
 Linfático propietario
 O repantigado prior,
 Al rumbo de Tlálpam vuelto
 Con su antejo de Dollón,
 Como él dice, al *largavista*
 Que en el tripié colocó,
 Al que consulta cerrando
 Un ojo sí y otro no:
 Aunque á veces junto al vidrio
 Le cierra el sueño los dos.

II

Al rayo de un Sol brillante
 Que lanza quemando Agosto,
 Una mujer de la plebe,
 Sin hermosura ni adorno,
 Se dirige á Churubusco,
 Que es un convento ruinoso

De maciza cantería
 Con chozas en sus contornos,
 Entre las tupidas milpas
 Y en terrenos cenagosos.
 La mujer es una anciana
 Que tiene encorvado el dorso,
 La cabeza como nieve;
 Mas, abierto y noble el rostro,
 Tez morena, gruesos labios,
 Chata nariz, negros ojos,
 Piel como bronce de tersa,
 Dientes blancos y lustrosos;
 Ancho tejaván formando
 Sobre su frente el rebozo,
 Y vése agitar su seno
 Bajo corales lustrosos,
 Relicarios y medallas,
 Que forman un repertorio
 En su pecho, que es museo
 De su fervor religioso.....
 Dudárase el sudor viendo
 Que empapa el resuelto rostro,
 Si por la congoja brota,
 O lo produce el bochorno.
 A su lado un leperillo
 La sigue con paso airoso,
 A la nariz el sombrero,
 Agil cintura, pie corto,
 El tacón con herradura,
 La banda con flecos de oro,
 Y la malicia asomando
 En sus retrecheros ojos,
 Aunque con su *maesita*
 Es el chico respetuoso.....
 Toca la pareja un puente:
 De Churubusco el cimborrio
 Se ve, y se ven las trincheras,
 Los cañones y los fosos.
 Allí están de Independencia
 Los artesanos heroicos,
 Y allí los heroicos Bravos
 Con sus jefes valerosos;
 De la fábrica de puros,
 Salido en grupo patriótico
 El cuerpo de Gorostiza

Al esfuerzo poderoso.
 De la fábrica era el chico,
 Y al verlo con puro gozo
 Agitan sus compañeros
 Los sombreros á sus ojos:
 —¿La vieja viene á pedirle
 Licencia?—No: dicen otros,
 Antes de darle el corraje,
 Le quieren cantar el *rorro*:
 Y con majestad la vieja
 A un oficial de buen tono
 Dijo: al general Anaya
 Quiero ver, habladle pronto!
 Y frente á Don Pedro Anaya
 Fué conducida en un soplo.
 Era el General Anaya
 De semblante casi torvo,
 En las sienas deprimido
 Y ancho y abierto en los pómulos;
 Bien repartida la frente,
 El color amarilloso,
 Rígido, enjuto, los labios
 Forzándose atrás un poco,
 Delgados, pero severos,
 Severos y desdeñosos;
 La nariz roma, el conjunto
 Imponente y bondadoso;
 Erguido el cuello, ostentando
 El dominio de los ojos
 Do la nobleza brillaba,
 Pero casi con enojo.....
 Breve la voz, con trabajo
 Soltando siempre un período
 Entre una tos de martillo
 Y entre un movimiento de hombros;
 Y esa corteza guardaba
 A un héroe de que orgulloso
 Nuestro suelo estará siempre;
 Que era de virtud adorno
 Y modelo de patriota
 Y de bondades tesoro.
 —Diga, qué quiere, señora,
 Que hay que hacer y el tiempo es corto—
 Y la mujer derribando
 Sobre su cuello el rebozo,

Y tomando por la mano
Decidida á su mocoso,
Prorrumpió en estas palabras,
Que oyó Anaya grave y hosco.

—¿Véis este niño, Señor,
Qué está aquí pintiparado?.....
Os lo traigo de soldado,
Pues aunque pobre, es de honor;
A mí me diera bochorno
Que otros rifando la piel,
Hallaran á mi Miguel
Junto al brasero y el torno.

No! que defienda su tierra,
Y en ella alcance la palma,
Porque, aunque me duela el alma,
De los hombres es la guerra.

¿Y á quién no arde lo que pasa?
Sólo por un: yo lo quiero,
Viene el pícaro extranjero
A echarnos de nuestra casa.

No, no, dijimos los dos,
Y lo miráis: aquí viene,
Que el que vergüenza no tiene,
No tiene perdón de Dios.

Fuerte me estoy, no me aflijo
Aunque el tormento me hiere,
Y aunque quiero cuanto quiere
Una madre para su hijo.

Yo sazono su comida,
Yo le plancho su vestido;
Que siempre mi encanto ha sido,
Hijo mío de mi vida!

Con él salen del taller
El contento y la alegría:
Si me dice, «vieja mía,»
Temo llorar de placer.

Pero, Señor, no hay cuidado
De que el dolor me taladre,

Que también su honrado padre
Fué de Guerrero soldado.

Y que más me mortifica
Que esté ocioso y que las gentes
Digan, al verlo, entre dientes:
—¿Quién, Miguel? Si es un Marica.

¡Ved, General, que una madre
Pide le deis protección,
Quiérale de corazón
Como su segundo padre.

Y temblaba en las pestañas
De la vieja conmovida,
Una lágrima nacida
Del fondo de sus entrañas.

El chico, vivo y despierto,
Al ver la madre llorando,
El semblante fué bajando
Lloroso, el mirar incierto!

Basta, dijo en brusco acento
Anaya, porque temía
Que si la vieja seguía,
Iba á llorar en su asiento.

Ven y seré tu padrino;
Haber una forniture!
Y transforma con premura
Al leperillo ladino.

Ahora, el fusil —¡más derecho!
Así conocí á tu padre,
Que te devuelva á tu madre
Con un escudo en el pecho!

Y el chico con emoción
Y encendidas las mejillas,
Exclamó: Aquí, ¡de rodillas!
—Madre, ¡vuestra bendición!

Signó la madre su frente;
Besó y dióle una medalla,

Y le dijo: en la batalla
Pórtate como la gente.

A sus filas fuese luego
Miguel, y la madre tierna
Oyó al salir de Padierna
El estrepitoso fuego!!!!

III

Desátase en nuestras filas
La furia de la derrota,
Y cual remolino arrastra
Del fresno las secas hojas,
O cual dispersa el granizo
Los cálices de las rosas,
O mejor cual la tormenta
Arrolla y rompe las olas,
Tal nuestras tropas derraman
Sus corrientes en las lomas,
En sembrados y calzadas
Y hasta en las cañadas hondas.
La lluvia que la alborada
Del viento de Agosto moja,
Hace rodar los caballos,
A los heridos trastorna,
Y hay carros hechos pedazos,
Y se amontonan sin forma,
Sacos, tambores, fusiles,
Que de trecho en trecho estorban;
Y hay soldados como espectros,
Y mujeres como locas;
Para gemir las blasfemias
Tienen abiertas las bocas;
Los rastros de negra sangre
Lúgubre el camino tornan:
Ya es un herido que arrastra
Colgando su pierna rota;
Ya tierna madre que al hijo
Del corazón no abandona,
Y agua le lleva anhelante
De su sombrero en la copa:
Allí, tu piedad divina,
Jamás de mi alma se borra,
García Gutiérrez, el bravo
De la nación española,
Atendiendo á los heridos,

Aliviando sus congojas!!!
Quién pudiera á los laureles
Con que las musas te adornan
Unir con mano felice
De gratitud la corona!.....
Era un gentío terrible,
Eran voces espantosas,
Era la Patria que ahullaba
Desgarrada de deshonra;
Era el tropel, la demencia,
Que la fe en vencer nos roba:
Éranse por la tortura
Sentir nuestras fibras rotas;
Eran de la luz huyendo
Todos, buscando la sombra.
En Tlalpam y San Antonio
En que hay de Santa Ana tropas,
Se acrecienta el remolino
Y las tormentas se chocan;
Allí, gimiendo de rabia,
Brotando espuma la boca
Dice el General Santa Ana
De Valencia tales cosas,
Que de asco de recogerlas
Rehusó conservar la Historia!
Allí manda se defienda
Churubusco á toda costa,
Mientras él se va ordenando
Que se adelanten las tropas.
Así fué..... Ya en Churubusco
Suena trompeta sonora,
Y vacilando como ébrios
En pesadilla horrorosa,
Se ven árboles y peñas
Con mil formas estrambóticas,
Pasar y volver á hundirse
Entre otras figuras lóbregas.....
Así bajan mil corrientes
De las lomas la derrota,
Y los valles circundados,
Pueblos y calles escombra;
Y cerca de Churubusco,
En el ángulo que forma
De Coyoacán el camino
Por una parte y de la otra

Se desplegan las banderas,
Las cuerda-mechas se aprontan,
Y en vivas á nuestra Patria
Estallan pueblos patriotas;
Distribúyense las fuerzas;
Las murallas se coronan
De Bravos é Independencia;
El cañón de negra boca
Tiende su cuello hacia el campo
En que el enemigo asoma.....
¿Y Miguel?—Como es recluta
En el muro no funciona,
Más creyéndole valiente
Le cofian la custodia
De una salida importante
De una capilla á la sombra.

De Twigs la bandada se viene tendiendo
Abriendo sus alas de acero y de azul,
Un cerco de llamas se fué describiendo
Del viejo convento cubriendo la luz.

Tremendo es el choque! tremendo el rechazo!
Así el arrecife repele á la mar,
Mas vuelve su furia, y entre olas y espuma
A intervalos vese soberbio luchar.

Allí bardo erguido, doncel afamado
Nutrido en el suelo de fértil Letrán,
Alzado en el muro gritabas ¡conmigo;
Conózcانme yankees, yo soy Villamar!

Y se alzan las llamas, el humo que ondea
Despide mil rayos con ronco fragor;
Allí el esterminio sus alas pasea,
Heraldo espantoso de la ira de Dios.

Se arrecia el combate: Peñúñuri digno
Hollando su sangre, sin fuerzas cayó:
Y ya moribundo se asió á una ventana
Gritando: ¡Triunfamos! muchachos, valor!

Cual vuelve rugiendo la presa tocando
Del monte encrespado é hirviente raudal,

Rugiendo vacila con ansia llamando
A Smith que impetuoso se lanza á luchar.

Martínez de Castro, de jóvenes gloria,
Modelo sublime de ciencia y virtud,
Allí conquistaste tu eterna memoria
¡Qué hermoso y qué grande, qué digno eras tú!

Redobla el combate; vacila entre el fuego
De Iguala la insignia; mil hurras y mil
Estallan gozosos, y trepa los muros
De polvo cubierto é intrépido Smith.

Anaya en la lucha quedándose ciego,
Así en los peligros sereno se está,
Cual viva protesta que en medio del fuego
La imagen de la honra quisiera guardar.

Inunda el convento la chusma triunfante;
¡Atras! truena, el arma tendiendo, Miguel,
Y allí centuplica su fuerza pujante
Y hiere y destroza feroz el doncel.

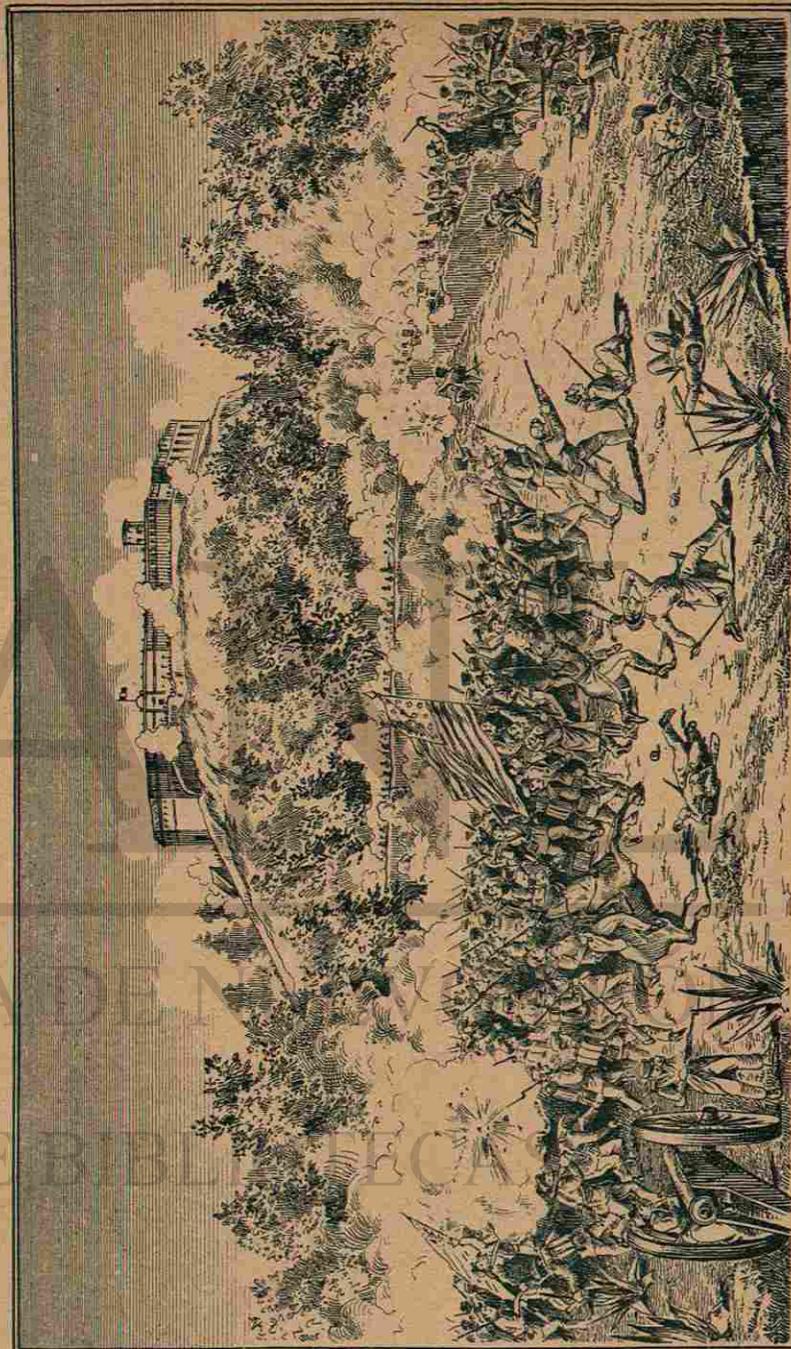
Cubierto de heridas, sangrando la frente
Que envuelve en su llama terrible el furor,
Relucha y se esfuerza, y un punto al valiente
Respetar y no toca la brava legión.

—¿Te das prisionero?..... Responde matando
A aquél que le hablara terrible Miguel,
Y entonces le hieren..... y muere besando
La efigie que dióle su madre con fe.

Quedó silencioso el campo
Y su contorno en silencio.....
Ya los prisioneros marchan,
Y van á enterrar los muertos.
Tras la muralla hacinados
Están despojos y restos
Anónimos, en divorcio
Para siempre de sus cuerpos.
Una mujer atraviesa
El campo, el rostro sereno,
Y en retratarla no insisto
Porque ya la conocemos.

Hacia Anaya se dirige,
 Y con varonil acento
 Le dice:—¿Que fué de mi hijo?
 Y no responde Don Pedro:
 Que se anudó su garganta
 Y que de sus ojos ciegos
 Dos lágrimas se saltaron
 Que temblando no cayeron.
 —Yo no pregunto si vive,
 Que sé que Miguel es muerto:
 Vengo á saber si ha luchado
 Como hombre, si estáis contento,
 Para darle sepultura
 Y llorar sobre sus restos:
 Si no..... quédese en el campo,
 De cobardes para ejemplo;
 Que los cobardes merecen
 Que los devoren los perros.—
 Informóle conmovido
 De su heroicidad Don Pedro;
 Y salió á buscar á su hijo
 Dando al aire sus lamentos.

Chihuahua, Mayo 3 de 1865.



ATAQUE DE CHAPULTEPEC



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

ODA PATRIÓTICA.

MOLINO DEL REY.

Surge de tu pasado, edad ardiente,
Y aparécete en mí, tiembla en mi seno,
Como en el tiempo que vibró mi canto,
Hijo de la ira y émulo del trueno,
Desatado en acentos de venganza,
Humillando el desdén de la fortuna
Con himnos celestiales de esperanza!

Venid, recuerdos que cruzáis mi mente,
Como atraviesan las tronchadas flores
Las ondas turbulentas del torrente.

Yo soy el que cantaba en los desiertos
Tu Causa Sacrosanta, patria amada,
Yo, quien te acompañó desamparada,
Y yo, el cantor de tus ilustres muertos!!!
Suele en los montes en que el hielo impera
Cubrirse cual sudario el tierno arbusto,
La verde yerba, las pintadas flores,
El horizonte hundirse entre la nieve,
Morir en sus abismos el paisaje,
Y ni un signo fugaz de vida leve
Recordar á la tierra entumecida
Su grandeza salvaje.

Mas de pronto, del trueno el estampido
En lo alto de los cielos se desata,
Se hunde, se raja el hielo conmovido,
Témpanos colosales desbarata,
De luz se visten árboles y flores,
Que se destacan en vellón de plata
Del sol entre los vivos resplandores.

A mi acento, revive ¡oh, mi pasado!
Y de tus hombros desprendido el velo

Ostenta grande, bajo el claro cielo,
Tu esfuerzo heróico, tu sublime gloria
Y el divino delirio

Con que en prueba tremenda
México se vengó de la victoria
Ciñendo la corona del martirio!

Brotad, bellos recuerdos, como suelen
Aparecer fecundos manantiales
Al palpar la tierra estremecida
Por honda conmoción; como chocando
Ola atrevida la desierta playa,
Deja cual huella luminosa raya,
El tenebroso espacio iluminando!
Ved allí la invasión. Vedla potente,
De horror, de luto y de vergüenza y mengua
Henchida; llega aquí como un torrente
De acero y maldición, de infamia y bronce.
¿La habremos de esquivar? ¿Lamento y llanto
Hemos de tributar á los bandidos,
Que escupiéndolo en el rostro la justicia,
Que fuertes por hallarnos divididos,
Ladrones de nuestra honra, su milicia
Engrosan con ingratos forajidos?
¿Quién es aquel que para la honra es débil?
¿Quién es aquel que los peligros mide
En la patria magnánima de Hidalgo,
Con la bandera que nos dió Iturbide?
A ellos dará villana la fortuna
Flores y lauros y triunfal renombre!
A nosotros el duelo del derecho,
A nosotros el luto y la derrota;
Pero luz inefable en la conciencia
De soldado valiente y de patriota,
Que supo defender la independencia!
A luchar! á morir! Bebe sedienta
La tierra nuestra sangre; en lo alto ondea
Entre el humo y el sol nuestra bandera
Y alienta á los de «Mina» en la pelea.
Grande León, tu temeraria espada
Guiaba allí nuestras huestes; el destino
Te otorgó las primicias de la gloria
Al detener la muerte tu camino. —
Era un cerco la liza; el lomerío,
La altura, el acueducto, el alto monte
Inundaba el gentío,

Animaba grandioso el horizonte.
Miramos avanzar nuestras banderas
Y una ráfaga incierta de victoria
Correr entre las filas de Balderas.....
Y tú, allí, Echagaray, dejando al viento
Flotar revuelto tu cabello de oro,
De los bravos modelo y ornamento,
De mi patria infeliz lustre y decoro.

¿Cómo no honrar la bienhechora mano
Que te arrancó á las ansias del mendigo,
Y poniendo á su espalda la calumnia
Te dió su amparo y se llamó tu amigo?
El mal triunfó: como repleta hiena,
La brutal invasión se entregó al sueño,
Y el salteador en bacanal ruidosa
De nuestra patria se jactaba dueño.

¡Polvo de los que fueron! tú la viste
Llegar á donde estoy, como la tromba
Que el mar vomita y que sacude y hiere
Con rudo empuje la gallarda nave.

La viste tú cual subterránea llama
Surgir, trepar, tender entre las breñas
Del monte sus furiosos,
Y miraste rodando entre las peñas
Verdugos y esforzados defensores.....
Cual se contempla el indomable escollo
Rechazando las olas hervidoras,
Vimos á Xicoténcatl, como atleta
Que la fiera quebranta
Y le derriba y tiende moribundo
Oprimiendo las manos su garganta.

Nobles hijos del mar: Ni uno tan sólo
Quedó como testigo de la afrenta;
Con júbilo el honor nos señalaba
Vuestra tumba sangrienta;
Socorro reclamaba el extranjero
En el trance fatal, como avalancha
De furor y de acero

Nuestros bravos del monte descendían;
El humo, el ronco trueno, el alarido
Del sonoro clarín repercutían,
Y estos gigantes hijos de los siglos
Mutilados gemían,
Y sus ramas que burlan tempestades
En la tierra sangrienta se esparcían.

La lid tiene su júbilo aletea
 En medio á los torrentes de metralla,
 Y el hórrido estampido
 De la bomba que estalla
 Abre al marcial corage
 Un nuevo cielo que recorre el alma
 Con delicia salvaje.

Entonces es morir como se extingue
 En los festines célica armonía,
 Que modular parece los suspiros
 De sensual alegría.

Entonces es morir como se aduerme
 En la ola tempestuosa la gaviota,
 Ebria de orgullo y derramando vida,
 Sin cuidarse del triunfo ó la derrota!
 Así la viste tú, colegio mío,
 De águilas nido, relicario de oro
 De nuestra juventud, plantel excelso
 Que al presente te llamas Esperanza
 Y que serás del porvenir tesoro.....
 En medio del amor y la alabanza
 ¡Cuan bello fué morir! ¿Quién no ambiciona
 Encontrarse á la entrada de la vida
 Con los arcos triunfales de la gloria
 Ciñendo de los héroes la corona?

Esa cadena que se llama vida,
 Esa ramera que se llama suerte,
 Para qué conservarla envilecida
 Y huyendo de los pasos de la muerte?
 El que penetra al templo adora el ara
 Del sacrificio. El bárbaro combate
 Y sus olas de fuego y sus horrores
 Mirar debemos, si el honor nos guía,
 Como estancia de flores!

Luto y dolor para la madre amante
 Que dió á la muerte, hermoso, con sus besos,
 El hijo tierno que adoró anhelante,
 Y que busca y no encuentra delirante
 Entre ceniza el polvo de sus huesos.

Luto al amigo que bañó con llanto
 Del temprano guerrero la memoria,
 Pero nosotros, entusiasta canto
 Y el divino apoteosis de la gloria.

Firmes si profesáis como yo siento
 La religión de honor! decidme ¿miento

Al otorgar sublime preferencia
 A defender la ley de la justicia,
 Que entregar la razón y sus derechos,
 Del triunfo á la voluble contingencia?
 ¿Y cómo no ensalzar la noble muerte
 Luchando por la santa independencia?
 ¡Cuánto los premió Dios! Ellos no vieron
 En alto el pabellón de las estrellas,
 Ni el nuestro figurar en sus trofeos
 Con sus sangrientas huellas!
 Ellos no percibieron la picota
 Donde gimieron ay! nuestros hermanos;
 Que quisieron vengar nuestra derrota
 Cual buenos mexicanos!

Felices niños, adorables vidas,
 Ellos sus blancas manos
 No mancharon en luchas fratricidas,
 Con la sangre de hermanos!

Venid á mí, garzones. Figuremos
 El cerro, el templo, las agrestes peñas,
 Candelabros de luz, ricos altares.....
 Contemplad á los nuestros que atraviesan
 Circuítos de brillantes luminaires.

¡Cuál brillan sus heridas como estrellas,
 Cuál despiden sus hondas cicatrices
 Sus nítidos destellos,
 Oh, jóvenes felices!

Barrera, Márquez, Montes de Oca, Escuitia,
 Y Suárez y Melgar; mirad, son ellos!
 Gloria! Gloria y laureles! que los aires
 Retiemblen con los himnos; este templo
 Escuche augusto el juramento santo
 De venerarlos y seguir su ejemplo.

Donceles de la gloria, aquí conmigo;
 Que ilustra el cielo de justicia el día.
 ¿Percibís en las sombras un anciano,
 Príncipe del honor, á quién ingrata
 Atacó por la espalda la calumnia?

¿No le reconocéis? ¿Pues qué la historia
 No lo pinta en la cuna de la patria
 Como hermoso lucero de los cielos,
 Revestido de gloria,
 Y digno hijo de Hidalgo y de Morelos?

¿No os lo dió á conocer la heróica fama
 Cuando hizo del patíbulo sangriento

En lugar del rencor y el escarmiento
 Sublime pedestal de su grandeza,
 Vergüenza del tirano,
 Monumento inmortal de la nobleza
 Del pueblo mexicano?

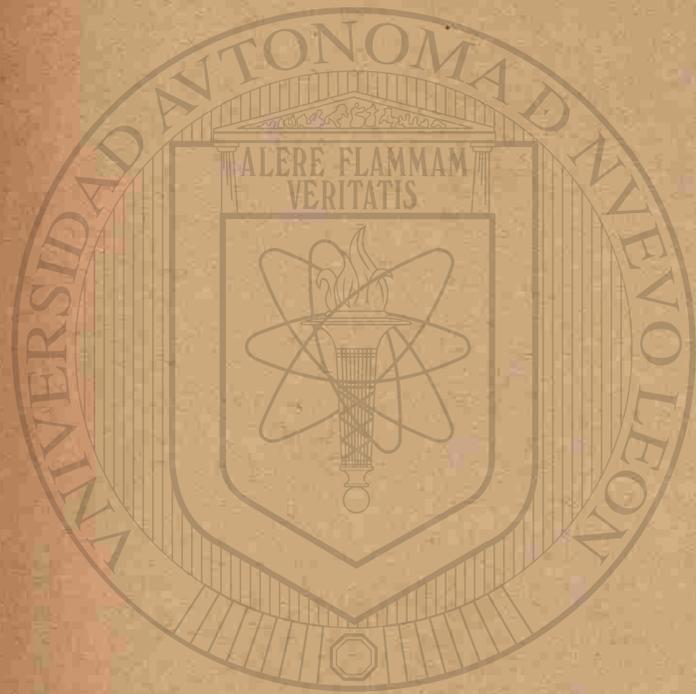
No mi voz, grande Bravo, los acentos
 De tu vindicación las almas puras,
 Estos que militaron á tu sombra
 Entreguen á los vientos.

Grande y sublime ser, Dios de los pueblos,
 A quien en mi alma reverente adoro,
 Por esta tierra á la que unjió la sangre
 De héroes gigantes, por que tú, el escudo
 Eres de nuestra patria y su justicia,
 Por esas tumbas que ignoradas yacen
 Debajo á nuestros piés, por esos nombres
 Que reverente proclamó mi labio
 Danos el bien; que el cielo se ilumine
 Del astro de la paz con los fulgores,
 Que el canto que acompaña la labranza,
 Que el ruido aturdidor de los talleres,
 Que el silbar del vapor en lontananza
 Dé al aire sus corrientes de esperanza
 Y encienda el regocijo y los placeres.
 Mas si está en los arcanos del destino
 Que se renueve del honor la prueba,
 Cumple, Señor, mi férvido deseo
 Que es descollar en el colegio mío
 Émpuñando la lira de Tirtéo,
 Dando á la juventud orgullo y brío,
 Proclamando viril, victoria ó muerte,
 Y andar dictando á la inmortal historia
 A pesar de las iras de la suerte
 Indeficientes páginas de gloria!!!

1884.

DIRECCIÓN GENERAL DE





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

POESIA

LEIDA POR EL C. GUILLERMO PRIETO EN EL BOSQUE DE
CHAPULTEPEC EL 8 DEL PRESENTE,
EN LA SOLEMNIDAD CON QUE EL COLEGIO MILITAR
CELEBRA SU INAUGURACION,
CONMEMORANDO LAS BACALLAS DE 8 Y 13 DE SEPTIEMBRE
DE 1847.

¡Patria! ¡Sagrado nombre! Voz que infunde
Orgullo, juventud y amor y gloria
En mi marchito corazón herido:
Te hablo, ven á mi acento,
Que fué como tu canto de victoria
Y que fué tu quejido de tormento
Cuando tu himno de amor era un gemido!
Oh! patria ven, tu resplandor de aurora
Se mire entre la niebla de mis canas
Como cirio de altar entre el incienso,
Y brote el entusiasmo y se difunda
Como raudal que inunda
Y torna el ancho valle mar inmenso.

¿Quiénes sois? ¿Qué queréis? ¿de esta alegría
Son acerba ironía
De mi caduca lira los conciertos?
Generación de ayer, ¿qué tú no sabes
Que soy yo ¡desdichado!
El cantor del quebranto y de los muertos?.....
Deja que entre las sombras que el pasado
En giro silencioso
Busca de los sabinos seculares;
Renueve reverente mi memoria,
¡Oh, patria idolatrada,
El polvo de oro de tu hermosa historia!

Este bosque, el cercano Iomerío,
 El transparente lago, esos volcanes,
 ¿No lo recuerdas ya corazón mío?
 Presenciaron la lucha de titanes.....
 Al través de mi llanto de coraje
 Vi elevarse el pendón de las estrellas,
 Cuando el «Hurra» salvaje
 Del invasor el viento ensordecía
 Y al estampar sus huellas,
 Lodo su pie con nuestra sangre hacía;
 ¡Oh, mengua! ¡oh, perdición! ¡oh, afrenta! ¡oh, rabia!

La iniquidad, triunfante del derecho,
 La fuerza bruta, del valor sublime,
 De la augusta virtud, la vil codicia.....
 ¡De la virtud! que esclava del destino,
 Inundados de lágrimas los ojos
 Siguió nuestro camino:
 Se vió nuestra bandera desgarrada
 Entre muertos y escombros y despojos,
 Vagando en su dolor abandonada!
 ¡Padierna! ¡Churubusco! loma agreste.....
 Esos muertos en pie: que se levanten,
 Paso á sus sombras! Como blancas nubes
 Con los rayos del sol resplandecientes,
 Que de lauros descubran circundadas
 Las inmortales frentes.
 Canto, y canto á sus glorias,
 Ved, que si inícuo les robó la suerte
 La pompa que corona las victorias,
 Timbres de honor divino,
 Sus claros nombres nos legó el destino!
 ¡Pasad, y si encontráis en el camino
 A la risueña juventud, decidle:
 Un tiempo fué para la patria mía
 En que su amarga vida era tortura,
 Y era vivir tormento y agonía!!

.....
 Mirando estoy bajar como torrente
 De do arrancan sus bases las montañas
 A la invasora gente,
 Despeñar y chocar en el escollo,
 Que como en reto presentó Padierna
 A la brutal conquista,
 Con la hueste invencible

Que Bravo amamantó, que ilustró Arista.
 Como granizo en rica sementera
 Destrozó la grandeza el extranjero
 Que brindó con la sangre de Frontera
 Por nuestra perdición á nuestra vista!!!

Y cunde la invasión, viene saltando
 Como ola ensangrentada entre las breñas,
 Entre heridos de pie y agonizando:
 Inútiles cureñas,
 Y mujeres errantes entre aullidos,
 Los brazos levantando
 Y el nombre del esposo y de los hijos
 En su angustia infinita proclamando!!
 De pronto se detiene la corriente,
 Churubusco está allí..... Cual de hondo cráter
 De sus muros la muerte se derrama,
 Vibra espantosa llama,
 Y hurras, vivas, relinchos de corceles,
 Y del clarín los bélicos acentos
 Se unen al retumbar de los cañones
 Y á su estampido horrisono en los vientos!

A la luz roja del terrible incendio
 Como pálidos pliegues de la hoguera
 Tus glorias, patria, enternecido admiro;
 Allí Anaya y Rincón y tú, poeta,
 Gorostiza inmortal, que entrelazabas
 A tus lauros de bardo las coronas
 Con que á los bravos el valor ensalza,
 Peñúñuri querido, tú al trabajo
 Y al bien representabas: moribundo,
 El cuerpo ensangrentado, el cuello erguido,
 Un viva á la sagrada independencia,
 Fué tu prostrar gemido!
 Y tú, Martínez, del honor tesoro
 Doncel garrido, flor de gentileza,
 De los salones candelabro de oro;
 De los vergeles del saber fragancia:
 Estrella matutina que fulgura
 En el cielo sin nubes de mi infancia,
 Cantan aquellos muros tu bravura,
 Admiran tu grandeza en el martirio,
 Guardan como ecos de himnos sacrosantos,
 Tus votos por la patria en tu delirio.

Y la ola por el dique contenida
 Con estruendo revienta,
 Y queda Churubusco en la llanura,
 Cual destrozado buque en la tormenta,
 Entre el hervor de mecedoras olas,
 Medio hundido, sus flancos medio abiertos
 Sus alturas ardiendo sus despojos.....
 Sus mujeres ahullando entre los muertos,
 Terror del alma, espanto de los ojos.

Harta de horror, repleta de matanza,
 Bajo el declive de esa parda loma
 Descansa la invasión y con porfía
 A nueva lid mi patria la provoca,
 Como cuando hoy, Septiembre,
 Alumbra el cielo con su octavo día!!!

.....
 ¡Qué estridor se despierta en las alturas,
 Que estremeciendo el cóncavo vacío,
 Horror del suelo, escándalo del viento,
 Remeda el ruido de huracán bravío?
 Es el combate rudo..... Al Sur ondea,
 Con sus surcos de sangre mexicana,
 El feliz pabellón de las estrellas.....
 Rugiendo la tremenda artillería
 Arrolla nuestras huestes. La victoria
 Aduladora el vencimiento aclama,
 ¡Ved las chusmas ufanas con su gloria:
 ¡Ved llorando de afrenta la esperanza:
 Ved tornarse en baldón y en ironía
 El apresto de muerte y de venganza.

¡Oh! mi patria, ¡oh, mi patria! ¡oh, patria mía
 ¿Vencerán sin luchar? ¿La tierra ardiente
 De guerra y sangre y de furor sedienta
 Verá sumisa al vencedor altivo
 Sin protesta, gozarse en nuestra afrenta?
 ¡Oh, no, mil veces no, y audaz y osado
 La lid renueva Echagaray valiente.....
 Es leona que súbita despierta
 Y se lanza feroz contra quien lleva
 A su vista arrastrando sus cachorros.....
 Se lanza con los suyos, les arranca
 El soberbio botín..... su voz atruena
 Gritando con ardor: «México viva,»

Patria, responden valles y montañas
 De la sierra vecina:
 «México,» «patria,» «independecia,» «gloria»
 Clama entusiasta el batallón de Mina!

¡Oh, grande Echagaray! ¡oh, noble anciano
 Recibe grato en tu morada oscura
 La sincera ovación de mi ternura!!
 En los aires el rayo centellea;
 Refleja el sol en ráfagas de acero
 Cuando el humo abandona la pelea.
 Sobre fondo de llama
 Se ven atravesar nuestros dragones,
 Y nuestro pabellón que al viento ondea
 Erguido, libre, en alto desplegando
 De su iris delicioso sus colores.....!
 Renuevos de los héroes de Dolores
 No desmayéis! Señor de las batallas,
 Tú que desde un patíbulo de afrenta
 Clamaste libertad á las naciones;
 Vida del alma, escudo del derecho,
 No la fuerza brutal grite victoria,
 Su causa ampara, acude á mis hermanos,
 Ponte al lado del bien, que ellos la gloria
 La sabrán conquistar: son mexicanos!
 Y como atrás se vuelve airada fiera
 Y escarba el suelo y mide á su enemigo
 Y sobre él furibunda se dispara,
 Así agitando aceros y banderas,
 Nuestro ejército marcha; y descollabas
 En medio el campo impávido Balderas.....
 ¡Oh dulce nombre! menestral amado,
 Le vemos, le admiramos, cuando herido
 Dejando rastros con su sangre pura
 Animaba la lucha encarnizada.
 Arrastrándose hincado, con la espada
 Tinta de sangre; la su faz morena
 Resplandeciendo, la mirada ardiente,
 Luz de sus generosos artesanos,
 Que á su padre, á su amigo, á su caudillo,
 Emulaban sublimes su bravura,
 De dolor delirando y de venganza,
 Ebrios de gloria, y ebrios de amargura!
 Y tú, noble León, flor de la tierra
 En que la cuna se mecía de Juárez,

Allí miro, que heróico apareciste
 Tipo de nuestros genios tutelares.
 Es horrenda la lid..... se cubre el campo
 De cuerpos de invasores. Nuestros bravos
 Miran sonriendo justa la victoria.....
 Un sólo empuje bastará á la nave,
 Que entre escollos sosobra sucumbiendo,
 Para salvarse..... El invasor vacila,
 Nuestras fuerzas terribles lo rodean;
 Es un peñón que el ímpetu socava
 De enorme caída de agua,
 Y se estremece y entre bravas ondas
 Se cimbra y bambolea;
 Y á la vista aparece y desaparece!
 Un esfuerzo, un auxilio. ¡Oh, mengua! ¡oh, duelo!
 Tanto tesoro de valor perdido!
 Tanta y tanta ilusión tornada en llanto!
 Oh, pérfido destino! oh, traidor cielo!

Yo escuché la confusa vocería:
 Yo contemplé el volcán de este castillo
 Vomitando sin tregua su metralla.....
 En tanto la campana del gran templo
 En sonoro compás el aire agita;
 Y la ciudad inmensa se distingue:
 Madre desventurada,
 Que levanta como brazos sus torres; gime,
 Y sigue las faces de la lucha,
 Grande en su angustia, en su dolor sublime.

De esa honda arruga de la agreste loma
 Truenos, llamas y gritos se desprenden,
 Y ruidos sin concierto
 De maldición y guerra.
 Pareció abrirse la vencida tierra
 Y seguir el combate en el averno.....
 Así rompe el torrente el alto dique,
 Esparciendo las piedras y saltando
 Entre el escombros, haciéndole pedazos
 Tal el anglo sajón..... penetra, salta
 Y envuelve en su corriente
 Los restos, ay! de nuestra brava gente!

Zuazo te miro allí; ya moribundo
 Distinguiendo arrollada la bandera

Del vencedor al ímpetu arrogante;
 Te incorporas, te lanzas furibundo,
 Batallas como fiera,
 La recoges, la besas..... y la muerte
 La encontró intacta y á tu pecho asida,
 En tu sangre empapada.....
 Convertida en mortaja del valiente
 Que luchó para darle triunfo y gloria.....

Lucha, derrota; no, que este recinto
 A la voz de Gelati y de Colombres,
 Ardiendo en ira al invasor recibe,
 Al invasor que cual marina tromba
 Se levanta en tremendo remolino
 De esa montaña á la soberbia cumbre
 Que impávida corona nuestra gente!
 Era volcán tremendo, vomitando
 Furioso sus entrañas.....

Cayendo de la altura
 Y dando tumbos en las altas peñas,
 A un tiempo vencedores y vencidos
 Trepaban, se envolvían,
 Y entre el humo y la sangre descendían
 A una muerte común rodando asidos.....

¿Quién pintará, batalla de leones,
 Tus faces mil de gloria?
 ¿Quién para eternizar esa memoria
 Piensa tener la entonación de Homero?
 Bravo, Gelati, Xicotencatl, Cano,
 Monterde y Pérez Castro..... ancho zodiaco
 De astros hermosos de la patria mía,
 Permitid que ante el polvo en que luchaisteis
 Amante incline la caduca frente.

Tú, el plantel de los ínclitos guerreros,
 Relicario de honor, nido de glorias;
 Tú, la cuna feliz de Hércules niños,
 Almácigo querido de renuevos
 De mártires y de héroes..... tú alumbraste
 En tan tremendo día
 A nuestra patria con hermosos hechos.

¿Es esa hueste, ejemplo de valientes,

La de imberbes donceles, los mimados
 Ayer por las caricias maternas?
 ¿Cómo en un tiempo mismo unió el destino
 Sombras de muerte á su risueña aurora,
 Y al gozo de la infancia ecos marciales?
 Mira que la hermosura tu camino
 Está sembrado de amaranto y rosas;
 Mira que la ambición en copa de oro
 Brinda á tu labio encantos y placeres,
 ¡Oh, juventud! y todo lo renuncias
 Y con delicia por la patria mueres

Bosque sagrado! sombra de los siglos!
 Arboles perdurables,
 Sublimes monumentos del pasado!
 La eternidad en silencioso vuelo
 Pasa cuando se agitan vuestras frentes,
 Que en contacto nos ponen con el cielo.....

¡Oh, tumba de mil héroes! oh, gran templo
 Abierto al alma y do su Dios se muestra:
 Acoge la plegaria de ternura,
 En la tierra en que te alzas majestuoso!
 Por ellos, por sus bravos, por su gloria,
 Por sus horas de llanto y de agonía,
 Permita Dios que cuando alumbre hermoso
 Otro como este día;
 El pueblo fervoroso,
 Rebosando de orgullo y de alegría,
 Brinda á los héroes nobles ovaciones
 Coronada de paz, ¡oh, patria mía,
 Admiración y honor de las naciones!

Septiembre 8 de 1872.

8 Y 13 DE SEPTIEMBRE
 DE 1847.

INTRODUCCION.

Fué morada de los Dioses
 Y alcázar de los Virreyes,
 Hoy las armas y las ciencias
 Siembran allí sus laureles
 Con el supremo imperante
 Que le habita y engrandece.
 El pueblo llama á ese sitio
 Bosque de Chapultepec,
 Y entre ráfagas brillantes
 En nuestra historia aparece
 Como un altar gigantesco
 Que el honor alzó á los héroes
 Para que sirva de ejemplo
 A las edades que vienen,
 Y para decirle al mundo
 Que si la guerra nos vence
 La causa de la justicia
 Cual claro sol resplandece.
 Es un cerro levantado
 Sobre peñascos agrestes,
 Dominando poderoso
 Vastos llanos, campos verdes,
 Y olas de lomas, que bruscas
 Se lanzan del Occidente;
 Le circundan como guardias
 Gigantescos ahuehuetes,
 En cuyas ramas los siglos
 En un silencio solemne
 Encantan á los que viven,
 Brindan sombra á los que mueren,
 Y aquella grandeza augusta
 Como en un templo convierte

La de imberbes donceles, los mimados
 Ayer por las caricias maternas?
 ¿Cómo en un tiempo mismo unió el destino
 Sombras de muerte á su risueña aurora,
 Y al gozo de la infancia ecos marciales?
 Mira que la hermosura tu camino
 Está sembrado de amaranto y rosas;
 Mira que la ambición en copa de oro
 Brinda á tu labio encantos y placeres,
 ¡Oh, juventud! y todo lo renuncias
 Y con delicia por la patria mueres

Bosque sagrado! sombra de los siglos!
 Arboles perdurables,
 Sublimes monumentos del pasado!
 La eternidad en silencioso vuelo
 Pasa cuando se agitan vuestras frentes,
 Que en contacto nos ponen con el cielo.....

¡Oh, tumba de mil héroes! oh, gran templo
 Abierto al alma y do su Dios se muestra:
 Acoge la plegaria de ternura,
 En la tierra en que te alzas majestuoso!
 Por ellos, por sus bravos, por su gloria,
 Por sus horas de llanto y de agonía,
 Permita Dios que cuando alumbre hermoso
 Otro como este día;
 El pueblo fervoroso,
 Rebosando de orgullo y de alegría,
 Brinda á los héroes nobles ovaciones
 Coronada de paz, ¡oh, patria mía,
 Admiración y honor de las naciones!

Septiembre 8 de 1872.

8 Y 13 DE SEPTIEMBRE
 DE 1847.

INTRODUCCION.

Fué morada de los Dioses
 Y alcázar de los Virreyes,
 Hoy las armas y las ciencias
 Siembran allí sus laureles
 Con el supremo imperante
 Que le habita y engrandece.
 El pueblo llama á ese sitio
 Bosque de Chapultepec,
 Y entre ráfagas brillantes
 En nuestra historia aparece
 Como un altar gigantesco
 Que el honor alzó á los héroes
 Para que sirva de ejemplo
 A las edades que vienen,
 Y para decirle al mundo
 Que si la guerra nos vence
 La causa de la justicia
 Cual claro sol resplandece.
 Es un cerro levantado
 Sobre peñascos agrestes,
 Dominando poderoso
 Vastos llanos, campos verdes,
 Y olas de lomas, que bruscas
 Se lanzan del Occidente;
 Le circundan como guardias
 Gigantescos ahuehuetes,
 En cuyas ramas los siglos
 En un silencio solemne
 Encantan á los que viven,
 Brindan sombra á los que mueren,
 Y aquella grandeza augusta
 Como en un templo convierte

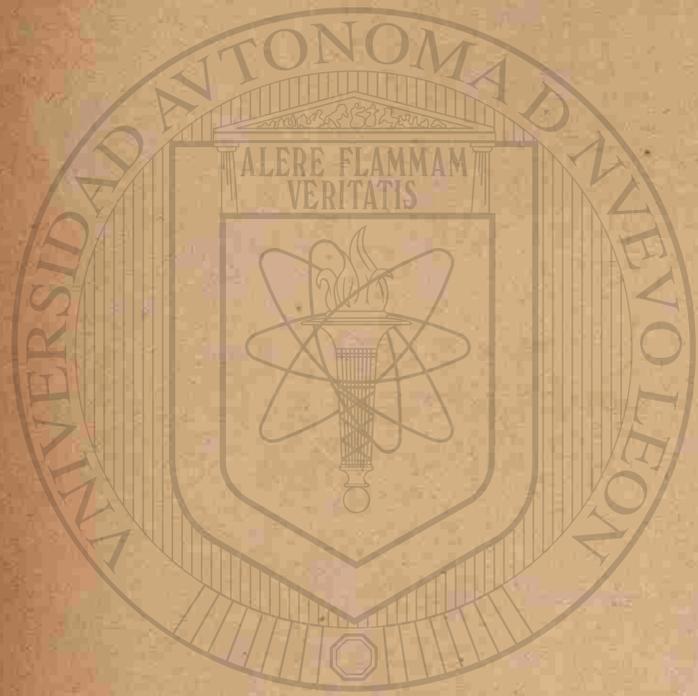
El sitio donde el sol mismo
Se desliza reverente,
Y á la bóveda decora
Con sus rayos refulgentes.

I

PADIERNA Y CHURUBUSCO.

Era la lucha tremenda
En que la codicia aleva,
Robó su espada al derecho
Amagándonos de muerte.
Al proceder alevoso
Se alzaron nuestros valientes,
Y en la lejana frontera
Y en nuestros mares fervientes,
Hórrido retumbó el bronce
Y en ira estalló la gente.
Con la rabia en las entrañas,
Heridos los combatientes
Dejaron rastros sangrientos
En el Norte y el Oriente,
Ellos con próspero sino,
Nosotros con mala suerte;
*Pero en los empeños de honra
No es más honrado el que vence,
Sino el que lucha y sucumbe
Porque el derecho defiende;*
Y en eso sí, nuestra patria
Siempre tuvo alta la frente
Y las victorias del crimen
Serán ignominias siempre.
En nuestro risueño valle
Se empeñó la lucha ardiente,
Era estadio grandioso,
Era soberbio palenque
Para decidir el duelo
Que al mundo como juez tiene.
Y eran como dos atletas
Los ejércitos potentes
Que se embisten en *Padierna*,
Do lucha feroz sostienen;
Y el vencedor se despeña
Lanzando hurras insolentes
Entre dispersos, heridos,





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Despojos y rotos trenes,
Y en vista de Churubusco
La derrota se detiene;
La lid allí se renueva,
Mares de sangre se vierten,
Y el desastre y el incendio
Recorren como dementes
Las filas de nuestros bravos,
Que cual fieras se embravecen,
Y entre muertos y entre ruinas
Tu honra ¡oh, México! sostienen.
Allí Anaya, el impasible,
Allí Rincón eminente,
Allí Gorostiza ilustre
Que en letras y armas se excede;
Y Peñúñuri y Martínez
De honor excelsos joyeles,
Su nombre dan á la gloria,
Que amante besa sus frentes...
De Smith y de Worth hollaron
Las trincheras los corceles,
Los atletas fatigados
La osada planta no mueven,
Y los clamores de guerra
Como en noche, se suspenden.

II

MOLINO DEL REY.

Tras el forzado descanso
La lid tenaz se encarniza,
Y en las lomas del Molino
Se desata enfurecida.
Ruge en tempestad el bronce,
El clarín venganza grita,
Llamas vomita el acero,
La humareda mata el día.
El invasor orgulloso
Avanza, y se precipita
Sobre el modesto edificio
Que su marcha detenía,
Mas rápidos se avalanzan
A su paso los de «Mina»,
Cual tigres, á los que osados
Penetrán en sus guaridas;

O como bravo torrente,
 Cuyas ondas contenidas
 Por una débil compuerta
 Que alguien audaz aniquila;
 O cual trozo descuidado
 De terrible dinamita
 Que al sentir un rudo choque
 Revienta, los muros cimbra,
 Y riega el herido suelo
 De escombros y de cenizas,
 ¡Oh, cuadro, espantoso cuadro!
 ¡Como en mi mente te animas!
 Los tendidos horizontes
 Bañados de luz purísima,
 La multitud agolpada
 En la inmensa gradería
 Que en las lomas de Occidente
 Forman disiguales líneas.
 Al Este, Chapultepec
 Alzando su excelsa cima,
 Y en su declive apiñada,
 Entre rocas y entre espinas,
 La gente cuyas cabezas
 Entre las zarzas se miran,
 Con los variados matices
 De sus trajes y sombrillas;
 Y en medio como en un fondo
 La batalla enfurecida,
 Las banderas y estandartes,
 El humo, la gritería,
 El retumbar los cañones
 Y la matanza maldita.
 Grant y Lincoln se disputan
 La palma de la osadía:
 Arrebatan nuestras piezas
 Dentro de nuestras mismas filas...
 Cuando un garzón esforzado,
 Rubio, en que la llama brilla
 Del sacrosanto entusiasmo
 Que el amor de patria inspira,
 Vuela á recobrar las piezas;
 Sobre ellas se precipita
 Cual león que al lobo artero
 Su presa arranca con ira
 Y le arrastra y le revuelca

En la sangre de su víctima...
 ¡Oh, Echegaray! yo fui siempre
 Tu cantor, y con delicias,
 Con mis trovas reparaba
 De los hombres la injusticia,
 Y hora en tu olvidada tumba
 Mis lauros se depositan.....
 La lid se empeña un momento,
 Los enemigos vacilan;
 Y se oyen en nuestras tropas,
 Rompiendo el aire, los vivas;
 Pero torna reforzado
 El yankee, el fuego se aviva,
 Y á León de su caballo
 Certera bala derriba.
 Mas aparece Balderas,
 El sastre de espada invicta,
 Y á los contrarios embiste
 Con la fuerza esclarecida
 De artesanos valerosos;
 Allí Salcedo, allí Díaz,
 Allí Margarito Suazo,
 En cuyo cuerpo, ceñida
 Se encontró nuestra bandera
 A su piel con sangre tinta;
 Se arroja Balderas, cae,
 Y estribando en su rodilla,
 —¡Avancen!, —grita á los suyos
 Con poderosa energía.
 Cuantas veces la victoria
 Prodigó falsas sonrisas
 A los fieles mexicanos
 Que con furia combatían!
 Así relámpago pérfido
 Simula tierra maciza
 La línea que traza incierta
 Del hondo abismo la orilla...
 Vamos á triunfar, que avanza
 Por fin la caballería...
 Pero es ficción, los corceles
 De granito parecían,
 Y su indiferente calma
 Nos vence y nos sacrifica.
 Allí, dando testimonio
 De valor y honra divina,

Como dispersas las tablas
 Quedan de nave magnífica
 Que desarió con empuje
 Las olas embravecidas,
 Dejan sus cuerpos exangües
 Asombrando á quien los mira,
 Vázquez, Cárdenas Olvera,
 Uribe, Enríquez, Macías
 Y otros cien, sin los recuerdos
 Que Argáandar guarda en su herida.

III

CHAPULTEPEC.

Chapultepec, es tu turno
 En mi revista de gloria.
 Retiempla ¡oh, lira! tus cuerdas,
 Haz que vibren melodiosas,
 Que mi corazón es joven
 Si en él palpitan las notas
 En tu honor, ¡patria adorada!
 Sangre de mi alma, mi hermosa
 Estrella del Occidente,
 De mi vida que se agota.
 Te defiende Bravo heroico,
 Inmortal en nuestra historia,
 Que es excelso cuando vence;
 Sublime cuando perdona.
 La lid principia: el espacio
 Rompen aullando las bombas,
 Que resistieron los nuestros
 Sin moverse hora tras hora.
 Y si son dignos de fama
 Los que al peligro se arrojan
 Empujados por las iras
 Y frenéticos de cólera;
 Son más dignos de renombre
 Los que apuran gota á gota
 Los horrores de la muerte,
 Inmóviles, sin zozobra,
 Sin un gesto de impaciencia,
 Sin un signo de congoja.
 Era el 13 de Septiembre
 Y aparecía la aurora
 Como vertiendo sonrisas

Y derramando coronas.
 Los bravos en el castillo
 A la batalla se aprontan,
 Y á himnos de gloria les suenan
 Del cañón las voces roncadas.
 En esa altura se anidan
 Los niños que se aleccionan
 En la ciencia de la guerra
 Y profesan de patriotas;
 Y ellos con ferviente saña
 Ven á sus pies que se azotan
 Como olas contra arrecifes
 De los contrarios las olas.
 Tras de la cerca del bosque
 Como en borbotones brotan
 Enemigos furibundos
 Que cuanto encuentran arrollan,
 Como cuando hirvientes aguas
 De su cauce se desbordan
 Y hacen rodar los peñascos
 Y los árboles destrozan.
 No cesan ni un solo instante,
 Los fusiles ni las bombas.
 Ya la muerte con su manto
 Envuelve en eternas sombras
 A Juan Cano, á quien las ciencias
 Deben preclara memoria,
 Para que se aumente el brillo
 De su espada poderosa;
 A Pérez Castro, el modelo,
 Y á Saldaña, á quien no otorga
 La gratitud un recuerdo,
 Pues su nombre no menciona.
 De pronto, cual dos torrentes,
 Abren brechas impetuosas
 Al bajar enfurecidos
 Barriendo troncos y rocas,
 Aparece extensa brecha
 Y la furibunda tropa
 De Pillow, que del Ocaso
 Se le encargó la maniobra;
 Quitman por el Norte avanza
 Con vacilante demora;
 Huger lanza proyectiles
 Que cual tempestad rimbomban,

Ahulla en lo alto la metralla
 Rasgando el viento furiosa.
 Fácil encuentra el camino
 Pillow, pero le desploma
 Una masa de valientes
 Que con sus bravos le arrostra
 Y le bate, y con sus muertos
 Forma en el declive alfombra;
 Pide refuerzo, un instante
 La victoria está dudosa,
 Y nuestros bravos expiran,
 En los brazos de la gloria.
 Garlan acude entre tanto;
 Por el Sur terrible asoma
 Twigs, y Duncan de los flancos
 Terrible se posesionan;
 Erase como un incendio
 En las selvas, que devora
 Hambriento los gruesos troncos,
 Y como sierpe furiosa
 Trepa trozando las ramas,
 Y la llama destructora
 Se extiende hasta formar mares
 En la altura rugidora.
 Ya avanzan los invasores,
 Ya en nuestros muros colocan
 Escalas por donde aspiran
 A encontrar nuestra derrota;
 Los mexicanos se lanzan
 Y mil balas vengadoras
 Castigan regando muertos
 La temeraria intentona.
 Una, dos, cientos de veces,
 Las escalas quedan olas;
 Y hay como lagos de sangre
 En la altura defensora.
 Al fin Sumner venturoso
 Nuestras trincheras aborda:
 Entre negras nubes de humo
 Y entre bandas tumultuosas,
 Trepan, se hacen remolino,
 Atropellan, aprisionan,
 Y el mayor Sumner, soberbio,
 Con una jactancia loca,
 De su asta nuestra bandera

Con insolencia despoja,
 Y la arrastra y la repisa
 Entre el contento y la mofa.
 ¡Oh, patria, adorada patria!
 Mi corazón sangre llora
 Cuando describo tu afrenta,
 Al mencionar tu derrota,
 Y al recordar en la altura
 Feliz, alta, victoriosa
 A la enseña Americana,
 Que triunfante al aire flota,
 Cuyas barras son de sangre
 Cuando las muestra la historia.
 Sigue la lucha tremenda,
 Los enemigos se enconan,
 Mas de pronto se detienen;
 Es porque su marcha estorban
 Los de San Blas Xicoténcatl,
 A quien la fama pregona
 Flor de oro de los valientes
 Y de nuestra patria la honra.
 Era como bravo toro
 Que á jauría rencorosa
 Acosa, hiere, y con rabia
 Cuanto le cerca destroza.
 Ya no hay fuerza: sus soldados
 Cadáveres se amontonan,
 Pedestal formando al héroe
 Que al expirar, orgullosa
 Yergue la morena frente
 De honor brillando y de gloria.
 La lucha prosigue ardiente,
 La invasión es como tromba
 Que se eleva de los mares
 Bramando y que cuanto toca
 Aniquila incontenible
 Y lo sepulta en las olas.
 Entonces tú, mi colegio,
 Nido de águilas preciosas
 Que entre cantos de esperanzas
 Te nutres y desarrollas,
 Tú te lanzas; los renuevos
 Ya como atletas se aprontan,
 Luchan, mueren, y al mirarte
 Cual con sus hechos asombras,

Sonriendo el Dios de los héroes
 Las vidas en flor acorta
 Y les anticipa lauros
 Que eternicen su memoria.
 ¡Hossana canten los cielos,
 Hossana la tierra toda;
 Que es bello morir luchando
 Cuando á la patria se adora,
 Y ornar su frente de flores
 Al pasar la eterna sombra.
 ¡Pobre de mí! ¡cual quisiera
 Que esculpiese fiel la historia
 Aquí los nombres amados
 Que la ingratitud no nombra.
 Pero al menos los amigos
 Que fueron y son mi honra,
 Reciban un homenaje
 De mi lira, que sus notas
 Prodigas siempre á los buenos
 Y á los villanos azota.

Norris, Colombres, Gelati,
 Poucel y Cuéllar y Sola,
 Mi humilde ovación reciban,
 Mientras, pléyades de gloria,
 Márquez, Escutia y mil otros
 Nuestro firmamento adornan.

Y ¡oh, Chapultepec querido!
 Tú que en tu recinto acopias
 A mis recuerdos de niño
 Entre arrullos de palmas...
 Perdona los tristes ayes
 De mi musa gemidora,
 Porque si me encanta rica
 Mi patria, fuerte y dichosa,
 Al recordarla doliente
 Y humillada y en congojas,
 La siento como más mía
 Y mi corazón la adora.

Septiembre 7 de 1893.

1847.

ROMANCE CORTO, PERO MUY TEMPLAO

Era, lo recuerdo al vivo,
 Era el 13 de Septiembre,
 Cuando volcán de exterminio
 Se volvió Chapultepec,
 Y sus rocas se tiñeron
 Con la sangre de valientes,
 Cuando en su jardín *botánico*
 Familias de niños héroes
 Con su gemir aumentaban
 Los horrores de la muerte;
 Y era el supremo momento
 Que Xicoténcatl parece
 Soberbio el Dios de la guerra
 Combatiendo con sus gentes
 Contra un grupo de enemigos
 Temerarios, no valientes.
 Hieren, destrozan y matan,
 Inundando en sangre hirviente
 Las peñas y la maleza
 Lanzando fuego á torrentes.
 Era Xicoténcatl indio
 Membrudo, ligero, fuerte,
 Moreno el tostado rostro,
 Ancha y altiva la frente,
 Y dos ojos como abismos,
 Negros y resplandecientes;
 De San Blas eran los suyos,
 Hijos del mar de Occidente,
 Flacos, nerviosos y listos
 Como de guerra corceles
 Que en el humo y en la llama
 Audacia y coraje beben.

Sonriendo el Dios de los héroes
 Las vidas en flor acorta
 Y les anticipa lauros
 Que eternicen su memoria.
 ¡Hossana canten los cielos,
 Hossana la tierra toda;
 Que es bello morir luchando
 Cuando á la patria se adora,
 Y ornar su frente de flores
 Al pasar la eterna sombra.
 ¡Pobre de mí! ¡cual quisiera
 Que esculpiese fiel la historia
 Aquí los nombres amados
 Que la ingratitud no nombra.
 Pero al menos los amigos
 Que fueron y son mi honra,
 Reciban un homenaje
 De mi lira, que sus notas
 Prodigia siempre á los buenos
 Y á los villanos azota.

Norris, Colombres, Gelati,
 Poucel y Cuéllar y Sola,
 Mi humilde ovación reciban,
 Mientras, pléyades de gloria,
 Márquez, Escutia y mil otros
 Nuestro firmamento adornan.

Y ¡oh, Chapultepec querido!
 Tú que en tu recinto acopias
 A mis recuerdos de niño
 Entre arrullos de palmas...
 Perdona los tristes ayes
 De mi musa gemidora,
 Porque si me encanta rica
 Mi patria, fuerte y dichosa,
 Al recordarla doliente
 Y humillada y en congojas,
 La siento como más mía
 Y mi corazón la adora.

Septiembre 7 de 1893.

1847.

ROMANCE CORTO, PERO MUY TEMPLAO

Era, lo recuerdo al vivo,
 Era el 13 de Septiembre,
 Cuando volcán de exterminio
 Se volvió Chapultepec,
 Y sus rocas se tiñeron
 Con la sangre de valientes,
 Cuando en su jardín *botánico*
 Familias de niños héroes
 Con su gemir aumentaban
 Los horrores de la muerte;
 Y era el supremo momento
 Que Xicoténcatl parece
 Soberbio el Dios de la guerra
 Combatiendo con sus gentes
 Contra un grupo de enemigos
 Temerarios, no valientes.
 Hieren, destrozan y matan,
 Inundando en sangre hirviente
 Las peñas y la maleza
 Lanzando fuego á torrentes.
 Era Xicoténcatl indio
 Membrudo, ligero, fuerte,
 Moreno el tostado rostro,
 Ancha y altiva la frente,
 Y dos ojos como abismos,
 Negros y resplandecientes;
 De San Blas eran los suyos,
 Hijos del mar de Occidente,
 Flacos, nerviosos y listos
 Como de guerra corceles
 Que en el humo y en la llama
 Audacia y coraje beben.

Horrenda lid, los contrarios
Acuden como en tropeles;
Y cada uno de los nuestros
Lucha airado contra veinte,
Como en un circo los toros
Intrépidos se defienden
De los lobos carniceros
Que los asaltan y envuelven
Y que entre mares de sangre
Llenos de bravura mueren.
Xicoténcatl levantado
Sobre la hecatombe excede
A lo concebible en todo
Lo que á un guerrero engrandece.
El relámpago en la espada
Gloria á los bravos promete,
La sangre mancha su ropa,
La sangre corre en su frente;
Al fin sucumbe gritando
¡Viva México! Y perece...
Cayó como abate el rayo
Al poderoso ahuehuete
Y entre las quebradas ramas
Hecho carbón aparece.

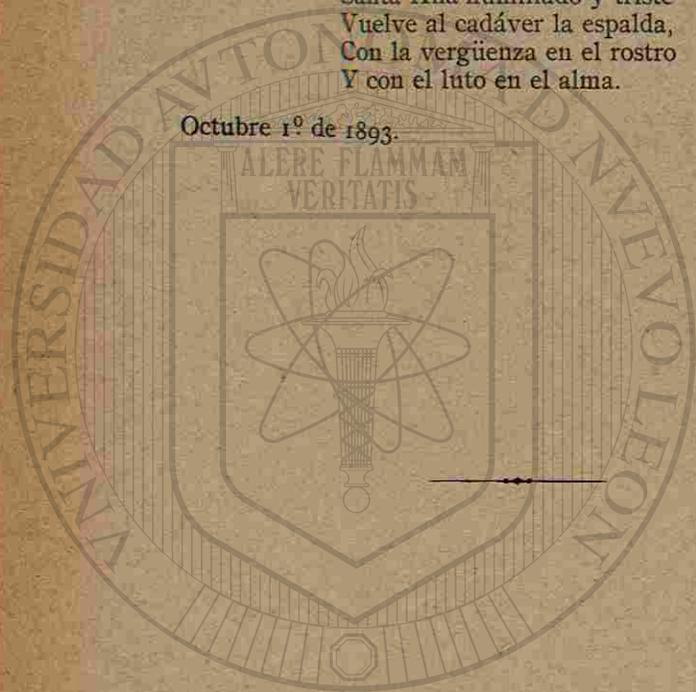
II

En la puerta del Rastrillo
Está el General Santa Ana
En su caballo mosqueado
Y con su levita blanca,
Su fuetecillo en la mano,
Sombrero de jipijapa
Que hace oscuro su semblante
Bajo sus tendidas alas;
Está un grupo de ayudantes
Y curiosos á distancia
Que hacen campo á los heridos
Cuando quejándose pasan,
Y al Hospital los conducen
De la *Casa Colorada*.
Mas el General osado
Con furia el corcel avanza
Do más amaga el peligro
Y más ruge la metralla;

El con inquietud de fiebre,
Sigue la cruda batalla
De Xicoténcatl heroico
Y le asombran sus hazañas.
Mas de pronto la humareda
Aquel cuadro ofusca y tapa,
Oyendo cómo se escucha
Entre nubes agitadas
El ronco rodar del trueno
Que retumba en las montañas;
De pronto ve que un soldado
De Xicoténcatl escapa
Del recinto del combate
Como en veloz retirada.
Entonces de ira furioso...
Lleva la mano á la espada
Y le grita:—¡Alto cobarde!
¡Alto, desertor, canalla!.....
Y era aquel soldado un mozo
Alto, erguido, de faz blanca;
De bruñido el blanco vestido,
De negro eucero la chaca;
Pálido como la muerte
Se detiene.....y en Santa Ana
Fija los brillantes ojos
Y que avance más aguarda.
Con los labios entreabiertos
Y con la diestra apoyada
Sobre el agitado pecho,
Cual conteniendo sus ansias,—
—¿Donde has dejado á tu jefe?—
Le grita airado el que manda:—
—¿En donde está Xicoténcatl?...
—¡Responde, vil! ¿A qué aguardas?
Y el soldado con fijeza
Mirando al jefe la cara,
O con supremo desprecio,
O con contenida rabia,
Deja escapar silencioso
Grave y altivo dos lágrimas,
Y levantando su mano
Del pecho en terrible calma,
Deja que miren la herida
Profunda de do brotaba
La sangre del noble pecho

Que hicieron criba las balas;
 Y expirante se desploma
 Sin articular palabra...
 Santa Ana humillado y triste
 Vuelve al cadáver la espalda,
 Con la vergüenza en el rostro
 Y con el luto en el alma.

Octubre 1º de 1893.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

EN CHAPULTEPEC.

A MIS QUERIDOS DISCÍPULOS DE HISTORIA
 PATRIA EN
 EL COLEGIO MILITAR.

Estos los sitios son, este conjunto
 De agreste pompa de eternal grandeza;
 Esos titanes que amamantan siglos
 Y brotaron del seno de lo eterno
 Para elevar al cielo la cabeza;
 Esas tendidas sombras que reclinan
 Sus sienes junto al monte de granito;
 Esos bosques de ramas que formulan
 Acentos de lo inmenso y lo infinito;
 Esa montaña intrusa, advenediza,
 Que invadió de exabrupto la llanura
 Para admirar el delicioso valle
 Y sus lagos radiantes de hermosura;
 Ese todo magnífico y salvaje
 De aurora y noche, de placer y duelo...
 Fué el palenque marcado
 Por la fuerza brutal en su delirio
 Para amarrar á un pueblo desdichado
 Al pílori sangriento del martirio!!
 ¿Por qué triunfa Satán? ¿Por qué el destino
 Los lauros otorgó de los valientes,
 Para que del asalto y la perfidia
 Se coronaran las malditas frentes?
 ¿Por qué á la infamia se concede un día
 Que ponga el pie sobre el sagrado pecho
 De la Justicia, triunfo del Derecho
 Y grite el crimen: «La victoria es mía?»
 ¡Oh, mi patria! oh, mi amor! oh, mis recuerdos!
 Que como negros buitres resucitan
 Gimiendo en mi pasado de tinieblas
 Y con timbre de bronce ¡afrenta! gritan.

¡Oh, recuerdo! tan *único* en mi mente,
 Como á viajero en noche tenebrosa,
 En que hundido en negrura el ancho suelo,
 En que de mármol negro el vasto cielo,
 Aislado se distingue en lontananza
 Mónstruo de llamas, el volcán gigante
 Despidiendo de lavas sus torrentes,
 Retemblando el espacio á sus rugidos,
 Alumbrando sus cárdenos reflejos
 Ruinas tremendas y árboles candentes!
 Tras esa barda débil, rebalsando,
 Cual de sirte hervidora, á borbotones
 Del invasor saltaban las legiones,
 Trepaban, ascendían,
 Y rápidas, tornadas en torrentes,
 Al tremendo estallar de sus cañones,
 La montaña feroces invadían.

Como el incendio que á potente cedro
 Cifne y calcina, y sus ansiosas llamas
 Corren y envuelven las tendidas ramas,
 Así se dispersaban los guerreros
 Hallando en los valientes defensores
 El plomo vengador y los aceros...

En el aire el relámpago y el trueno,
 Entre las rocas sangre y alaridos,
 Los viejos ahuehuetes sacudidos
 Como gimiendo de marcial coraje,
 Y el huérfano ramaje
 Lanzando en el espacio sus ahullidos,
 Semejaba á los hondos alaridos
 Del terreno salvaje!

Allí por donde asoma la arquería
 Sus ojos cadavéricos, vacíos,
 La sangre formó ríos;
 Allí *Gelaty*, el de sin par bravura,
 Allí *Colombres*, el de esfuerzo ardiente,
 Allí *Norris*, amontonando muertos,
 Del invasor torcieron el torrente!...
 Más lejos, donde quiebra el sol de Oriente
 En cristales sus vívidos reflejos,
 Enemigas falanges ascendían
 Trepando entre las zarzas y las rocas;
 Allí nuestros soldados esperaban:
 Se avalanzan, reluchan,
 Retiembla el monte al ímpetu violento,

Y en la lid empeñados,
 Con furor abrazados
 Rodaban al abismo, despeñados,
 Sobre el suelo sangriento.

Como en medio del éter en la altura
 El humo denso espuma de la llama,
 Se agolpaba flotante,
 Presentando á los bravos combatientes,
 En fantásticos grupos, tras un velo
 Aéreo, terrible, y en inquieto giro
 Fusiles, estandartes, trueno, llama,
 La blasfemia y la queja lastimera,
 Y dominando ansiosa,
 Palpitando en los aires congojosa,
 Pero alta nuestra impávida bandera!

¡Oh, grande Xicotécatl! ¡yo te he visto
 En medio de tus bravos; te cercaban
 Como muro, defensa del torrente
 Que impetuoso le embiste, que le raja,
 Que en trozos le desgaja...
 Éras como león; tus héroes muertos
 Parece que asombrados te miraban
 Con sus ojos abiertos!!!

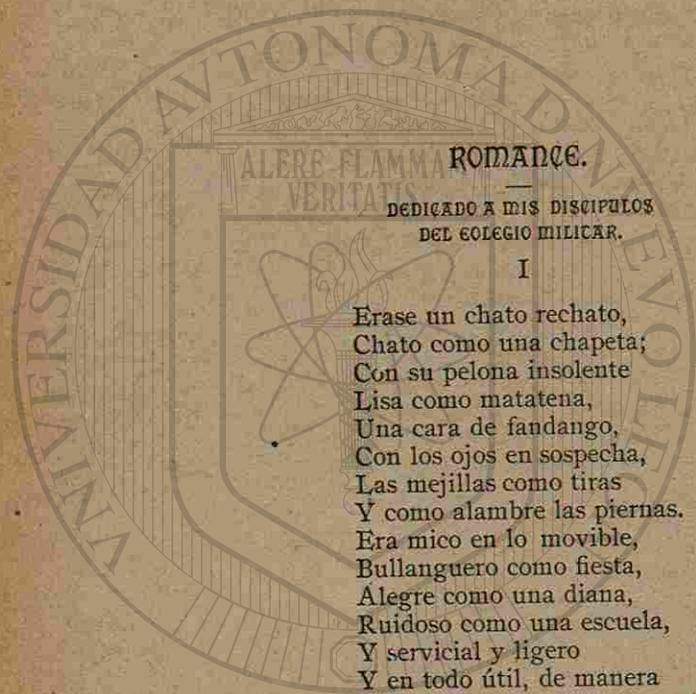
Quedó tu hermoso grupo como suele
 En terremoto horrendo, que aniquila
 Las bóvedas de un templo, que artesones,
 Chapiteles y altares desbarata;
 Mas quedan como en pie sobre las ruinas
 Restos de la soberbia columnata.
 Horror! horror! Asciede poderoso
 El invasor; las ráfagas de acero
 Cruzan del monte en la empinada, cima...

¡Alto, en nombre de Dios! contén, impío,
 Tu furor asesino, tu carrera
 Enfrena, que atropella en su demencia
 Con planta maldecida,
 Ese alcázar sublime de la ciencia,
 Ese querido hogar de nuestra vida!
 Plantel de glorias, nido de esperanzas,
 Arca de juventud, germen futuro
 De ínclitos hechos! te anticipa el hado
 La horrenda prueba...alístate al combate,
 El clarín á tu frente clamorea
 La horrisona pelea.
 ¿Es la niñez?—Que expire, que se inmole.

¿El saber?—Que sucumba á mis furores:
 Yc me apellido el robo y la injusticia.
 —¡¡¡ Malditos invasores!!!...
 ¿Son esos niños los que ayer mimados,
 En el tranquilo hogar, fueron delicia
 Del padre y de la madre cariñosa?
 ¿Son esos los que débiles creían,
 Que apenas se movían
 Al peso del fusil y del correaje?
 Ellos son...convertidos en titanes,
 Al soplo del honor gritan: luchemos!
 Viva la patria! su dolor vengüemos!
 Y como desatados huracanes
 Burlando los amagos de la suerte,
 Radiantes de entusiasmo y de bravura,
 Volaron al encuentro de la muerte!!
 ¿Y qué mayor ventura,
 Qué dicha más cumplida
 Que recibir los besos de la gloria
 Cuando comienza á florecer la vida?
 ¿Qué ambición más feliz para el soldado
 Que alcanzar el renombre de la Historia,
 Y celebrar sus bodas con la gloria
 Combatiendo feliz ó desdichado?
 Barrera, Márquez, Montes de Oca, Ezcútia,
 Pasad! pasad! las rocas en altares
 Miro tornarse de laurel ceñidas;
 Luminosas descenden vuestras almas
 Entre brillantes palmas,
 Reluciendo magníficas y bellas
 Vuestras hondas heridas como estrellas!
 Retruene el bronce, del clarín sonoro
 Rompan los aires las alegres dianas,
 Y entre flores y cánticos y dicha
 Sonrían las banderas mexicanas!
 ¿Qué, no eras juventud? pues la inmolaste,
 A esta patria adorada que en su seno
 Te dió sér con su ser. ¿No eras la gracia?
 Pues tú quisiste engalanar con ella
 Su rostro de ángel y su frente bella.
 ¿No érais amor? pues arrancando audaces
 Vuestro existir para guardar su vida,
 La lograsteis mirar hecha pedazos,
 Pero llena de honor su frente erguida!
 Himnos! contento, bendición; yo adoro

En esas rocas que al pasar del viento
 Le imponen sumisión y que sollozan
 Sobre el suelo sangriento.
 Yo adoro en esa sombra que nos dice
 Amor y reverencia,
 Que esa eterna montaña es monumento
 Do se adora la augusta independencia!
 Yo adoro en aquel prado que ora esmaltan
 El césped de esmeralda, blancas flores
 Y ánades blancos, junto el quieto lago,
 Porque desde él, las madres cariñosas
 Lanzando sus gemidos,
 Y los brazos en alto retorcidos,
 El combate seguían
 Junto al anciano padre de sus hijos
 Que en la altura invisible combatían.
 Educandos sublimes del peligro!
 Émulos de la muerte alimentados
 Con sangre de gigantes y leones,
 Levantad vuestros nobles corazones!
 Y en este sitio, orgullo de mis canas,
 En este bosque, consagrado templo,
 Jurad que de los nobles defensores
 Del gran Chapultepec, vástagos dignos
 Seguiréis esforzados el ejemplo!!!

Septiembre 6 de 1890.



ROMANCE.

DEDICADO A MIS DISCIPULOS
DEL COLEGIO MILITAR.

I

Erase un chato rechato,
 Chato como una chapeta;
 Con su pelona insolente
 Lisa como matatena,
 Una cara de fandango,
 Con los ojos en sospecha,
 Las mejillas como tiras
 Y como alambre las piernas.
 Era mico en lo movable,
 Bullanguero como fiesta,
 Alegre como una diana,
 Ruidoso como una escuela,
 Y servicial y ligero
 Y en todo útil, de manera
 Que era encanto de los templos,
 En los bailes una perla,
 Velando á un enfermo, joya,
 En un bodorrio presea,
 Para la amistad tesoro,
 Y alivio para las penas.
 Este chato idolatraba
 Al bravo Lucas Balderas
 El héroe sastre, el de Mina
 En la americana guerra;
 Y luego que el chato supo
 Que al campo se iba Balderas
 Deja al taller en que sirve,
 Su casa y familia deja,
 Su asistente se declara
 Y lleno de afán, penetra
 A la casa del guerrero;

Corriendo y armando gresca
 Por aquí el colchón amarra,
 Por allá apila maletas,
 La cafetera y los trastos
 Con algo de la despensa,
 Y en un escuálido andante
 De cuello cual escopeta
 Y con ancas triangulares
 Que al caballete remedan,
 Entre envoltorios se atasca,
 Y entusiasta al cuaco arrea
 Para el molino de trigo
 Que del rey nombre conserva.
 Allí se acampa el de Mina,
 Aguardando la pelea,
 Con la esperanza en el pecho
 Y el alma en la gloria puesta.

II

Era el Chato de Balderas
 Alma del cuerpo de Mina:
 Entona cantos de noche
 Al son de su jaranita,
 Al amor de la lumbrada
 Que los soldados atizan
 Entre chanzas, entre juegos,
 Entre bostezos y risas;
 De día prepara guisos
 Con atingencia exquisita;
 Y por aquí barre el cuarto,
 Por allá lava camisas,
 Acullá baila jarabe,
 Más lejos sigue á las chinas:
 Y el Chato en todas las bocas
 Suena brotando alegría.

III

A la izquierda el enemigo:
 Claman agudos clarines,
 El alarido propagan,
 Y en la altura se distinguen
 Flotando los estandartes;
 Relucientes los fusiles,

Oyense voces de mando.....
 Y las voces se repiten
 Vibrantes entre las filas
 De los bravos adalides.
 Al fin retumban los bronce
 Los yankees fieros embisten,
 Y entre humo, gritos y truenos
 Se confunden los que riñen.
 Allí, al frente los que luchan
 Más que como hombres cual tígres,
 Alzado entre los más altos,
 Grande, poderoso, insigne,
 Se mira á Lucas Balderas,
 Y su espada la distinguen
 Los suyos cual vara mágica
 Que los torna en invencibles.....
 Y el Chato como una sombra
 Le ve, le alienta, le sigue,
 Y se interpone á su paso
 Si descargas le dirigen.
 Hacen los yankees empuje,
 Y antes que se precipiten,
 Balderas corre á su encuentro
 Y los arrolla y persigue;
 Pero una bala traidora
 Detiene al irresistible
 Que hincado y ya moribundo,
 Pero con valor sublime,
 ¡Avancen! grita á los suyos,
 ¡Avancen! para infundirles
 Vida en el postrer aliento
 De su vida que se extingue.

IV

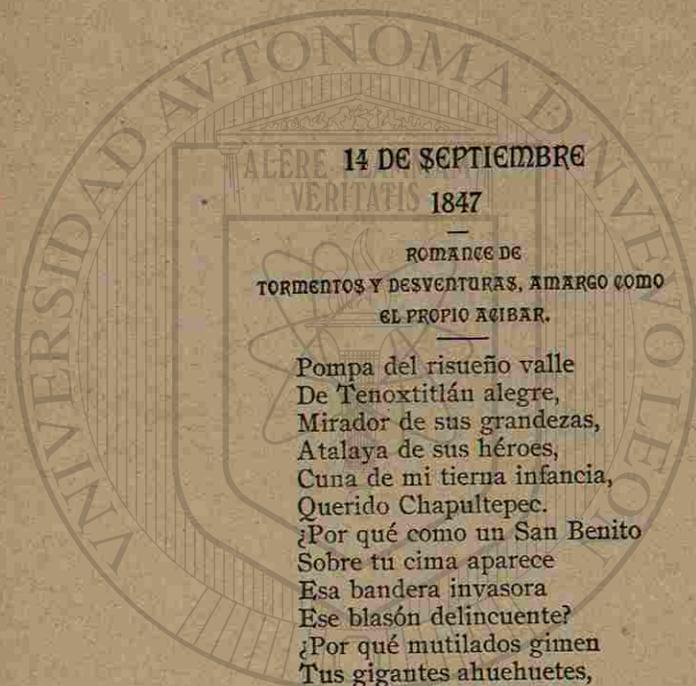
¿Mas quien es ese guerrero
 En que renueva su vida
 Y su esfuerzo sobrehumano
 El jefe invicto de Mina?
 ¿Quién es que huracán se torna?
 ¿Quién que potente derriba
 A la falange invasora
 Que parece que vencía?
 Como volcán que revienta,
 Como aterradora mina

Que estalla arrojando peñas
 Preñadas de dinamita!
 ¿Quién es? dejad que lo aclamen
 Y que su nombre repitan
 Los valientes de Balderas
 En sus poderosas filas.....
 Y era el Chato trasformado
 En viva imagen de la ira,
 Sangrando el desnudo pecho,
 En alto la espada invicta,
 Los ojos lanzando llamas
 Y sus labios que se agitan;
 Es el héroe..... incontinente,
 Es el que sirve de guía
 Al gran Margarito Zuazo,
 Que la nacional insignia
 Lleva y la hace su mortaja
 Sobre su piel cuando expira.
 A borbotones la sangre
 Del chato infeliz salía
 Y él con la risa en los labios
 A los suyos repetía:
 Esto no es nada muchachos
 Viva México..... Que viva!
 Y el hurra fué himno postrero
 Para el batallón de Mina.

V

Y con desdén que yo vengo,
 La posteridad ingrata
 Apenas conserva el nombre
 De Marcos Arrevillaga,
 Relojero de palacio
 En las edades pasadas,
 Y que es el ilustre Chato
 Que mi humilde musa ensalza.

Septiembre 8 de 1891.



ALERE 14 DE SEPTIEMBRE
VERITATIS 1847
ROMANCE DE
TORMENTOS Y DESVENTURAS, AMARGO COMO
EL PROPIO ACIBAR.

Pompa del risueño valle
De Tenoxtitlán alegre,
Mirador de sus grandezas,
Atalaya de sus héroes,
Cuna de mi tierna infancia,
Querido Chapultepec.
¿Por qué como un San Benito
Sobre tu cima aparece
Esa bandera invasora
Ese blasón delincuente?
¿Por qué mutilados gimen
Tus gigantes ahuehuetes,
Y tus cristalinas aguas
Con la sangre se oscurecen?
Porque lo quiso el destino
Presa de furor vehemente;
Y la iniquidad triunfante,
Vil y traidora cual siempre,
Riega humillada sus lauros
A las plantas del más fuerte.
En Belén y la Tlaxpana
Reluchan nuestros valientes;
Pero los frágiles diques
Airado rompe el torrente.
La Ciudad de los palacios
Triste está como la muerte,
Y son cual de pie cadáveres
Sus casas y sus paredes,
El viento lleva gemidos,

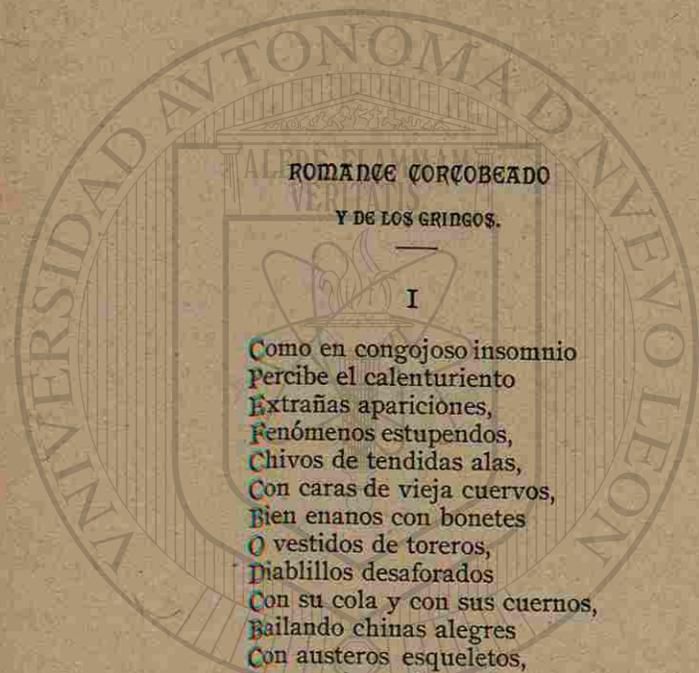
Ruge en las plazas la plebe
Sin dirección, sin concierto,
Enloquecida é inerme.
Santa Ana por Guadalupe
Con Trigueros desaparece;
Y á su furor entregada
La desorientada gente
Prodiga heroica su sangre
En la resistencia estéril.
Los invasores en tanto
Gozosos sus tropas mueven
Y entran como si á salvajes
Orgullosos se impusiesen.
Y eran hombres de gran talla,
Vestidos azules tienen
Con su corraje lustroso
Y sus armas esplendentes;
Y estos marchan á la plaza
Y avanzan y se detienen
Frente de nuestro palacio,
Mientras que los jefes vienen.
Al mismo tiempo penetran
Por el rumbo del Oeste
Los voluntarios furiosos
Que en tumulto sorprendente,
Que en barbarie y desbarato
A toda pintura exceden.
De la ciudad el silencio
Funge de duelo solemne;
Las puertas están cerradas
Y los balcones sin gente;
En las esquinas se agolpan
Grupos de siniestra plebe
Con el rencor en el alma
Y el aspecto indiferente:
Como esa pérfida yerba
Que en los abismos florece
Y los cubre remedando
Campo humilde é inocente.
En tanto el yankee dichoso
Por las calles aparece,
Marcial, erguido, arrogante,
Con sus músicas alegres.
Gigantescos son los cuerpos,
Sus cabellos resplandecen

Como el oro, sus fusiles
 Como olas de luz se mueven;
 Y banderas y estandartes
 Sobre las filas se mecen;
 Sobre gigantes bridones
 Cabalgan bravos jinetes;
 Y al rodar de sus cañones
 El pavimento estremecen.
 Detrás, siguiendo á la fuerza,
 Algo fantástico vese
 Negros, rodantes carruajes
 Llenos de extrañas mujeres
 Con cabezas de medusa
 Que sucios trapos envuelven,
 Con las pipas en los labios
 Y respirando aguardiente.
 Así á la plaza llegaron
 Con Quitman y Worth al frente,
 Con las espadas desnudas,
 En actitud insolentes.
 Los hurras cruzan los aires
 Insultándonos alevés;
 Del ronco cañón las bocas
 Amenazan con la muerte;
 Y México vé en la altura,
 Mansión de sus Presidentes,
 Que un soldado venturoso
 En la hasta procaz destiende
 La bandera que su afrenta
 Proclama y que le escarnece.
 Y aquí la leyenda cuenta,
 Que de lo alto se desprende
 Herido por una bala,
 Que castiga con la muerte,
 Al audaz que alzó primero
 El pabellón prepotente

II

Al ver la plebe indignada
 Dando de dominio muestras,
 Entre las barras de sangre
 Las afrentosas estrellas,
 Rompió en tremendos disparos
 Que muerte y venganza riegan.
 Como si en surcos de pólvora

Chispas de incendio llovieran,
 Hay truenos y hay alaridos
 Por la Ciudad toda entera.
 Los yankees llenos de rabia
 Por la tremenda sorpresa,
 Ciegos, derriban las casas
 En que los fusiles truenan.
 La matanza, la locura,
 El robo, el ahullar de fieras,
 La llama, el derrumbamiento
 De los muros, todo aterra,
 Y todo le cede el campo
 Al estermínio y á la fuerza.
 Así el pueblo combatiendo
 Noble y erguido dió muestras
 Dando su sangre á la patria
 Con entusiasmo y largueza
 En los días consagrados
 A ensalzar su independencia.
 Y Santa Ana, aquel Santa Ana
 Que para ocultar su mengua,
 De cobarde acusa al pueblo
 Al dejarlo sin defensa,
 Manda un grupo de dragones
 Que paliando su indolencia
 Inútiles se aparecen
 Y la confusión aumentan.
 Así tres noches cubrieron,
 Tendiendo sus alas negras,
 La agonía de este pueblo
 Contra el invasor protesta.
 Después.....el asesinato
 Y la perfidia rastrera,
 Los azotes, la matanza:
 A nuestros nobles seducen,
 A los clérigos aquietan,
 Amansan á las mujeres,
 A los pelados sosiegan,
 Hasta cubrirse la Historia
 El semblante de vergüenza.



ROMANCE CORCOBEADO

Y DE LOS GRINGOS.

I

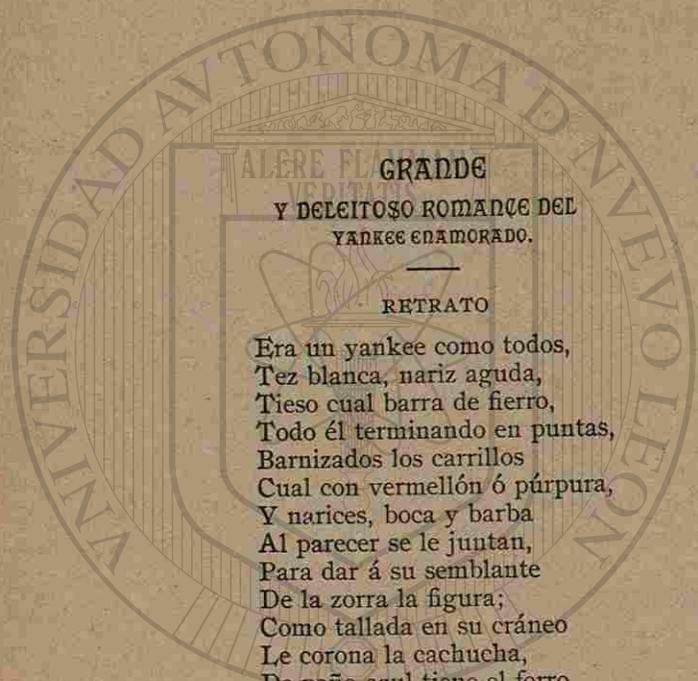
Como en congojoso insomnio
 Percibe el calenturiento
 Extrañas apariciones,
 Fenómenos estupendos,
 Chivos de tendidas alas,
 Con caras de vieja cuervos,
 Bien enanos con bonetes
 O vestidos de toreros,
 Diablillos desaforados
 Con su cola y con sus cuernos,
 Bailando chinas alegres
 Con austeros esqueletos,
 Y procesiones de gordos
 Con sombrero al tres y en cueros,
 Así pasan por mi mente
 Como en tropel los recuerdos
 De los yankees voluntarios,
 De los maldecidos *güeros*,
 A los que salvajes blancos,
 Con justicia llama el pueblo.
 Lo inesperado, lo increíble,
 El absurdo, el adefecio,
 El disparate, el delirio
 Fueron por ellos lo cierto.
 Fran sus caras cual molde
 Con el mismo tipo y gesto,
 Como tiradas por prensa,
 Como en troquel se dan pesos;
 La misma tez colorada,

Los mismos rojos cabellos,
 La misma nariz de á terciá
 Y los propios pies de á metro;
 Desparpajada la ropa
 Por el desgoznado cuerpo
 Al safarse la levita
 Con grasa y con agujeros,
 Dando paso la camisa
 Al sucio y tostado pecho,
 Y la corbata colgada
 Del aclarinado cuello.
 Pero lo que era una gloria
 Sin disputa era el sombrero,
 Allí reservaba el bravo
 Las variaciones del gesto;
 El plegado, el encarrujo,
 El pico y el hundimiento,
 El declive, la eminencia,
 Lo gacho, lo vil, lo avieso,
 Era hongo, era cataplasma,
 Era cáscara y hollejo,
 Termómetro de sus penas,
 Brújula de sus contentos;
 Los pantalones hundidos
 En las botazas de cuero;
 El fusil bien arrastrando,
 O bajo el brazo luciendo,
 O bien en alto caballo
 Rabón y largo pescuezo
 Con los pies para adelante
 Y el busto rígido y tieso.
 Así asaltan los palacios,
 Así invaden nuestros templos;
 En uno haciendo lumbradas
 Y haciendo cocina el suelo;
 En otro con insolencia
 Sacando los paramentos,
 Plantándose las casullas
 Entre algazaras y juegos;
 O ya en los confesionarios
 La *tranca* magna durmiendo.
 Nuestros hermosos balcones
 Marcaban su alojamiento
 Porque el barandal exhibe
 Las patazas de los *güeros*,

Sirviéndoles la varilla
 Para completar su asiento.
 Tórnanse calles y plazas
 En muladares infectos,
 Y en cuadra de sus caballos
 Los edificios mas bellos.
 Doquiera sus desnudeces
 Insultaban al respeto,
 Y eran cloacas las banquetas,
 Y el empedrado era lecho.
Esto por mí: pregonaban
 Al despojar á su dueño
 Con cínico desparpajo
 De su ropa ó su dinero.
 Al comer avergonzaban
 Al zopilote y al cerdo,
 Melón con sal y pimientá,
 Intestinos de carnero
 Con melaza, con cebolla
 O con aguardiente y huevo;
 Bistec que bufaba el toro
 Al tocarlo y al morderlo;
 Y el beber era diluvio,
 Por su imponderable exceso,
 De Whisky, Rom y Tlachique,
 Tepache y otros venenos,
 Produciendo en las entrañas
 La locura y el incendio.
 Y todos eran borrachos,
 Exceptuando uno por ciento,
 Desde el Jefe hasta el soldado
 Y desde el noble al pechero:
 Así el andar vacilante,
 El ahogado balanceo
 El trastrabillar indigno,
 La desvergüenza, lo terco,
 Lo sucio y lo nauseabundo
 Eran como su elemento.
 ¿Y qué decir de las damas
 De semejantes zopencos?
 Que eran la vergüenza de Eva,
 Que eran la duda del sexo,
 Que eran un brodio de trapos
 Desiguales é inconexos
 Unas carnes y unas caras,

Y tan raros adefecios
 Que hasta á la misma lujuria
 Al mirarlos daban miedo.
 Hicieron estrecha alianza
 Con los pillos y los léperos:
 Y hembras y machos unidos
 Formaron aquí un infierno.
 El teatro profanaron,
 Con sus sainetes grotescos,
 A pesar que la Cañete
 Les dijo entusiastas versos.
 En la Unión, en Betlemitas
 Y puntos que no recuerdo
 Imperaban sus reuniones
 De embriaguez, de amor y juego.
 Y allí mujeres perdidas,
 Riñas y robos hubieron,
 Apoteosis infernales
 De lo infame y lo rastro.
 Y así nuestros vencedores
 De su triunfo gala hicieron
 Contra mi patria adorada
 Su justicia y sus derechos.

1895.



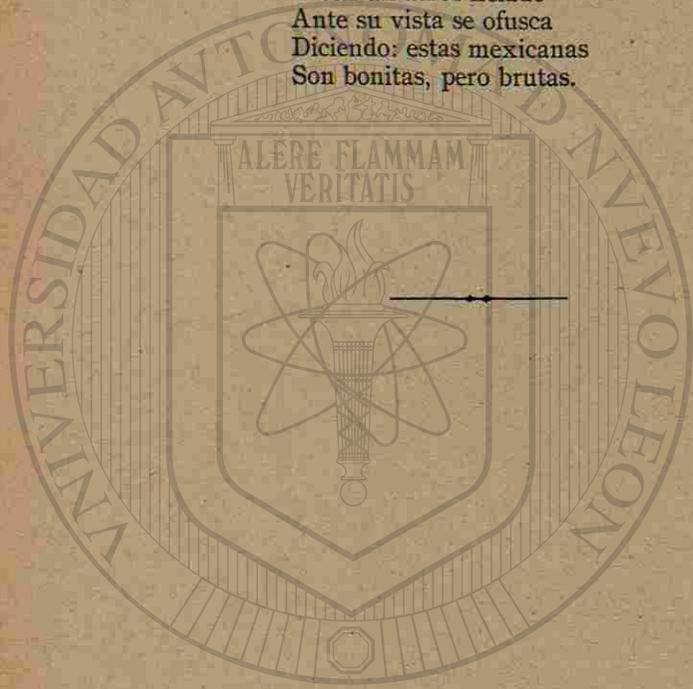
ALERE PL GRANDE
Y DELEITOSO ROMANCE DEL
YANKEE ENAMORADO.

RETRATO

Era un yankee como todos,
Tez blanca, nariz aguda,
Tieso cual barra de fierro,
Todo él terminando en puntas,
Barnizados los carrillos
Cual con vermellón ó púrpura,
Y narices, boca y barba
Al parecer se le juntan,
Para dar á su semblante
De la zorra la figura;
Como tallada en su cráneo
Le corona la cachucha,
De paño azul tiene el forro
Desde el cuello sin arrugas,
Y unos pies que recordaban
El casco de una chalupa.
Etico frisón montaba
Que á juzgarse por su altura
Se hizo para que no baje
El que á su lomo se suba.
Era citarilla el cuello,
Su cuerpo era una angostura,
Y eran delgados puntales
Sus cuatro patas enjutas;
Pero un genio de los diablos
Que estaba en perpetua pugna
Con el jinete bilioso
Que le sustenta y educa.
Si arriendan á la derecha,
La izquierda obstinado busca;

Y si le indican lo recto
Sigue rabioso la curva;
Si le hacen trotar se atranca,
Si galopar con bravura,
Corre como desbocado
Y cuanto encuentra derrumba.
El yankee está enamorado
De una divina hermosura
Que en Bucareli aparece,
Y con sonrisas le adula.
El yankee ardiente la sigue,
Tras su coche se apresura,
Pero el caballo se opone
Y ó corre y su intento frustra,
O se arma, y del acicate
Y del látigo se burla,
Tornando guerra ridícula,
Los rigores y la angustia.
Así pasan muchas tardes
En la tremebunda lucha;
La chica muy divertida,
El de rabia echando espuma.
Hasta que ardiendo una tarde
Por expresar su ternura
Pensó al coche avalanzarse,
Y aunque con maneras pulcras,
Dar á la dama una carta
Para quitarse de dudas.
Llega la dama: á su cuaco
Siguiendo al carruaje apura;
Pero el caballo se atranca,
Mármol se torna y chiluca;
La niña pasa y repasa,
Y él en la misma postura
Es escarnio de mirones
Que con su gesto le insultan,
Entonces espera á la niña;
Con calma y sin prisa brusca,
Sacó de Colts la pistola
Y la disparó en la nuca
Del maldecido caballo
Verdugo de sus venturas.
Al cadáver del caballo
Quitó el freno y la montura,
Y se los hecho á la espalda

Con indiferencia suma.
 Esperóse á que pasara
 La bella que lo subyuga
 Y con un adiós helado
 Ante su vista se ofusca
 Diciendo: estas mexicanas
 Son bonitas, pero brutas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE

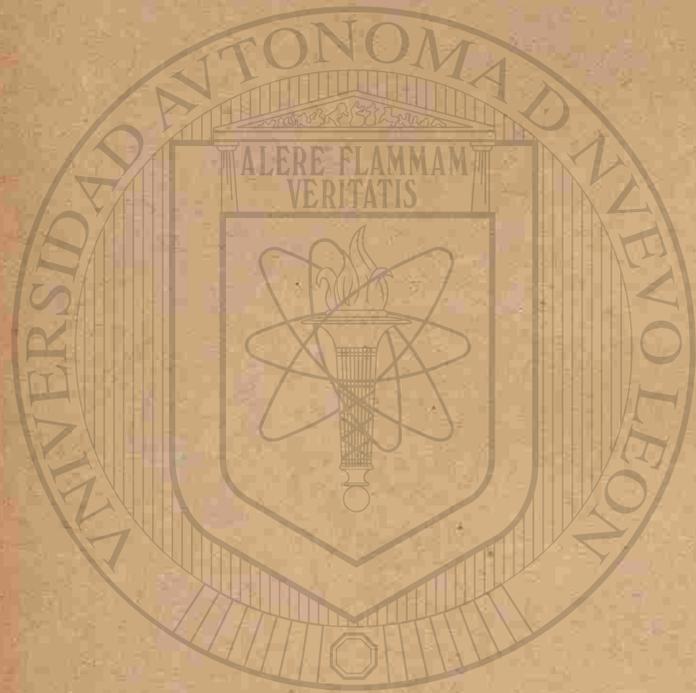


MEXICO.

L. T. DEL TIMBRE

COMBATE EN LA GARITA DE BELEM





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1847.

VERIDICO DESARIO.

—
 Era una hermosa botica
 Del centro de la ciudad;
 Por lo aseada y por lo rica
 Gala de la vecindad.

—
 Y era un quieto propietario,
 Un patriota vergonzante
 De muncha treta y aguante
 Como viejo boticario.

—
 Teniendo consumidores
 Entre moros y cristianos,
 Amando á los mexicanos,
 Odiando á los invasores.

—
 Pero igual en apariencia
 En asuntos de interés,
 A los unos dice: *yes*,
 Y á otros muy quedo: *paciencia*.

—
 Era de su casa apero
 Un portugués matachín;
 En el trato un puerco espín,
 Desvergonzado y grosero.

—
 Pero amaba con pasión
 La tierra que entre sus criollos
 Contaba tiernos pimpollos
 Hijos de su corazón.

Mirar un yankee el patán
Era un insulto, un agravio,
Y echaba chispas su labio
Como lava de volcán.

Agotaba el diccionario
De no escritas picardías;
A veces con agonías
Del prudente boticario.

Cierta vez, era domingo,
Entró á la botica un gringo
Y desgarrado y grotesco
Pidió sediento un refresco.

El hijo de Portugal,
Dijo hablando para sí
¿Para qué vienes aquí?
¡Oh! quién te abriera en canal!

Por supuesto ese liviano
Se confiaba y con razón
En que aquel nieto de Albión
No entendía el castellano.

Y á la vez que preparaba
El amigo á su marchante
El ansiado refrescante,
Él ardiendo blasfemaba.

—Agrégueme usted cianuro,
Póngale usted rejalgar
O al menos para endulzar
Unos chorros de yoduro.

Mírele usted que nariz,
Que no es nariz es un pico,
Si revienta ese borrico,
No dudo, lo hace feliz.

Bebió el gringo el temperante
Y calculándolo escaso,
Por señas pidió otro vaso,
Y otro, y otro del calmante.

Dele á ese yankee voraz
En vez de dulce estriénina,
¿Para qué hay en la oficina
En cántaros aguarrás?

Y el portugués con jactancia
Mostraba su saña fiera
Como si el yankee estuviera
A mil leguas de distancia.

Cesó el yankee de beber,
Y en correcto castellano
Dijo al bravo lusitano:
Señor, quisiera saber,

¿Por qué me quiere tan mal?
¿Qué consigue y á qué viene
Que su amigo me envenene
Con abuso criminal?

A pique de un patatuz
Se puso aquel fanfarrón,
Negó su mala intención,
Y al yankee puso la cruz.

Nos veremos en la tarde,
Aquí tiene mi tarjeta,
Si mi cita no le peta
Le tendré por un cobarde.

¡Cobarde! ¡por Lucifer!
Que yo cobarde no soy,
Pero á esas citas no voy:
Yo tengo mucho que hacer.

Soy hombre muy ocupado,
Sólo atiando á mi interés,
Para barrido ó fregado
No entiendo jota de inglés.

Y después de cierto rato
Viendo alejar al *godeme*
Dijo: está visto, me teme,
No sé como no lo mato.

ROMANCE PELAGARCERO

Y DE
ESPECTACIVA INQUIETA DE QUERETARO.

Como en estrecha hondonada
Se agitan y se revuelven
Las aguas que de la altura
Se precipitan hirvientes,
Así á Querétaro llegan
De todas partes las gentes;
Los de la Sierra en parvadas,
Los de México en tropeles,
Los próceres en carruajes,
En rocines los donceles
Y los plebeyos cuitados,
Dando tumbos y traspieses
Llevando en brazos los niños
A lado de las mujeres,
Vendedores ambulantes,
Gañanes cargando muebles,
Y carabanas de burros
Con ridículos jinetes
De botín y de levita,
Con varita y con sorbete.
En las plazas y en las calles
Desembocaba el torrente;
Unos, tiendas y figones,
Invasores acometen,
Mientras otros alborotan
En los mesones y hoteles,
Y otros, plazas y portales,
Habilitaban de albergue.
Desde la plaza de arriba
Hasta la de abajo hirviente

Se despeñaba el tumulto,
Y empujándose la plebe,
Gritos, silbidos, guitarras,
Cantos y risas ardientes
Alzaban ruido tremendo
Que iba lejano á perderse.
El bis bis, los carcamanes,
El perro con cascabeles
Y otros juegos populares
Brindaban bolas alegres
Ya sobre toscas frazadas
Ya sobre mesas enclenques.
En tanto, en una amplia casa,
Se alojaba al Presidente,
Que era el grande Peña y Peña
Por mandato de las leyes.
Era augusta su figura,
Y algo de noble y solemne
Se miraba en su semblante
Taciturno é imponente,
Como de un gótico templo
La adusta fachada vése,
Como entrada de un misterio
Que nadie á inquirir se atreve.
Allí Don Luis de la Rosa
Entre libros y expedientes,
Como universal ministro
Los arduos casos resuelve,
Entre tragín de soldados
Y entre entrantes y salientes.
Allí la faz volteriana
De Zarco, riendo aparece;
Y Prieto hilvana legajos
En pura prosa pedestre.
En el convento del Carmen
Reunión activa sostienen
Lacunza y Lafragua unidos,
Que audaces la paz defienden,
Y de egoistas y de mochos
Sendos regalos les llueven.
La mansión de Otero brilla
Por convidados alegres,
Entusiastas por la guerra
Confiados comen y beben.
Pero en todo dominaba

Los ánimos de la gente,
 El problema que el Congreso
 Tiene en sus manos pendiente
 De si aprueba los tratados
 O la guerra se sostiene.
 Unos ensalzan del yankee
 La pujanza omnipotente,
 Y dicen: contra titanes
 No es posible sostenerse.
 Y eran viles cortesanos
 Que hondas congojas padecen
 Por la ausencia de los goces
 Que en la hermosa ciudad tienen.
 Otros lanzando centellas
 Las batallas apetece
 Y matan de ciento en ciento
 Con un soplo á los *godemes*;
 Bombas, asaltos, degüellos
 De los grupos se desprenden,
 Entre el humo del cigarro
 Y el olor del aguardiente.
 La casa de diligencias
 En altos próceres hierve:
 Pedraza, Godoy, Cardoso,
 En discursos elocuentes,
 De la paz y de la guerra
 El pro y el contra sostienen.
 Pero está abierto el Congreso
 Y la discusión fenece;
 Cesa el ruido de las calles,
 Silencio impera solemne,
 Y las plazas y mercados
 En desiertos se convierten.

1895.

ROMANÇO DE SORPRESA

EN QUE SE PRUEBA,
 QUE CAMBIEN LOS ANGELES DAN DE ALECAZOS.

I.

En silencio está el Congreso
 Y de pie los diputados
 Esperando la protesta
 De un representante extraño,
 Cura del Paso del Norte,
 Por su virtud afamado,
 El cabello como de oro,
 Su tez como de alabastro,
 Los ojos de azul de cielo
 Modestos y sosegados;
 Vestía negra levita,
 El alzacuello ajustado,
 Sin bastón, sin distinciones
 Y como vulgar paisano.

Quién es? pregunté curioso
 A un mi amigo su paisano.
 Ese humilde sacerdote
 Es de virtudes dechado,
 Héroe por el patriotismo,
 Por sus costumbres un santo:
 Es delicia de los niños,
 Es de los pobres amparo,
 De las vírgenes escudo,
 De los que sufren descanso;
 Viste en su tierra sencillo
 Como los hombres del campo,
 Ni sobrinas ni parientes
 Habitan en su curato,
 Al enfermo tierno asiste,
 Sin cuidarse de su rango;

Los ánimos de la gente,
 El problema que el Congreso
 Tiene en sus manos pendiente
 De si aprueba los tratados
 O la guerra se sostiene.
 Unos ensalzan del yankee
 La pujanza omnipotente,
 Y dicen: contra titanes
 No es posible sostenerse.
 Y eran viles cortesanos
 Que hondas congojas padecen
 Por la ausencia de los goces
 Que en la hermosa ciudad tienen.
 Otros lanzando centellas
 Las batallas apetece
 Y matan de ciento en ciento
 Con un soplo á los *godemes*;
 Bombas, asaltos, degüellos
 De los grupos se desprenden,
 Entre el humo del cigarro
 Y el olor del aguardiente.
 La casa de diligencias
 En altos próceres hierve:
 Pedraza, Godoy, Cardoso,
 En discursos elocuentes,
 De la paz y de la guerra
 El pro y el contra sostienen.
 Pero está abierto el Congreso
 Y la discusión fenece;
 Cesa el ruido de las calles,
 Silencio impera solemne,
 Y las plazas y mercados
 En desiertos se convierten.

1895.

ROMANÇO DE SORPRESA

EN QUE SE PRUEBA,
 QUE CAMBIEN LOS ANGELES DAN DE ALECAZOS.

I.

En silencio está el Congreso
 Y de pie los diputados
 Esperando la protesta
 De un representante extraño,
 Cura del Paso del Norte,
 Por su virtud afamado,
 El cabello como de oro,
 Su tez como de alabastro,
 Los ojos de azul de cielo
 Modestos y sosegados;
 Vestía negra levita,
 El alzacuello ajustado,
 Sin bastón, sin distinciones
 Y como vulgar paisano.

Quién es? pregunté curioso
 A un mi amigo su paisano.
 Ese humilde sacerdote
 Es de virtudes dechado,
 Héroe por el patriotismo,
 Por sus costumbres un santo:
 Es delicia de los niños,
 Es de los pobres amparo,
 De las vírgenes escudo,
 De los que sufren descanso;
 Viste en su tierra sencillo
 Como los hombres del campo,
 Ni sobrinas ni parientes
 Habitan en su curato,
 Al enfermo tierno asiste,
 Sin cuidarse de su rango;

Sisa su pobre comida
 Para dar al desgraciado,
 Conjura en los matrimonios
 Los negros desaguizados,
 Y te aseguro, le adoran
 Las muchachas y muchachos.
 Por que alienta lo que es bueno,
 Y hábil obstruye lo malo;
 Mas do se muestra sublime
 Y como del cielo enviado
 Es recorriendo el desierto
 En su arrogante caballo
 Emulo del viento mismo
 Y ardiente como el relámpago:
 Allí afrontando las iras
 De los comanches más bravos,
 Ya astuto, ya valeroso,
 Los convierte en indios mansos,
 Y engrosa su santo fuego
 El redil de los cristianos.

II.

LA INVASIÓN.

En su lecho de dolores
 Está la bella Chihuahua,
 La Ninfa de las llanuras,
 La reina de las montañas,
 A la que el desierto augusto
 Humilde besa las plantas
 Y los vastos horizontes
 La embellecen y engalanan;
 Y está postrada y enferma
 Porque en perpetua batalla
 El invencible comanche
 Traidor hiere sus entrañas;
 No hay en sus campos sembrados
 Ni ganado en sus estancias;
 Huye del hombre el trabajo,
 Y el contento de sus damas:
 Guardan lúgubre silencio
 Caminos, calles y plazas
 Cuando se sabe de cierto
 Que el salvaje el Bravo pasa
 Y forma del yankee fiero
 La turbulenta vanguardia.

Angel Trias gobernaba,
 De alto temple y de grande alma;
 Se yergue y con voz de trueno
 Grita impávido ¡á las armas!
 Y como tromba en los mares
 El heroico pueblo se alza,
 Radiando su noble frente
 Con el amor de la patria.
 Una expedición alista
 Heredia y á Ponce manda
 Quien sufre fatal derrota
 Por torpeza ó por desgracia.

Pero así cual campesinos
 Corren de un cerro á la falda
 A poner macizos diques
 A la corriente que baja
 E invade sus cementseras
 Y sus chozas desbarata,
 Más que sobre las barreras
 Furioso el torrente salta,
 Y otra vez y otras cien veces
 Con afán su curso atajan,
 Y á cada óbice destrozan
 Con nuevo empuje las aguas,
 Así la invasión contienen,
 Así su furor atacan
 Los heroicos chihuahuenses
 Que á cada revés se inflaman
 Y ofrecen su sangre toda
 Para salvar á la patria:
 Los derriba la derrota
 Y la esperanza los alza
 Como flexibles arbustos
 Que el huracan anonada;
 Y cuando se creen en tierra
 Las frentes soberbios alzan.

Al fin triunfantes los yankees
 Casi tocan en Chihuahua;
 Ya pasaron Encinillas,
 Ya en el Sauce se instalan,
 Y al cabo del Sacramento
 Hacen campo de batalla.

Los nuestros ven á su frente
 De Trias la invicta espada,
 Que sus bienes y fortuna

Da generoso á su patria,
 Prodigándole su vida
 Que ínclitos hechos ensalzan.
 De Don Pedro García Conde
 Se admira la cauta marcha
 Con su grupo de dragones
 Que temerarios avanzan.

Y la figura de Heredia
 Entre filas se destaca,
 Desafiando los peligros
 Con resolución y calma.
 Al pie de elevado cerro
 Se hace horrible la matanza;
 Ruedan hombres y caballos,
 Aúllan en alto las balas,
 Corre la sangre á torrentes,
 Y ayes, gritos, algazara
 De dolor, de rabia y muerte
 Entre la humareda estallan.

Mas, ¿quién es ese que gira
 En medio á tanta desgracia,
 Auxiliando moribundos,
 Curando heridos con ansia,
 Con desprecio del peligro,
 Con caridad sobrehumana?
 Es el Cura Ortiz, el Santo;
 A quien padre todos llaman,
 Que parece indiferente
 Al horror de la batalla,
 Y que cura, ampara, acoge
 Al que en el lecho se arrastra,
 Y empapa la ingrata tierra
 Con su sangre y con sus lágrimas:
 En tanto á su ministerio
 Empeñoso se entregaba,
 Seguía las peripecias
 De la lucha encarnizada:
 Ya está quieta la bandera,
 Ya retrocede, ya avanza;
 Y él inquieto la contempla
 Y se abate ó se entusiasma:
 Al fin mira con espanto
 Que los nuestros se desbandan,
 Y los arrollan los yankees,
 Y nuestra bandera ultrajan;

Entonces ciego de enojo
 Un brioso corcel atrapa
 Y con ímpetu sublime,
 De un cristo su diestra armada,
 Audaz congrega á los nuestros
 Se coloca á su vanguardia
 Y tremendo, incontenible
 Al enemigo avasalla,
 Hasta que al fin la derrota
 Fuera del campo le lanza,
 Dejando entre los contrarios
 Asombro de sus hazañas,
 El oscuro y silencioso
 Emprende su retirada;
 Y sigue inapercibido
 Sus tareas cotidianas.

EL DIPUTADO.

Al noble cura del Paso
 Recuerdan los chihuahuenses
 Al elegii diputados
 Que su confianza merecen
 Y que la paz ó la guerra
 Con su conciencia decreten;
 Y al Padre Ortiz se le nombra;
 Y á Querétaro obediente
 Llega, do á los de la guerra
 Se une y la guerra sostiene.

En el deber empeñado
 Fué mudo y atento siempre,
 Y una vez, una vez sola
 Que á Nuevo México ofenden,
 Se levantó en la tribuna
 Y sin poder contenerse
 Gritó que tengan honores
 Los que á su tierra defienden.
 ¿Qué no veis que hasta los huesos
 Aquí de sus padres venden?
 Y era su voz un gemido,
 Terror de la misma muerte.

III.

OFERTA Y REPULSA.

Venerando el grande Arista
 Del padre Ortiz el renombre,

Le propuso excelsos puestos,
 Le quiso colmar de honores.
 Y él todo lo despreciaba
 Por su curato del Norte,
 Y cuando rechazó un día
 Ciertas pingües comisiones,
 Le recordó el gobernante
 El Sacramento y su porte;
 Pero él con ingenua calma
 Dijo: *aquel que desconoce*
Su honor como mexicano
Y sus sentimientos de hombre,
Es un vil, fuere el que fuere,
Y más vil si es sacerdote.
 Y así tornó el padre santo
 A su curato del Norte,
 Donde le aman con ternura
 Y llenan de bendiciones.
 ¿Yo digo, habrá muchos padres
 Como Ortiz en esta corte?

GRANDE
 Y DOLOROSO ROMANCE DEL
 TRATADO DE PAZ.

I.

LA ACADEMIA.

Es un óvalo mezquino
 Con una bóveda obtusa,
 Que más que techo parece
 Una concha de tortuga;
 Es un enorme intestino
 Que por anómala incuria
 Se abandonó á flor de tierra,
 Baldón de la arquitectura;
 Es conato de galera,
 De iglesia irrisión y burla
 Y de gran salón parodia
 Por su plebeya figura;
 Son sus paredes macizas,
 Y por un lado en la altura
 Trepadas unas ventanuas
 Que indolentes disimulan
 La entrada de las tinieblas
 A un fondo de sepultura.

Contra la pared se ostentan
 Tres sendas toscas y curvas
 Que con grandeza la ciñen
 Con su forma de herradura.

Si en el pavimento hay losas
 Piedras ó tierra, se duda,
 Pues las quiebras y barrancas
 En su superficie abundan.

Le propuso excelsos puestos,
 Le quiso colmar de honores.
 Y él todo lo despreciaba
 Por su curato del Norte,
 Y cuando rechazó un día
 Ciertas pingües comisiones,
 Le recordó el gobernante
 El Sacramento y su porte;
 Pero él con ingenua calma
 Dijo: *aquel que desconoce*
Su honor como mexicano
Y sus sentimientos de hombre,
Es un vil, fuere el que fuere,
Y más vil si es sacerdote.
 Y así tornó el padre santo
 A su curato del Norte,
 Donde le aman con ternura
 Y llenan de bendiciones.
 ¿Yo digo, habrá muchos padres
 Como Ortiz en esta corte?

GRANDE
 Y DOLOROSO ROMANCE DEL
 TRATADO DE PAZ.

I.

LA ACADEMIA.

Es un óvalo mezquino
 Con una bóveda obtusa,
 Que más que techo parece
 Una concha de tortuga;
 Es un enorme intestino
 Que por anómala incuria
 Se abandonó á flor de tierra,
 Baldón de la arquitectura;
 Es conato de galera,
 De iglesia irrisión y burla
 Y de gran salón parodia
 Por su plebeya figura;
 Son sus paredes macizas,
 Y por un lado en la altura
 Trepadas unas ventanuas
 Que indolentes disimulan
 La entrada de las tinieblas
 A un fondo de sepultura.

Contra la pared se ostentan
 Tres sendas toscas y curvas
 Que con grandeza la ciñen
 Con su forma de herradura.

Si en el pavimento hay losas
 Piedras ó tierra, se duda,
 Pues las quiebras y barrancas
 En su superficie abundan.

Y á este asilo de las sombras,
 A esta troje que es injuria
 Del buen gusto, que en Querétaro
 Por todas partes deslumbra,
 Le llamaron Academia
 En las pasadas centurias.
 Y allí ardientes se empeñaron
 Las lides de la tribuna:
 En las gradas se elevaba
 Un dosel de rica púrpura,
 La mesa y el Santo Cristo;
 Luego siguiendo la curva
 Los severos diputados
 Con austera compostura
 Tras el barandal de palo,
 Que al que inadvertido cruza
 Le avisa con los vaivenes
 Los peligros de su nuca.
 Abajo queda un vacío
 Que nadie atreyido ocupa;
 Después un pequeño trecho
 En que las gentes se agrupan;
 Y con martirios del cuerpo
 Resuellan con ansia y puján.
 Allí se empeñó el debate
 De nuestra suerte futura,
 Allí fué el triste Calvario
 Que al país tuvo en torturas.

II.

LOS DEBATES.

El sol de Mayo ostentaba
 En Querétaro su brillo,
 Dorando las sementeras
 Y los bellos edificios,
 Cuando llegó la noticia
 Y cundió por el gentío
 Que los tratados llegaron
 Ajustados con sigilo
 Por Trist y Couto Bernardo,
 Scott y el gobierno mismo;
 Aprobándose sin tachas
 En los Estados Unidos.

El debate en el Congreso
 Se anuncia grave y tranquilo;
 Y la duda atribulando
 Los ánimos embebidos
 Presagiaba amenazante
 Del motín el estallido.
 En la Academia se hallaban
 Los diputados reunidos
 Con majestad imponente
 Reconcentrados y dignos.

Elorriaga los preside,
 Hombre de fibra y de juicio,
 Y con religiosa calma
 Al debate dió principio.

Quedó el salón cual desierto,
 Plegó sus alas el ruido,
 Y algo invisible y tremendo
 Vagaba en el edificio,
 Que en ansiosa expectativa
 Embargaba los sentidos
 Pendientes del movimiento
 De los labios del destino.
 Anaya rindió su informe
 Como de Guerra Ministro,
 Impasible y descarnado
 Como sus propios guarismos.

Rosa mostró de la Hacienda
 Los interiores exiguos;
 Y el esqueleto del hambre
 Expuso sin atavíos.

Y la comisión compuesta
 De hombres sabios y conspicuos,
 Por honradez respetables
 Y por sus grandes servicios,
 En la que brilló Jiménez
 Y Lares el erudito,
 A la que el sutil Lacunza
 Dió renombre sapientísimo,
 En la que lució Macedo
 Sus dotes de hombre entendido,
 Sin faltar á la finura
 Y con su tacto exquisito.

Estos dieron su dictamen
 Que opinaba decidido
 En términos razonados

Por la paz, diciendo explícitos:

*La necesidad se impone;
No nos queda más arbitrio.*

Le oyeron los paladines
A la lucha prevenidos
Y en el padrón del combate
Vieron sus nombres escritos
Entre tempestades de ira,
Entre amenazas y gritos.

Por la Paz se inscribió Elguero,
Joven del hablar divino,
Con sus grandes ojos negros,
De contestura enfermizo,
De Titán el pensamiento,
Dulce, tierno y persuasivo;
Lacunza inscribió su nombre
Que era de todos temido
Por su saber y destreza
Y sus discursos sofísticos:
Cubiletos le llamaban
Porque con sus artificios
Tornaba lo blanco negro
Y lo dañoso benigno.

Por la Paz abogó Payno
Con su abandonado estilo,
Pero lleno de talento,
Chistoso y entretenido.

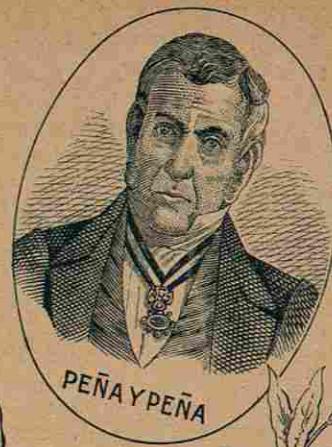
En la guerra está Doblado
El de incontenible brío,
Palabra como torrente,
Audaz, violento, agresivo,
Queriendo con hiel y sangre

Ahogar á sus enemigos;
Arriaga, el insigne Arriaga
Al comenzar era tímido,
Casi tartamudo hablaba
Con pálido colorido,
Mas de repente brotaba
En su alma el fuego divino
Y su elocuencia potente
Y sus poderosos ímpetus
Le daban de su auditorio
La plenitud del dominio.

En la lid del Parlamento
Siguieron á sus caudillos



L. DE LA ROSA



PEÑA Y PEÑA



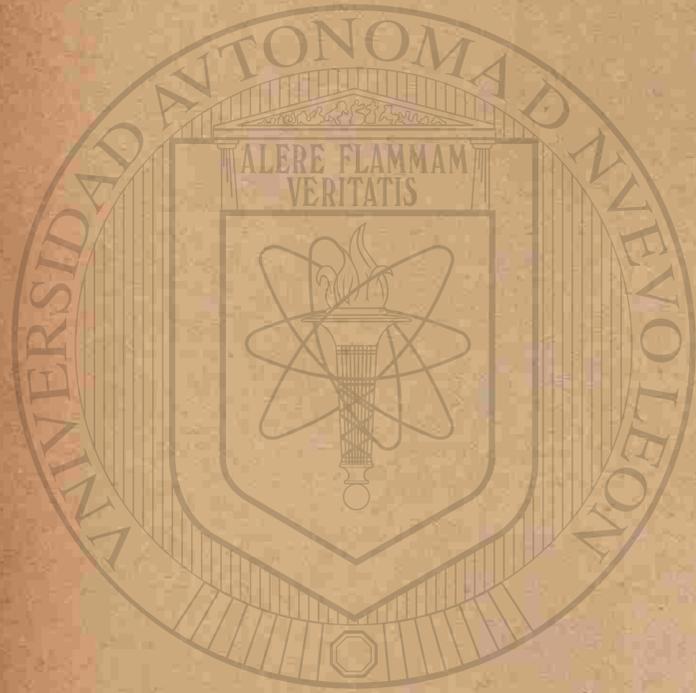
GRAL. LEÓN



D. J. M. CUEVAS



LIC. COUTO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aguirre el de la frontera
 Que era al batallar prodigio;
 Manuel Muñoz, chihuahuense,
 Que en los pasados conflictos
 Se portó cual buen soldado
 En los combates reñidos;
 El sabio Cuevas modelo
 De honradez y patriotismo;
 Y yo bizoño recluta
 Que de mención no soy digno.

Nunca la palabra humana
 Adquirió mayor prestigio
 Que en el solemne debate
 Que tan pálido describo.
 Era la conciencia augusta
 Que del alma en lo mas íntimo
 Brotaba á Dios aclamando
 Y á su poder infinito.

La palabra era pretexto
 Del palpar del espíritu,
 Que invisible atravesaba
 Entre resplandores vívidos,
 Ya revelando el futuro
 Ya mostrando en lampos igneos
 Al dolor, á la venganza,
 A los hermanos vendidos
 Con los huesos de sus padres,
 Con la tierra de sus hijos.....
 Y en el concurso rumores
 Por la atención comprimidos
 Que apagados se escuchaban
 Como subterráneos gritos;
 Y la opinión vacilante
 En los encontrados giros
 Que la discusión tomaba
 Se semejaba al delirio.

Iba á cerrarse el debate
 Cuando un circunstante dijo:
 Que hable el Lic. Cuevas
 Que la palabra ha pedido;
 Está en cama, replicaron;
 No importa, désele aviso;
 Y de pie los diputados
 Dieron voto afirmativo.

Quedó la sesión suspensa,
Quedó en silencio el recinto,
Cúal de estatuas el concurso,
Y el presidente en su sitio.

III.

EL SR. DIPUTADO
D. JOSÉ MARÍA CUEVAS.

Se descolgaban las sombras
Por las exiguas ventanas
De la Academia, y sus muros
Gruesos cirios alumbraban
Que puestos de trecho en trecho
Casi fúnebres dejaban
Ya macizos de tiniebla
Ya piélagos de luz clara;
Viéndose en alto imperando
En perspectivas fantásticas
Ya cuerpos sin sus cabezas
Y ya sin cuerpo las caras.

De pronto se oye un estrépito
De la academia á la entrada:
Era Cuevas que venía
Tendido sobre su cama,
Conducido por sirvientes
Y por gente de su casa.
Se puso el lecho en el suelo,
El timbre tocó Elorriaga,
Y á que hable se invitó á Cuevas
Tras de prolongada pausa,
Que aprovecho dibujando
Al héroe de la jornada.

Eráse Cuevas un hombre
De tez morena y sin barba;
Cabeza de gran volumen,
Pelo negro y frente magna
Que inclinaba la modestia
Y do el talento brillaba;
Dos vidrios de verde oscuro
Apagaban sus miradas;
Y su voz enronquecida
Como recordando lágrimas,
Fácil y en raudal sentido

Brotaba de su garganta.
Sobre su lecho extendido,
Envuelto en profusa capa.
Con cuello de piel de nutria
Donde su faz se ostentaba
Como de marmóreo busto
La efigie decapitada.

Cadavérico, terrible,
Inmóvil y en honda calma
Se levantó al concedérsele
El uso de la palabra;
Se alzó como si un espectro
Su sepulcro abandonara:
«¿La paz queréis, clamó, y á la deshonra
«Pretendéis le doblemos la rodilla,
«Renegando cobardes del derecho
«Pisoteando villanos la justicia?
«La paz, la transacción! Besando ufanos
«Con labio envilecido la ignominia?
«¿Quién clama por la paz! ¿Son los vendidos
«Á la fuerza brutal y á la perfidia,
«Los que sienten el látigo del amo
«Y su hogar contemplar sin sus familias?
«Son acaso los muertos insepultos
«Que abandonados en los campos gritan:
«Piadosos invasores cuyas balas
«Lauros nos dieron al cegar las vidas?
«¿Quién nos pide la paz? ¿Son los valientes
«Que con el arma al brazo y en sus filas
«Palpitando de gloria y entusiasmo
«Esperan la hora de la lid reñida?
«La paz, los ambiciosos la cortejan,
«Los que aman de la corte las delicias
«Y con tal de beber en copa de oro,
«Rastreros beberán su afrenta misma!
«Mirad á nuestra patria y sus ultrajes,
«Vedla vagar abiertas sus heridas,
«Delirante los restos de sus hijos
«Buscando entre despojos y entre ruinas!
«¡Ay! ¡Ay de tí, mi México adorado!
«¡Ay! ¡Ay de tí, generación indigna.»
Y su brazo cubierto en su ancha capa
Se alza terrible, fulminando su ira.
«Luchemos sin cesar, á los valientes
«La suerte de las lides no intimida,

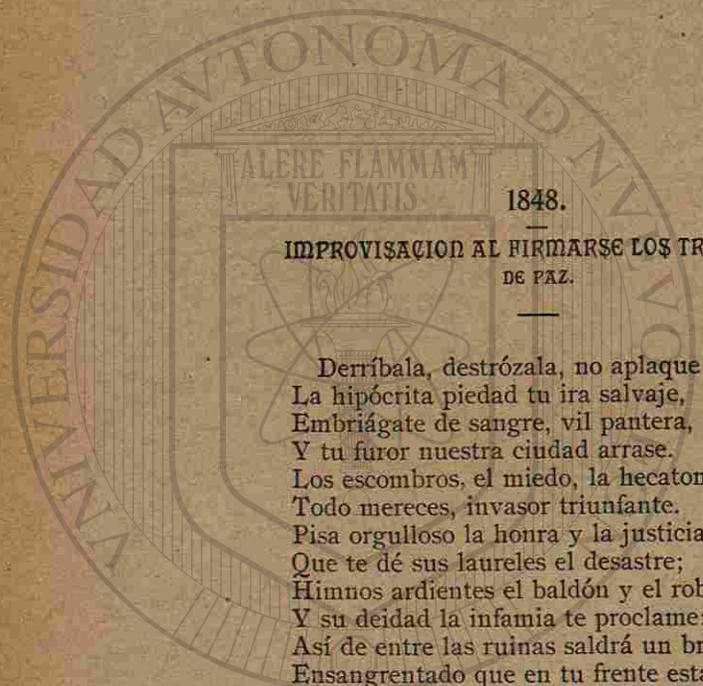
«Que el que muere por la honra de su patria
 «Lauros arranca á la victoria misma.»
 El anatema que rasgaba el viento
 La bóveda siniestra repetía;
 Los concriptos dejaron sus asientos,
 Al orador sumisos circuían,
 Y del tribuno la imponente talla
 Parece que de súbito acrecía.
 «Será nuestro dogal esa frontera
 «Que hoy el temor estúpido limita;
 «Y la espada de Breno poderosa
 «Será de sus antojos la medida;
 «Aprenderemos en extraño idioma
 «A pedir pan al vil que nos humilla;
 «Y cerraremos trémulos los ojos
 «Cuando violen brutales nuestras hijas.
 «Porque ¿no los dejamos que arrebatan
 «Cuanto les dicte su infernal codicia?
 «Que azóten, que destruyan, que declaren
 «Botín de guerra las ciudades ricas;
 «Mas, tratar? transigir? dar aquejencia
 «A la vileza en pacto convertida?
 «Y contar sobre el manto ensangrentado
 «De la patria humillada, escarnecida,
 «Los dineros valuando la tortura
 «Y el futuro espantoso de la víctima?
 «¡Oh! no, no puede ser.» Y del profeta
 Con el llanto la voz se enronquecía.
 El concurso rompiendo las barreras
 Que sus ímpetus bravos contenían,
 Ahullaba de dolor, y sus gemidos
 Los muros con terror repercutían.
 El orador cortando su palabra
 En su lecho cayó como la encina
 Que después que relucha poderosa
 Contra la tempestad, cruge, vacila,
 Y por fin, sobre el suelo se desploma;
 Y su cadáver el espanto inspira.

Desvaneciósé súbito el fantasma,
 Después de sus tremendas profecías
 Se hizo el silencio; los gigantes cirios
 Derramaban sus luces amarillas
 Con fúnebre vibrar..... tumulto inmenso
 Ruge del edificio á la salida.

De pronto reverberan mil antorchas;
 Al lecho con ardor se precipitan
 Los diputados todos que lo elevan
 Y en su marcha al hogar lo glorifican.

1848.

NOTA.—El discurso que supongo aquí en los labios del Sr. Cuevas, está compuesto de mis recuerdos vagos y confusos de lo que dijo; añadiendo y quitando, según las reglas del verso. El verdadero discurso del Sr. Cuevas fué sublime é inimitable sobre toda ponderación.



1848.
—
IMPROVISACION AL FIRMARSE LOS TRATADOS
DE PAZ.
—

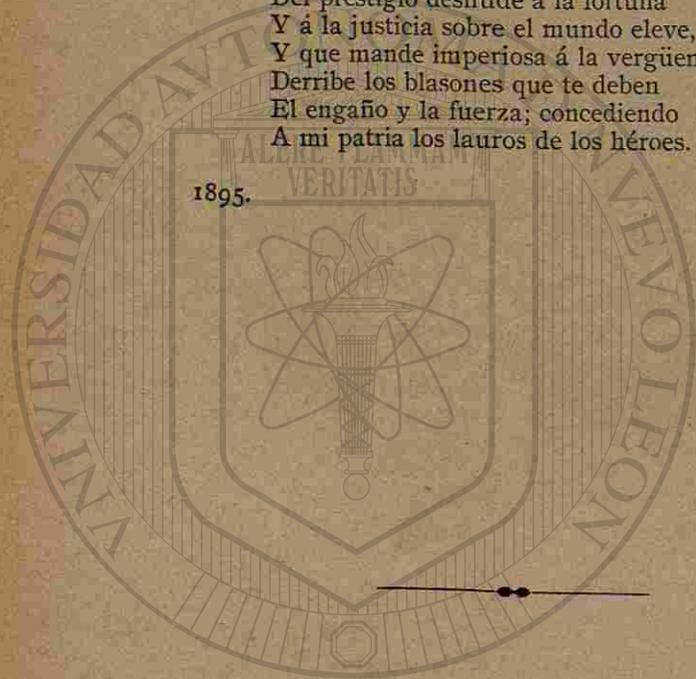
Derríbala, destrózala, no aplaque
La hipócrita piedad tu ira salvaje,
Embriágate de sangre, vil pantera,
Y tu furor nuestra ciudad arrase.
Los escombros, el miedo, la hecatombe,
Todo mereces, invasor triunfante.
Pisa orgulloso la honra y la justicia;
Que te dé sus laureles el desastre;
Himnos ardientes el baldón y el robo;
Y su deidad la infamia te proclame:
Así de entre las ruinas saldrá un brazo
Ensangrentado que en tu frente estampe
De vilipendio el sello que tus glorias
Torne irrisión y tu grandeza empañe.
Mi alcázar de oro, mi ciudad materna,
Mi cierva herida, mi hada como arcángel,
¿Por qué humillada? dime, ¿por qué en tierra
Devoras sollozando tus ultrajes?
Yo á tu fiero enemigo vi alevoso
Detrás de los traidores ocultarse,
Teniendo de neutral y noble amigo
Sobre del rostro la careta infame;
Le vi ladrón astuto en la maleza
Como una serpe hundirse y arrastrarse
Para certero asegurar su presa,
Y con soberbia y con cinismo alzarse.
En tanto la locura y la discordia
¡Oh, patria! se cebaban en tus carnes;

Y henchida de congoja y de traiciones
Del invasor miraste los avances.
En vano fué el luchar, vano el esfuerzo,
Vano el heroísmo de tus hijos leales.
Patria, eras tú cual nadador gigante:
Ya te envuelven las olas procelosas,
Ya intrépida y terrible vas á alzarte
Para volverte á hundir; y entre las peñas
Consiguen las corrientes azotarte
Hasta dejar en las ingratas playas
Como deshecho inerte tu cadáver.

Llenos de ardor en las reñidas lides
Supisteis combatir como valientes,
Y ejemplo dieron de su aliento heroico
Al embestirnos vuestros bravos jefes.
Nadie inculpa el incendio y la matanza,
Nadie nuestras venturas ó reveses;
La guerra es la barbarie; en sus arranques
El instinto feroz domina siempre,
Y brillan irizados por la gloria,
Empapados en sangre los laureles.
Si una vez os miramos las espaldas,
Vimos vuestras victorias otras veces,
Y miramos flotar vuestras banderas
En el llano y los montes eminentes
Como clamando con pregón soberbio:
—Eres mi presa, á mí me perteneces—
Mas ¡oh, gloria! ¡oh, consuelo! ¡oh, noble orgullo!
Que á mi patria sublima y engrandece;
Sangrando entre las garras de discordia
Desnudo, hambriento, entre tormentos crueles
Nunca transó con enemiga fuerza,
Y en alto su derecho tuvo siempre,
¿Por qué, nación, olimpo de titanes,
Emporio del trabajo y de sus bienes,
Gala de la moderna democracia,
Con la infamia rastrera la oscureces?
Dí ¿por qué con escándalo de Wáshington
El atropello del derecho emprendes,
Y en tus manos un labarum de afrenta,
Afrenta tuya, impávida sostienes
Y sujetas á un potro de tortura
Y á mi patria mutilas inclemente?
¡Horror! ¡horror! horror, nuestros despojos

Tus campos, antes nuestros, te enriquecen,
 Y abonan nuestros huesos tus sembrados,
 Y en nuestras tumbas crecerán tus mieses.
 Pero la historia vive, y habrá un día
 Que brillando el derecho prepotente,
 Del prestigio desnude á la fortuna
 Y á la justicia sobre el mundo eleve,
 Y que mande imperiosa á la vergüenza
 Derribe los blasones que te deben
 El engaño y la fuerza; concediendo
 A mi patria los lauros de los héroes.

1895.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

POESIA PRONUNCIADA EN LAS
 HORAS DE LOS QUE MURIERON EN LAS BATALLAS
 DEL VALLE DE MEXICO.

¿Por qué inquieta la noche de las tumbas
 Ese sordo tropel? ¿Viene atrevida
 La vanidad con mentiroso duelo
 Envuelta en su magnífico atavío
 A pervertir con farsa engañadora
 Nuestro inmenso dolor? ¿Viene insolente
 A darse en espectáculo doliente,
 Cuando el recuerdo de los patrios males
 Lastima el corazón, quema la frente?
 ¡Silencio y atended! Si al vano intento
 Pretendéis sucumbir, ¡idos! ¡lo mando!
 No profanéis con planta indiferente
 Este augusto lugar..... solo, entusiasta
 Yo haré temblar con mi gemir las tumbas;
 Responderán de mi tormento al grito;
 Me arrojaré á esos huesos con quebranto,
 Y en vez de vuestro hipócrita homenaje
 Tendrán mi adoración, tendrán mi llanto.

¿Para qué removisteis esos huesos?
 ¿Por qué turbásteis su quietud? ¿Se exhuman
 Para servir de mito á la venganza?
 ¿A que los santifique nuestra gloria?
 ¿A que se rogocijen, ya dispersos,
 Bajo el ala feliz de la victoria?
 ¡Llanto! ¡consternación! ¡Tributo indigno!
 ¡Oblación femenil! ¡Sangre pedían
 Sedientas esas tumbas de valientes,
 No duelo estéril, que á llorar provoca,
 No duelo estéril que el dolor alienta,
 No este duelo de un pueblo resignado
 Que tan sólo llorar sabe en su afrenta!
 ¡Ah cuan digno de tí patria adorada,

Si sobre el corvo suelo de las fosas,
 Hartas de devorar nuestros hermanos,
 De odio y venganza el pecho reventando,
 De ira hinchadas las venas de la frente,
 La mirada impaciente
 Lanzando rayos mil y los cabellos
 Hirsutos de entusiasmo, prorrumpiendo
 En cánticos magníficos de guerra,
 El pueblo, de una tumba haciendo una ara,
 Venganza hubiera dicho, y con su sangre
 Y la sangre de injustos invasores,
 Refrescar esos huesos que ha tostado
 Ya secos el baldón! ¡Dulce rocío!
 ¿Por qué sólo en nosotros cayó su ira?
 ¿Por qué ni ese placer ¿Por qué ¡Dios mío.....!
 Entonces sí, la resonante lira,
 La lira de oro del audaz Tirteo
 Perpetuara del pueblo la memoria,
 Que el genio se remonta á las estrellas,
 Pero sólo en las alas de la gloria.
 Yo, inmenso como un Dios en mi energía,
 Le hubiera dicho al sol: Vé, dí que alumbras
 Un pueblo de héroes en la patria mía.
 ¿Y hoy que queréis de mí? ¿Creís que insensata
 Mi lira consagrada por su duelo,
 Adule vuestras miserables pasiones,
 De la discordia robustezca el brío,
 Haga de odio latir los corazones,
 Y que sople servil mi labio impío
 De la revuelta venenosa tea?
 Si esos inertes, míseros despojos
 Al soplo del Señor cobraran vida;
 Si un solo instante erguidos esqueletos
 Crugieran al alzarse; si encendida
 En esos cráneos la mortal mirada
 Como luz de relámpago vibrara
 En medio á este concurso silenciosa
 Como pidiendo de la patria cuenta,
 ¿Quien les mirara sin rubor la frente?
 Basta ya, ¡Basta ya que ellos gimieran,
 Y retumbando á su gemido el viento
 Los dispersara en polvo, que es indigno
 Este suelo fatal de ser su asiento!
 ¿No es cierto Pérez? ¡Xicotécatl, habla!
 ¡Silencio! Ved la sombra de Frontera

Lanzar un alarido de escarmiento
 Por qué este pueblo no es lo que antes era.
 Ora pregunto ¿Acaso yo podría
 Distinguir ciudadanos y guerreros,
 Dar al soldado y pueblo varia suerte,
 Despedazar el vínculo que un día
 Delante el invasor formó la muerte?
 ¿Esos esclarecidos campeones
 Eran de otra nación? ¿no eran hermanos?
 ¿Eran esos soldados semejantes
 A los que vil escolta de tiranos,
 Nos daban los recuerdos de los reyes,
 Y escribieron en la hoja de sus sables
 Audaces los derechos y las leyes?
 También en sucumbir se encuentra gloria.
 ¿Cuantos de esos soldados valerosos
 Sin recuerdo y sin tumba han perecido:
 Sucumbieron siguiendo sus banderas,
 Y son los vivos hoy nuestro desprecio,
 Y son los muertos pasto de las fieras!!
 Yo al soldado del pueblo, al que pelea
 Con recio empuje, con sereno pecho
 Por la alma libertad, al que apoyando
 Nuestro existir social con brazo amigo,
 Es el poder del pueblo, lo bendigo!!
 Pero al villano que volvió cobarde
 Del pueblo ó del ejército, en la lucha,
 El rostro al invasor; al asesino
 Que sólo sabe destrozar hermanos,
 Insolente en las luchas fatricidas,
 Fiero en la corte, ruin en la pelea,
 Delante de esos huesos, á su nombre
 Lo maldice mi voz. ¡¡¡Maldito sea!!!
 ¡Patria, mi adoración, mi bien, mi patria,
 La de la clara luz y el limpio cielo,
 La hija de Dios, la patria á quien adoro,
 La que aspiró al nacer, incienso y flores
 Dentro su cuna de diamantes y oro,
 Ay! ya no brilla el astro de Dolores!
 Pasó el anglo-sajón en torbellino,
 Y leves, cual las hojas del almendro,
 En el fango, ¡ay de mí! regó tus glorias
 Tus hijos, patria amada, en otro idioma,
 En reclamar perdón se ejercitaban;
 Mustios al hurra del brutal soldado,

Temblaban como al trueno la paloma:
Y de la hermosa México la joya,
La sultana del nuevo continente,
Como corona vil, otra bandera
Su sombra de ignominia dió á su frente.

Y esta era ¡oh Dios! la patria de Iturbide,
Del orbe orgullo, de los pueblos gala,
Y ese hermoso pendón que barrió el suelo
Era el querido pabellón de Iguala!

¡Ah, perdonad mi llanto, la honda angustia
Rompe mi corazón: ¡patria adorada,
Patria harta de infortunio y de vergüenza,
Fábula de la tierra y su escarmiento,
Así llena de luto y ultrajada,
Así con ese manto desgarrado,
Así cubierta de orfandad y lloro,
Así en tenaz y bárbara agonía,
¡Oh, patria de mis padres, yo te adoro!
Tú eres mi Dios, mi cielo, patria mía.

Vuestra obra consumada aquí la tienen,
Que vengan la discordia y los partidos,
Vengan con los cabellos esparcidos
Y frenética sed los fieros males;
Ahí la tenéis ¡oh turba parricida!
Tiempla en ella el ardor de tus puñales.

Restos humanos, destrozad las tumbas,
Venid á responderme! ¿Qué no es cierto
Que ni el recinto estrecho que hoy os cubre
Fué vuestro alguna vez? ¡Restos humanos!
¿Es cierto que una vez vuestro reposo
Debísteis al favor del extranjero?

Y eran tumbas de amigos y de hermanos,
Y era mi hija, mi niña seductora
Que duerme allí, nacida de mí alma
Y de un rayo divino de la aurora.

—
Prodigio de baldón, tormento inerte;
Como al venir á vuestro lecho el sueño
Que os representa una hórrida pantera
Que ya va á devoraros, que se avanza,
Que estáis palpando el modo de destruirla,
Que os ahoga á un tiempo la ira y la congoja,
Que oís de la fiera el resollar sediento,
Y al avanzar estáis desfallecido,
Sin fuerza, sin acción, sin movimiento:

¡Esa tu imagen fué, pueblo querido!!
¿Qué he de deciros yo reliquias santas,
Reliquias de guerreros, mis hermanos,
Yo preparaba flores en mi canto:
Ya lo veis no pude contenerme
Y entre mis manos las secó mi llanto.

Pero ellos hablan, escuchad su acento;
¡Ah, no los perturbéis; hablad, guerreros:
«Generación de Hidalgo y de Iturbide,
«Hijos de nuestra patria; por la sangre
«Que en su honor y defensa derramamos,
«Ya no más desunión, no más partidos,
«No más lucha de pueblo y de soldados,
«Venid, entre nosotros siempre unidos
«Encuentre la otra luz tan sólo hermanos,
«Todos sois hijos de la misma patria,
«Todos con sólo un nombre: «mexicanos.»
¿Escucháis? ¿Escucháis? Cumplir el voto
La pompa digna de sus restos sea.

Yo he mirado un abismo entre los montes,
Lleno de horror y de maleza, umbrío,
Y allá en su fondo, lejos reluciente,
La onda de plata de tranquilo río:
Esa la imagen es de la esperanza
¡Hija de nuestro Dios, Virgen del cielo!
Esa la que del fondo de esas tumbas,
Nos promete una aurora de consuelo.

La mente vil, el corazón cobarde,
¿Porqué desesperar? ¿Porqué deprime
El mismo mexicano al mexicano,
Ruín arrojando pestilente cieno
De sus mayores al blasón sublime?
Vendrá el dedo de Dios y en nuestra historia
Escribirá terrible como el trueno
Nombres que á nuestros hijos les revelen
Quienes fueron verdugos de su gloria;
Entonces ante el mundo, ante la estirpe
Que por cubrir su infamia te degrada,
Patria, alzarás la frente vindicada.

—
Pero si no es así si en medio al luto
Esas sombras horrores nos predicen,
Como el fantasma vengador á Bruto.
Si fuese, santo Dios, si fuese cierto

Que vino á nuestros campos la victoria,
 Quiso reír, resplandeció un momento,
 Y arrepentida se alejó llorando
 Al ver al pueblo indigno de la gloria.
 Entonces entre fuego y torbellino,
 ¿Por qué á este país ludibrio no consumes,
 Omnipotente Dios; el mar de tu ira
 Porqué no embravecido nos sepulta?
 ¿No ves que el crimen que en su seno impera
 Tu nombre injuria, tu grandeza insulta?
 ¡Honor á esos valientes.....se lo dieron
 Generosos los propios invasores:
 Al pasar persiguiendo nuestras tropas,
 Sus sepulcros regaron de laureles:
 Los vivos obtuvimos mofa y mēgua;
 Temblando al relinchar de sus corceles.
 ¡Honor á esos valientes!.....Ah, no quieren
 Sus almas nobles oblación mezquina,
 Si un nuevo sol de gloria para el pueblo,
 Sus venerables restos no ilumina.
 Honor á esos valientes será el día
 Que contra un invasor nuestra ira truene,
 Que á recobrar su suelo y sus derechos
 El pueblo salga del letal desmayo,
 Que de vigor intrépido se llene,
 Que en este sitio anuncie una victoria
 Al reventar de su rencor el rayo.

1848.

CURIOSO, RARO Y TRÁGICO ROMANCE
 DEL MENTADO PADRE DON DOMECO JARAUTA

ESTUDIANTE Y SOLDADO.

En un colegio escondido
 De la Aragonesa tierra,
 Por sus producciones rica,
 Por sus hazañas excelsa
 Hasta ostentar en su escudo
 De reyes cuatro cabezas
 Amenazantes en vida,
 Pregón de escarmiento muertas,
 En un colegio que aludo
 Al comenzar mi leyenda,
 Con Balmes entre las manos,
 Con el latín á las vueltas,
 Se encontraba un estudiante
 De alborotada melena;
 Mal pelaje, gesto fosco,
 Barba borrascosa y negra,
 Cejijunto, ojos hundidos
 Provocando á la pelea,
 Y unas manos y unos dedos
 Tan toscos como de piedra:
 Era pedir al mancebo
 Provecho y honra en las letras
 Cual pedir al hierro flores
 O pedir al olmo peras.
 Así pasaba la vida,
 De suyo ardiente é inquieta,
 Siguiendo de la política
 Las sangrientas peripecias:
 Fanático idolatrando
 De Don Carlos las banderas.
 De repente el pueblo anuncia
 La llegada de Cabrera

Que vino á nuestros campos la victoria,
 Quiso reír, resplandeció un momento,
 Y arrepentida se alejó llorando
 Al ver al pueblo indigno de la gloria.
 Entonces entre fuego y torbellino,
 ¿Por qué á este país ludibrio no consumes,
 Omnipotente Dios; el mar de tu ira
 Porqué no embravecido nos sepulta?
 ¿No ves que el crimen que en su seno impera
 Tu nombre injuria, tu grandeza insulta?
 ¡Honor á esos valientes.....se lo dieron
 Generosos los propios invasores:
 Al pasar persiguiendo nuestras tropas,
 Sus sepulcros regaron de laureles:
 Los vivos obtuvimos mofa y mēgua;
 Temblando al relinchar de sus corceles.
 ¡Honor á esos valientes!.....Ah, no quieren
 Sus almas nobles oblación mezquina,
 Si un nuevo sol de gloria para el pueblo,
 Sus venerables restos no ilumina.
 Honor á esos valientes será el día
 Que contra un invasor nuestra ira truene,
 Que á recobrar su suelo y sus derechos
 El pueblo salga del letal desmayo,
 Que de vigor intrépido se llene,
 Que en este sitio anuncie una victoria
 Al reventar de su rencor el rayo.

1848.

CURIOSO, RARO Y TRÁGICO ROMANCE
 DEL MENTADO PADRE DON DOMECO JARAUTA

ESTUDIANTE Y SOLDADO.

En un colegio escondido
 De la Aragonesa tierra,
 Por sus producciones rica,
 Por sus hazañas excelsa
 Hasta ostentar en su escudo
 De reyes cuatro cabezas
 Amenazantes en vida,
 Pregón de escarmiento muertas,
 En un colegio que aludo
 Al comenzar mi leyenda,
 Con Balmes entre las manos,
 Con el latín á las vueltas,
 Se encontraba un estudiante
 De alborotada melena;
 Mal pelaje, gesto fosco,
 Barba borrascosa y negra,
 Cejijunto, ojos hundidos
 Provocando á la pelea,
 Y unas manos y unos dedos
 Tan toscos como de piedra:
 Era pedir al mancebo
 Provecho y honra en las letras
 Cual pedir al hierro flores
 O pedir al olmo peras.
 Así pasaba la vida,
 De suyo ardiente é inquieta,
 Siguiendo de la política
 Las sangrientas peripecias:
 Fanático idolatrando
 De Don Carlos las banderas.
 De repente el pueblo anuncia
 La llegada de Cabrera

Que del infante Don Carlos
 Era la mano derecha,
 Cuyo valor de prodigios
 Graduaba la España entera,
 Y que do la planta pone
 No vuelve á brotar la yerba,
 De aquel Tortosino horrendo,
 Que atiza la civil guerra,
 Cuasi remedando el genio,
 Y espantando á las panteras,
 Del que improvisa legiones
 Que disciplina y ordena,
 El que torna en almacenes
 Las trojes de *Casa Vieja*;
 Que á Narvaez burla atrevido,
 Que á Oráa pone en evidencia,
 Que sacrifica á Pardiñas,
 Y que á Espartero desdeña,
 Con el pomo de su espada
 Toca de Madrid las puertas,
 Pasando cual torbellino
 Por Castilla, por Valencia,
 Y que en Burjasot triunfante
 Al mundo de espanto llena
 De tigre con sus venganzas
 Y sus placeres de hienas;
 Así cruzó victorioso
 Por do Jarauta se alberga,
 En medio de los repiques
 De la canalla de iglesia,
 Y entre víctores y flores
 De la Carlista caterva.
 Del indómito estudiante
 Los instintos se despiertan;
 Hace pedazos su Balmes,
 De los estudios reniega,
 Y se incorpora á las filas
 Que con Cabrera pelean.
 Ya la victoria amorosa,
 Risueña su frente besa;
 Ya peligros horriblos
 Su esfuerzo ponen á prueba;
 Y ya de la humana sangre,
 El dejó á sus labios llega,
 Y con un deleite horrible

La gusta y la saborea;
 Y ya en medio de los triunfos
 O en las batallas adversas,
 La espada del estudiante
 Formidable centellea.
 De favorecer se cansa
 Al servil la suerte páfida.
 Y después de dos combates
 En que con su sangre riega
 El caudillo del Infante
 A la destrozada tierra,
 Jarauta ya prisionero
 De su caudillo se ausenta,
 Y le conducen á Cuba
 Donde purga su condena.

II

EN LA ISLA DE CUBA.

En ese verjel que llaman
 La perla de las Antillas,
 Nido de las tempestades,
 Eden de las dulces brisas,
 Pasa Jarautá el destierro
 Después de acervas desdichas,
 Que si no para contadas
 Éran menos para vistas.
 Y aunque fieles valedores
 Halló y amistad solícita,
 Le punzaba cruel el hambre,
 Y le acosaba la *chilla*;
 Hasta que desesperado
 De encontrarse sin salida,
 Diciendo: dé donde diere:
 Se ajustó como corista
 De la Opera que brillaba
 En Tacón por su pericia.
 ¡Pero que si era un cencerro!
 El mite, una chirimia,
 Una nota discordante,
 Un rebuzno que era envidia
 Del chirriar de la carreta
 Y del ruido de la esquila;
 Y esa nota disonante
 Su rugido entrometía

Donde el arte de Rossini
 Sembraba notas divinas,
 Hasta que tronó la bomba
 En una estupenda silva
 Que á mi cómico arriesgado
 Le puso en las cuatro esquinas;
 Y vuelta á las viles tretas
 Y á las villanas manías;
 Hasta que al ver en su frente
 Los preludios del suicida,
 Le dijo un despabilado
 De su arrastrada pandilla:
 «Pelos á la mar amigo;
 «Tú sabes filosofías
 «Y brotan en tí latines
 «Como en los suelos hormigas.
 «Pon la cara de beata,
 «Confésate y oye misa,
 «Hazte visible en la Iglesia,
 «Unete á los que la sirvan,
 «Con canónigos y obispos,
 «Sus parientes ó sobrinas;
 «Y arrímate con los libros
 «Que en tu tierra aborrecías,
 «Como quien tiene de padre
 «La vocación decidida:
 «En el camino del cielo
 «No hay bajadas; sí subidas
 «Mucha mómita en el rostro,
 «En tierra la vista fija,
 «En rezos y procesiones
 «Constancia humilde y asidua;
 «Y aunque como gata mansa
 «Hagas rabiarse á las chicas,
 «Y aunque oculto el codo empines
 «Y hagas á Birjan caricias,
 «Enmedio á la Santa holganza
 «Tendrás de pesetas mina.»
 El pensamiento se acoge
 Entre palmadas y risas,
 Como de quien cuenta un sueño,
 Como se oye á quien delira.
 Pero Jarauta del mundo
 Ocultandose á la vista,
 Con ciertos libros devotos

Se hunde en mansión escondida,
 Y sólo asiste á los templos
 Puesto en cruz y de rodillas.

III

EL BEATO.

Con pertinaz entusiasmo
 Y con constancia rabiosa,
 Alegando sacristanes
 Y cautivando devotas,
 Surcando de los estudios
 Audaz las revueltas olas,
 Y de vocación ardiente
 Dando señales notorias,
 El soldado de Don Carlos
 Con la tonsura se adorna;
 Viste rígida sotana,
 Cobra figura gasmoña
 Y entona el Santo evangelio
 Con la presición canónica.
 Por aquí de una capilla
 Ilustra la augusta pompa;
 Por allá unos ejercicios
 Promueve y el templo exorna.
 Por acullá ardiente anuncia
 Una eclesiastica gorja;
 Hasta que al fin aparece
 Clérigo de misa y olla.
 De ocultis con sus amigos
 En la más alegre chorchá;
 Las limosnas cosechando,
 Sin dar de mundano nota
 Y viendo en la lontananza
 Para él abierta la gloria.

IV

EL PADRE VICARIO.

Entre tanto las dos mitras
 De nuestra patria y de Cuba
 Se empeñan en los pedidos
 De vicarios y de curas.
 Y en menos que canta un gallo
 Al buen Jarauta se ajusta

Para Vera-cruz, en donde
 De vicario se consulta.
 Llega al puerto, se le acepta
 Con reverente dulzura;
 Y listo, activo, contrito
 Conquista con fina astucia,
 La admiración de hombres graves
Y amor de la gente ruda.
 Estaba en toda su fuerza
 La rabia del yankee fiero,
 El año cuarenta y siete
 Para México funesto.
 En los aires retumbaban
 Los clamores de los pueblos;
 Y en los caminos se hallaban
 Abandonados los muertos.
 El aragonés vicario
 Era ardiente de los nuestros;
 Mas, guardando compostura
 Se entregaba con silencio
 A los trabajos asiduos
 De su santo ministerio.
 Pero una vez, no sé cuando,
 Un yankee audaz ante el clérigo
 Profiere tales injurias,
 Dice tales improperios
 En contra de hombres y cosas
 Y la justicia de México,
 Que el siervo de Dios le planta
 Un bofetón tan soberbio,
 Que de Wáshington el vástago
 Mide con su cuerpo el suelo.
 Se levanta enfurecido
 La larga espada blandiendo;
 Mas bajo de la sotana
 Lleva un revólver el clérigo
 Que preparó enfurecido
 Y á quema ropa resuelto
 Lo dispara, y en la tierra
 Riega del yankee los sesos.
 Corren los americanos
 A la riña haciendo fuego;
 Y preguntan por Jarauta
 A los jarochos rejuegos,
 Quienes responden con sorna:

Ese, ó anda á la juyenda,
 O como padre fué al cielo;
 Dejando á los invasores
 Como sordos en concierto.

V

¡VIVA MÉXICO!

Como en la tierra acontece
 Cuando el viento airado sopla,
 Que se elevan torbellinos
 Que furibundos arrostran
 Con lo que hallan que detiene
 Sus embestidas furiosas,
 Así saltó D. Domeco,
 Que terrible se le asocia
 Otro clérigo Martínez,
 Hijo neto de la pólvora;
 Y la causa de la patria
 Ardiendo en ira pregonan.

1894.

SEGUNDO

ALERE ALBOROTADO Y TRAGICO ROMANZCO
DEL MERCADO PADRE JARAUTA.

I.

Pasaba cuarenta y siete
Con su séquito sangriento
De invasores semibrutos
Y de traidores siniestros,
Sustentando en las llanuras
Y en los empinados cerros
Combates asoladores,
Y furibundos encuentros
Que dejaban por doquiera
Ruinas, despojos y muertos.
Y defendiendo á la patria
Y su honor y sus derechos
Vióse á Jarauta inflexible
Blandir el terrible acero
Como caudillo invencible
De valientes guerrilleros;
Asombro de los patriotas,
Y de sus contrarios miedo.
Era su vista el estrago,
Era su marcha el incendio;
A lo lejos sus pisadas
Retumbaban como el trueno,
Y de su fama la patria
Divulgó en heroicos ecos
En Veracruz, la Huasteca
Y otros valerosos pueblos
Y le miró como hermano
El Jarocho Rebolledo
El de la lata entradora
Y el del terrible jamelgo.

II.

LA PAZ.

Como descenden las aguas
Desde la cima eminente
Atropellando iracundas
Por entre peñas abruptas
Al despeñarse fervientes,
Troncos y chozas y mieses,
Así por el vasto suelo
De México se embravecen
Las hondas enfurecidas
De feroces combatientes.
Mas entre tanto los hombres
Que el poder supremo ejercen,
Viendo el vencer imposible,
Se agobian y desfallecen;
No porque esfuerzo les falte,
Y no porque desesperen:
Sí porque el que está en el mando
Debe hacer lo que conviene,
Y sacrificar sus gustos
A los patrios intereses.
Así mandan que en Querétaro
Ambas Cámaras se hospeden
Y que de la paz se trate
Con formalidad solemne.
¡Oh, tiempo triste! ¡Oh, recuerdos!
Como á mi memoria vienen
Cual bandadas de aves negras
Que los cielos oscurecen.
Como mis viejas heridas
Aún abiertas, sangre vierten
Y siento como que llora
El corazón que fallece.
Como el cuadro del Congreso
Se reproduce en mi mente
Con los bravos adalides
Que guerra y muerte sostienen:
Aquel Cuevas majestuoso,
Aquel Otero elocuente,
Aquel Elguero que hechiza,
Un Doblado que sorprende
De arrebatos de gigante,
De frases replandecientes.

Aquel egoismo rastrero
 Que siembra astuto y aleve
 La desconfianza y el miedo;
 Los villanos intereses,
 Todo compone un conjunto
 De odios, de despecho y muerte,
 Que extinguen las esperanzas,
 Que en las tinieblas se pierden.
 Por fin la Paz se proclama,
 Como estalla de repente
 Mina de pólvora henchida,
 Que un muro en ruinas convierte.
 Los ardientes defensores
 Que están á la patria fieles
 Niegan su ascenso á los hechos,
 Iracundos se revuelven
 Contra el Gobierno que acusan
 Ya de infame, ya de débil;
 Y como bravos marinos
 Que á la nave que perece
 Acuden y entre las olas
 La cercan y la defienden,
 Hasta que al fin con sus restos
 En el naufragio se envuelven;
 Así acuden las guerrillas
 Que el cruel tratado aborrecen;
 Sobresaliendo terrible
 Aquel General Paredes,
 Que llevaba por escudo:
Valiente entre los valientes.
 Este no descubre el bulto,
 Y en su lugar aparece
 Un oficial esforzado,
 Un bizarro jaliciense,
 Modelo de caballeros,
 Noble pecho y alto temple;
 Contra la paz se pronuncia
 Resuelto en Aguascalientes;
 Y secundando á Doblado,
 Que en Guanajuato sostiene
 La misma causa, á su lado
 Rápido la marcha emprende;
 Y se le reune Jarauta
 A quien Paredes no quiere.
 Irritándose los ánimos,

Hiel los corazones vierten,
 Y el alzamiento terrible
 Sembrando horrores se extiende.
 Miñón los espera en Lagos;
 Pero el oficial valiente
 Que conduce el estandarte
 Que guerra á muerte sostiene,
 Audaz, temerario.....solo
 A Lagos lleva á su gente.
 Asalta el cuartel, le rinde,
 A él su custodia convierte,
 Y triunfal á Guanajuato
 Se lanza como torrente
 Que arrolla cuanto á su paso
 Quiere en vano detenerle.
 Bustamante le persigue
 Con fuerza mayor tres veces;
 Pero él astuto le burla
 Y atrevido se hace fuerte
 Hasta unirse con Doblado
 Que su valor enaltece.

EL ASALTO.

Después de porfiada lucha
 Que á Guanajuato destroza
 Al retumbar los cañones
 Y al estallar de las bombas;
 En aquella ciudad rara
 De alturas y calles hondas,
 Donde torres y arboledas
 Intempestivas se asocian
 A las cuevas y derrumbes
 En confusión se amontonan,
 Se eleva de Bustamante
 Orgullosa la victoria,
 Y desde el cerro del Cuarto
 Feliz su triunfo pregona.
 Jarauta que está perdido,
 Ciego su rumbo equivoca,
 Y calcula que en el Cuarto
 Esta luchando su tropa,
 Llega, se ve circundado
 De enemigos, no se azora
 Y finge de Bustamante

Ordenes fieras y prontas:
 Pero un sargento que escucha,
 Grita airado con voz ronca:
 Ese es el padre Jarauta.
 Los soldados se alborotan
 Y quieren despedazarlo
 Con rabia devoradora.
 —Yo soy Jarauta—responde.
 —Alto, á mi sólo me toca—
 Dijo un jefe: que le guarden
 Y le lleven con escolta
 Abajo, á la Valenciana,
 Y que el General disponga.
 En breve tiempo la causa
 Del reo se perfecciona,
 Se forma el cuadro en silencio,
 En silencio está la tropa,
 Suenan las voces de mando
 Con notas aterradoras,
 Hacen fuego los fusiles,
 Y queda en tierra y sin fosa
 El cadáver de Jarauta,
 Tan célebre en nuestra historia.

¡A MI PATRIA!

COMPOSICION LEIDA EN EL GENERAL
 DE LA UNIVERSIDAD,

LA NOCHE DEL 15 DE SEPTIEMBRE DE 1849,

POR EL SEÑOR DIPUTADO POR JALISCO,

DON GUILLERMO PRIETO,

PARA SOLEMNIZAR EL ANIVERSARIO DEL GRICO DE DOLORES.

¿Y á mi solo me niega el alto cielo
 Un rayo de ese gozo que derrama
 Su luz en torno mío;
 Y negra sombra de vergüenza y duelo
 Marca mi frente con su sello impío?
 Si nada dice á mi alma ese contento,
 ¿Por qué mentir? Si palpo tu tormento,
 Patria adorada, ¿con falaces flores
 Por qué cubrirlo? ¡No! ¡Gima mi acento!
 ¡¡Tu himno será la voz de mis dolores!!
 Yo romperé la copa de alegría,
 Antes que la empozoñe la ironía:
 Decid, decid: ¿El entusiasmo santo
 Y esos recuerdos de grandeza y gloria
 Borran de la abyección y del quebranto
 La reciente memoria?
 Dime ¿en que te asemejas, vulgar noche,
 Con tu encanto y tus bellas seductoras,
 Con tu luz y tus músicas y flores,
 Siempre noche infecunda,
 ¿En qué, á la noche rara y majestuosa
 En que pasaron sin rumor las horas,
 En medio á la inquietud y á los temores,
 Y en que á un pueblo animaba con su soplo
 El anciano sublime de Dolores?

Ordenes fieras y prontas:
 Pero un sargento que escucha,
 Grita airado con voz ronca:
 Ese es el padre Jarauta.
 Los soldados se alborotan
 Y quieren despedazarlo
 Con rabia devoradora.
 —Yo soy Jarauta—responde.
 —Alto, á mi sólo me toca—
 Dijo un jefe: que le guarden
 Y le lleven con escolta
 Abajo, á la Valenciana,
 Y que el General disponga.
 En breve tiempo la causa
 Del reo se perfecciona,
 Se forma el cuadro en silencio,
 En silencio está la tropa,
 Suenan las voces de mando
 Con notas aterradoras,
 Hacen fuego los fusiles,
 Y queda en tierra y sin fosa
 El cadáver de Jarauta,
 Tan célebre en nuestra historia.

¡A MI PATRIA!

COMPOSICION LEIDA EN EL GENERAL
 DE LA UNIVERSIDAD,

LA NOCHE DEL 15 DE SEPTIEMBRE DE 1849,

POR EL SEÑOR DIPUTADO POR JALISCO,

DON GUILLERMO PRIETO,

PARA SOLEMNIZAR EL ANIVERSARIO DEL GRICO DE DOLORES.

¿Y á mi solo me niega el alto cielo
 Un rayo de ese gozo que derrama
 Su luz en torno mío;
 Y negra sombra de vergüenza y duelo
 Marca mi frente con su sello impío?
 Si nada dice á mi alma ese contento,
 ¿Por qué mentir? Si palpo tu tormento,
 Patria adorada, ¿con falaces flores
 Por qué cubrirlo? ¡No! ¡Gima mi acento!
 ¡¡Tu himno será la voz de mis dolores!!
 Yo romperé la copa de alegría,
 Antes que la empozoñe la ironía:
 Decid, decid: ¿El entusiasmo santo
 Y esos recuerdos de grandeza y gloria
 Borran de la abyección y del quebranto
 La reciente memoria?
 Dime ¿en que te asemejas, vulgar noche,
 Con tu encanto y tus bellas seductoras,
 Con tu luz y tus músicas y flores,
 Siempre noche infecunda,
 ¿En qué, á la noche rara y majestuosa
 En que pasaron sin rumor las horas,
 En medio á la inquietud y á los temores,
 Y en que á un pueblo animaba con su soplo
 El anciano sublime de Dolores?

¿Cómo representar la mustia antorcha,
 Por más que agite en la tiniebla fría
 De llama la profusa cabellera,
 Al astro rey, que al despuntar el día
 Con majestad en el Oriente impera,
 Y á torrentes su luz al mundo envía?
 ¡Patria, mi patria! en tu infortunio inmenso
 No seré tan crüel que hable de gloria;
 Tu nos pediste un día de victoria,
 ¿Quién darte en cambio adulador incienso?
 Acabar de pedirnos sollozando,
 Y con tus manos trémulas unidas,
 Las lágrimas tus ojos inundando,
 Tu salvación, tu honor, gloria clamando.
 Pero ¡ay! tus voces fueron sofocadas;
 Gemiste entre tus hijos de abandono,
 En medio de tus huestes desbandadas,
 Mancillada beldad, reina sin trono!!!
 ¿Qué triste es al viajero que se lanza
 En frágil leño á mares inseguros,
 Al capricho falaz del rumbo incierto,
 Volver los ojos al amigo puerto,
 Ver á los suyos en los patrios muros,
 Y seguir, indefenso peregrino,
 La voluntad de hierro del destino!
 ¿Qué triste, desde el mar del infortunio,
 Vuelvo los ojos al risueño tiempo
 Que nos vió el cielo con semblante amigo!
 ¿No veis? ¿No veis? Alumbra refulgente
 La mirada de un hombre prepotente
 Que en las sombras terrífica vaguea.
 ¡Escuchadlo! Revienta como el trueno
 Su aterradora voz, alza la frente,
 Que el orgullo sublime enseñoorea,
 Su mano aplica al invencible seno,
 Ve al cielo con ardor, y de repente
 Exclama: El pueblo sea;
 Y el pueblo fué: sus ondas hervidoras
 En el trono se chocan irritadas,
 Y de nuevo se juntan, y de nuevo
 Por el poder tirano son domadas.
 Renacen héroes mil, se alienta el brío,
 Y al recio embate del herido encono
 Cayó en pedazos el infame trono;
 Quedando sólo entre la negra sangre

Las hondas huellas del poder impío.
 ¿Donde están los esclavos y señores?
 ¿Donde están los tiranos y sus leyes?
 Pasó la horrenda lid; dulce la brisa
 Disipó del combate los horrores;
 Y cuando al pueblo que nació en Dolores
 Alumbró refulgente el sol de Iguala,
 Lo contemplaron trémulos los reyes
 Del otro lado de los anchos mares
 Y les dió espanto su soberbia gala!
 Entre las quiebras de los altos montes
 Suelen correr las aguas impetuosas
 Y engrosarse y hervir y contra el dique
 Mil y mil veces quebrantar la frente,
 Y volverse gimiendo procelosas.
 Mas renuevan la lid, al recio empuje
 Que alienta el huracán, que impulsa el trueno,
 Las ondas en tropel rompen el seno
 De inflexible dique y rebramando
 En tumbos estruendosos y arrancando
 Las refinadas piedras entre brumas
 En las inmensas ruinas van saltando;
 De entre las quiebras brotan,
 Y en los estrechos límites se azotan,
 Dejando como un rastro sus espumas.
 ¿Y quien enfrená el curso del torrente?
 ¿Quien no tiembla asustado á su estampido?
 ¿Quien á domar se atreve su coraje?
 ¡Sólo la tempestad su voz ha unido
 A su acento terrífico y salvaje!
 Mírase libre y mansa la corriente,
 Se reclina en el llano blandamente
 Y muelle y apacible se dilata;
 Un nuevo lago lleno de belleza
 Miran los labradores,
 Que ha un instante temían sus horrores,
 Y hoy miran con asombro su grandeza,
 De la aurora risueña á los albores.
 ¡Sol hermoso de Iguala! trascendía
 Cual perfume de nardo la ventura,
 Una ráfaga pura circuía
 La altiva frente al vencedor guerrero,
 Que con lauros ornaba la hermosura.
 ¡Noble generación! ¡pueblo de hermanos!
 Ilustre con tus ínclitas hazañas,

Gloria del mundo, horror de los tiranos,
Dulce en la paz, terrible en las campañas.

¡Oh, patria! sin la caída del arcángel
Comparado al lucero de la aurora
En galana hermostura,
Tu serías ejemplo infortunado
De la caída de mayor altura!

¡Tú que en el hondo abismo de tu duelo
Mísera lloras tu perdido cielo!!

Joven y fresca en medio á las naciones,
Tu frente virginal aparecía
Y lozana entre todas descollaba,
La luz sobre tu faz se embellecía,
Y tu aliento las auras perfumaba.....

¿Y después? ¿Y después? ¡Idos profanos!
Si venís á gozar, quiero sangriento
Denunciar vuestras luchas fratricidas,
Que miréis de mi patria las heridas,
Que gimáis como yo con su escarmiento.

Idos de aquí, los que el banal contento
Y el frívolo placer venís buscando,
¿En donde de Iturbide está la herencia?
¿Qué se hizo la divina independencia?

¿Por qué te lanzas, joven fratricida,
Ardiendo de coraje á la matanza?
¿Por qué arrebatas la preciosa vida
De un hermano tu bárbara pujanza?

Huellan las gradas del poder supremo,
Con planta infirme imbéciles tiranos:
Ved en asecho astuto los partidos,
En la sombra escondidos

Y el puñal alevoso entre las manos:
Sesga la vista al que domina, amagan
Aguzando sus armas inhumanos.

Vedlos como avarientos mercaderes
Traficar con la sangre, en la pelea
Hienas contra los suyos, ardorosos
Se revuelven en lucha encarnizada;

Y ciegos en su furia los hermanos
No te ven á sus pies arrodillada:
No te ven que les tiendes ambas manos
En su fatal presencia deshonrada!!!

De fiera instinto y corazón de esclavos
Que envilecéis el fango de los suelos,
¿Do está el pueblo de Hidalgo esclarecido,

El pueblo de Jiménez y Morelos?
Responded ¿dónde está? Si hubiere alguno
Que sin rubor mortal, que sin tormento
Levante el velo al pavoroso cuadro,
Ese que alce la voz. ¿Quién atrevido
Nos podrá presentar aquellas tropas
Cual aves en tormenta descarriadas,
Antes de entrar en lid, casi vencidas,
En tanto que el egoísmo indiferente
Sin pestañar las ve sacrificadas?

Ven en martirio mis dolientes ojos,
Seguir á los contrarios el camino
Marcado con la sangre y los despojos
Que en nuestra fuga les dejó el destino.
La algazara brutal de sus soldados
Pienso escuchar. La turbulenta chusma
Se desborda en tropel amenazante
Y en nuestros campos el botín husmea;
Se ve al aventurero repugnante
Sórdida presa de insaciable gula
En enjambres después de la pelea,
Asentado en el carro resonante
Que hace el peso gemir de los trofeos
El ébrio voluntario bambolea.

Y esta ¡oh mengua sin par! del mundo escoria,
Grotesca turba y hez de las naciones,
Ha estampado los pies de sus frisonas
En las banderas que nos dió la gloria.
¡No más! ¡no más! las calles y las plazas
Escudriñan las tropas vencedoras.
En el asilo del poder supremo
En que ayer ostentamos los pendones
Que dejaron á vista del Sabina,
En sucia mancha su recuerdo dejan,
Con el grasiento ollín de sus fogones.
En vuestros cláustros ¡ay! vírgenes fieles
Suenan sus irritantes bacanales,
Relinchan satisfechos sus corceles.

Ved nuestros mutilados sin abrigo,
Comiendo el pan del mísero mendigo.
Ved guarecerse los hogares patrios
Cobardes á extranjeros pabellones.
¡La frialdad humillante y el desprecio
Amparan el honor de nuestras bellas!
Sin conseguir ni de la muerte el lecho

En sus campos quedaron nuestros bravos
Que conservaban del frisón las huellas,
Como honda marca en el desnudo pecho!

¿Qué, no escucháis sus ásperas pisadas
Entre el rodar que aturde de sus carros?
Mientras en ancho círculo la plebe
Se espanta á los agudos alaridos
Del defensor valiente del hermano,
Cuyas carnes se rajan palpitantes
Del azote de infamia á los crugidos!!

¿Quien sofocar podrá tanto recuerdo,
Que siempre vive, que jamás se agota,
Que al restañarlo inquieta nuestra mano
Cual de profunda herida tenaz brota?
¿Y como no llorar? ¿Ni quien osado
Cánticos de placer ofrece al cielo,
Si al dolor se percibe tras el velo
Del júbilo estudiado?

¡Religión de mi pecho, patria mía!
Quise entonar á tu beldad loores,
Quise cubrir de rosas tus altares:
Pasó un recuerdo, disipó el encanto,
Te ví..... ¡oh, dolor! ¡te ví! Miseras flores,
Entre mis manos las secó mi llanto.

Busqué en torno de mí para ofrecerte
Noble y digno homenaje,
¡Y halló tan sólo mi pasión salvaje
Sus ofrendas sublimes en la muerte!!

Yo pondré con orgullo á tu presencia
Los nombres de tus hijos ¡ay! de aquellos
Que ya no alumbró el sol de la existencia!
Cual lámparas sagradas, esos nombres
Acercaré á tus aras, como incienso
De sus virtudes te será el perfume:
Evocaré á León, al noble Cano,
A quien la ciencia amiga sonreía,
Y á Balderas sin par, á cuya frente,
Que el sudor del trabajo ennoblecía,
Cayeron de la gloria los laureles!!!

Y tú también, amigo de mi infancia,
Joya de honor, y de virtud modelo,
Flor de la juventud, cuya fragancia
El soplo de la muerte llevó al cielo,
A tí ¿me escuchas, Luis? A tí Martínez,
Ejemplo de grandeza y de hidalguía,

De tus padres la gloria y el decoro,
Con tu recuerdo, que me arranca lloro,
Deja que ilustre de la patria el día.

¡Honor á esos valientes! cada tumba
La miró con terror el extranjero,
Cual cabeza del tronco separada,
Con el párpado abierto, que implacable,
Sin brillo, pero abierta la pupila,
¡En su verdugo clava la mirada!

¡Gloria, gloria! respeto á los valientes
Que en buena lid por nuestro honor murieron!
¡Que el insulto de vil, á nuestra raza,
Con hazañas heroicas desmintieron!

Tal eras tú, Frontera esclarecido,
Cuya tumba en mi patria luz derrama,
Soldado ilustre, á quien la eterna fama
Justa salvó del polvo del olvido:

¡Peñúñuri inmortal!! ¿Y cómo pudo,
Con tanto y tan intrépido patriota,
Cebarse en nuestras huestes la derrota?
¿Los sueños de victoria ¿dónde han ido?
¿Do están aquellos á quien dieron cuna
Las severas montañas de la Irlanda?
No les fué ni el sepulcro hospitalario:
Sus rifles por nosotros centelleán;

Y hoy, sus míseros huesos, en los campos
Abandonados, con la luz blanquean!
Suenan en el cadalso sus pisadas,
Y hay verdugos en vez de patrios lares;
Adoptan con esfuerzo nuestro idioma
Antes que Dios sus ánimas reciba,
Y gritan con valor: ¡México viva!

Laurel á esos valientes, y no flores.
Será su honor que devolváis al mundo,
Grande á ese pueblo que nació en Dolores,
Hoy sepultado en el pesar profundo!

¡Dios que agitas los pueblos con tu soplo,
Como el viento á las débiles espigas,
Que en sementera dilatada ondean;
Tú que puedes salvarlos en tus brazos
Como á dormido niño, tú, Dios santo,
Ampara de la tierra de mis padres
La mísera existencia;
Permite que en las nubes que la envuelven,
Resplandezca como iris tu clemencia.

Tú que ves como á Job el pueblo mío,
Que seca de tormento sus entrañas,
Y en su íntimo dolor maldice al día,
No nos niegues tu soplo de consuelo,
Que marchitos estamos y morimos
Como las hojas secas en el suelo.

Tú que en la noche del caos profundo
Fijaste la mirada complacida,
Y brotó el sol y relució en las alas
Del arcángel hermoso de la vida,
Vuelve á tu pueblo intrépido el aliento,
Díle que eleve impávida su frente;
No más humillación: la luz de gloria
Saludemos de nuevo en nuestro Oriente.

Dilata nuestra vida un solo día,
En que el nombre de México vengüemos;
No permitas que el cáliz de la afrenta
Muriendo, mancillados apuremos.
¡Salud y bendición, luz de esperanza!
Verás ¡oh, patria! con placer intenso
Ofrecer en tus aras la venganza,
Humo de sangre como digno incienso.

Sacude el sueño, pueblo de Iturbide:
Ven, mira de tu patria la honda herida;
Y vuela á su defensa aunque perezcas,
Que es un martirio, sin honor la vida.
¡Pueblo de Hidalgo! ¡pueblo mexicano!
Si á tí en el rostro se infirió la ofensa
¿Mendigarás cobarde la defensa
Con que te humille la extranjera mano?
¿Te defenderán cual la pantera
Que aleja de su víctima, iracunda
Los otros carnívoros animales
Por cebarse en la presa sin rivales,
Y para henchirse con la sangre impía,
Infernal, prolongando su agonía!

Robustézcate ¡oh, pueblo! el infortunio:
La planta humilde juega con la brisa
En medio á las risueñas heredades:
El altanero cedro se renueva
Al soplo de terribles tempestades.
El ave ruin se ahuyenta con el trueno;
Pero la fiera rey si siente herido
El vigoroso seno,
Ardiendo en ira al riesgo se abalanza,

La crin sacude, su ojo centellea,
Y su rugido, que semeja al trueno,
O presagia su muerte ó su venganza.

Tú así te alentarás ¡oh, pueblo mío!
Tú así fortalecido con tus penas
Estallar sentirás entre tus venas
Tu antiguo ser con indomable brío.

Tú á tus hijos conduce como Amílcar,
De la mano á las aras de tus dioses,
Invoca ardiente á tus vencidos lares,
Invoca á los caudillos de Dolores;
Y, como Anníbal, jura en tus altares
Odio eterno á tiranos y á invasores.

EL DIA DE LA PATRIA.

A LOS VERACRUZANOS.

Alma del universo, luz divina,
 Del Eterno Hacedor visible aliento,
 Reflejo inextinguible de su vista,
 Al extender magníficos los cielos,
 Reviste pompa, rebervera alegre,
 Da á las aguas, los aires y los vientos
 Al asomar radiosa en el Oriente
 Nuevos encantos y matices nuevos.
 Irradia con el júbilo en la cuna
 De este tan noble mexicano pueblo;
 Irradia como el día que en Dolores
 Nació de las tinieblas combatiendo
 Y exhumó de los antros de la fuerza
 Su ser, su libertad y sus derechos.
 ¡Oh, tú, adorado Hidalgo, tú el que brotas
 En medio de relámpagos y truenos,
 Rompiendo las cadenas ominosas,
 Despertando el espacio y los desiertos,
 Clamaste tú: la independencia sea:
 Y brilló el sol iluminando un pueblo.
 ¿Quién no se siente grande? á quien no agita
 El entusiasmo poderoso el seno?
 ¿Quién reniega de libre al noble orgullo
 Para ser de los hombres cual deshecho?
 Quien quiere sepultarse vil esclavo
 En la impotencia y en el fango abyecto?
 Grande hija de la sangre de los héroes,
 Hada adorable de inmortales hechos,
 La que hace un pedestal del infortunio,
 Y aparece sublime en el tormento,
 Ven, estrecha á tus hijos amorosa,

Recibe sus caricias y sus besos;
 Ven, que la paz alumbre en tu horizonte
 Y los vivos resuenen en los vientos;
 Ven, delicia del alma, patria hermosa,
 Que el invasor no manche vuestro suelo,
 Ni insepultos los huesos de tus hijos
 De la lid fratricida nuestros restos.
 Que el gozo se propague; que en las auras
 Nuestros cánticos se alzen como incienso,
 Y floten deliciosas bendiciones
 Sobre las blancas alas del contento:
 En la ciudad los sonoros bronces;
 En el campo el tambor y los panderos;
 Muy apuestas las damas en la corte;
 Los campesinos guapos y risueños:
 Y al altar de la patria todos lleguen,
 Los grandes de la tierra y los pecheros,
 A jurarte el respeto de las leyes
 Y conservar la paz cual bien supremo.
 No quisieron lo héroes redentores
 Por siempre contemplar campos sangrientos,
 En que atroz la venganza amontonara
 A sus antiguos opresores muertos.
 Quisieron que después de la matanza
 Y del rabioso ultraje y el incendio,
 Que exige la obsecada resistencia,
 De humanidad á los sagrados fueros,
 Sonriera á los hermanos la abundancia,
 Floreciera benéfico el progreso.
 Así cuando la ardiente dinamita
 De la potente roca rompe el freno,
 De la profunda mina en las entrañas
 Aniquila, derrumba; el humo denso
 Hace un abismo de terror y escombros,
 Roba á los labios el vital aliento;
 Pasada la catástrofe descubre
 La rica veta el desgarrado seno;
 Y su triunfo celebra la riqueza,
 Bienes regando en el herido suelo.
 Ellos soñaron aguas cristalinas
 Fértiles sementeras recorriendo;
 Ellos vieron honrados labradores
 Pidiéndole al trabajo su sustento,
 Sin el amo tiránico y avaro
 A quien serviles le llamaran dueño.

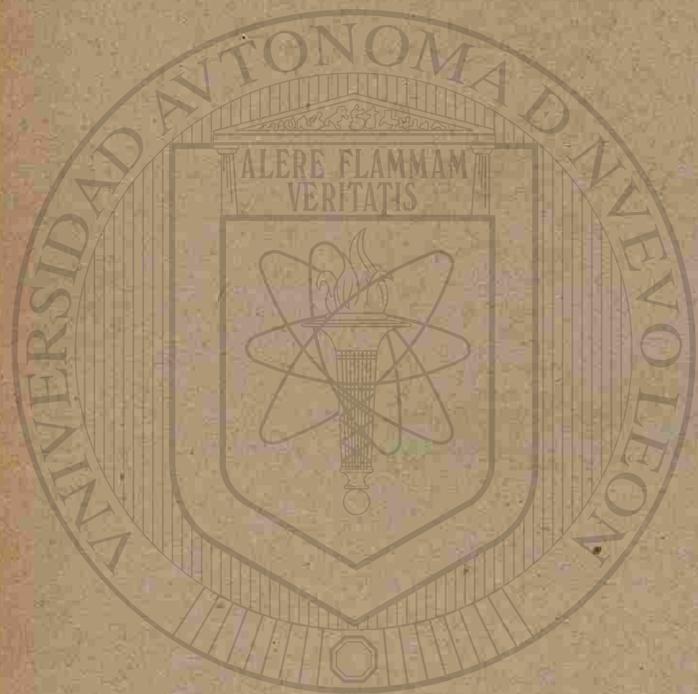
Te brinda la vainilla sus perfumes,
Compensa complaciente tus esfuerzos;
Y en el hogar tranquilo el padre anciano,
Y entre flores saltando tus chicuelos,
Realizarán los sueños de ventura,
Y nubes de oro cubrirán tu techo.
Este es el homenaje que á los héroes
Cual buenos ciudadanos les debemos:
Honra y trabajo á su memoria santa
Encenderán su honor cual sacro fuego.
Heroica Veracruz, sagrado escudo
De la honra de la patria en todo tiempo,
Centinela avazando que vigilas
Su lustre, su decoro, su sosiego,
Respira libertad, grata recoge
Los dones del saber y del talento:
En fraternal concordia las naciones
Te miran con amor y con respeto.
Mientras todos los pueblos oprimidos
Como esperanza tengan el ejemplo
Que ofreció el esforzado patriotismo
De los hijos de Hidalgo y de Morelos.

1850

Mis primeras poesías.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SABINO DE CHAPULTEPEC.

Arbol caduco y sublime,
en tus ramas silba el viento;
eres soberbio ornamento
del bello Chapultepec.

Recuerdos nobles y tiernos
despiertan tu vista hermosa,
cual la cumbre majestuosa
del gran Popocatepetl.

A vista de alguna prenda
del padre que ya no existe,
¡que meditación tan triste
hace el cariño filial!

Y dó súbito muriera
desgraciado peregrino,
hace lúgubre el camino
una cristiana señal.

Tal vez tú eres monumento
de la hora en que el mexicano
oyó en el trueno lejano
el anuncio de opresión.

Quizá mirando á tu cima
juró á Cuatimoc el fuerte,
ó dar al tirano muerte,
ó perecer con valor.

Tal vez se regó tu tronco
en otro tiempo inclemente
con la sangre del valiente
y el llanto de la horfandad.

Tal vez cuando una familia
llorosa en tí buscó asilo,

tu te mecias tranquilo
en la aura septentrional.

¡Cómo se enciende mi pecho
recordando á mis hermanos
los guerreros mexicanos
y su eclipsado esplendor!

Y tú, anciano del Anáhuac,
viste al bravo moribundo
al alejarse del mundo
maldecir al español.

Y en otro tiempo dichoso
miraste á tus pies festiva
á la indiana alegre y viva
en la danza pastoril.

El canto de los amores
vagaría en tu ramage
al jugar con su celaje
las dulces auras de abril.

O con el carcax al hombro
y en la mano el dardo fiero
tras el lobo carnicero
verías al cazador:

Mientras en tus ramas temblando
su amante sobresaltada
llama con voz alterada
al objeto de su amor:

O sobre el cerro agradable
que al par tuyo alza su cumbre,
el indio adoró la lumbre
del reverberante sol.

En lo oscuro de los tiempos
se ha perdido tu memoria,
aun á la luz de la historia
tu origen se le ocultó.

Yo tu duración venero
y me pregunto inseguro
¿también al tiempo futuro
asombrara tu vigor?

O en el cieno derribado
desnudo de tu follage

destrozará tu ramage
el hacha del leñador.

O grande, altivo, frondoso,
saludarás á los vientos
cuando anuncian turbulentos
la próxima tempestad.

Permanecerás inmóvil
cuando estalle el rayo ardiente,
cuando á tu soberbia frente,
atropelle el huracán.

Hoy voluptuoso
tu copa bamboleando,
te gozas embalsamando
el bosquecillo feliz;

Y aquel lugar delicioso
donde van las mexicanas,
y donde muestran ufanas
sus gracias en el festín,

Aquel lugar de placeres
donde otras veces dichoso
sonreía orgulloso
del dolor de mi rival:

Sitio de grata memoria
do murmulla el arroyuelo,
do siempre es alegre el cielo,
donde es todo celestial.

EL CIERVO EN LA RED.

¡Tú eres el ciervo, ornato de la selva,
 Tan sagaz que burlabas tus verdugos
 Cuando con leve planta te seguían,
 Cuando con ojo perspicaz te espiaban,
 Cuando el tiro alevoso te asestaban
 Y libre de él, ufano te perdían?
 Red astuta tus plantas encadena
 Y envuelve tu agonía convulsiva,
 ¡Y brilla aún refulgente el cielo
 Sobre las flores que al nacer miraste,
 Y esa fuente que límpida serpea
 Dócil besando las nacientes flores,
 Ayer te retrató libre en su seno,
 Cuando con leve planta voladora,
 Como la luz del rayo precursora,
 Como la hoja que lleva el torbellino,
 La inmensidad del bosque recorrías.
 Agil, veloce, la mirada ardiente,
 La oreja atenta, el ademán altivo,
 Hollabas la eminencia de la roca
 Como un rey el tapiz de su alto trono.
 Porque era tu palacio el bosque umbrío
 Y de rica esmeralda era tu alfombra,
 Porque te daba música en la sombra
 La linfa humilde del tranquilo río.
 ¿Por qué luchas en vano con la muerte,
 Doncel galano de la selva amena,
 Víctima hermosa del engaño artero,
 Ejemplo vivo de la humana suerte?
 Quien te hubiera mirado entre las zarzas
 Cruzar como la fúlgida centella
 Ostentando el penacho descarnado
 Veloz sobre las yerbas y las flores.
 El que te hubiera visto despeñado

Lanzarte en la maleza inaccesible,
 Y derribarte loco, entusiasmado
 Cual rueda el avalanche entre las peñas.
 Linda como el plumaje del guerrero
 Es en tu sien la airosa cornamenta;
 Cual luceros en medio á la tormenta,
 Brillan tus ojos en tu frente obscura.
 ¿Qué es ya tu gentileza y hermosura?
 Mofa y escarnio al cazador astuto,
 Él tu agonía mirará riendo:
 Son su gozo tus ansias y tu luto.
 ¿Quién sospechar la red entre las flores
 Que ingénuas vierten tan hermoso aroma?
 Puras como la candida paloma,
 Dulces, ciervo, cual fueron tus amores.
 Tú eres emblema de la humana vida:
 ¿Quién no halló en la amistad mano traidora?
 ¿Quién no encontró perfidia en la querida,
 Y hez de dolor en el deleite ardiente?
 ¡Esta es la humanidad! Poder, ventura,
 Y en todas partes impensadas redes!
 Así verá monarca sobre el solio
 Al través de magníficos tapices
 La boca abierta del tremendo abismo;
 Así tras el placer camina el llanto:
 ¡Ley infalible del alevé destino!
 Tú miras en torno el bosque umbroso,
 Y conoces sus árboles gigantes,
 Y has trepado los montes arrogantes,
 Y has bebido en el lago silencioso.
 Cuando eras libre, libre como el viento
 Que en el inmenso espacio se pasea,
 Como el vuelo del aguila que ondea
 Cercano al firmamento,
 Como el soplo de Dios en la tiniebla
 Cuando encendió los astros: ciervo hermoso,
 Fuiste entonces envidia de mi pecho.
 Como una aparición entre el ramaje
 Te ví pasar y apetecí tu vida
 Tan libre y tan salvaje:
 Vive, ciervo feliz! Dije entusiasta,
 Vive en los bosque rápido corriendo
 Como rayo fugaz que cruza hendiendo
 La inmensidad grandiosa en el vacío;
 Domina, impera, el grande, el absoluto,

Que grande y absoluto es tu albedrío;
 Mullido lecho te dará la yerba,
 Tranquilo sueño el vientecillo frío.
 Pero ¡ay! mi desengaño son tus redes,
 Y mi lección tu bárbara congoja!
 Me aterran, ciervo hermoso, tus gemidos.
 Así soñando en dichas y en amores
 Duerme el marino sobre frágil leño:
 Ya de su patria vé las lindas flores,
 Ya se encuentra en los brazos de su dueño.
 Un vaivén... lo despierta, el mar impío:
 Escucha!... ¡que pavor! gimen las olas...
 En que se hunde su mísero navío!!

A AGUSTIN PARADA

EL CABALLO SALVAJE

Vive, engalana el mágico desierto,
 Arrogante corcel; como él, salvaje,
 Como él sublime y seductor te miro;
 No audaz esclavo de marcial coraje
 Lanzarte bravo en la feroz pelea,
 Ni mancharte con sangre fratricida
 Tu lengua crin que con el viento ondea.
 De libertad emblema, bruto hermoso,
 Con ágil cuerpo, con ardiente brío,
 La soledad Augusta recorriendo
 Muestras tu poderío:
 Muéstrale, sí, que aciaga servidumbre
 A tu indómita frente
 No doblegó insolente.
 Brilla en tus ojos del placer la lumbre;
 La juventud discurre por tus venas;
 Todo es grande y magnífico al mirarte;
 Te ofrece sombra la robusta encina,
 Asilo el extensísimo desierto,
 El sol su luz divina,
 Y al saludar al sueño delicioso,
 Es tu docel el firmamento inmenso.
 Salud! noble animal, cuan orgulloso
 Tu feroz libertad, adoraría.
 Ya vuelas altanero, impetuoso,
 Sin freno cual las férvidas pasiones:
 Ya entre las flores de verjel umbroso,
 Como amor entre gratas ilusiones:
 Siempre libre y feliz, siempre absoluto,
 Siempre el solo señor de tu albedrío:
 Ni acatas hombres, ni obedeces reyes,
 Ni pagas á la infamia tu tributo,

Por el mandato de afrentosas leyes!!!
 Eres ¡oh, bruto! el alma del desierto:
 Si brama el huracán embravecido
 Al borde de la horrible catarata,
 Y del trueno al terrífico estampido,
 Con júbilo relinchas satisfecho,
 Soberbio emprendes la veloz carrera,
 Y erguido el cuello, impávida la frente,
 Abierta la nariz, la crin tendida,
 Te paras á la margen del torrente,
 De salvaje placer el alma henchida.
 Salud! corcel, tu voladora planta
 Preste voz á las rocas escarpadas
 Por edades sin fin, tu frente hermosa
 Que entusiasmo tan vivo me produjo,
 No mire orlada de insultante lujo
 Con penacho servil; libre respira,
 Que feliz te hizo el Hacedor Divino,
 Tú, á quien no sobresalta tu destino,
 Que inaccesible muro
 No te impida mirar á lo futuro;
 Tú, á quien no alumbra aciago pensamiento
 Un existir de duda y de tormento,
 Tú, que cuando padeces, no te oprimen
 Ni envenena la copa de tu vida
 La mano inicua del artero crimen:
 Tú, vive en la ignorancia y tu desierto,
 Sin amor, sin amigos, sin aliados;
 Pero sin sobresalto y sin cuidados.

A MARIA

EL PRIMER AMOR

Era un tiempo, el alma virgen
 Conservaba su fragancia,
 Que al volar la dulce infancia
 En mi juventud dejó;
 Pasó cual ráfaga ardiente
 Despertando mi ternura,
 Una cándida hermosura,
Era mi primer amor.

Era purísima nube
 Que del viento al blando halago,
 Sale del límpido lago
 Y reluce con el sol.
 Del desierto de mi vida
 Era bienhechora palma:
 Era el ídolo de mi alma,
Era mi primer amor.

Es tierno de la paloma
 El enamorado arrullo,
 Es muy puro en el capullo
 El pétalo de la flor.
 Era más el sentimiento
 Que dentro de mi alma ardía,
 Era por tí, mi María,
Era mi primer amor.

Era un sueño realizado
 Que formó el encanto mío;
 Bañaba como un rocío
 El júbilo al corazón.

Era una aurora de dicha
Tras noches mil de tormento:
Era mi primer contento,
Era mi primer amor.

Grata ilusión, te adoraba
Con un fanático fuego;
Como ama la luz el ciego,
Como adora el indio al sol.
Grata ilusión, tan hermosa,
Tan fugace, tan sentida;
Era la gloria, la vida,
Era mi primer amor.

Entonces, cuando mi lira
Bajo mi mano temblaba,
Gemía, se alborozaba,
Por mi noble inspiración.
¿Eran mis cantos los ecos
Del placer ó del martirio?
Era ¡ay, Dios! era un delirio
Era mi primer amor.

Grata á la flor es la brisa,
La fuente al ciervo sediento,
Es dulcísimo el contento
Tras la nube del dolor.
Era mi amada más dulce,
Muy más grata su belleza,
Era mi sola riqueza,
Era mi primer amor.

¡Dios de mi orfandad doliente
Miró el luto, sintió el duelo,
Y un arcángel de su cielo
En tí, adorada, me envió!
Era el astro que alumbraba
Mi mezquina inteligencia;
Era el sol de mi existencia,
Era mi primer amor.

A mi ven, esposa mía,
No mancharé delirante
Con mi labio palpitante
¡Oh, mi esposa! tu candor.
Recordaré que tu nombre

Fué mi primera armonía,
Era mi todo María,
Era mi primer amor

Como dos aves cruzamos
Del mar del mundo el desierto,
Un faro brilla en el puerto,
Lo enciende la religión.
Cuando muera, á vuestra madre,
Hijos mirad con ternura,
Porque es mi bien, mi ventura,
Porque es mi primer amor.

Hijos, recuerden al padre
Que con llanto de contento,
Con vuestro primer aliento
Delicias mil respiró.
Y si amaren mi memoria,
Que te miren, vida mía,
Diciendo: era su María,
Era su primer amor.

EL ARCÁNGEL DE LA MUERTE

Sublime inspiración temple mi lira
 Y arde en las vibraciones de mi canto
 Como arde el faro en medio de los mares;
 Cual fúlgido relámpago en las nubes:
 Brota de mi agitada fantasía
 Como ola gemidora que del fondo
 De hirviente catarata se levanta
 Y da su voz solemne á los desiertos.
 Salud! salud! Arcángel de la muerte:
 En la creación extiendes tu dominio,
 Y la ligera sombra de tu manto
 Envuelve á la creación en exterminio.
 Arcángel engendrado con el soplo
 De la ira del Señor, ángel tremendo,
 Te dió la noche negra vestidura,
 Te dió su ligereza el torbellino;
 Al retumbar tu voz se pierde el trueno,
 Y el relámpago vívido se apaga
 Si relucen tus ojos inmortales.
 Gimió la tierra al percibir tu vuelo
 Cual de errante cometa en el vacío,
 Y un murmullo doliente lanzó el bosque,
 Y un acento quejoso el manso río.
 Y después te miró cuando el torrente
 Rápido entre las rocas se estrellaba,
 Y rodando terrífico mugía,
 Y entre la densa bruma de su aliento
 La luz del sol confusa se perdía:
 Y arrancando la yerba de su orilla
 Y arrastrando los árboles gigantes,
 Y en sus mugidos arrojando espuma
 Precipitarse al mar enfurecido;
 Dejando ver sobre las mismas ondas
 El rastro aterrador de su carrera.

Ese torrente es huella de tus pasos,
 Angel de destrucción, y ese torrente
 Retrataba en sus olas desiguales
 Las profundas arrugas de tu frente.
 Volaste y encendiste la tormenta,
 Y al rebramar del turbulento trueno
 La nube se desgaja y se revienta,
 Y mil rayos se lanzan de su seno;
 Y cuando el cielo todo se encendía,
 Cuando la tierra mísera temblaba,
 Y cuando el mar luchando en agonía
 Como el león herido se quejaba,
 Una nube rompía
 Con fiero empuje el torbellino ciego,
 Y miré más allá tranquilo el día,
 Y te miré agitando sobre el mundo
 Tu guadaña de fuego.
 Fijaste luego la funesta planta
 Del alto monte entre la virgen nieve,
 Y del volcán crujieron las entrañas,
 Y su cráter lanzó bramido horrendo,
 Y convulso, torrentes de humo negro
 Y de cárdenas llamas arrojaba.
 El humo crece y crece el hondo estruendo,
 Y la brillante luz del claro cielo
 Se apaga entre la lava y las cenizas
 Que vomitó el volcán; todo es pavora;
 Rugiendo ronco se despeña el fuego,
 Incendia y aniquila y se dilata,
 Y son las piedras ascuas encendidas,
 Y densa nube cárdena serpea
 Sobre el ardiente lago.
 Es fuego, el llano y el excelsa monte,
 Y limita una ráfaga horrorosa
 La extensión del magnífico horizonte,
 Poco antes tan tranquila y tan hermosa.
 Y entre ese mar de llamas se divisa
 Con una luz más viva que su lumbre,
 Angel fatal, tu formidable frente,
 Y de tu labio la letal sonrisa.
 ¿Véis la corriente del inmenso río
 Cuán solemne sus olas va arrastrando?
 ¿Lo véis, ora indeciso, vacilando,
 Sobre los bordes del abismo umbrío?
 ¿Véis ora la tremenda catarata

Crujir y con fragor precipitarse,
 Y entre la niebla súbito ocultarse,
 Y entre el polvo de horrendo remolino
 Rodar envuelto entre la espesa bruma,
 Y saltar copos de argentada espuma
 Que bullen, que vacilan, que se estrellan
 Y olas tras olas raudas se atropellan?
 ¿Y escucháis esa voz terror del hombre,
 Aciaga como el eco de la trompa
 Que anuncie al universo consternado
 Su postrimera aurora?
 Ese es tu solio, Arcángel de la muerte;
 Son esas olas de la vida emblema;
 Unas tras otras corren las edades
 Como esas olas rápidas corrieron.
 Tal las generaciones se perdieron,
 Tal como las burbujas que hizo el río,
 Lo mismo que las gotas de rocío
 Que un sólo instante con el sol brillaron.
 ¿Y esta es la vida, y este su destino,
 Nacer la desdichada criatura
 Bajo de la falange del verdugo?
 ¿Cómo al Dios de bondad a questo plugo?
 ¿Cómo sus hijos y tan negra suerte?
 ¿Como amar una vida que persigue
 Tan airado el arcángel de la muerte?
 ¿Cómo ministro del Criador divino
 Quien así despedaza y aniquila?
 ¿Por qué tanto furor contra el gusano
 Que abortó el fango y en el fango vive?
 Esto dije: el Arcángel de la muerte
 Me transportó en sus alas, y en su vuelo,
 Lejos, muy lejos del doliente mundo
 De la inmortalidad descorrió el velo:
 El alma es inmortal, grité inspirado
 Al ver la eternidad, y el ángel dijo:
 «Al confín de la playa de este mundo
 Atada está una barca que es la tumba;
 Quien la llegue á pisar con planta fuerte,
 Mirará entonces mi misión cumplida,
 Lo llevará el Arcángel de la muerte
 A las mansiones de la eterna vida».

MEDITACION

¿Qué es nacer? es despertar
 Entre la nada y el ser,
 Para viviendo soñar
 Y soñando perecer.
 Si la vida es padecer,
 Es la vida don fatal;
 Pero si vivir es mal,
 ¿Por qué tememos la suerte
 De que nos siegue la muerte
 Con guadaña funeral?

En esta contienda muda
 En que lucha nuestra infancia
 Que brota entre la ignorancia
 Para perderse en la duda
 ¿Quién al mísero hombre ayuda?
 ¿Qué es nuestra vida? sentir;
 Lo anuncia nuestro gemir.
 El hombre de sí no es dueño,
 Por que si la vida es sueño,
 Nacer también es morir.

La infancia es un arroyuelo,
 La juventud un torrente,
 La vejez débil corriente
 Que árida expira en el hielo;
 Todo bajo triste cielo,
 Todo bajo fatal suerte.
 Si una ilusión nos divierte,
 Es frívola, fatua luz
 Que se pierde entre el capuz
 De la tenebrosa muerte.

Vivir para conocer
 Este fermentado almíbar
 Que se convierte en acíbar
 Y que se llama placer.
 Cuando niño padecer,
 Cuando joven delirar,
 Cuando viejo suspirar
 Por aquella edad pasada,
 En que la vida era nada,
 Porque era vivir soñar.

Vida que corres en pos
 De mil penas que te afligen,
 ¿Cómo te dan por origen
 La inmortalidad y Dios?
 ¿Cómo tan triste y veloz?
 Dios es fuente celestial,
 La vida es un don fatal,
 Que vivir es padecer,
 Luego ni es dicha nacer
 Ni nuestra alma es inmortal.

De flor efímero aroma,
 De luz destello indeciso,
 De iris fermentado viso
 Que entre la borrasca asoma
 Tal el vivir nombres toma
 En los momentos fugaces
 De la existencia las faces;
 Pero hombre, mira tu suerte.
 Que te delata á la muerte
 El llorar de cuando naces.

El dolor quema la frente,
 Hinchada, rompe el corazón;
 Para el dolor la razón
 Es un escudo impotente.
 Este dolor tenazmente
 Nuestra existencia devora;
 El hombre su mal deplora,
 Y aunque su pesar le enferme,
 Sabe que viviendo duerme;
 Pero que soñando llora.

Llora, sí, que nuestro llanto
 Lo vertimos en la cuna,

Nos lo arranca la fortuna
 En los mares del quebranto.
 La virtud es vago encanto,
 Es una inútil defensa,
 Es débil deidad que inciensa
 A mil víctimas que gimen,
 Que aguardan al huir del crimen
 Su tardía recompensa.

Los espléndidos ropajes
 Que con franjas de arrebol
 Forman al sublime sol,
 Esos etéreos celajes,
 Esos pomposos ramajes
 De los árboles erguidos,
 Esos mundos esparcidos
 En la bóveda azulada,
 ¿Qué indican en la morada
 De entes tan envilecidos?

Despiertan un pensamiento,
 Mantienen una ilusión,
 Consuelan el corazón,
 Alzan el entendimiento.
 Pero al rey del firmamento,
 Al sol, trono del querube,
 Cubre vagabunda nube
 Como la hojilla al gusano,
 Nube que engendra el pantano
 Y en alas del viento sube.

A la corpulenta encina
 Un leve soplo doblega,
 Las hojas el viento riega
 De la rosa purpurina,
 De ese sol la luz divina
 Seca el magnífico río,
 De ese mar el poderío
 La menuda arena inmola,
 La tempestad por sí sola
 Se divaga en el vacío.

Y todo pasa y se ignora,
 Burla nuestra inteligencia,
 Y sonrojada la ciencia

En perpetua duda llora.
 Esta vida que devora
 El constante sufrimiento,
 Un presente de tormento,
 Un presente de dormir;
 Que lo futuro es morir,
 Lo pasado nada y viento.

Durmamos, sí, que vivir
 Es un constante soñar,
 Una tumba al despertar,
 La nada en el porvenir
 ¿Por esto tanto gemir?
 ¿Por esto tan arduo empeño?
 ¿Por esto sufrir el ceño
 Del destino y su martirio,
 Por un incierto delirio
 En la oscuridad de un sueño?

Si el sepulcro funeral
 Es la cuna dulce y cierta
 En donde el alma despierta
 Para la vida inmortal.
 ¿Por qué este sueño fatal?
 ¿Por qué existencia tan cruda?
 ¿Por qué pues la fiebre aguda,
 Que se llama juventud,
 La vejez y un ataúd
 Fuente de horror y de duda?

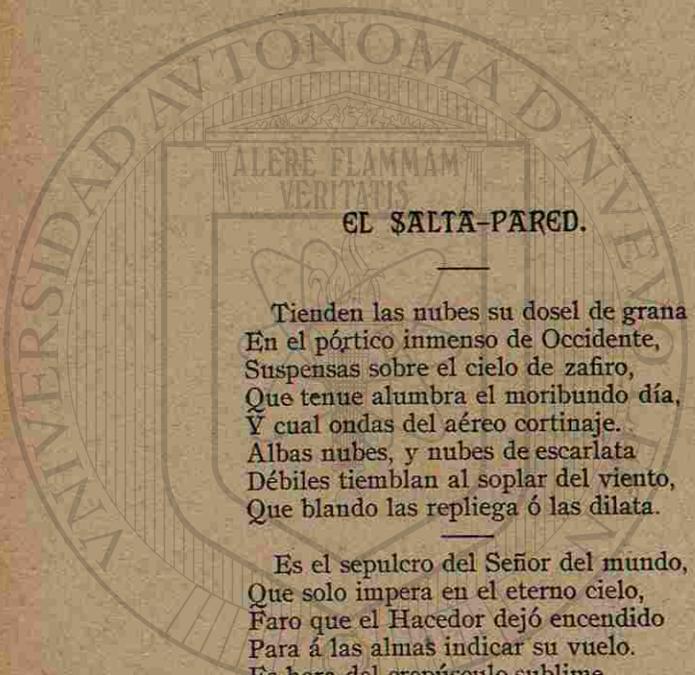
¿Pero nace el pensamiento
 Que en esta duda navega,
 Hijo de la suerte ciega
 Y del acaso y del viento?
 Ese inmenso firmamento,
 Dosel de la inmensidad,
 Esa misma eternidad
 En que un átomo es un mundo
 ¿No revela un Dios profundo?
 ¿No clama divinidad?

El es, su nombre supremo
 Brilla donde quiera escrito,
 Y destruye del maldito
 El raciocinio blasfemo.

La razón es frágil remo
 En este mar tan feroz,
 La vida nave veloz!
 Del mundo y del cielo el dueño
 Nos hace ver que no es sueño,
 Que la eternidad es Dios.

Es sublime esta ilusión,
 Y sí vivir es soñar
 Dulce será despertar
 Con Dios y la religión.
 Aquí, clama el corazón
 Que la vida no es un mal,
 Que si es sueño y es fatal
 Será muy triste dormir
 Sin soñar, sin percibir
 Ilusión tan celestial.

Soñemos: dulce es soñar
 En su patria el desterrado,
 Dulce al marino cansado
 Soñar tranquila la mar;
 Al que preso ha de expirar
 Dulce es el soñarse dueño
 De su libertad, y empeño
 Dulce es soñar en la muerte
 Cuando atormenta la suerte
 De nuestra constancia el sueño.



EL SALTA-PARED.

Tienden las nubes su dosel de grana
En el pórtico inmenso de Occidente,
Suspensas sobre el cielo de zafiro,
Que tenue alumbra el moribundo día,
Y cual ondas del aéreo cortinaje.
Albas nubes, y nubes de escarlata
Débiles tiemblan al soplar del viento,
Que blando las repliega ó las dilata.

Es el sepulcro del Señor del mundo,
Que solo impera en el eterno cielo,
Faro que el Hacedor dejó encendido
Para á las almas indicar su vuelo.
Es hora del crepúsculo sublime,
Murmura adormeciéndose la fuente,
Lleva quejoso el apacible ambiente
Los ecos de la tortola que gime.

Hora es de hablarte á tí, Dios de mis padres,
Hincado en tu morada solitaria,
Hora es de dirigirte mi plegaria,
Con el último rayo de la luz,
Con el último acento de las aves,
Con el último aroma de las flores,
Al perderse la vida y los colores
De la lóbrega noche entre el capuz

Las sombras lentamente se derraman,
Las bóvedas cubriendo y los altares,
Y del gótico templo los pilares
Cual fantasmas inmóviles se ven.

Se alza del ara el vaporoso incienso,
Solemne escucho el órgano sonoro,
Y voces mil en fervoroso coro
Entonan himnos al Supremo Bien

Y esa plegaria, grave, majestuosa,
Entre indecisas sombras dirigida
Como el eco doliente de la vida
Que presente la augusta eternidad;
Ruego de humillación y de esperanza
Del hijo de la nada, al grande, al fuerte,
Austera como el llanto de la muerte
Que queda en la mejilla sin secar

Esa plegaria acompañé rendido,
En mi soberbia te llamé mi dueño,
Tu vigilas, Señor, del ave el sueño,
Fecundas la semilla de la flor,
Cómico lecho al pólipo preparas
En las rocas del mar ilimitado,
¿Y cómo abandonar desapiadado
Al hijo de tu sangre y de tu amor?

Y mi plegaria ferviente
Robustez entonces toma
Porque hablaba en un idioma
Que jamás se reveló.
Idioma que no es del mundo,
Porque aquí no tiene nombre,
Porque es del alma del hombre
Que se esplaya con su Dios.

Es la linfa de agua pura
Dentro su fuente guardada;
Si brota, brota manchada
Del mundo entre el lodazal.
Aroma es de ciertas flores,
Que sólo en la noche halaga,
Y que corrompe y divaga
La inmensa luz matinal

Así abierta el alma mía
Fueron las voces callando,
Fueron las nubes cesando
Del incienso del altar.

Cuando de entre la cornisa
Excelsa del templo grave
Salió apacible de una ave
El dulcísimo cantar.

Tú eras, huérfano del templo,
Religioso hijo del viento;
Tuyo era el sentido acento,
Humilde *Salta-pared*.
No es de esmalte tu ropaje
Ni tienen tus plumas oro,
Pero tu acento es sonoro
Cual arpa del Vate Rey

Al lado de las cortinas
De soberbio terciopelo
Se vé tu versátil vuelo,
Se oye tu armoniosa voz.
Y sí en ráfagas espesas
El incienso al cielo sube,
De en medio de la alba nube
Se oyen tus cantos á Dios.

Me parece que te inspira
Un instinto de cariño,
Cantas como ruega un niño,
Con pureza y con placer;
Y si el órgano acompaña
Las ceremonias divinas,
Tú también festivo trinas
Como un ave del Eden.

No se te oye en los salones,
No embelleces los jardines,
Ni en los soberbios festines
Adulas á la beldad.
Emblema de la alma justa
A Dios solitario llegas
Y en su morada desplegas
Tus cánticos de piedad.

¡Cómo te admiran mis ojos,
Ave de santa armonía,
Al morir la luz del día
Sobre el altar del Señor!

¡Y cómo escucho tu acento
Con sublime confianza!
Como un eco de esperanza,
Como promesa de amor.

Dios, que produjiste á mi alma
En un celestial ensueño,
Que á un hijo tuyo hizo dueño
De la inmensa creación,
Haz á mi ruego tan puro
Como el acento de esa ave,
Haz, Señor, mi voz tan suave
Cual su hechicera canción.

Ella acompaña en tu templo
Los sollozos del mendigo,
Del que llora sin abrigo,
Del que expira en la horfandad.
Y mezcla su melodía
A mis ecos de esperanza,
Con los trinos de alabanza
Que entona sobre tu altar.

A MI AMIGO RAMON PACHECO.

EN EL DIA DE MUERTOS.

Vago, triste clamor: por qué los vientos
Llenas con el horrisono anatema
De muerte y destrucción? Sóis los lamentos
Que eleva el hombre á la deidad suprema?

¿Es el rayo temible, omnipotente,
Con que amaga el Señor de los humanos
A entes viles, á míseros gusanos,
Que en el no ser sepultarán la frente?

Como un lienzo extendiste sobre el viento
Con su sol y sus astros el espacio,
Y es ese refulgente firmamento
El mezquino tapiz de tu palacio.

De viento y humo, de vapor y nada
Formas la tempestad, Señor del trueno,
La tempestad, que de sorpresa lleno
Mira el hombre con faz atribulada.

Inclinaste un momento la cabeza
Y tierra y mar y criaturas hubo;
Y en el lugar en que tu planta estuvo
Brotó el sol con su espléndida grandeza.

Dime, Dios de bondad, dime, Dios fuerte,
¿El hombre se llamó por ironía
Hijo inmortal del Hacedor del día,
Siendo hijo del dolor y de la muerte?

En el mar de los tiempos se movieron
Como arenas cien mil generaciones,
Que envueltas en las míseras pasiones
De la muerte en la playa se perdieron.

¿Y es este un bien? y el Padre de la vida
Oye insensible nuestro ruego ardiente,
O le torna la faz indiferente
A su creación inmunda y corrompida?

¿Vivir?, ¿dudar? y en inquietud constante
Ver el tiempo volar, es un martirio:
Gozo estéril, tristísimo delirio,
Vida infeliz, recuerdo de un instante!!

Tirano, innoble Dios, clama el blasfemo,
Y en la nada se estrella delincuente:
Llora humilde, te ruega el inocente
¿Y á la nada voló, Señor supremo?

¿Pues cual fué tu placer, cual el intento
De dar vida al humano miserable
Para ver su existencia deleznable
Consumir en el llanto y el tormento?

Se desliza en la nube de la muerte
De religión el iris, y la ciencia
Hace ver en la sacra Omnipotencia
Vida inmortal por la futura suerte.

Y ¿qué me importa, religión sagrada,
En medio al mundo percibir tu grito,
Cuando á la fosa nuestro ser maldito
Camina entre las olas de la nada?

Y hoy..... el triste clamor de la campana:
Es que la humanidad doliente gime
Sobre el mundo, sepulcro que comprime
Los tristes restos de la especie humana.

El clamor cobra formas y facciones,
Y contemplo á mi padre y á la gente
Que de la muerte arrebató el torrente,
Con su amor, sus placeres é ilusiones.

Inclinado á una fosa, la hosamenta
De un hombre que vivió, luego se mira,
Hacha sin luz, despedazada lira,
Árbol que desgajó fiera tormenta.

Ese hombre respiró y en su cabeza
Hubo sueños de amores y de gloria,
Y tal vez conservaba su memoria,
Dios de bondad, tu espléndida grandeza.

Si la muerte es un mal ¿por qué esperamos?
Y si la muerte un bien ¿por qué la fosa
Cubre, Dios, con la niebla tenebrosa
De un misterio fatal que lamentamos?

¿Vivir para llorar, mirar al cielo,
Ver la tierra vestida de hermosura,
Para hacer contrastar nuestra amargura
Con un mundo de vida y de consuelo?

¿Cómo sufrir? El Dios, el absoluto,
Nos brinda la razón con franca mano,
La razón que es verdugo del humano:
Muy más feliz en su ignorancia el bruto.

Muerte, nombre fatal, tú, cuya sombra
Se posa en las facciones infantiles,
Lo mismo que en las frentes juveniles
Y en la vejez que con horror te nombra.

El polvo que levanta tu guadaña
Cubre lo mismo la temprana cuna,
Que el alcázar que se alza hasta la luna,
Que el fuerte roble y que la débil caña.

Es tu nombre la hiel que enturbia fiera
El cáliz de la mísera existencia,
Que llorando lo apura la inocencia
Y la maldad infame y altanera.

Vínculo de la vida, frágil nudo,
Glorias, amor, mentidos juramentos:
Hombres, ceniza sois, esos lamentos
Os lo predicán con clamor agudo.

Todo el no ser, la destrucción, la nada,
Mentira lo inmortal, ficción la vida,
¡El alma en la materia sumergida,
Exclama la razón desesperada!

Así gimiendo levanté las manos,
Perdido en insensato devaneo,
Luz pidiendo al futuro mi deseo,
Pero al fin me calmé porque en Dios creo
Y venero y adoro en sus arcanos.

Noviembre 2 de 1840.

LA SONRISA DEL PUDOR.

A. R. G.

Es hermosa mi querida
 Cuando en sus ojos de fuego
 Se pinta el desasosiego
 Que nos inspira el amor;
 Pero se torna más bella,
 Aspecto angélico toma,
 Cuando á sus labios asoma
La sonrisa del pudor.

Emblema de la esperanza,
 Arco-iris de consuelo,
 Símbolo de paz del cielo
 Entre el hombre y el amor;
 Señal de gratitud pura
 En la beldad apacible,
 Es divina, indefinible
La sonrisa del pudor.

Pura cual la voz del niño
 Que entre incienso al cielo sube,
 Cual sobre la blanca nube
 Nítido rayo del sol,
 Como el tinte de la aurora
 Que refleja el mar en calma.....
 Enajena, arropa mi alma
La sonrisa del pudor.

Dije á mi amada: «Yo te amo.»
 Me miraba, se encendía,
 Su cuerpo se estremecía,
 Moría al salir su voz:

Tiene humillados los ojos,
 Tiene el semblante agraciado,
 Tiene en su labio encarnado
La sonrisa del pudor.

Prodigo tiernos elogios
 A su encanto soberano,
 Imprimo en su blanca mano
 Un beso lleno de ardor.
 Teme...duda....huir pretende.....
 Tiembla...se acerca...se allega,
 Y en su labio se despliega
La sonrisa del pudor.

Es la reprensión modesta
 De una ciega confianza,
 Es un rayo de esperanza
 Entre sombras de temor.
 Es una arma poderosa
 En labios de la hermosura,
 Es de angélica dulzura
La sonrisa del pudor.

No es la expresión fastidiosa
 De la insensata alegría,
 No es maliciosa ironía
 A la inocente pasión,
 No es del rencor ó el desprecio
 La máscara engañadora;
 Es sublime, seductora
La sonrisa del pudor.

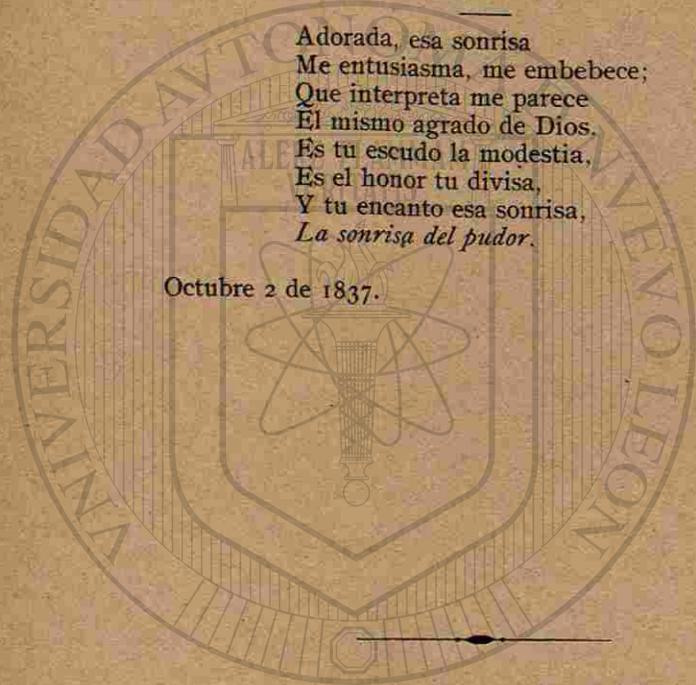
Mi amada compadecida
 De mi pasión ardorosa,
 Tiende una mano piadosa
 Y me mira con amor.
 Una lágrima derrama,
 Vergonzosa retrocede,
 Y tímida me concede
La sonrisa del pudor.

Es dulce lazo que liga
 Al amor con la inocencia,
 Una tierna complacencia,
 Es el velo del candor:

Es en tus labios ¡oh, amada!
La gracia más seductiva;
Me embelesa, me cautiva
La sonrisa del pudor.

Adorada, esa sonrisa
Me entusiasma, me embebece;
Que interpreta me parece
El mismo agrado de Dios.
Es tu escudo la modestia,
Es el honor tu divisa,
Y tu encanto esa sonrisa,
La sonrisa del pudor.

Octubre 2 de 1837.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

EL SOL.

AL SR. LIC. D. MARIANO OCERO.

Eres sublime, rey del firmamento,
Eres grande, monarca del vacío,
A tí consagro el pensamiento mío,
Por tí se esfuerza mi atrevido acento,

Revelación de la alta Omnipotencia
Cuando en tinieblas la creación gemía:
Dale fuego á mi humilde fantasía,
Presta á mi voz el nervio y la elocuencia.

¡Oh, sol! á contemplarte me abandono:
El ancho firmamento es tu palacio
Allá en la inmensidad y en el espacio,
Unico brilla tu soberbio trono.

Absoluto dominas en el cielo,
Himno mudo del Dios que te dió vida,
Alabanza inmortal y esclarecida
Que humilde acata el abatido suelo.
Tú, cuya luz la eternidad pregona,
Tú, que en el mundo solitario imperas,
Tú, que augusto en el cielo reverberas,
Tú, á quien nada embaraza ni aprisiona,
Tú, que alumbras ¡oh, sol! indiferente
El alto alcázar y la humilde ruina,
La yerba ruin y la gigante encina,
La fuente humilde y el feroz torrente.

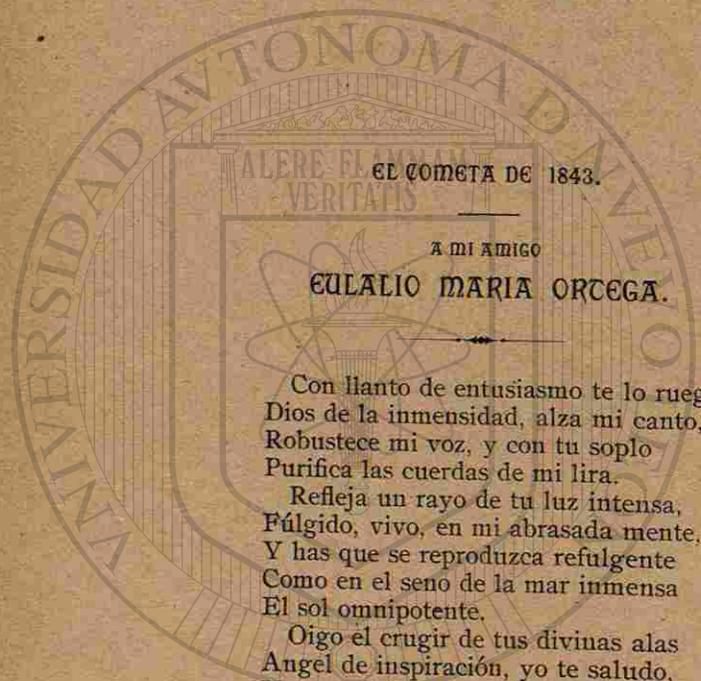
Tú, cuyo tinte de carmín y grana
Forma cauda magnífica á la aurora;
Tú, que ahuyentas la niebla aterradora
Y haces reir la espléndida mañana;

Tú, que al brotar del fondo de los mares
 Les prestas tu riquísima diadema,
 Faro encendido en la mansión suprema
 Y padre de brillantes luminares.
 Y luz y vida, y pompa y lucimiento
 Tu sola vista por doquier derrama,
 Vida de vida, inextinguible llama,
 Del Eterno animado pensamiento,
 Página incomprensible y reluciente,
 Misterio oculto donde brota el día,
 Promesa de existencia y alegría
 Que del primer mortal brilló en la frente.

Rueda entre rocas rápido el torrente
 Indómito y soberbio rebramando,
 Los campos y ciudades devastando,
 Haciendo estremecer su voz rugiente.
 Férvido va sin límite ni freno;
 Mas llega al mar y apenas le dibuja
 Humilde espuma ó frágil la burbuja
 Que al expirar en él dejó en su seno.
 Ruge irritado el mar, rebrama y gime,
 Se azota y se quebranta con despecho,
 Calma el viento y aduermese en su lecho,
 Y ríe ufana la su faz sublime.
 Revuelta en torbellino furibundo
 Cruza la tempestad en el vacío,
 Por el espacio lóbrego y sombrío
 Clama exterminio al aterrado mundo:
 Cuando el viento feroz las nubes rompa,
 Dispersas bramarán, y verá el suelo
 Al sol inmenso en el azul del cielo,
 Con su esplendor y con su augusta pompa
 ¿Qué exento de pasiones, sol eterno,
 Desde ese trono que en el cielo impera,
 Prestas vida á la ardiente primavera
 Y derrites la nieve del invierno?
 Yo me engrandezco, y levantarme siento,
 Porque soy más que tú, sol esplendente,
 Porque inmortalidad baña mi frente,
 Porque la eternidad será mi asiento,
 Porque divina y pura es la centella
 Que arde en mi pecho y que animó mi mente,
 Centella de ese Dios que hizo tu frente,
 Muy más grande que tú, soberbia estrella.

Verás llegar tu postrimero día;
 Verás que despedaza tu diadema
 La mano de los tiempos, luz suprema,
 Y el mundo gemirá con tu agonía.
 Sin eje rodarán los luminares
 Como átomos inútiles y arena,
 Viento sin voz, y rayo que no truena,
 Tierra sin vida y desquiciados mares:
 Y entre este caos vagarás errante,
 Descarriado, sin órbita, amarillo,
 Lámpara débil de indeciso brillo,
 Coloso sin apoyo y vacilante,
 Proscrito de los cielos, destronado,
 Sin abrigo en el cielo ni el vacío,
 Escarnio del sublime poderío,
 Despojo vil del mundo destrozado.
 ¿En dónde está tu trono de diamante?
 Ascua vil en los tiempos apagada,
 Luz que sucumbe al viento de la nada,
 Y ayer reverberabas arrogante:
 Joya del esplendente firmamento,
 De noble estima y de sublime precio
 Que arrojaron los tiempos con desprecio
 Y la derriban del excelso asiento.
 ¿En dónde está tu lustre y tu opulencia?
 Ya se rompió la página brillante,
 Faro sin luz, engaste sin diamante,
 Anónimo despojo en la existencia.....
 ¿Quién es el grande, quién el vil gusano?
 ¿Ese montón de nada y de pavesa
 O tu cantor que en su alma lleva impresa
 «Eternidad» por sacrosanta mano?
 Grande es la eternidad: pensar divino
 Que embellecer pudiste mi existencia,
 Por tí al través de mi feliz creencia
 Contemplé al sol como átomo mezquino.

Diciembre 10 de 1841.



Con llanto de entusiasmo te lo ruego,
Dios de la inmensidad, alza mi canto,
Robustece mi voz, y con tu soplo
Purifica las cuerdas de mi lira.

Refleja un rayo de tu luz intensa,
Púlgido, vivo, en mi abrasada mente,
Y has que se reproduzca refulgente
Como en el seno de la mar inmensa
El sol omnipotente.

Oigo el crujir de tus divinas alas
Ángel de inspiración, yo te saludo,
Ven, arrebatá mi alma por los aires
Como el aura el perfume de la rosa
Que muere ajada entre el inmundo fango:
Y así elevado, con la faz radiosa,
Empuñando la lira resonante
Bajo el dosel espléndido del cielo,
Hasta los astros alzaré mi vuelo.

Allá te cantaré, rauda Cometa,
Allí bajo tu cauda esplendorosa
Que ora invade arrogante el firmamento,
Yo pulsaré mi lira de poeta.
Gloria, gloria inmortal, entre tu lumbre
Grande es verter torrentes de armonía
De este raudal inmenso, inagotable,
Que el Eterno en un rapto de deleite
Lo legó al mundo y lo llamo poesía.

Ven, sublime proscrito de los cielos,
Huérfano entre los astros, vagamundo,
Que parece que lloras en la tumba
Del padre de la luz, rey destronado,
¿En dónde está tu corte y tu grandeza?
¿Hacia donde caminas descarriado?
¡Inútil y extranjera es tu belleza!

Desprendido cual hoja del arbusto,
De otro grande y magnífico sistema,
Te arranca Dios de tu supremo solio,
Rompió contra tus sienes tu diadema
Y te condena á recorrer los mares.
Cual guerrero olvidado de su tribu
Vagas solo y salvaje, sin asilo
Como el hijo de Sión, y sin hermanos,
Cual planta que germina
Al acaso en desiertos arenales:
¿Cómo debe adorarte el extranjero,
Oh, emblema de su lúgubre existencia!

Cuando miro tu pálido semblante,
Tu giro vago por el yermo cielo,
Tu cabello flotante,
Me pareces el ángel de la muerte
Que llora por los aires la congoja
Del mundo agonizante.

En la solemne calma de los astros,
¡Oh, Cometa! sublime resplandeces
Como un arco triunfal; al firmamento
Embelece tu cauda transparente:
Si ella envuelve amorosa las estrellas,
Parece que agradecen el cariño,
Parece envuelta la dichosa esclava
De su señor entre la piel de armiño.

¿Cuál es tu patria, espléndido Cometa?
¿Vienes á revelar al pobre mundo
Su miseria y su nada,
Mensajero atrevido
De raza de gigantes,
De otro linaje de astros rutilantes.
¿Do este sol, este cielo, estas estrellas
Morirán como pálidas centellas,

Volarán como pajas desparcidas?
 ¿Eres el carro del sublime arcángel
 En que la gloria del Señor proclama,
 En que hace que palpemos su alto nombre,
 De donde lanza enérgico sarcasmo
 Al orgullo pueril del débil hombre?

¿Anuncias á la tierra su agonía,
 Gráfico signo en el espacio obscuro,
 Cual la mano sin cuerpo que en la orgía
 Grabó escarmiento en el soberbio muro?

Fenómeno de luz, llama inconstante,
 Fantasma que la túnica tendiendo
 Sobre el remoto cielo de occidente
 Oculta misterioso su semblante.

¿Quién recuerda al gusano de la tierra
 Su duda indagadora y su osadía
 Cuando te miro á tí, cuando él se afana
 En buscar los arcanos del Eterno
 Por no adorarle franco y reverente,
 Alzarle cantos y humillar la frente?
 A ese cielo divino sólo llega
 El vuelo de la fe, ¿por qué aturdido
 Buscar el tubo y el cristal mentido,
 Para medir con cálculo inseguro
 Las obras grandes del Señor inmenso?

Tú sigues impasible tu carrera,
 Bastardo de los astros; yo te sigo
 Como del borde de la ingrata playa
 Se ve el bajel del desterrado amigo.

Dulce en mi soledad me era confiarte
 Mis sueños de inmortal, cuando admiraba
 Tu frente augusta entusiasmado el vulgo,
 Yo entre la multitud te idolatraba,
 Yo llorando un mensaje te encargaba
 Al padre de mi amor, yo te decía:
 Cuando la muerte el polvo de mis huesos
 Mezcle al sagrado polvo de la tumba
 Del padre que perdí, como las hojas
 De un invierno á las hojas del pasado
 Volveremos á hallarnos en los cielos.

Y te miré alejar, y tu mensaje
 Me dió cariño á tí, me dió ternura,
 Hizo eterna en mi mente tu hermosura.

¿Adonde vas errante y solitario
 Como ave á quien sorprende la tiniebla?
 ¿Será que vuelvas en tremendo día
 A visitar las ruinas de mi patria,
 Cual monarca triunfante que contempla
 El techo en que en su infancia tuvo abrigo?
 ¿Que débil cual la gota de la lluvia
 Que se pierde en el mar embravecido,
 De ese sol en el piélago de fuego
 Morirás embebido?

¿Será que un día en duelo el firmamento,
 El mar cuitado, agonizante el mundo,
 Rival del sol, frenético te admire
 Soberbio disputándole su asiento?

Adiós, astro de luz, volveré á verte,
 Que yo soy inmortal: cuando la muerte
 Apague con su soplo el sol postrero,
 Mi alma sublime ocupará tu asiento,
 Mientras del mundo en la pavesa fría
 Tal vez indiferente unirá el viento
 Tu vil ceniza á la ceniza mía

Julio 12 de 1843.

LA DESESPERACION.

No más agitación, no más luchando
De mi destino con la atroz corriente,
Mirar la playa, y levantar la frente,
Y volverme de nuevo á sumergir.
Errante de pesares en pesares:
Enfermo el corazón de su tormento,
En vano atrueno con quejoso acento
Los aires y con lúgubre gemir.

¡Grata felicidad! yo te he mirado
Como se mira tras espeso velo,
Nítido azul de despejado cielo
Entre albas nubes y zafiro y luz.
Gozoso te miré, y embebecido
Tributaba á tu magia mi sonrisa,
Pero mecía del placer la brisa
Seco tallo de estéril juventud.

Sí, por siempre sufrir; viene la dicha
A refrescar mis labios un momento,
Pero para tornarme más sediento,
Para aumentar ¡oh, Dios! mi padecer.
Y sola en su dolor, y aislada mi alma
En su febril congoja y agonía
Y tu mano, tu mano, vida mía,
Vierte en mi corazón acerba hiel.

¡Oh, tú mi adoración! ¡tú mi tesoro!
Cierra tu amor á mi encendida queja,
En su orfandad, en su abandono deja
A mi tierno y ardiente corazón.
Déjame abandonar á mi destino,
Deja sin enjugar mi amargo lloro:
Por este frenesí con que te adoro:
Déjame en mi fatal desolación.

Mas yo te buscaré como el infante,
Que á sus padres perdiera en el desierto,
Nadie me escuchará, mi paso incierto,
¿Dónde dirijo sin buscarte á tí?
A tí mi solo bien, á tí mi vida;
Pero á tí á quien arrastro al hondo abismo,
Alquien riendo le oculté yo mismo
Con mi fatal amor, mi porvenir.

¿Lo ves? ¿Lo ves? Tus ojos celestiales
¿Cómo soportan mi espantosa suerte?
¿Ves sobre el lecho de la horrenda muerte
Prepararse convite conyugal?
Esa es la tumba de la madre mía,
La que guardó mis sueños en la cuna,
Idolo de mi infancia, la fortuna
Que halagó cariñosa mi orfandad.

Yo la precipité, mi misma mano
Desgarró sus entrañas, y sangrienta,
El caliz de la dicha te presenta:
¿Brindarás con su sangre por mi amor
Horrorízate, sí, tus tiernos brazos
Desenlaza espantada de mi cuello,
Huye de mí, por Dios, ¿no ves el sello
Que en mi frente estampó la maldición?

Heme aquí para siempre condenado
A horrible soledad en mi delirio;
Mirad cual mofa el crimen mi martirio,
Cual me arroja de sí la sociedad.

Siente el calor mi mano de su mano,
Húmedo está donde su labio, impreso
Estampó del amor el postrer beso,
El beso más ardiente y celestial.

Y vivir, y pensar, y recordarte
¿Quién soporta en su negra desventura?
¿Y dormirse pensando en tu hermosa
Y en lágrimas bañado despertar!

Ni en el cielo ¡ay de mí! ni en el averno
Puedo hallar el confín del dolor mío,
Siempre sin dirección, siempre sombrío,
Siempre sin tí, mi angélica deidad.

¿Cómo apagar el destructor incendio
 Que consume mis venas, que me abrasa,
 Cubriendo mis pesares con la gasa
 De lo que el mundo apellidó virtud?
 Yo adoro en mi dolor, y más le amara
 Si pudiera sereno, de él asido,
 Lanzarme al porvenir embrabecido
 En brazos de mi aciaga juventud.

¿Pero cómo esperar sin agonía
 El tardo paso de la edad postrera,
 Asentado, tranquilo en una hoguera;
 Teniendo ante los ojos el placer?
 Ven, desesperación; rompe mi seno;
 Ven, que mi labio tu furor invoca?
 Preséntale de muerte alguna roca
 De mi vida tristísima al bajel.

A MI PADRE

Quise elevar un himno á tu memoria,
 ¡Oh, tú á quien cubre de la muerte el manto!
 Pero embarga mi voz el triste llanto,
 Y te ofrezco gemidos de orfandad.
 Sangre del corazón, padre adorado,
 Heme junto á tu losa funeraria:
 Yo no te brindo flores ni plegaria,
 Por que sólo en tu tumba sé llorar.

¡Yo, sin rumbo en los mares de la vida!
 ¡Yo, tan solo y en hondo desamparo!
 ¿Por qué su santa luz me ocultó el faro
 Que brillaba en mi cándida niñez?
 Yo quisiera mi acento de ternura,
 Mi dulce voz de delicado niño,
 Para enviarte mis quejas de cariño
 Reviviendo mis sueños de placer.

Tú, que fuiste el arcángel de mi cuna,
 Tierna flor de balsámica fragancia,
 Nube de oro flotando de mi infancia
 Al aura tenue en el tranquilo azul.
 Era bella la aurora de mi vida
 Como el blanco vapor que al cielo sube,
 Y se transforma en argentada nube,
 Del sol puro bañándola la luz.

Tú eras mi dulce bien, padre querido,
 Y cual la flor se entreabre con la brisa
 Tu primer beso, mi primera risa
 Con su contacto blando desplegó.
 Yo, apacible en tus brazos despertaba,
 Ebrio mi pecho de placer profundo;
 Muy más festivo que despierta el mundo
 Al rayo alegre del brillante sol.

¿Cómo apagar el destructor incendio
 Que consume mis venas, que me abrasa,
 Cubriendo mis pesares con la gasa
 De lo que el mundo apellidó virtud?
 Yo adoro en mi dolor, y más le amara
 Si pudiera sereno, de él asido,
 Lanzarme al porvenir embrabecido
 En brazos de mi aciaga juventud.

¿Pero cómo esperar sin agonía
 El tardo paso de la edad postrera,
 Asentado, tranquilo en una hoguera;
 Teniendo ante los ojos el placer?
 Ven, desesperación; rompe mi seno;
 Ven, que mi labio tu furor invoca?
 Preséntale de muerte alguna roca
 De mi vida tristísima al bajel.

A MI PADRE

Quise elevar un himno á tu memoria,
 ¡Oh, tú á quien cubre de la muerte el manto!
 Pero embarga mi voz el triste llanto,
 Y te ofrezco gemidos de orfandad.
 Sangre del corazón, padre adorado,
 Heme junto á tu losa funeraria:
 Yo no te brindo flores ni plegaria,
 Por que sólo en tu tumba sé llorar.

¡Yo, sin rumbo en los mares de la vida!
 ¡Yo, tan solo y en hondo desamparo!
 ¿Por qué su santa luz me ocultó el faro
 Que brillaba en mi cándida niñez?
 Yo quisiera mi acento de ternura,
 Mi dulce voz de delicado niño,
 Para enviarte mis quejas de cariño
 Reviviendo mis sueños de placer.

Tú, que fuiste el arcángel de mi cuna,
 Tierna flor de balsámica fragancia,
 Nube de oro flotando de mi infancia
 Al aura tenue en el tranquilo azul.
 Era bella la aurora de mi vida
 Como el blanco vapor que al cielo sube,
 Y se transforma en argentada nube,
 Del sol puro bañándola la luz.

Tú eras mi dulce bien, padre querido,
 Y cual la flor se entreabre con la brisa
 Tu primer beso, mi primera risa
 Con su contacto blando desplegó.
 Yo, apacible en tus brazos despertaba,
 Ebrio mi pecho de placer profundo;
 Muy más festivo que despierta el mundo
 Al rayo alegre del brillante sol.

Yo, en mis sueños felices que poblaban
Espléndidos y bellos serafines,
Fuentes de plata y magníficos jardines
Te contemplaba con ternura á tí.
Y de tus brazos me aparté riendo
Y triscando en las flores me ocultaba,
Y después á tu seno me lanzaba,
¡Cuán confiado en tu amor! y ¡cuán feliz!

Me era dulce, sentado en tus rodillas,
Besar tu frente y abrazar tu cuello,
Me era dulce jugar con tu cabello,
Silencioso, creyéndote dormir.
Me era grato buscando tu sorpresa,
Irme ocultando ante tu faz, travieso,
Tocarte, y al volver, ardiente beso
En tus labios de púrpura imprimir.

Te ví mudo en los brazos de la muerte,
Ví de mi madre el llanto dolorido;
Indeciso, creyéndote dormido,
Iba tus manos blancas á besar.
Ave de otras regiones ¿por qué vuelas
Dejando la memoria de tu canto?
¿Por qué me dejas soledad y llanto?
¿Por qué me dejas luto y orfandad?

¿Por qué abandonas á la nave frágil
Luz de esperanza, en medio de los mares?
¿Quién calma diligente mis pesares?
¿Quién escucha mi acento de dolor?
¿Ave incierta en los aires fatigada,
Y mirando á sus pies el mar horrendo!
¿Al rebramar el huracán tremendo,
En el desierto solitaria flor!

¡Ay, huérfano infeliz, hiel es tu llanto,
Que amargará la copa de tu vida:
Huyóse tu esperanza más querida,
Sombras y hondo pesar dejando en pos!
Nadie enjugó mis lágrimas amargas,
Lloré mi desventura sin abrigo,
Mis penas y mis ansias de mendigo .
En el mundo sufrí, las supo Dios.

Responde ¿las recuerdas, madre mía?
Encanto, adoración de mi ternura;
Bendición y consuelo en mi pobreza,
Abismo de mi lúgubre orfandad.
Llorando de aflicción, madre adorada,
Eran las noches sombras de amargura,
Llorando me ha encontrado la luz pura
Veces mil en tu seno maternal.

En este libro augusto de infortunio,
Que al expirar mi padre me abrió el duelo,
Sólo encontré de dicha y de consuelo
El alma es inmortal, tu padre es Dios.
Y tuve fe, la nube fugitiva
Que conduce á otros mundos la existencia,
Fuera horrible, si la alta Omnipotencia
Le arrebatara el inmortal fulgor.

Y me era dulce contemplar el cielo
En la agonía fúnebre de mi alma;
Y ver allí la claridad, la calma,
Y á mi padre brillando con la paz.
Desde entonces sublime su memoria,
Luciendo pura sobre el mundo incierto,
Es el fanal que me señala un puerto,
Y me alumbra la inmensa eternidad.

Yo viví con la sangre de tus venas
¡Oh, padre de mi amor! de mis pasiones
Dispersa las sombrías nublazones,
Y las dudas aléjales de mí.
¡Dudar! ¡dudar! al lado de esa tumba,
Con polvo de los huesos de mis huesos!
Y en ella por mi mal no hallar impresos
Signos de fe del padre que perdí?

Mira la soledad de mi existencia,
Mira ¡oh, padre! que en medio á mi tormento
Es un clavo de fuego el pensamiento
Que despedaza sin cesar mi sien.
¿Y qué será de mí, cuando en la tumba
Se desanuden del vivir los lazos?
Haz que un ángel de muerte hasta tus brazos
Me conduzca ¡oh, mi padre! al perecer.

Pero en tanto yo ensalzo tu recuerdo
 Con el prestigio de mi edad primera:
 Con esa fe tiernísima y sincera
 Con que venera el querubín á Dios.
 Yo evoco tu memoria en los altares,
 Yo, al brillar excelso firmamento
 Busco en los astros tu sublime asiento,
 Y repito tu nombre con fervor.

Yo, triste cual la tórtola doliente
 En medio de las sombras del quebranto,
 Te consagro el arrullo de mi canto,
 Y sensible recuerdo mi niñez.
 Yo te invoco en la lóbrega tormenta
 Con que me amaga el porvenir sombrío:
 Porque tú eres mi amparo, padre mío,
 Tú eres mi solo alivio, tú mi bien.

Yo, á mis hijos que miran de la infancia
 Entre celajes el primer destello,
 Les he pintado tu semblante bello
 Y tu íntima ternura paternal
 Y en mis brazos con ella sonriendo,
 Fuí por mi llanto ¡oh, padre! interrumpido:
 Porque el fiel corazón ha presentido,
 Su pobreza también y su orfandad.

Yo dormiré en la tumba; ellos ¿quién sabe
 Si llorando en los brazos de la madre,
 Recordarán á su infelice padre,
 Al hijo de tu sangre y de tu amor.
 ¡Tal vez heredarán mi acerba suerte
 Y del mundo sufriendo la inconstancia,
 Cual yo también enturbiaran su infancia
 Con su llanto copioso de dolor.

Que me amen cual yo te amo, yo te adoro
 Como la Virgen santa del cristiano
 Al mártir del Calvario soberano
 En el momento augusto de su cruz.
 Tan tierno como arrulla á sus polluelos
 En el materno nido la paloma:
 Con ese amor sin eco y sin idioma,
 Diáfano, inmaculado, cual la luz.

¿Padre, mi adoración, encanto mío,
 Deidad de mi niñez, en mi amargura
 Sacrosanta promesa de ventura,
 Mas allá de la tumba mi ilusión,
 Recibe mi plegaria de cariño,
 Alma de mi alma que tu sombra adora.
 Recíbela benigno, porque llora
 Al ofrecerla, sangre el corazón.

CROYA A MARIA.

Otras escuchen amores
De galanes trovadores
Vida mía.
Yo ensalzaré tu hermosura
Con la voz de mi ternura,
Mi María.
Flor de mi ignorado asilo,
Fuente de curso tranquilo,
Mi tesoro,
En el silencio de mi alma
Con veneración y calma
Yo te adoro.
Tú de infortunio inclemente
Me defiendes dulcemente
Con tu sombra.
Tu virtud me hace dichoso
Y mi labio es armonioso
Si te nombra.
Dulce es en tarde serena
Ver mecida la azucena
Por la brisa;
Pero es más dulce, mi cielo,
Cuando busca mi consuelo
Tu sonrisa.
Dulce es ver entre el ramaje
Volar el albo celaje
Por el viento.
Y es más dulce en tu pupila
Hallar la expresión tranquila
Del contento.

Dulce es palpar con blandura
Con el labio la tersura
De la rosa.
Y me causa más delicia
Una tímida caricia
De mi esposa.
Tú embelleces, vida mía,
Mi penosa medianía,
Mi destino,
Como entre cerril maleza
Ostenta el río belleza
Cristalino.
Tú lloras con mi ternura,
Tú ries con mi ventura,
Dulce dueño,
De noche te veo al lado
Del ángel idolatrado
De mi sueño.
Tú mi nombre le enseñaste
Al hijo mío y le hablaste
De su padre,
Reviviendo embellecido
El recuerdo tan sentido
De mi madre.
Cual se dilata mi pecho
Cuando yo oculto te acecho
Con amor,
Y con mi hijo en las rodillas,
Por mí alzas preces sencillas
Al Señor.
Silencioso voy llegando,
Te miro y estás llorando
De ternura.
Yo te odoro con encanto
Y río vertiendo llanto
De ventura.
Árbol Santo, árbol amigo,
Que amparas con tierno abrigo
La inocencia.
Astro en mi destino incierto,
Fuente santa en un desierto,
Mi existencia.
Para tí dicha suprema
Quisiera y una diadema
Mi María.

Feliz viera tu grandeza
 Del fondo de mi pobreza,
 Vida mía.
 ¡Ah! tu nombre me enamora,
 Tiene cadencia sonora
 Y alegría.
 Cuando lo pronuncio blando
 Queda en el aura vibrando
 Su armonía.
 Y aquellos tiernos cuidados
 Tan puros, tan ignorados
 De la esposa:
 Dicha que cruza escondida;
 Pero que torna la vida
 Deliciosa.
 No aspiro á regio tesoro,
 No á que adule humilde el oro
 Mi existencia;
 Me basta tu amor sagrado,
 Y de mi hijo idolatrado
 La inocencia.
 Y hará risueña mi suerte
 Cuando á mi puerta la muerte
 Toque amiga,
 Pensar que mi dulce esposa
 Siempre que mire mi losa
 Me bendiga.

EL LAGO DEL BOSQUE.

A R. I. ALCARAZ.

Reina silencio apacible
 Y en medio del bosque umbrío
 Tenue suspira del río
 La corriente de cristal.
 El viento en las ramas secas
 Produce triste murmullo,
 Y se oye el sentido arrullo
 De la tórtola tenaz.

En medio al docel que forman
 Los sauces se ve la luna
 Matizando la laguna
 De luz y de obscuridad.
 Retrata en su fiel espejo,
 El cielo azul, los ramajes
 Y los hermosos celajes
 Que inciertos se ven volar.

Ya el lago rizando el viento,
 El cuadro fiel desbarata,
 Y leves olas de plata
 Rielan con dulce fulgor.
 Ya terso el cristal se mira
 Extender sus olas bellas,
 Con una faja de estrellas
 Que tiemblan con esplendor.

Yo cuando del cielo miro
La bóveda en lo profundo,
Me parece de otro mundo
La benéfica ilusión.
Creo contemplar las aguas
Del piélago de la muerte,
Y ver en la eterna suerte
El trono hermoso de Dios.

La hojilla que se desprende
De ese sauce funerario
Al soplo del viento vario
Y ni sus aguas rizó,
Me parece una esperanza
Del corazón desprendida,
Y que va á morir podrida
Por la agua que la nutrió.

¡Pobre hojilla! Así han caído
De mi alma las ilusiones;
Así han muerto las pasiones
De mi ardiente juventud.
Un solo viento del lago
Borra la imagen del cielo,
Cual mis recuerdos de duelo
Profundizan mi inquietud.

Así me arrancó del seno
De mi padre idolatrado,
De la muerte el soplo helado
Hundiéndome en la orfandad.
Te halagó al nacer la aurora,
Tal vez pérfida la brisa,
Como mentida sonrisa
De caprichosa beldad:

Y al gozar de sus halagos
Del sol naciente á la llama,
Tu vínculo con la rama
Tal vez traidora gastó.
Para volver y en la noche
Con lisonjera delicia
En pago de una caricia,
De tu árbol te derribó.

¡Ilusión! lo mismo fuiste,
Prometiéndome ventura,
Y en medio de la amargura
Me sepultastes infiel,
Cuando tus alas de arcángel,
En el pensil más risueño,
Me cubrían en mi sueño
Como mágico dosel.

Vengo aquí, lago tranquilo,
Porque halaga el alma mía,
Tu grata melancolía
Y tu triste soledad.
Y es dulce ver apacibles
En tu seno los luceros
Y los celajes ligeros
De tu diáfano cristal.

Página que reproduce
En la tierra el firmamento,
Inocente monumento
De pureza y claridad,
En medio del bosque umbrío
Himno material al cielo,
Belleza oculta en el suelo
Que nos promete la paz.

Compañero silencioso,
Dulce alivio de mis males,
Que me escribe en sus cristales
La omnipotencia de Dios,
Santo espejo colocado
En medio á la selva ingrata,
Que de la luna de plata
Reflejas el resplandor.

Sobre tu faz los celajes
Abren sus alas de armiño
Como en la mente del niño
Un ensueño de placer;
El sol desde Occidente
Tu superficie engalana
De olas de gualda y de grana
Y nubes de rosicler.

Si sopla dulce el ambiente
 Grata tu faz se despliega,
 Cual la hermosa que se entrega
 A una risueña ilusión.
 Cuando el relámpago estalla,
 Entre sus ondas vaguea
 Y se duplica y serpea
 Del cielo la maldición.

Intérprete del Eterno
 ¿Qué oculta correspondencia
 Tiene con la Omnipotencia
 Tu transparente beldad?
 La tierra te presta asilo,
 Los vientos son tus pasiones,
 Las flores tus ilusiones,
 Y tu amor la soledad.

Hora que estás apacible
 Y me agobia la tristeza,
 Mis lágrimas de amargura
 Bebe, lago de cristal.
 Caerán en la hoja seca
 Que se crió alegre y sencilla,
 Con el agua de tu orilla
 Cual con leche maternal.

SER O NO SER.

A LA MEMORIA DE MI AMIGO

ANCONIO LARRAÑAGA.

¡Ah! no me atormentéis, vivas pasiones;
 No intertumpáis fantásticas mi sueño:
 ¡Gloria! ambición! quiméricas visiones
 Que me oprimís con incesante empeño,
 Adiós, adiós; la túnica flotante
 Miré perder de la inefable gloria,
 En la tiniebla lóbrega y constante
 Que envolvió á mi despecho mi memoria.
 ¡Y amar la vida, y levantar el vuelo,
 Y adivinar el alma otra existencia!
 ¡Y el fango vil del miserable suelo
 Tornar misterio la inmortal creencia!
 ¡Seguir esclavo la mundana suerte
 Para volver la vista dolorida
 Al confín solitario de la vida,
 Que incierto alumbra el astro de la muerte?
 ¡Mirar una amenaza de exterminio
 Con la primera luz del primer día,
 Y marcar con la hiel de la ironía
 En el mundo infeliz nuestro dominio?
 ¡En el mundo tan vario y transitorio
 Mostrar al hombre con falaz diadema
 Y un cetro inútil que su mano quema,
 De la impotencia símbolo irrisorio!!!
 Y anatema de muerte al inocente
 Que á la vida llegó bañado en llanto
 Y anatema inflexible de quebranto
 Al hijo amado del Señor clemente!!

Si sopla dulce el ambiente
Grata tu faz se despliega,
Cual la hermosa que se entrega
A una risueña ilusión.
Cuando el relámpago estalla,
Entre sus ondas vaguea
Y se duplica y serpea
Del cielo la maldición.

Intérprete del Eterno
¿Qué oculta correspondencia
Tiene con la Omnipotencia
Tu transparente beldad?
La tierra te presta asilo,
Los vientos son tus pasiones,
Las flores tus ilusiones,
Y tu amor la soledad.

Hora que estás apacible
Y me agobia la tristeza,
Mis lágrimas de amargura
Bebe, lago de cristal.
Caerán en la hoja seca
Que se crió alegre y sencilla,
Con el agua de tu orilla
Cual con leche maternal.

SER O NO SER.

A LA MEMORIA DE MI AMIGO

ANCONIO LARRAÑAGA.

¡Ah! no me atormentéis, vivas pasiones;
No intertumpáis fantásticas mi sueño:
¡Gloria! ambición! quiméricas visiones
Que me oprimís con incesante empeño,
Adiós, adiós; la túnica flotante
Miré perder de la inefable gloria,
En la tiniebla lóbrega y constante
Que envolvió á mi despecho mi memoria.
¡Y amar la vida, y levantar el vuelo,
Y adivinar el alma otra existencia!
¡Y el fango vil del miserable suelo
Tornar misterio la inmortal creencia!
¡Seguir esclavo la mundana suerte
Para volver la vista dolorida
Al confín solitario de la vida,
Que incierto alumbra el astro de la muerte?
¡Mirar una amenaza de exterminio
Con la primera luz del primer día,
Y marcar con la hiel de la ironía
En el mundo infeliz nuestro dominio?
¡En el mundo tan vario y transitorio
Mostrar al hombre con falaz diadema
Y un cetro inútil que su mano quema,
De la impotencia símbolo irrisorio!!!
Y anatema de muerte al inocente
Que á la vida llegó bañado en llanto
Y anatema inflexible de quebranto
Al hijo amado del Señor clemente!!

Y como á la ola que embebió la arena,
 Como á la humilde flor que tostó el hielo,
 Como á la fatua luz que abortó el suelo
 ¡Dios á sus hijos á morir condena!
 ¡Y así expira el encino corpulento
 De ramaje magnífico y sombrío
 Y la invisible gota de rocío
 Que en una de sus hojas secó el viento!
 ¡Y esta es la vida, y hórridas pasiones
 Del corazón disputanse el imperio!
 ¿Qué valen de la muerte ante el misterio
 El dolor ó las gratas ilusiones?
 ¿Llevar la mano á la abatida frente
 Por la honda duda el corazón inquieto,
 Y palpar con terror nuestro esqueleto
 Que el dolor vivo ó el placer desmiente?
 ¿Y sólo revelar miseria y nada
 El labio mudo del cadáver yerto,
 Cuando besamos su semblaute muerto
 Y estamos viendo su sonrisa helada?
 ¡Delicias! ambición! dulces amores!!
 Sueños sois, halagais un solo instante
 Como á las auras el perfume errante
 Que se exhaló del seno de las flores
 Los afectos de tierno sentimiento
 Por las prendas del alma tan queridas
 ¿Son como gotas puras desprendidas
 De nube flébil que divaga el viento?
 Yo ví brillar sublimes las estrellas
 De la alta noche en la solemne calma,
Y yo soy un mortal, clamaba mi alma,
 Ante sus luces cándidas y bellas.
 ¿Cómo el Dios del excelso firmamento,
 Que su nombre en los astros eterniza,
 Animó con su soplo la ceniza
 Para volverla la irrisión del viento?
 ¿Cómo su sol magnífico fulgura
 Signo de vida, antorcha de consuelo
 Para alumbrar el implacable duelo
 A que condena su sublime hechura?
 ¿Cómo le aclama el orbe Dios propicio
 Si al hijo de su amor omnipotente,
 Lleva á romper la pensadora frente
 Contra una tumba atroz de sacrificio?
 ¡Ah! No, sublime Dios, tú eres la vida;

Te culpa ingrata la mundana suerte;
 Tú alumbras con la antorcha de la muerte
 Esta existencia triste y dolorida.
 Es la muerte la nube tenebrosa
 Que un astro de bondad oculta al suelo,
 Pero en la tumba rásgase ese velo
 Y se vé la verdad esplendorosa.
 Fe celestial! Encanto el más risueño,
 No me abandones; amaré la vida:
 Si mi alma en la ilusión yace dormida
 ¡Ah! No me perturbéis; dulce es mi sueño!

ODA.

A MI AMIGO IGNACIO RODRIGUEZ GALVAD.

¿A donde estás Rodríguez? Tu renombre
Se eleva de tu lecho funerario,
Como se alza del centro del osario
Con brillo incierto la fosfórea luz.
Cruzó el mundo cual rápida centella
Que rompe las tinieblas del vacío;
Cuál blanca espuma en turbulento río
Por la vida pasó su juventud.

Cuál ráfaga de fuego que en el polo
Se extiende audaz sobre el eterno hielo,
Su genio inmenso en el ingrato suelo
Su riqueza sublime desplegó:
Y al levantarse en el desierto estéril
Se revistió de palidez sombría
Y ya al nacer luchó con la agonía
Penetrando en la vida con pavor.

Ángel bajó á la tierra, miró al mundo,
Y convulso de horror lanzó un gemido
Que resbaló en su lira, y su sonido
Un poeta á los hombres reveló.
Yo escuché de esa lira la armonía,
Y era rudo y solemne su concanto,
Como en las nubes el mugir del viento
Cuando pregona tempestad y horror.

Era la linfa pura de ancho río,
Que rompiendo su cauce se derrama,
Y catarata tórnase y rebrama,
Y despeñada y turbulenta allí:

En el abismo agítase furiosa
Cayendo y azotándose rugiente:
Mientras el iris en su torva frente
Desplega su magnífico matiz.

Su alma de rey, sus ansias de mendigo,
Huérfano atravesó por la existencia;
Daba lumbre á sus ojos la inocencia,
El desengaño al corazón su hiel.
Allá en la soledad del desamparo
Entonaba sus cantos de amargura,
Cual ave sola que en la selva oscura
Ignorada lamenta su viudez.

Como esa flor que en medio de la noche,
Cubierta de la sombra funeraria
Exhala su perfume solitaria,
Como se entrega un alma á la oración.
Semejante á esas aguas que se filtran
Y forman subterráneos cortinajes,
Sus ideas ocultas y salvajes
Iban formando un mundo de ilusión.

Genio, genio inmortal, tu patrimonio
Es la miseria y el eterno llanto,
Y ese estúpido mundo por tu canto
Se adormece con frívolo placer.
¿Por qué la inteligencia será un crimen?
¿Por qué esos hombres de miseria y lodo
Tu renombre verán como un apodo
Y cual signo de befa tu laurel?

Sarcasmo eterno á la época infelice
En que te ví luchar con la pobreza,
En que miré abrazarse tu cabeza
Para buscar hambriento el pan servil.
¿No miraban que el eco de tu genio
Vengando tu memoria volaría,
Dándote lustre y fama ¡oh, patria mía!
A tí que lo miraste infeliz?

Pero cuán superior á esa miseria
Elevado en tu genio, tu mirada
Hizo brotar un mundo de la nada
Con la eficacia y el poder de Dios.

Allá en tu altura en medio de ilusiones
 Ilustrabas ardiente tu retiro,
 Como baña de gualda y de zafiro
 El triste espacio refulgente el sol.

Grande inmortalidad, tú que desprendes
 El alma de su cárcel miserable,
 De luz y amor raudal inagotable,
 Vida del alma, espejo del criador;
 Lámpara sacrosanta que embellece
 El lúgubre sepulcro de la vida,
 Mostrando otra mansión esclarecida
 Que es la augusta morada del Señor.

¡Ah! Rodríguez, responde ¿no sentiste
 Atravesar un lampo por tu frente,
 Y seguirlo perdido en fiebre ardiente
 Sin descansar, con devorante sed?.....
 Fué la pasión de la inefable gloria
 Que aprieta el alma, que perturba el sueño,
 Fugaz celaje que álzase risueño
 Y que deslumbra ingrato al que lo ve.

Gloria, germen que riego con mi llanto
 Al borde estéril de la tumba misma,
 Incomprensible sueño que me abisma
 Y que roe mi pecho sin cesar;
 Fuego eterno que en mi alma rebozando
 En la materia pútrida se embebe,
 Como la lava expira entre la nieve
 Que la frente corona del volcán.

Una hoja de laurel que la fecunde
 El mismo llanto de tenaces penas,
 Aunque beba su jugo de mis venas;
 Un rayo de inmortal Eterno Dios;
 Un solo pensamiento que se salve,
 Y que el olvido horrible no consuma;
 Una sola ilusión, sólo una pluma,
 Pero que diga el ave á quien cubrió.

Tú lo alcanzaste, ya vibra en tu patria
 De tu lira magnífica el contento;
 Tú le diste atractivo á tu tormento,
 Tú le diste armonía á tu dolor.

Como el ave que emigra á otras regiones
 Sagaz huyendo al rigoroso hielo,
 Volaste libre al sempiterno cielo
 Abandonando un mundo de aflicción.

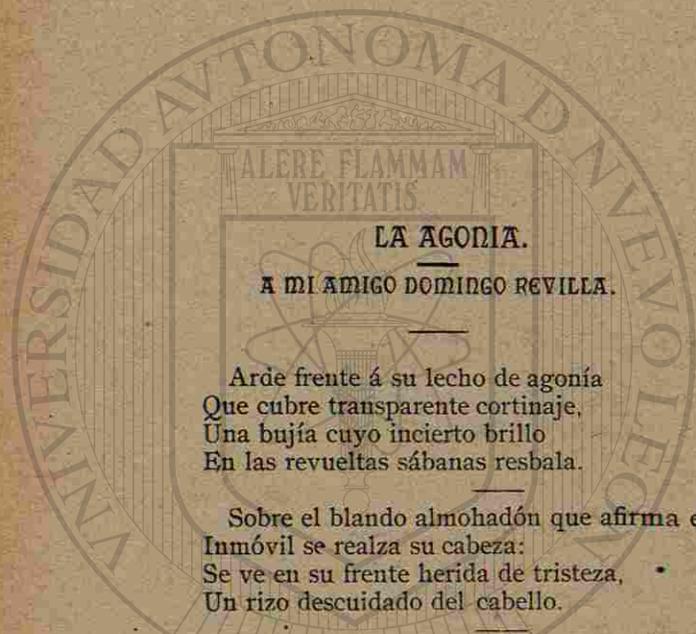
Tú que mis ansias férvido lloraste,
 Tú á quien me unió la inspiración de gloria,
 Tú de quien amo tanto la memoria,
 Hermano que presencias mi gemir;
 Tú que me ves sumiso venerando
 Tu ingenio colosal, tu alma de niño;
 Tú que me ves llorando de cariño
 Tu nombre entre mis versos esculpir.

Vengo á tu tumba á derramar mis flores,
 Vertiendo el alma su respeto inmenso,
 Vengo á quemarte sacrosanto incienso
 Como ante un tabernáculo de amor.
 Tú que buscaste en extranjera tierra
 Donde guardar el polvo de tus huesos,
 Y la patria más llena de embelesos
 Su bienhechora tierra te negó.

Que te lleven las ondas de esos mares
 Que extendidos é ingratos nos dividen,
 Las quejosas plegarias que despiden
 Las ya gastadas cuerdas del laúd.
 Ya que cual flor tronchada de su tallo
 Su aroma deja al inclemente suelo,
 Tu espíritu inmortal se elevó al cielo
 Cuando tocó tu cuerpo el ataúd.

Julio 22 de 1843. (*)

(*) En esta fecha hace un año falleció en la Habana á los veintiséis años de su edad.



LA AGONIA.

A MI AMIGO DOMINGO REVILLA.

Arde frente á su lecho de agonía
Que cubre transparente cortinaje,
Una bujía cuyo incierto brillo
En las revueltas sábanas resbala.

Sobre el blando almohadón que afirma el cuello
Inmóvil se realza su cabeza:
Se ve en su frente herida de tristeza,
Un rizo descuidado del cabello.

La sombra de las alas de la muerte
En sus facciones lívidas vacila,
Y sin ver; pero abierta la pupila,
Terror inspira su fijeza inerte.

Cárdena está su boca medio abierta,
Estático su busto se descubre,
Y bajo el blanco lienzo que le cubre
Giran los dedos de su mano incierta.

¿Cómo ves ora la encantada vida,
Su pompa y sus quiméricos festines,
Cuando entre nubes de oro y de jazmines
El sol de tu niñez resplandeció?
¿Cómo ves los amores, los delirios
Que inquietos hierven en la mente humana
Al pasar ese día sin mañana,
Que una lámpara fúnebre encendió?

Como hojas secas sobre suelo estéril
Ruedan hoy los recuerdos en tu mente:
Como la lluvia inútil é impotente
Miro el aire en tus labios resbalar.
Tú vez la vida como ve el marino
La muralla, la torre, el alto faro,
Al romper solitario y sin amparo
Las bravas ondas de ignorado mar

Allí estás ¡oh, mortal! estás suspenso
Entre la eternidad y lo pasado.
¿Qué no alumbra tu espíritu turbado
Del Eterno el Espíritu inmortal?
¿El alma que dió vida al pensamiento
En tu cerebro moribundo oscila
Como esa luz que al expirar vacila
Al frente de tu lecho funeral?

¿Y siempre duda, sempiterna duda
Arranca tu ilusión hoja por hoja,
Como cada aspirar de tu congoja
Te arrabata un instante de vivir?
¿Esa alma noble quédase perdida
En las paredes de la fosa yerta,
Como pétalo seco de flor muerta
Que se disuelve entre la yerba ruin?

¿Contemplar esa bóveda sublime
De refulgentes mundos tachonada
Como pompa irrisoria de la nada
De la escoria magnífico dosel?

¿Escuchar en el aura una armonía,
Percibir un misterio tras el cielo,
Y al emprender á su región el vuelo
En el pútrido fango perecer.....?

¡Ah! no, Señor, que te proclama el trueno,
Tu mirada de amor produjo el día,
Tú eres fuente de paz y de alegría
¿Para que nos reservas el dolor?
¿Por qué nos diste envuelto el pensamiento
En la nube terrible de la duda?
Por qué á la fe la dejas sin tu ayuda
En medio de este mar engañoso?

¡Cuántas veces, Señor, en tus altares
Al resonar el órgano sonoro,
Al reflejarse en los blandones de oro
Robustos cirios de esplendente luz
Entre el incienso mi oración subía,
Perfume de la vida transitoria,
A pedirte que un rayo de tu gloria
A iluminar viniese mi ataúd!

Y pensé que tu Espíritu invisible
Daba voz á la mística armonía,
Y que el alma arrobada presentía
Inmortal ¡oh, Señor! mi porvenir.
Dulce alivio en los mares de mi suerte,
Adorada ilusión, freno del crimen,
Bálsamo bienhechor de los que gimen
Del valle del dolor en el confín.

¿Qué miras, taciturno moribundo?
¿A tu vida el Eterno rasgó el velo,
Y espléndida y magnífica en el cielo
Ya ves brillar la eternidad y Dios?
¿Ya miras, fatigado peregrino,
La deliciosa estancia de tu dueño,
Y pides á la tierra el postrer sueño,
Y al despertar encontrarás su amor?

Aguila aprisionada, ¿ya rompiste
Esa red frágil que te ató á la vida,
Y gimiendo al romperla en tu partida
Vas á perderte entre la luz del sol?

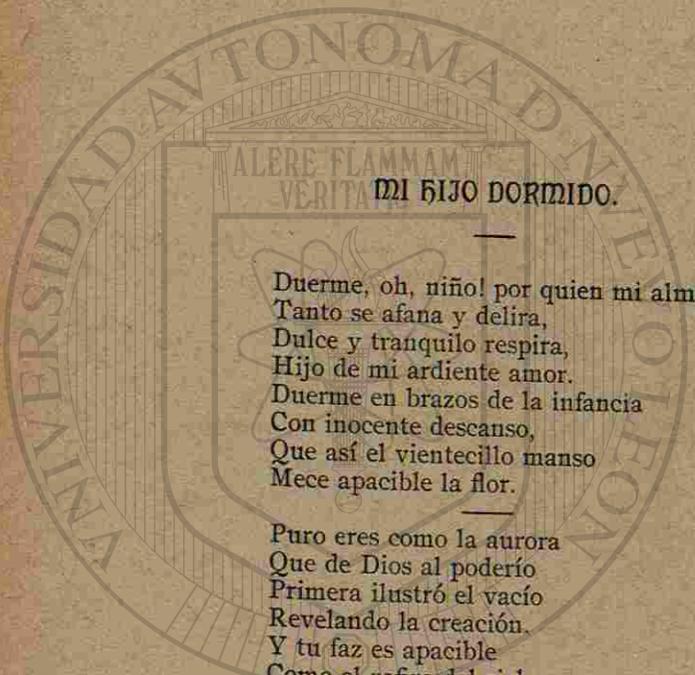
¿O siempre con la pena en tu agonía
Llegas al borde de la tumba helada,
Dudando hallar el seno de la nada
O las alas de arcángel del Señor?

Después difícil se escuchó su aliento,
Un color sepulcral su vista empaña,
Se escucha su estertor, de su pestaña
Forma un hilo su llanto de tormento.

Anímase su vista y reluciente
Gira en torno á su lecho descarriada,
Cual expirante luz que de repente
Levanta fugitiva llamarada.

Por fin, por fin, la vida se despierta
En la faz del rendido moribundo,
Y el gemido de ¡adiós! que lanzó al mundo,
Del sepulcro fatal le abrió la puerta.

Enero de 1844.


 MI HIJO DORMIDO.

Duerme, oh, niño! por quien mi alma
Tanto se afana y delira,
Dulce y tranquilo respira,
Hijo de mi ardiente amor.
Duerme en brazos de la infancia
Con inocente descanso,
Que así el vientecillo manso
Mece apacible la flor.

Puro eres como la aurora
Que de Dios al poderío
Primera ilustró el vacío
Revelando la creación.
Y tu faz es apacible
Como el zafiro del cielo,
Despejado y sin un velo
Cuando la caída del sol.

Es delicioso tu aliento
Como en los mares la brisa,
Es ingénua tu sonrisa
Como en la fuente el cristal.
Y para mí tus encantos
Avasallan mi albedrío
Porque eres el hijo mío,
Porque eres mi iris de paz.

Porque tú, niño, revives
Los ensueños de mi infancia;
Flor que vierte su fragancia
En mi amarga juventud;

Grata estrella que reluce
Sola en la tormenta umbría,
Perdido rayo del día
Entre el lóbrego capuz.

Niño, duerme sosegado,
Que yo velaré tu sueño,
Junto á tu arcángel risueño
También de rostro infantil.
Duerme, que la única sombra
Que tu faz tranquila empaña
Es la que hace tu pestaña
Sobre tu tez de marfil.

Barquilla pronta á lanzarse
En el mar de la fortuna,
Primer destello de luna
Visto entre nubes de horror,
Dulce sueño de la infancia,
Tan blando, tan sosegado,
Pero, hijo mío, pasado
En el mundo del dolor.

Así á la margen del río
Se mece flor inocente.
Si rebosa la corriente
¿A la flor respetará?
Así cándido celaje
Reluce al sol en el cielo:
¿Qué será del frágil velo
Si brama la tempestad?

Y tú que eres, niño hermoso,
La vida del alma mía,
Como para el mundo el día,
Como para el cielo el sol.
Ah! no quiero contemplarte
Sino durmiendo y gozando,
Aunque yo muera penando:
Yo nací para el dolor.

Tu nacimiento esperaba
Con ternura, hijo querido,
Y fué tu primer vagido
Mi armonía angelical.

Después te arrullé en mis brazos,
Dulces trovas componiendo,
Y te adornía riendo
Mi monótono cantar.

Te hablaba de que en el cielo
Hay florecientes jardines,
Cual tú, niños querubines
Que son delicia de Dios.
Y arroyuelos transparentes,
Y palacios de diamantes,
Y aves de plumas brillantes
Y de canto seductor.

Y te decía:—hijo mío,
Embebido en contemplarte
Sin atreverme á besarte
Y tu sueño interrumpir,
Te ví cual se mira al cielo
En la linfa transparente,
Como embalsama el ambiente
Al entreabrirse el jazmín.

Y en tu frente hallar quería
El anuncio del talento,
Y creí dotar tu aliento
De elocuencia celestial.
Y á mi padre recordaba
En tus facciones de niño,
Y recordé su cariño,
Y recordé mi orfandad.

Y entonces, niño, lloraba;
Pero refrené mi duelo:
Que es sensible agoste el hielo
En su capullo á la flor.
¿Qué será de tí, hijo mío,
Mi ángel de paz, mi delicia?
Nadie te hará una caricia,
Nadie te ama como yo.

Hijo de mi amor ardiente,
Nacido de mi María,
Cual del cielo nació el día
Y la perla de la mar.

Cuando te miro en sus brazos
Reclinado con terneza,
Digo: aquella es mi riqueza,
Mi sola felicidad.

Como en un cielo dos astros,
Como en un tallo dos flores
Que compiten en colores
Y en belleza y en olor.
Como en una hoja dos gotas
De transparente rocío,
Los contempla el amor mío
Con hechizo encantador.

Duerme, niño, ya que ignoras
Que vivir es padecer;
Duerme en brazos del placer,
Duerme velado por mí,
Duerme: estréllense en tu cuna
Las olas del mundo vano;
No te despierte la mano,
Niño hermoso, del dolor.

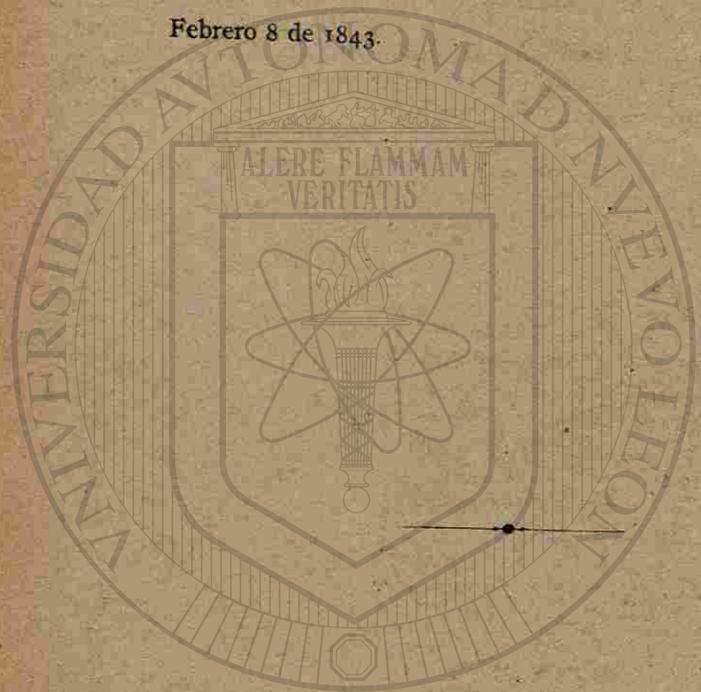
Porque tú eres mi embeleso,
Mi niño, mi hijo, mi encanto,
Con recogimiento santo
Guardo tu sueño, mi bien.
Dosen formente las alas
Del ángel de tu inocencia;
Sueña bajo su influencia,
En las glorias del Edén.

Los afectos que me infundes
No expresa ningún idioma,
Tienen armonía, aroma,
Tienen amor paternal.
Por eso, niño, al mirarte
Sin saber la causa, lloro,
Y sé al ver lo que te adoro
De mi alma la inmensidad.

Cuando yo en la tumba fría,
Esté, niño, descansando,
Tú repetirás llorando
Este canto paternal.

Y si permiten los cielos
Que yo sepa tu memoria,
Duplicará así mi gloria
El Hacedor inmortal.

Febrero 8 de 1843.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA CUNA VACIA.

Recuerdo de mi inocencia,
Cuna humilde, cuna mía,
Abandonadada, vacía,
Desde que yo te dejé.

Junto de tí lancé al mundo
Tierno mi primer vagido,
En tus brazos he dormido
Los sueños de mi niñez.

En tí, trémula barquilla,
Crucé el lago de la infancia,
Percibiendo la fragancia
Del dulce amor maternal.

Y las olas de los días
Me mecieron murmurando,
Y era su vaivén tan blando
Que reía al despertar.

Era el lago de la infancia,
Tersó cual bruñida plata,
En que la aurora retrata
Sus celajes de carmín;

En que rizan sus cristales
Auras gratas, sosegadas,
Con las alas empapadas
En aroma de jazmín.

Dulce es cruzar una cuna
Por el albor de la vida,
Deslizándose impelida
Por el gozo y la ilusión.

Allí va un niño durmiendo,
Niño de serena frente,
Ni tiene dudas su mente,
Ni penas su corazón.

Es grato ver una cuna
Que el viento apenas la toca,
Porque una madre coloca
Allí al hijo de su amor.

Porque ella es un relicario
Do guarda al niño adorado
Y sólo á una madre es dado
Reconocer su valor.

Porque es de pórvido el vaso
Que ampara una flor querida,
Que vale toda una vida
De ternura maternal.

Es dulce ver en la cuna
De un hijo la frente bella,
Como es mirar una estrella
De un arroyo en el cristal

¿A do caminas barquilla
Con imprudente inconstancia?
¡Ah! del lago de la infancia
Huyes para no volver!

Goza del aura serena,
Goza del tranquilo cielo,
Modera el rápido vuelo
Y el fugitivo vaivén.

Te hacen bóveda en los aires
Nubes de topacio y oro,
Te va dirigiendo un coro
De arcángeles del Edén.

Y al preservarte ¡oh, barquilla,
De los riesgos de los mares,
Van entonando cantares
De dulcísimo placer.

Nada te arredra, barquilla;
Ya es horrible la corriente,
Queda al borde del torrente,
Que es necesario un bajel.

La juventud se despeña
De roca en roca saltando,
Y se avalanza bufando
Cual desbocado corcel.

Quédate, adiós, cuna mía,
Solitaria sin tu dueño,
Adiós de la infancia, ¡oh, sueño!
Salud, porvenir atroz.

Quédate como la concha,
Sin su perla reluciente,
Como sin sol el Oriente,
Como el capullo sin flor.

Quédate como la nube
Que rompió en antes la luna,
Quédate huérfana ¡oh, cuna!
De mi tranquila niñez.

Inútil como la roca
De que se arrancó el diamante,
Tallo de flor inconstante
Que se marchitó al nacer.

Queda viudo, hermoso nido,
En que trino alegre el ave,
Do se dirige? ¡quien sabe!
Tan sólo lo sabe Dios.

Voló á la merced del viento,
Arrebatada, perdida:
Voló casi confundida
Con las nubes del dolor.

¡Pobre niño! ¡inútil cuna!
Queda al principiar la vida,
Como el punto de partida,
Que el viajero te verá

Allá en el confín obscuro,
Entre memorias diversas,
Entre las nubes dispersas
De su deliciosa edad;

Al tocar en una cuna
Do se nacé á otra existencia
Que la humana inteligencia
Sólo entre tinieblas ve.

Esa es la cuna del polvo,
Cuna que helada recibe,
En la que el polvo revive
Para jamás perecer.

Dos límites de la vida,
Y en la fatal travesía,
La pertinaz agonía
Y el llanto atroz y el sufrir.

En uno las ilusiones,
En otro los desengaños;
En una brotan los años,
En otro encuentran su fin.

En uno se entra riendo
Con el semblante de niño,
Con los besos del cariño
Del padre de nuestro amor.

Viendo el otro del ocase
Al indeciso reflejo,
Quemar nuestra tez de viejo
El llanto de la aflicción!!

Uno propone un enigma,
A la materia, á la suerte;
Y es otro enigma la muerte
Para el alma del mortal.

Quédate; adiós, cuna mía;
Flor muerta, flor sin fragancia,
Halagada de mi infancia
Por el aura matinal.

Te veré como un despojo
De mi venturosa suerte
Cuando me envuelva la muerte
En su lóbrego capuz.

Tal ve el náufrago al hundirse
En mares embravecidos
Los tablones esparcidos
Del barco en que vió la luz.

Junio de 1843.

A MI MARIA

Amor de mi alma, mi vida,
Culto de mi corazón,
Santa memoria escondida
En mi honda veneración,
De luz eterna circuída.

Vengo á implorar reverente
Un destello de luz pura,
Una gota de ternura
Que refresque el labio ardiente
Empapado en amargura.

No te requiebra mi canto
Que vil cruzó por la orgía
Rasgando tu regio manto;
Te habla la voz de mi llanto,
Escúchala, mi María.

Si obstinado enmudecí,
Sin confiar mi voz al viento,
Desde que tu luz perdí,
Es que como hora mi acento,
Lo hallaba indigno de tí.

De tí, esencia de mi ser,
Alma de mi corazón
Bajo forma de mujer;
Mi cielo, mi inspiración,
Mi santidad de placer.

Y no causa mi inquietud
Que mi mano entumecida
Resbale en el ataúd;
Es que le falta á mi vida
La aureola de tu virtud.

Es que en mi profundo duelo
Murió olvidado el hogar,
Do eras ángel de consuelo,
Y tu semblante mi cielo,
Y tus rodillas mi altar.

Es que en mi pecho no siento
Tu dulce faz, amor mío,
Y que en mi hondo desvarío
Te llamé, y en el vacío
Muere sin eco mi acento.

Hoy en mi cruda aflicción,
Cuando la borrasca impía
Destroza mi corazón,
Te me apareces, María,
Como celeste visión.

Surges divina en mi mente
Cual rayo de blanca aurora
En el tenebroso Oriente,
Y tienes, reina y señora,
Mi adoración reverente.

¿A donde está la terneza
Que era mi alivio y mi encanto
En mis horas de tristeza?
Do de tu alma la grandeza,
Mi escudo contra el quebranto?

¿Donde en la tranquila calma
Mis canciones amorosas
Cayendo al cristal de tu alma,
Como al pie de esbelta palma
Riegan pétalos las rosas?

En la ventura lucía
Tu amor tierno, y me calmaba
En la adversidad sombría;
Tu alma de luz me llenaba,
Y augusta resplandecía.

Cuán dulce era despertar
Tras sosegado dormir,
Y tu mirada encontrar,
Y verte, mi bien, sonreír,
Tu blanca mano al besar.

Oh! cuán dulce en el desvelo,
 Presa del intenso mal,
 Junto al lecho, con anhelo,
 Verte arcángel de consuelo
 Con ternura celestial.

Ser de mi ser, dulce abrigo
 De mis horas de amargura,
 Venga tu recuerdo amigo,
 Ya que estoy muerto contigo
 En tu misma sepultura.

Mi niña, mi amor, María,
 Ven de tu adorado en pos,
 Tu luz de cielo á mí envía.....
 Yo por tí conocí á Dios,
 Porque en tí resplandecía.

EL CORRENTE

A MI AMIGO ANDRÉS OSQUERA

Vuela iracundo, férvido, altanero,
 Vuela rugiendo, aterrador torrente,
 Vuela precipitándote tremendo,
 Y cuando tu corriente se derrumbe,
 A lo lejos retumbe
 De tus rápidas ondas el estruendo.
 ¡Salud! ¡salud! magnífico y terrible
 Rompes el dique, allanas la barrera,
 Tiembla el llano á tu voz, tiembla la sierra,
 Dócil te acata la fecunda tierra,
 Nada se opone á tu inmortal carrera;
 Invencible tu curso se abalanza
 Desde la cima del excelso monte,
 Y allá entonas tu cántico salvaje
 Que hórrido anuncia tu feroz pujanza;
 Ciego, soberbio, airado te desbocas
 Cual se desencadenan las pasiones;
 Gimes al azotarte entre las rocas;
 Te lanzas orgulloso al hondo abismo,
 Y siempre grande, siempre poderoso,
 Tu vista aterradora me extasía,
 Se engrandece al mirarte el alma mía.
 Vuela ¡oh, torrente! vuela en voz de trueno,
 Rompe en himnos de gloria y de grandeza,
 Alma fogosa del feraz desierto,
 Alabanza animada del Eterno,
 Fuente de inspiración, monarca augusto
 Que de la soledad se enseñorea,
 Siempre atrevido, rápido, robusto.
 Tú, de la juventud sublime emblema,
 Tipo de las pasiones irritadas:
 Tú, del desierto intrépido salvaje,

Voz de las rocas, vida del paisaje,
 ¡Siempre, siempre eres grande, prepondera
 Donde quiera tu vista encantadora!
 Ya entre las crestas de áspera montaña
 Te lanzas rebramando furibundo,
 Con giro incierto derribando peñas,
 Rodando trozos de macizo hielo,
 Envuelto entre celajes y entre bruma,
 Y dejando en los picos de las rocas
 Frágiles copos de argentada espuma.

Brilla apacible en el inmenso cielo
 Entre celajes cándidos la luna;
 Tal entre la esperanza de consuelo
 Nos sonríe propicia la fortuna.
 Grata la noche está, dulces las flores.
 La ala del aura llena de fragancia,
 Mansa respira en su cristal la fuente,
 Blando susurra el viento
 En las ramas del árbol corpulento,
 Y en muelle calma y en deleite blando,
 Inconstante retrata la laguna
 Las nubes plateadas por la luna
 Que van en el espacio revolando.

No hay mundo, no hay desierto, calla el viento:

Pero todo se olvida de repente,
 Que entre las rocas rebramó el torrente:
 Audaz, loco, frenético, violento,
 Y cruza por la mágica pradera
 Cual por recuerdos puros el delito,
 Como pasa entre plácidos festines
 La escarnecida sombra del maldito.
 Quiebra el reflejo de la dulce luna,
 Como se borra, desfigura ó pierde
 En medio de la fiebre del delirio
 El recuerdo de próspera fortuna;
 Como el precito que recuerda el cielo,
 Cual la inquietud febril que presta el celo
 Recordar que es feliz la que perdimos,
 Tal pasas descarriado, obedeciendo
 El inflexible impulso del destino,
 Tal atraviesas la risueña escena;
 Ni el abismo tus pasos encadena,
 Nada hay que estorbe tu fatal camino.
 Vuela ¡oh torrentel cruge, esfuerza el vuelo,
 Ya no está el mundo en plácido desmayo,

Rueda la tempestad y muge el cielo,
 Ronco retumba entre la nube el rayo.
 Todo es digno de tí, brama y compite,
 Hasta los cielos tus espumas lanza,
 Cruge aterrada la mezquina tierra,
 Alza la voz rugiente,
 Saluda la borrasca omnipotente.
 Tú arrebatas los árboles gigantes;
 Tú hierves como inmensa catarata;
 Tú con hondo gemir repite el trueno;
 Tú encrésplate soberbio
 Si el relámpago lívido serpea
 Entre las negras olas de tu seno.
 Lucha la tempestad, gime el torrente,
 En las rocas se azota y se quebranta
 Y las rocas humilla y desencana;
 Y la tormenta por los aires brama
 Los árboles robustos derribando,
 Y el rayo que los árboles desgaja,
 Con desprecio los lleva la corriente
 Y los arroja como humilde paja;
 El mundo desaparece en la tiniebla,
 Dueños son de la tierra los rivales,
 Clama la tempestad omnipotente,
 Y clama respondiéndole el torrente.

¡Salve, oh torrente, encantador, sublime!
 Vuela suelto cual libre pensamiento,
 Y no sepulte tu crugir violento
 El mar opuesto que en la playa gime.
 ¿Qué, con tu orgullo y con tu augusta pompa,
 Con tanta juventud y lozanía,
 Con tu vida arrogante y voz robusta,
 De tu muerte fatal llegará el día?
 Ahogado de la mar entre los brazos
 Bajarás á sus olas ignorado,
 Igual á mí y al árbol arrancado
 Que halló en tu seno su horrorosa tumba?

Agil, soberbio, prometiendo vida,
 También eres mortal; pasan tus olas
 Como de mi existencia los momentos,
 Átomos que se pierden en los vientos
 Con los placeres y el pesar perdidos;
 ¡Pasan, torrente, tus soberbias ondas
 Las hojas de los árboles llevando,

Y el tiempo, como tú, corre, arrastrando
Hombres y pueblos, chozas y naciones!!!

Y así como las gotas de la lluvia
Desparecieron en tu seno errante,
Del tiempo en el torrente
Se perdieron cien mil generaciones.

Vuela ¡oh torrente! vuela, que ni una ola
Se elevará en el mar, si en él espiras;
Vuela á buscar morada,
Y vuela como yo, vuela á la nada;
Y el que hoy es hombre, fétido esqueleto
Después será: do estuvo el pensamiento,
En la concavidad silvará el viento.
Sí, y ese viento que tus olas riza
Disipará la frívola ceniza
De tu humilde cantor. Grande torrente,
Vuela hora que tu paso nada enfrena,
Vuela orgulloso, y al desierto atruena:
Si hoy con el viento muges y al sol brillas,
Si hoy de los montes te responde el eco,
Tal vez llegará tiempo
Que la oveja que pasta en tus orillas
Deliciosas y bellas,
Llegue á estampar sobre tu seco lecho
Indiferente sus mezquinas huellas.....!!!!

EL CANTO DEL SALVAJE.

Queda rasgado cortesano traje,
Mortaja vil en tu recinto yerto;
Yo te saludo espléndido desierto
Como yo grande, y como yo salvaje,
Te saludo, mansión de mis mayores;
Libre resuene mi esforzado acento
Y cunda mi alabanza por el viento,
Bañada en el perfume de tus flores.

Cunda, sí, cunda, que el sublime fuego
Arde en mi ser y enalteció mi frente;
Desierto ilimitado y esplendente,
Cuna de mi niñez, á tí me entrego.
Amigo de mis horas de tristeza,
Templo de mis fervientes oraciones,
Prisma de mis risueñas ilusiones,
Te encuentro con tu pompa y tu grandeza.

Y se levanta mi alma, y mi lenguaje
Se despliega con mágica entereza,
Que yo heredé, desierto, tu grandeza,
Y tú eres el palacio del salvaje.
Salud, árbol rival de la tormenta,
Bendición y salud agreste roca,
Bendición y salud canta mi boca
Al pino y á la encina corpulenta.

Rocas, árbol, torrente, manso río,
Hermanos que idolatro con ternura,
Bendición y salud, paz y ventura,
Que ufano en contemplaros me extasío.

No moriré cual fruta trasplantada,
Cobró su vuelo el águila altanera,
Vuelve á su libertad la altiva fiera,
Rompió el dique la fuente aprisionada.
Sí, lo rompió, y el corazón de fuego
Desnudo ya de las pasiones ruines,
Ni se hiela en los frívolos festines,
Ni deja entre el bullicio su sosiego.

Dulce será mi sueño junto al roble,
Teniendo por dosel el firmamento,
Que yo bañé con llanto de tormento
El lecho muelle en que reposa el noble.

Me ocultaba mezquino cortinaje
¡Oh, Padre de la luz! tu faz suprema,
Brillabas ignorado, y tu diadema
No daba vida al rostro del salvaje.
Te vuelvo á ver hirviente catarata;
Vuelvo á gozar de tu áspero concierto,
Himno perenne en medio del desierto
Que la grandeza del Señor relata.

Yo recordaba tu profundo lecho,
Yo miraba tu faz aterradora
Cuando rauda te arrancas bramadora
Y saltas de las rocas con despecho.

Cuando tu voz la inmensidad pregona,
Y tu bramido hasta los cielos llega;
Cuando vistoso el iris se despliega
Y te ciñe su espléndida corona.
Cuando las gotas de agua desprendidas
De arco inmenso en lluvia de diamantes
Ruedan pintando al sol, puras, brillantes,
Como ilusiones bellas y perdidas.

Cuando la espuma que tu curso deja
Contrasta con tu horror y tu arrogancia,
Como en un alma impura de la infancia
Inefable el destello se refleja.
Salud y bendición, grande desierto;
De nubes esplendente cortinaje,
Que orláis este magnífico paisaje,
De flores y aguas y beldad cubierto.

Quiero que me arrebate y que me asombre
De la tormenta el férvido coraje,
La tempestad soberbia y el oleaje,
El cielo airado y orgulloso el hombre.
Brama feroz, que tú eres mi armonía,
Gime, el torrente con tu voz retumbe,
Que sabes que el salvaje no sucumbe,
Y es solemne al mirarte su alegría.

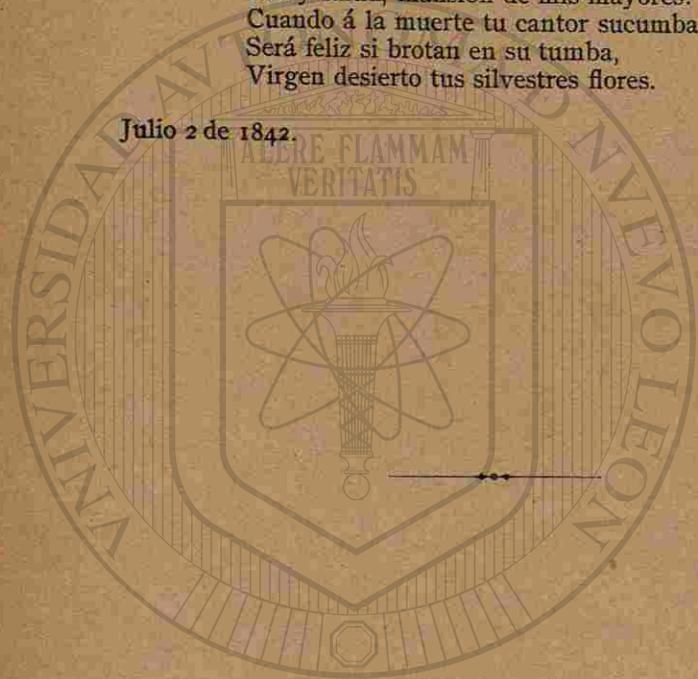
Ronco rodaba en la tiniebla el viento,
El relámpago cárdeno lucía;
Era aquella mirada de agonía
Que dirige á la tierra el firmamento.
Con estrépito rásganse en mil bocas
Las nubes que revientan con pavura,
Y remeda un gemido de amargura
El corazón de piedra de las rocas.

Destrózase crujiendo al derribarse
La encina reina á la que el rayo hiende,
Y lámpara fatal su tronco enciende,
Cadáver ya que aterra con mirarse.
Se cruzan y se chocan con ultraje
Corrientes mil que el piélagos recibe;
Pero el desierto entonces canta y vive,
Y es sublime su cántico salvaje.
La tempestad se ahuyenta, la luz brota,
Vese la luna con fulgor brillando,
Y quédanse los árboles cimbrando,
Y ríela la luna en cada gota.
En mar de plata se convierte el llano,
Parece sollozar la mansa fuente
Y que despide con su voz doliente
A la tormenta del confin lejano.
Esta vida al salvaje da pasiones;
Ruge la tempestad y el rayo truena,
Ved su frente elevándose serena
Y pintando sus vivas conmociones,
Por eso te idolatro como al niño
Ingénua adora diligente madre,
Tú fuiste mi familia, tú mi padre,
Y yo siento que me amas con cariño.

Salud y bendición, desierto mío,

Que guardas el ramaje de mi cuna,
Salud con tus tormentas y tu luna,
Salud con tus paisajes y tu río,
Paz y salud, mansión de mis mayores:
Cuando á la muerte tu cantor sucumba,
Será feliz si brotan en su tumba,
Virgen desierto tus silvestres flores.

Julio 2 de 1842.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UDA DUBE.

I

En la mitad del cielo sus ráfagas derrama,
Reverberando ardiente desde su trono el sol,
Y el lago reproduce la abrasadora llama,
Y lánguidos doblega sus pétalos la flor.

El aura replegando sus alas bienhechoras,
Entre las hojas secas parece sollozar,
Ni un eco, ni un celaje, ni de aves voladoras,
Bandadas en los aires contémplanse cruzar.

Con tardo movimiento muriendo de fatiga,
Divísanse rebaños y al perezoso buey;
Y las aves le siguen porque es su sombra amiga,
Mientras lame la yerba para apagar la sed.

Cual guardias apostados se miran los palmeros
Sobre la loma agreste tranquilos descollar,
Cual símbolos cristianos sombríos y severos
Que marcan expresivos la tumba del mortal.

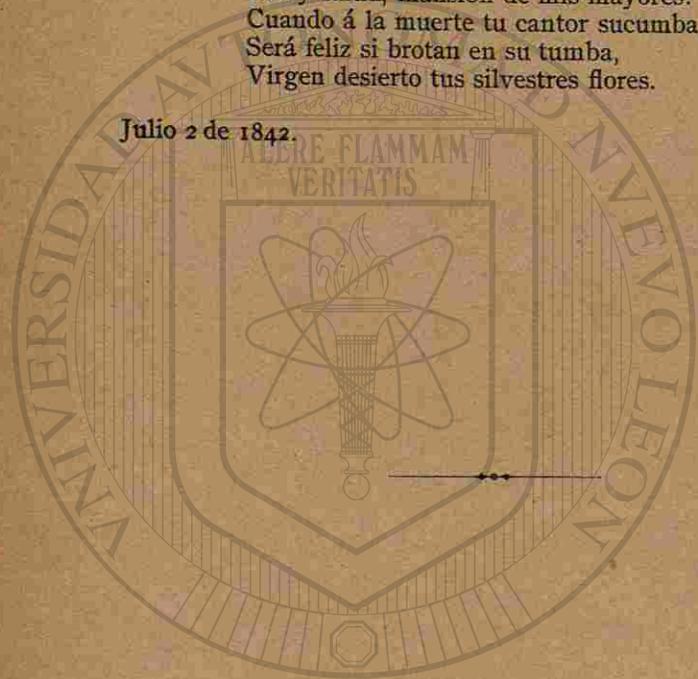
Los brazos descarnados del indolente espino
Rastreros sobre el suelo se miran extender,
Parecen desafiando la furia del destino,
Durmiendo entre las rocas el sueño del no ser.

Un leve polvo de oro poblando está el vacío
Que sube de los valles hasta el sereno azul,
Y ven los ojos llamas en medio á un campo umbrío,
Si los párpados cierran heridos por la luz.

Del lago al lado opuesto se miran mil jardines,
Y de árboles las copas al viento estremecer:

Que guardas el ramaje de mi cuna,
 Salud con tus tormentas y tu luna,
 Salud con tus paisajes y tu río,
 Paz y salud, mansión de mis mayores:
 Cuando á la muerte tu cantor sucumba,
 Será feliz si brotan en su tumba,
 Virgen desierto tus silvestres flores.

Julio 2 de 1842.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

UDA DUBE.

I

En la mitad del cielo sus ráfagas derrama,
 Reverberando ardiente desde su trono el sol,
 Y el lago reproduce la abrasadora llama,
 Y lánguidos doblega sus pétalos la flor.

El aura replegando sus alas bienhechoras,
 Entre las hojas secas parece sollozar,
 Ni un eco, ni un celaje, ni de aves voladoras,
 Bandadas en los aires contémplanse cruzar.

Con tardo movimiento muriendo de fatiga,
 Divísanse rebaños y al perezoso buey;
 Y las aves le siguen porque es su sombra amiga,
 Mientras lame la yerba para apagar la sed.

Cual guardias apostados se miran los palmeros
 Sobre la loma agreste tranquilos descollar,
 Cual símbolos cristianos sombríos y severos
 Que marcan expresivos la tumba del mortal.

Los brazos descarnados del indolente espino
 Rastreros sobre el suelo se miran extender,
 Parecen desafiando la furia del destino,
 Durmiendo entre las rocas el sueño del no ser.

Un leve polvo de oro poblando está el vacío
 Que sube de los valles hasta el sereno azul,
 Y ven los ojos llamas en medio á un campo umbrío,
 Si los párpados cierran heridos por la luz.

Del lago al lado opuesto se miran mil jardines,
 Y de árboles las copas al viento estremecer:

Cual jóvenes que burlan en plácidos festines,
El infalible amago de su destino infiel.

También de entre las rocas salvajes caprichosas
Saltando despeñadas las linfas del raudal,
Bajo dosel de parra y entre jazmín y rosas,
Se ven copos de espuma temblando en el cristal.

¡Martirio! así lo siente impío moribundo
Al mirar expirante del sol la postrer luz,
Cuando ésta le descubre delicias en el mundo,
Delicias que percibe pisando el ataúd.

II

Señor, Señor, despliega tu sonrisa,
Y á mi sien que fallece cual las flores,
Que del fuego sucumbe á los rigores,
Revivirá la brisa.

Templa ese sol que su mirar de fuego
Tus santas obras iracundo abrasa,
Sediento está este labio por do pasa
Mi fervoroso ruego.

Diste á ese campo su tranquilo río,
A la noche las sombras de tu manto,
A las flores la brisa y el rocío:
¿Y á mí tan sólo el llanto?

Que penetre mi ruego en tu santuario,
Que falto de vigor muere mi acento:
Tu labio, eterno Dios, gimió sediento
El día del Calvario.

¡Ay! que me agobia la tenaz fatiga;
¡Ay! que insensible el sol quema mi frente;
Extiende ¡oh, Dios! tu mano omnipotente,
Será mi sombra amiga.

Pego mi boca á la abrazada arena,
Sintiendo arder doliente mis entrañas,
Miro postrado relucir serena
La nieve en las montañas.

Al pueblo tu verdugo, Dios clemente,
Viste piadoso en medio del desierto,
Y tras un manto espléndido cubierto
Refrescaste su frente.....

III

Cual plácida joven que besa hechicera
La frente severa de amante infeliz,
El aura á los campos voluble se allega,
Gozosa despliega su manto sutil.

Festiva entre nubes de blandos olores,
Cual vaga entre flores fugaz colibrí
Se acerca á las plantas, les presta embeleso
Y aspira su beso fragante el jazmín.

Las aves rompiendo su rápido vuelo,
Levantán al cielo mil himnos de amor;
Si al lago los labios del aura se aplican
Mil olas duplican la imagen del sol.

La frente elevaba con gozo al Eterno,
Sentía yo tierno su soplo de paz,
Vivífico el aire, dió vida á mi acento,
Sonando en el viento mi canto inmortal.

De pronto cual ave que deja su nido,
Celaje vestido de regio arreból,
Bogando en los aires cual místico velo,
Templó bajo el cielo benigno el calor.

Levanten las flores su aroma el más blando,
Las aves cantando proclamen á Dios;
Cayó sobre el cielo su sombra suprema.....
Brilló la diadema del fúlgido sol.

¡Oh cielos! eleven sublimes cantares,
Sus himnos los mares, su incienso el volcán;
Mil soles que al hombre mezquinos deslumbran,
Son cirios que alumbran tu mágico altar.

Celaje que vuelas con alas de armifio
Más puro que el niño, cual feble sendal
Que oculta el semblante de esquiva hermosura,
Y presta dulzura voluble á su faz.

Tú llevas al cielo fugaz la plegaria
Que alcé solitaria ferviente al Señor,
Cual ave apacible me muestras su agrado
Celaje adorado, me dices su amor.

Empape tus alas de blanca paloma
Del campo el aroma, celaje feliz:
Si al verte embebido con plácido encanto,
Anégame el llanto, lo vierto por tí.

Su sombra benigna cayendo en mi frente,
Se alzó al Dios potente, palpé su bondad,
Sentí mis sudores su soplo secando,
Su soplo tan blando de amor paternal.

Señor, el insecto nos dice tu nombre,
El hombre ¡ay! el hombre sí te osa negar;
Y llevan tus sombras las nubes del viento,
Las auras tu aliento, tu imagen el mar.

Mi Dios, tú que viste mi agudo quebranto,
Tú, acepta mi canto, mi amparo, mi bien;
Tú, acepta del labio que vuelve á la vida
La voz conmovida de intenso placer.

Mi pecho gozando de dulce ternura,
Cual se abre flor pura del viento al vagar,
Te rinde un aroma de ardiente alabanza,
Mi santa esperanza, mi Dios inmortal.

Feliz ¡oh celaje! si en eco de trueno,
Me llama á tu seno, la muerte y mi Dios;
Y rápida mi alma del suelo levantas,
Poniendo á mis plantas la frente del sol.

Febrero 3 de 1844.

A MARIA.

LA LÁGRIMA DEL DOLOR.

La ví en éxtasis sublime,
Brilla el pudor en su frente,
Duerme en su labio inocente
Virgen el beso de amor.
La juventud seductora
De frescas rosas la ornaba;
Pero su vista ofuscaba
La lágrima del dolor.

No era su tierna mirada
Promesa de amor ardiente;
No el juramento elocuente
De la acendrada pasión.
Era mirada apacible
Cual tras leve nube el cielo,
Porque le formaba un velo,
La lágrima del dolor.

Es galana en los festines
Y hechicera la hermosura,
Brillante por la ventura
Como el iris por el Sol.
Pero era ideal, solemne,
La beldad que me arrobaba,
Porque en sus ojos temblaba
La lágrima del dolor.

Símbolo del sentimiento,
Expresión de la ternura,
Lágrima inocente y pura
Vertida del corazón.
Perfuma la alba azucena
En su cáliz el rocío;
Tú divinizas, bien mío,
Tu lágrima de dolor.

Yo, huérfano, padecía,
Y en el triste mundo errante
Me lastimaba punzante
Del placer el esplendor.
Alzo los ojos, te miro,
La esperanza no me engaña.....
Dobla tu negra pestaña
La lágrima del dolor.

¿Por qué á tus ojos el lloro,
Dulce bien, casta paloma;
Qué dice ese mudo idioma,
Ese idioma de aflicción?
A mí en hondo desamparo
Y en angustia sumergido
Un cielo me ha prometido
Tú lágrima de dolor.

Comprenderás mi tormento
Y mis ayes doloridos.....
No profane tus oídos
Mi erótica inspiración.....
Yo te adoraré, María,
Con reverente embeleso,
Enjugará el casto beso
Tu lágrima de dolor.

CANCIÓN.

Como entre negras sombras
Camina el alma mía,
Murió la luz del día
Sobre mi triste faz.
Y en lo hondo del abismo
De mi fatal quebranto
Las notas de mi canto
Se extinguen sin vibrar.

Cual barca abandonada
Que con girar incierto
Recorre el mar desierto
Así en la vida voy.....
Si alcanza playa amiga,
Si en ansia eterna vaga,
Si mísera naufraga
¿A quién le conmovió?

Como en desnuda encina
Se mira helado y seco
Del nido el negro hueco
Que al pájaro abrigó,
Donde en trinos alegres
Al campo y á las flores
Cantaba sus amores
En canto seductor.

Así siento en mi pecho
Al corazón doliente
Que en otro tiempo ardiente
Mi ser vivificó,
Y del amor al fuego
Y al brillo de la gloria
Cantaba su victoria
Del hado y del dolor.

Se desbordaba mi alma
 Con la pasión intensa
 Como la mar inmensa,
 Profunda cual la mar.
 Como el sublime cielo
 Circuye al rey del día,
 Tal mi alma contenía
 La misma inmensidad.

¡Amigos! y en la copa
 De la amistad mentida
 Raudales de mi vida
 Por ellos vertí yo.....
 Y en tanto que su labio
 Mofaba mi ardimiento,
 Bebía yo en su aliento
 Torrentes de pasión.

Mujer, y en su mirada
 Bañaba mi existencia,
 Nadando como esencia
 En su divina luz;
 Por ella derramaron
 Los ecos de mi lira
 Cuanto de grande inspira
 La hermosa juventud.

Patria..... y en mis entrañas
 Como un sol irradiaba,
 Que ardiente me alumbraba
 Su gloria y su beldad
 Sentíame gigante
 Por ella, en mi delirio
 La muerte y el martirio
 Hacíanme gozar.

Qué dulce es la existencia
 Si á su pesar brotando
 La ilusión va regando
 De flores nuestros pies.
 ¿Qué importa que conduzca
 Su celestial encanto
 Al gozo ó al quebranto
 Al duelo ó al placer?

¿Qué importa que se bañe
 Con aguas de torrente
 Nuestra soberbia frente
 Ceñida de esplendor?
 ¿Qué importa se despeñen
 Las horas agitadas
 Si hierven coronadas
 Del iris del amor?

Todo..... pasó..... el labriego
 Después de la tormenta
 Con planta macilenta
 Recorre su heredad.
 ¡Y en tierra están las flores,
 Entre escombros camina,
 Ve en medio de la ruina
 Tristeza y soledad!

Moctezuma, Agosto 24 de 1877.

BRINDIS.

Del férvido Champaña la espuma rebosante
 Nos brinda ¡oh, dulce instante! la copa del festín;
 Los rostros son de amigos, las voces son de amores,
 Cubridme, sí, con flores, la senda del morir.

¡Hurra! apaguen los vivos el grito del destino,
 Nos dé febril el vino mil sueños de placer.
 Ved, á mi frente burlan los tiempos mi arrogancia,
 Y estrechan la distancia del ser y del no ser.

¡Vino! saltando toquen las nubes los tapones,
 Fecundo en ilusiones del vino es el raudal,
 Las músicas celebren con cánticos mi suerte
 Mientras á mí la muerte se acerca un paso más.

Las flores voluptuosas exhalan su perfume,
 La esperma se consume con plácido brillar,
 Voluble reverbera la rica argentería,
 Y encanto y alegría circuye á la beldad.

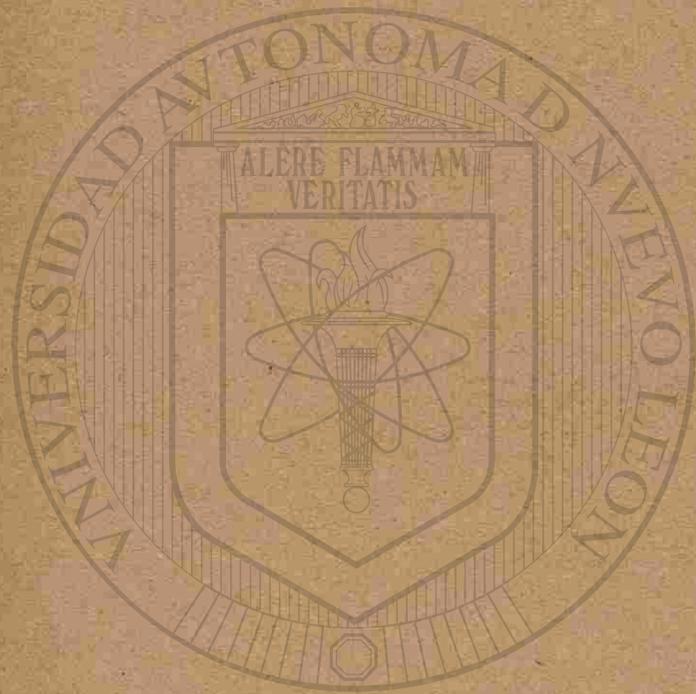
¡Champaña! más champaña! ¡Deleite! ¡Aturdimiento!
 El áspid del tormento me hiere el corazón,
 El llanto que en mis ojos á mi despecho brota
 Somero gota á gota destile en mi licor.

¡Lloráis, esposa amada? ¿Tú lloras, mí María?
 ¡Mis hijos! ¡madre mía! que cese la aflicción.
 Acerba es esta vida, fugaz y engañadora,
 El alma que os adora, eterna como Dios.

La nave que me lleva tan rápida á la nada,
 Que parta empavesada del centro del festín;
 Un año que transcurre, de muerte es un mensaje:
 Hurra!!! se acerca el viaje, brindemos al partir.

Febrero 10 de 1845.

POESIAS MISTICAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA CONFIANZA DEL HOMBRE EN LA RELIGIÓN.

A MI AMIGO EL SR. D. JOSÉ RAMÓN PACHECO.

Cuando la juventud despavorida,
víctimas, delirios y pasiones,
vaga entre incertidumbres y aficciones,
errante en el desierto de la vida,

¡Sublime religión! le das asilo,
consuelas su existir desesperado,
en tus brazos el hombre reclinado
no teme el porvenir, duerme tranquilo.

Cuando la tempestad sus rayos lanza,
tiembla el malvado al rebramar el viento,
mientras del justo á Dios el firme acento
glorifica con himnos de alabanza.

Dulce es al hombre en su penoso duelo,
cuando el tormento pertinaz le aterra,
decir burlando á la mezquina tierra:
«Allí es mi patria,» y señalar el cielo.

Indícame la mano que atrevida
el velo desgarró de lo futuro:
¿quién es aquél que penetró seguro
el misterio insondable de otra vida?

Nadie: terrible el porvenir retumba,
y el mortal ciego que en el mundo vive,
el eco, y nada más, lejos percibe,
que vuelve desde el seno de la tumba.

Se busca el porvenir allá en el cielo,
no lo encuentra el mortal, á Dios insulta,
y al perderse en la duda le sepulta
el lodo vil de miserable suelo.

¡Miserá humanidad, cuál es tu suerte!
¡Cuál tu destino que lo ignora el mundo!
¿El placer puro y el dolor profundo
se apagan con el soplo de la muerte?

Como la flor cuando el invierno asoma,
que el frío soplo precursor del hielo,
el tallo inclina en el humilde suelo
sin colores, sin vida, sin aroma!

¿Y el alma que me anima pensadora
jamás del lindé de la tumba pasa,
cual gota que al caer sobre la brasa
tócala, y al momento se evapora?

No, jamás; nuestra noble inteligencia
nunca perece, que las almas puras
reflejarán por siempre en las alturas
el brillo de la augusta omnipotencia.

¿Qué, dió el Eterno, Padre de la vida,
su lumbré al sol, su animación al mundo,
para hacinar en él el polvo inmundo
de nuestra humanidad envilecida?

Tiemble al futuro, el infeliz malvado,
cuando á la muerte atónito sucumba,
que no será su crimen en la tumba
con su asqueroso cuerpo sepultado.

Desprecie los horrores del averno
y burle los misterios de la vida,
cesará el sueño, y su alma sorprendida
se aterrará á la vista del Eterno.

Y el justo, con el gozo más profundo,
verá de gloria su alma circundada,
cuando en los negros centros de la nada
se pierda el tiempo y se desplome el mundo.

A DIOS.

A MI BUEN AMIGO EL SEÑOR DON
MANUEL CARPIO.

¡Oh mi Dios! con el himno que el mundo
Te levanta al brillar de la aurora,
Que resuene mi lira sonora
Palpitando de intenso placer.
A los valles perfuma la brisa;
La luz baña el inmenso horizonte,
Y á la espléndida nieve del monte
Apacible tiñó el rosicler.

¡Cuál desplegan sus cantos las aves!
¡Cuál murmura pacífico el río!
¡Como brilla el cristal del rocío
Que temblando se mece en la flor!
De ese bosque entre el verde ramaje
La diadema del sol se divisa,
Y si mueve las hojas la brisa
Mil matices les da su fulgor.

Corre hirviente la rauda cascada
Encrespando sus linfas de plata,
Mientras mansa la fuente retrata
En su fondo, del cielo el zafir.
Y allí vense cruzar los celajes
Cual bandadas de blancas palomas,
Y á sus alas empapan aromas
Que ha exhalado el aliento de Abril.

¡Dios amado! mi lira te enzalce
A tu acento de tierno cariño,
Este mundo cual tímido niño,
Le sonríe á tu amor paternal.

Tú, mi Dios, que encendiendo mil mundos
De tu augusta diadema al reflejo,
En la tierra le diste un espejo,
Y fué grande y magnífico el mar.

Tú, que abrigas la humilde semilla
Y la tornas en árbol potente,
Haz mi humilde clamor elocuente,
Haz mi canto sublime, inmortal.
Tú, la fuente insondable de vida,
Tú, que amparas al ángel del cielo,
A la planta rastrera del suelo,
Al insecto invisible del mar.

Otros mundos proclamen tu nombre
Con la pompa terrible del trueno,
Al rugir de los mares el seno,
Al gemir reventando el volcán,
Yo, Señor, cantaré tu ternura,
Dios amante del padre de mi alma;
Dios clemente y arco-iris de calma,
De la vida en la atroz tempestad.

Es más dulce tu voz de esperanza
Que de amante paloma el arrullo,
Que el olor al romper el capullo
Vierte ufana en los campos la flor.
Si tu nombre animó el pensamiento,
Se ve entonces, radiante, Dios mío,
Como gota de claro rocío
Si la hieren los rayos del sol.

Cuando el alma, cual águila rauda,
De este mundo levanta su vuelo,
En tí encuentra solaz y consuelo,
Y refugio y placer celestial.
Tú alumbraste la lúgubre tumba,
No fué el cráter do se hunde la vida,
Es un punto de dulce partida
Que conduce á tu trono inmortal.

¡Fe sublime! en los mares del mundo
Fija estrella, magnífico faro,
Fiel promesa de alivio y amparo,
Luz intensa de eterno fulgor.

Es la tumba la cuna del alma;
En su seno despierta á otro mundo,
Donde expira el destino iracundo
Bajo el solio esplendente de Dios.

Allí el canto será de armonía
Que rompiendo de incienso las nubes,
Te consagran ardientes querubes
En lenguaje extranjero al mortal.
Y con vida el feraz pensamiento
Alzará omnipotente su vuelo,
Cual las olas elevan al cielo
Las espumas de plata del mar.

Y allí Dios derramando luz viva,
Tachonando el feliz pavimento,
Soles mil y universos sin cuento
Que su planta al pasar engendró.
Y allí ardiente la dulce ternura,
Y allí libre el pensar de la mente:
Sin misterios el grato presente,
Y sin velo la frente de Dios.

¡Oh, Señor! si el lenguaje del alma
Que en los frágiles labios expira,
Concedieras benigno á mi lira,
Grande, augusto entonara el cantar.
Pero muere mi afecto de fuego
Al pasar del mortal al idioma,
Como dejan las flores su aroma
De aire infecto al maligno soplar.

Mas en tanto que escucho del ángel
En tu trono vibrar la arpa de oro,
Yo en mi canto diré que te adoro,
Que das alma á mi enérgica voz.
Vuele el canto al abrirse las flores,
Con la luz que derrama la aurora,
Con el himno de la ave canora
Con el vívido rayo del sol.

Julio de 1844.

A MARIA MADRE DE DIOS

Ven, lira de dolor, la que he empapado
Mil y mil veces con mi llanto acerbo;
Ven, confidente de mis hondas penas;
Ven, compañera en mi orfandad sombría;
Ven, y da voz á mi íntimo quebranto,
Pregonando la angustia de María.

Hela allí sobre el Gólgota gimiendo,
De Jesús presenciando la agonía;
El tormento desgarrá sus entrañas
Y lloran sangre á su violencia impía.

Tú, á cuya sola voz, á cuyo acento
Descendieron cual gotas de rocío
Los astros á poblar el firmamento,
Gimes como mortal ¿tú? ¿tú, Dios mío?
Como lebrél te halaga la tormenta,
Y sumiso á tus plantas duerme el rayo:
¿Por qué tu ira potente no revienta?
¿Por qué sucumbes al letal desmayo?

¿No eres el Dios que al sacudir el brazo
Las nubes agitaste en torbellino,
Proclamando el relámpago y el trueno
Tu nombre excelso y tu poder divino?

Vedlo como á mortal: su rostro bello
Se empapa en el sudor de la congoja;
Disperso está en su frente su cabello
Que unió la sangre y que la sangre moja.

Taladradas sus plantas y sus manos
Por sacrílego hierro divididas,
Al palpitar el cuerpo atormentado,
Crujen ¡ay! dilatando las heridas.

Convulso y respirando con fatiga,
Dolientes ayes vienen á su boca,
Que acoge con sarcasmo y que sofoca
Con placer infernal chusma enemiga.

Giraba el sol entre sangrientas nieblas,
Como en la noche viajador perdido,
Y la tierra gimió cual siervo herido,
Y á la cruz se abrazaron las tinieblas.

De su dolor en el luchar ansioso
Tuvo Dios en tu faz el mirar fijo,
Y señalando al hombre, cariñoso
Exclamó: ¡Madre, es tu hijo!

Voz que vino del seno de la muerte
Como aura mansa de consuelo y vida;
Voz celestial que tierna nos convierte
En tus hijos también, Madre querida.

Vínculo de dolor al hombre te une:
Que es patrimonio del mortal el llanto:
Es hermosa tu ráfaga de gloria;
Son sublimes tus horas de quebranto.

Madre eres del que llora sin amparo
Sobre el seno de bronce del desprecio;
Báculo del decrepito que huella
El arenal que á los sepulcros guía;
En el mar de la vida dulce estrella
Para aquel que sin nombre se extravía;
Tú eres reina que al mísero mendigo
Que con el labio seco besa el suelo
Implorando favor del poderoso,
Le sonries de amor, le das abrigo,
Y le consuelas cuando mira al cielo.

Tú, madre de mi Dios y luz del alma,
Pertener quisiste al sentimiento,
Y ser el iris de la dulce calma
Que luce entre las nubes del tormento.

Yo, que nací á gemir, que hasta las heces
El cáliz apuré de la amargura,
Balbutiendo en el seno de mi madre
Invoqué apasionado tu ternura.

Ven—mi madre adorada cuando niño,
Al frente de tu imagen me decía—
Ven, le diremos nuestras hondas penas:
«Tú lloraste también, Virgen María.»

Y huérfano, y doliente, y consumido
Por el hielo letal de la pobreza,
Me pareció que tu divina mano
Acariciaba amante mi cabeza.

Huérfano soy: mi padre idolatrado
Se perdió en los desiertos de la muerte;

Como casco de barco abandonado
Juega conmigo la implacable suerte.

Me dió la religión el infortunio
Y la avivan los males que me oprimen,
*Porque la cruz, insignia de quebranto,
Será siempre la fe de los que gimen.*

Hijos del corazón, de mi alma dueños,
Yo te los consagré, Virgen María,
Y te invoqué cuando su labio en sueños
Al ángel de la muerte sonreía:

Ellos serán contigo mi esperanza
En mi hora congojosa de agonía.

Virgen, me ves á tus divinas plantas
Vertiendo el corazón adolorido;
El oculto pesar lo ha envejecido;
Alivio denle tus miradas santas.

Cada vez que la aurora de los cielos
Marca el tiempo que fueron tus Dolores,
Vengo á pedirle á tu piedad consuelos,
Vengo á ofrecerte lágrimas y flores.

Acéptalas ¡oh madre! con ternura,
Bien de mis hijos, fe de mi María,
Y con la luz de mi postrero día,
Halle piedad en tu sonrisa pura.

México, Marzo de 1850.

VIERNES SANTO.

—
JESUCRISTO CRUCIFICADO.
—

Cubre la gente el suelo del Calvario
Y en círculo se agita cual las hojas
Que revuelve furioso el remolino.
En el aire abrasado libres flotan
Del poder estandartes y pendones,
Y leves, inconstantes banderolas
Como yerbas marinas que levantan
Su follaje flexible entre las olas.
Del Centurión inquietos los bridones
Con duro casco la montaña azotan,
Y en tumulto y tropel la muchedumbre
Al lugar del suplicio se amontona.
Tendida está en la cumbre del Calvario
Sobre el polvo la cruz ignominiosa;
A la diestra se apiñan los verdugos
De faz de hiena y de mirada torva:
El dulce de la sangre está en sus labios,
Y placer infernal sus ojos brotan.
A la siniestra, en reducido grupo,
Apenas respirando de congoja,
Como estatuas inmóviles se encuentran
Aquellos tristes que á Jesús adoran:
Resignada la faz, mustia la frente,
Conteniendo el dolor que la sofoca,
Virgen Madre de Dios, allí en silencio
El hondo cáliz de dolor agota.....
En el fondo, el paisaje del Mar Muerto,
De olas de plomo y descarnadas rocas,
Y en el borde del lóbrego horizonte
Nubes de sangre entre apiñadas sombras.
Al lado de la cruz, grave y sublime,
Como el sol entre nubes tempestuosas,

Como casco de barco abandonado
Juega conmigo la implacable suerte.

Me dió la religión el infortunio
Y la avivan los males que me oprimen,
*Porque la cruz, insignia de quebranto,
Será siempre la fe de los que gimen.*

Hijos del corazón, de mi alma dueños,
Yo te los consagré, Virgen María,
Y te invoqué cuando su labio en sueños
Al ángel de la muerte sonreía:

Ellos serán contigo mi esperanza
En mi hora congojosa de agonía.

Virgen, me ves á tus divinas plantas
Vertiendo el corazón adolorido;
El oculto pesar lo ha envejecido;
Alivio denle tus miradas santas.

Cada vez que la aurora de los cielos
Marca el tiempo que fueron tus Dolores,
Vengo á pedirle á tu piedad consuelos,
Vengo á ofrecerte lágrimas y flores.

Acéptalas ¡oh madre! con ternura,
Bien de mis hijos, fe de mi María,
Y con la luz de mi postrero día,
Halle piedad en tu sonrisa pura.

México, Marzo de 1850.

VIERNES SANTO.

—
JESUCRISTO CRUCIFICADO.
—

Cubre la gente el suelo del Calvario
Y en círculo se agita cual las hojas
Que revuelve furioso el remolino.
En el aire abrasado libres flotan
Del poder estandartes y pendones,
Y leves, inconstantes banderolas
Como yerbas marinas que levantan
Su follaje flexible entre las olas.
Del Centurión inquietos los bridones
Con duro casco la montaña azotan,
Y en tumulto y tropel la muchedumbre
Al lugar del suplicio se amontona.
Tendida está en la cumbre del Calvario
Sobre el polvo la cruz ignominiosa;
A la diestra se apiñan los verdugos
De faz de hiena y de mirada torva:
El dulce de la sangre está en sus labios,
Y placer infernal sus ojos brotan.
A la siniestra, en reducido grupo,
Apenas respirando de congoja,
Como estatuas inmóviles se encuentran
Aquellos tristes que á Jesús adoran:
Resignada la faz, mustia la frente,
Conteniendo el dolor que la sofoca,
Virgen Madre de Dios, allí en silencio
El hondo cáliz de dolor agota.....
En el fondo, el paisaje del Mar Muerto,
De olas de plomo y descarnadas rocas,
Y en el borde del lóbrego horizonte
Nubes de sangre entre apiñadas sombras.
Al lado de la cruz, grave y sublime,
Como el sol entre nubes tempestuosas,

Aparece Jesús; la noble calma
 Brilla en sus ojos como luz de aurora,
 Y se derrama en su divina frente
 Por donde corren de su sangre gotas;
 El brutal legionario que taladra
 Inclinado la cruz con furia ansiosa,
 Rudo suspende la feroz tarea,
 Estriba en la una mano, y con la otra
 Abate de Jesús la vestidura,
 Y el pueblo ve sus maltratadas formas.
 Truenan sus implacables alaridos
 Como la mar, si el huracán la azota,
 Y ¡que muera! ¡que muera! repitiendo,
 Se agrupa, se atropella, se sofoca.
 Así al chocar la hirviente catarata
 Su torrente impetuoso con las rocas
 Al quebrantarse truena y se levanta,
 Y se revuelve en turbulentas olas,
 Y hace que retumbando en hondo abismo,
 Gima terrible y sus entrañas rompa.
 ¡El Cristo va á morir! Tiembla angustiada
 La tierra y se conmueve de congoja,
 Las piedras abandonan sus asientos
 Y con horrendo estrépito se chocan.
 Se remueve la tierra de las tumbas,
 Los esqueletos á la vida tornan,
 Y recorriendo el suelo delincuente,
 ¡Perdón! ¡perdón para el deicida invocan!
 El sol como cadáver exhumado,
 Sangriento se designa entre las sombras;
 Es el ojo de un muerto que no mira,
 Que sin brillo y abierto nos azora.
 ¡El Cristo va á morir! Como sobre ascua
 Crujen y expiran las dispersas gotas.
 Así van á expirar sobre la playa,
 De su seno saliéndose las olas.
 Rásgase el velo del augusto templo,
 Cual rompe el rayo el seno de las sombras;
 Y como sierpe herida la tormenta
 Silba doliente, azótase en las rocas.
 Sólo el hombre, señor, te desconoce;
 Sólo él, blasfemo, tu furor provoca;
 ¡Ay del pueblo, del pueblo delincuente!
 ¡Dios de mis padres, á Salem perdona!
 ¡El Cristo va á morir! El ángel puro,

Custodio de la tierra, se acongoja;
 Repliega triste las heridas alas,
 Y de la cruz guarécese á la sombra;
 Sobre el madero el ángel de la muerte
 Con terror mudo á su Hacedor custodia;
 Mientras los còros de ángeles descenden,
 Sobre la cima lúgubre del Gólgota.
 ¡El Cristo va á morir! La humana fuerza
 Como pérfido amigo lo abandona,
 Entre tanto los ángeles llorando
 Cánticos tristes con dolor entonan.

LOS ÁNGELES.

¡Habla, Señor, á tu irritado acento
 Cual heno al fuego morirá la tierra;
 Los pueblos todos que su seno encierra,
 Cual pavesas deshechas volarán.
 El eco de tu voz produjo el trueno,
 Y el rayo se encendió con tu mirada;
 ¿Por qué ultrajan los hijos de la nada
 A su Hacedor potente, al Inmortal?

Débil destello de tu vista amante
 Cruzó los cielos y alumbró la aurora;
 Al roce de tu cauda bienhechora
 En el espacio se engendró el zafir.
 Nació el hombre á tu aliento de ternura,
 Las aves desplegaron sus cantares,
 Y la brisa rizó los anchos mares;
 ¿Y ese Hacedor del hombre va á morir?

De Jesús se acrecienta la agonía;
 Agua les pide su sedienta boca,
 Y empapada en vinagre y hiel acerba
 Dan á su labio la grosera esponja.
 El ángel que preside al universo,
 Abrazado á la cruz piedad implora.

EL ÁNGEL DEL UNIVERSO.

El rayo de tus iras sofoca entre tus manos,
 Señor de los Cristianos, divino Redentor:
 Tu sangre, ¡oh Dios! tu sangre, que apague tus enojos
 Miremos en tus ojos el brillo del amor.

Me agobia tu tormento, me quema tu fatiga,
 Tu mano siempre amiga no caiga en el mortal;
 Perdón, Dios de los cielos: perdón, Dios de la vida...
 ¡Ay! ¡ay! pueblo deicida, maldito morirás.

Dijo el ángel; plegáronse sus alas
 Cual de la flor las sensitivas hojas
 Cuando la mano extraña las estruja,
 ¡Qué tristes se recogen y se doblan!

¡El Cristo va á expirar! Los elementos
 Dispersos y sin quicio se trastornan:
 Los cantos de los ángeles se escuchan
 Cual tempestad distante y tronadora
 Que vaga triste en la región lejana
 Y con pavor escúchase remota:
 El ángel de la muerte que prepara
 El golpe rudo á Dios á quien adora,
 Trémulo de temor al descargarlo
 Con llanto acerbo sus mejillas moja.

EL ÁNGEL DE LA MUERTE.

Dios santo, que te inclinas en mis brazos,
 A descansar en pasajero sueño;
 Padre del día y de los orbes dueño;
 ¿Qué duermes al cansancio del dolor?
 Ven, purifica la terrible tumba;
 Ven, lleva luz á la mansión desierta:
 Después de tí, Señor, será la puerta
 Que al hombre indique la mansión de Dios.

Dijo: y al expirar, Hacedor mío,
Todo se consumió, clamabas doliente;
 Era el Hijo de Dios, gritó la gente.
 Con terror se dispersa el pueblo impío,
 El ángel besa del Señor la frente,
 Y se pierde llorando en el vacío!

ORACION DE LUISITA LLAMEDO

A

MARIA MADRE DE DIOS.

¡Qué fresca!, ¡qué alegre!
 Corriendo en los cielos,
 Cual mil arroyuelos
 En nítido azul
 Despierta los campos,
 Contenta las flores,
 Y siembra esplendores
 Jugando la luz.....

La vista embelesa
 Saltando el ganado;
 Risueño del prado
 Se ostenta el verdor.
 Y en grupo las aves
 Que el nido abandonan,
 Parece que entonan
 Sus himnos á Dios

Oh virgen del cielo
 Sagrada María,
 Tú ven con el día
 Y alientame á mí.....

Tu nombre que exhala
 Divina fragancia,
 Perfume mi estancia,
 Me inunde de tí.

Ven, quiero pedirte
 Con fervido ruego,

Que vida y sosiego
Piadosa les des,
Al par que me adoran:
Que son de mi vida,
La fuente ceñida
De rosa y clavel.

Yo soy de mi madre,
La brisa y las flores,
Su nido de amores,
Su santa pasión.
Al verme la gracia
Su frente ilumina,
Y mi alma adivina
Prodigios de amor.

Es vida en el pecho
Del padre que me ama,
La insólita llama
Que alienta por mí.
Ampáralo, forme
Su escudo tu manto,
De hinojos con llanto
Entrégolo á tí.

¡Oh, madre! hazme buena,
Que impura mentira
Que el alma envenena
No vibre en mi voz.
Que nadie se llame
Por mí sin ventura,
Oh madre, hazme pura
De dolo y rencor.

Inspírame, ¡oh madre!
Que ampare al doliente,
Que eleve la frente
Que inclina el dolor.
Que hay unos que lloran
De pena y de frío,
Que el bien será mío
Cuidándolos yo.

A FRAY PEDRO DE GANDE.

DE LA COLECCIÓN INÉDITA DE POESÍAS

DE GUILLERMO PRIETO

DEDICADA A SU AMIGO CASIMIRO COLLAO.

Habla, sombra falaz, le gritó el genio
A la visión incierta y luminosa
Que de Colón atravesó la mente,
Cuando en nuestro planeta aparecía
Mutilada la tierra, trunco el día.
A su grito potente,
El muro de la duda vacilante
Se abatió repentino,
Y el mundo de Colón puro y fulgente
¡Se alzó tocando el cielo diamantino!
Dibujó su silueta de Occidente
En el mar cristalino.....
Fué una creación: la tierra estremecida
Con entusiasmo dilató su vida,
Y al hallazgo sublime, la victoria
Proclamaron y el triunfo de la ciencia
La fe dominadora y la conciencia.
¡Desatándose en cánticos de gloria!
El acento escuchando las naciones,
Volaron á las playas españolas
¡A inquirir de los vientos y las olas
Razón de las incógnitas regiones!
Oro, joyas, riquezas á torrentes
Les tributaba el mundo que nacía.
Y como flor el virgen continente
Sus pétalos abría,
¡Perfumando las auras de alegría!

¡Hosanna! gritan con robusto acento
 La excelsa tierra, los tendidos llanos;
 ¡Hosanna! cruza repitiendo el viento,
 ¡Hosanna! alzando al Hacedor las manos
 La humanidad entera
 Eleva de su seno,
 Y repercute la celeste esfera
 ¡Retumbando solemne como el trueno!
 ¡Hosanna! porque exhuma del olvido
 Grandioso un mundo la divina ciencia,
 ¡Gloria! ¡se redimió la bestia humana,
 Al revelar el Genio su existencia!
 Y al hosanna, brillando prepotente,
 Revestida del sol con la grandeza,
 La cruz de redención surge en Oriente,
 Y su esplendor derrama bienhechora,
 ¡Cual bautismo, del indio en la cabeza!...

¡Por qué tanta grandeza y fervor tanto
 El fanatismo, la ambición y el oro
 Convirtieron en duelo y en quebranto?
 ¡Cómo pudo fallar tanta esperanza,
 Cómo tornó baldón del ser humano
 La rabia de ambición y de matanza?

¡Cómo al que debe acariciar hermano,
 El ser civilizado impone yugo,
 Y se jacta de hacerse su verdugo,
 Y tritura sus carnes inhumano?
 ¡Por qué de la conquista las banderas,
 Que de gloria inmortal rayos despiden,
 Los horrores presiden
 Como en casa de fieras?
 ¡Sangre, incendio, lujuria, vil orgía,
 De blasfemia y horror doquiera imperan,
 ¡Oh! cuántos prefirieran
 Su existencia infeliz robar al día!.....

¡Paso, canalla vil! paso, que llegan
 Los varones de Dios: su curso marca
 Cual de las olas la fulgente estela,
 Como esplendor de luna que amorosa
 En la corriente alborotada riela.
 ¡Venid, llegad, contraponed al hierro
 Y al furor del soldado y á la llama,

La bondad infinita del Dios que ama;
 Al rugir del encono y la matanza,
 El dulce lenitivo y el consuelo
 Del Dios de redención y de esperanza!
 Y el fraile sin broquel y sin espada,
 Y el fraile en aislamiento y en pobreza,
 En medio de la turba encarnizada,
 En medio á la legión de tigres fieros,
 Con majestad alzaba su cabeza
 ¡Por la gracia divina coronada!

¡Sublime religión! senda de estrellas
 Que el alma del mortal conduce al cielo,
 El fraile fué tu intérprete divino,
 Del indio amparo, de su vida escudo,
 Luchador que domaba su destino;
 Fué defensa que Dios interponía
 Entre el indio salvaje y su asesino
 Que el enviado del cielo confundía....

Entre ellos tú, de las virtudes gloria,
 Entre ellos tú, de caridad atleta,
 ¡Apóstol redentor..... lego sublime
 Héroe sin par, esclarecido Gante!
 ¡Voz que alumbra, palabra que redime
 Alma de intenso amor, fe de diamante!
 Tú al indio sin hogar y sin altares,
 De entre despojos viles, de las ruinas,
 Insepultos sus muertos,
 Entre lodo de sangre derramados,
 De los bravos los restos descubiertos,
 Violadas sus mujeres,
 Entre gritos salvajes de soldados.....
 Entre el beber y cantos de placeres
 Y risas y atropellos desastrados.....
 Allí piadoso al indio recogiste
 Sobre el suelo sangriento,
 Allí, le calentaste con tu aliento,
 Allí, imprimiste besos de cariño
 Sobre la frente huérfana del niño;
 ¡Allí, paternal Gante,
 Al indio hijo de Dios, tu semejante,
 Le dió su abrigo tu sensible pecho!
 ¡Y llena de fervor tu voz pujante
 Proclamó su excelencia y su derecho!

¡El de estirpe de reyes, el mecido
Bajo techumbre de oro en regia cuna,
Quiso ser el consuelo del vencido
Y cifrar en su amparo su fortuna!

¡Lego sublime! monstruo de grandeza,
¿Por qué no te adunaste á los guerreros
Que con sangre amasaron su riqueza?
¿Por qué no hiciste tu botín del indio
Y le pusiste el sello del esclavo?
¿Por qué no hiciste de la santa creencia
Caretá de impostura,
Baldón de la conciencia,
Disfraz del sacrilegio y las pasiones,
Apoyo inicuo del poder mundano,
Hasta fincar astuto tu dominio
En medio del horror y el exterminio?

Sacerdote de Dios, del indio padre,
Tú con celo profundo
Seguiste humilde las divinas huellas
Del adorado Salvador del mundo.
Tú en el alma del indio producías
La celestial aurora;
Su ser rehabilitabas, y el salvaje
Escuchó tus amantes melodías
Como de ave canora entre el ramaje.

Para arrancar de la barbarie al hombre,
Para estrecharlo con eternos lazos
A la humana familia,
Alzó tu mano el templo,
Tu fe le reconcilia
Con el blanco, infundiéndole confianza
Y lleno de esperanza
Le das en letras del saber la clave,
Del cálculo el secreto en el guarismo,
¡La vara de virtud en la enseñanza!
Constante en el trabajo,
Balbute entre sus labios la armonía,
Y en el arte que ensalza y que recrea
El polen le transmites de la idea,

¡Oh querubín del bien! tú semejabas
A la corriente límpida del río

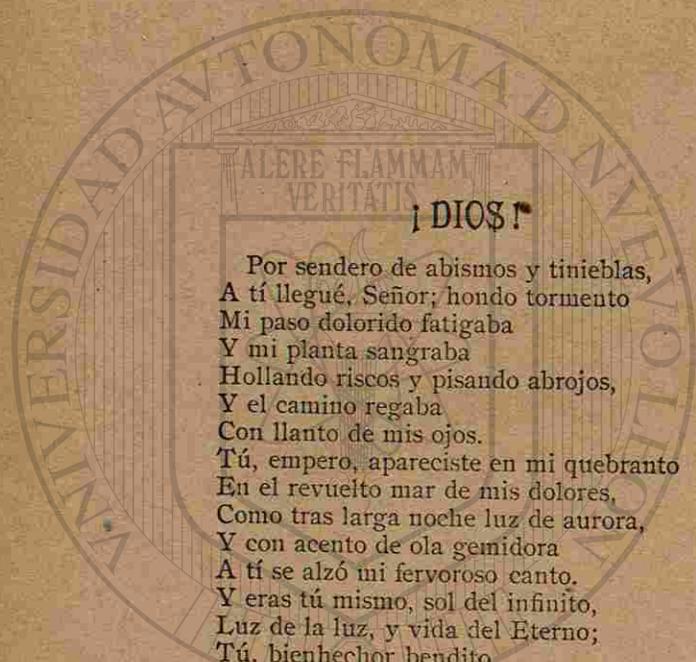
Que escondido conduce en sus cristales
El perfume y matices de las flores,
El risueño verdor de la pradera,
El árbol en que anidan ruiseñores,
La pompa de la alegre sementera!
Así tu larga vida
En incesante esfuerzo consumida,
Se hizo la Providencia
Del indio, y su rebelde inteligencia;
Dios coronó tu esfuerzo, y mientras daba
Al mundo viejo escándalos la guerra,
Tu virtud fecundaba
La calcinada tierra
Que frutos abundosos producía
Y amor y bienes al mortal brindaba.

Sigue hasta que consiga tu hidalguía
Que no existan esclavos ni tiranos,
Y que á la sombra de la cruz un día
Vencido y vencedor.....se den las manos.

Ensueño que voló.....pero á tí, Gante,
El sabio, el providente, el noble amante
De esa raza agobiada de dolores,
A tí, torrentes de amoroso incienso,
A tí, ovación rendida, á tí loores,
A tí raudales de entusiasmo inmenso;
Para tu pedestal mármol y flores.

¡Oh, si alumbrara un día
En que siguiendo tu elevado ejemplo
Se circundara para el indio el templo
De escuelas y talleres, do la ciencia
Tuviera regio alcázar.....trono el arte
Y libertad y fueros la conciencia!.....
Entonces la razón alta y triunfante
De su ardiente entusiasmo en el exceso,
Pusiera como emblema de Progreso
De ese templo divino en la portada
Magnífica y brillante,
Tu humilde imagen, bendecido Gante!

Diciembre 28 de 1892.



Por sendero de abismos y tinieblas,
 A tí llegué, Señor; hondo tormento
 Mi paso dolorido fatigaba
 Y mi planta sangraba
 Hollando riscos y pisando abrojos,
 Y el camino regaba
 Con llanto de mis ojos.
 Tú, empero, apareciste en mi quebranto
 En el revuelto mar de mis dolores,
 Como tras larga noche luz de aurora,
 Y con acento de ola gemidora
 A tí se alzó mi fervoroso canto.
 Y eras tú mismo, sol del infinito,
 Luz de la luz, y vida del Eterno;
 Tú, bienhechor bendito,
 De consuelo océano, padre tierno.
 Palpitas en la estrella,
 Das perfume á las flores,
 Dulcemente murmuras
 De la escondida fuente en los cristales,
 Y cuando se alza el sol por el Oriente
 Le prestas tus sonrisas celestiales;
 Tú das, de fuerza y de rigores lleno,
 Alas al huracán, voces al trueno,
 Para que unidos tu grandeza aclamen
 Y alma del Universo te proclamen.
 Así te ví, gran Dios, y percibía
 Que flotaba tu sombra entre esplendores
 Como entre olas de llama cruza el día,
 Y el llano, y la pradera, y las montañas,
 La ciudad tumultuosa y el desierto,
 El águila caudal y el vil gusano,

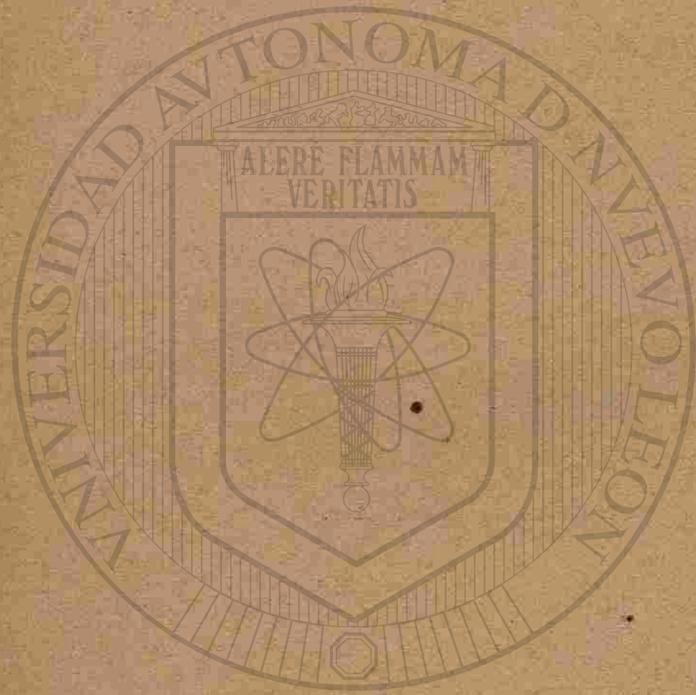
Con estrofas extrañas
 Y en extraño concierto
 Cánticos misteriosos repetía
 Que en ráfagas de luz se convertían.
 ¿Pero á qué proclamar tu Omnipotencia
 El rayo atronador y el vago viento,
 Si al negarte procaz la humana ciencia
 La desmiente implacable el pensamiento?
 ¿Para qué nuestra mente se desvela
 En explicar su ser, si la confunde
 Tu propio ser, y en el misterio la hunde
 Imperceptible el átomo que vuela?
 Tú, Señor, en las alas del arcano
 Incomprensible te alzas, y á millares,
 Astros y mundos con tu soplo alientas,
 Y pródigo, Señor, los alimentas;
 Y esos astros brillantes
 Y la apacible brisa y las tormentas
 Signos son que pregonan
 Tu poder infinito
 Y eterno canto en tu loor entonan
 Son como eco lejano
 De insondeable océano,
 O como de humo, vagarosa nube
 Que se cierne fugaz en las montañas
 Y del volcán denuncia las entrañas
 Cuando en las alas de los vientos sube,
 O como fatua estrella
 Que atravezando el horizonte umbrío
 No da ni leve indicio su luz bella
 Del espacio infinito del vacío.
 ¿Describirte podrán del ser humano
 La mente ruda y el vulgar idioma?
 ¡Pobre mortal al pretender ufano
 Hacerte comprensible,
 Un rostro darte y consagrarte un nombre
 Y según las humanas veleidades
 Atribuirte mezquino sus bondades
 Y torpe suponerte sus pasiones!
 Dios es el que es; más lo que de Él alcanza
 A percibir mi humilde inteligencia,
 Me revela su augusta Omnipotencia
 Y en Él fundo mi amor y mi esperanza.
 Quisiera producir en su alabanza
 Notas de ave canora,

Perfume de jazmín y luz de aurora;
Quisiera que los grandes luminares
Con voz de luz se alzarán,
Y los mundos que abriga el infinito
En coro sus acentos levantaran,
Sublime hossana al Hacedor bendito.
Adoremos á Dios, hombres y cielo,
Adoremos al Ser Omnipotente,
Alma del mundo, inagotable fuente
De amor y de ternura y de consuelo.
Y si nos hiere la desgracia impía
El pensamiento en Dios nos dé confianza
Y haga reverberar nuestra esperanza
Como el lucero que precede al día.
Así suele la lluvia hallar asiento
En lo más hondo de la sima obscura
Y hecha lago, copiar el firmamento
Que resplandece nítido en la altura.

Poesías Varias.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FUENTES POÉTICAS.

I

De querubín ardiente son tus alas,
¡Sublime inspiración! Ven á mi acento:
Con fiebre de ambición laten mis venas:
Rompa tronando mi clamor el viento,
Cual desborda sus ondas el torrente
Que ya no cupo en el estrecho cauce;
Como rasgando el rayo prepotente
La tenebrosa nube en que revienta,
Arde la selva, avívase la llama,
Y al cruzar en su carro la tormenta,
El incendio crujendo se derrama.

Ya te siento venir; bañó mi frente
Vívido el rayo de tu luz divina,
Y es menos puro el apacible brillo
Con que tiembla la estrella vespertina.

Mi alma atrevida con delirio busca
Tu indeficiente luz, ¡astro de gloria!
Obedece y resuena, lira mía;
Palpita de placer bajo mi mano;
Como se agita de la hermosa el seno
Cuando el amante audaz besa su frente;
Y así nadando el alma en un ambiente
De ilusión, de placer y de armonía,
Mi soplo vagará sobre la tierra
Empapado en tus himnos, patria mía.

¡Ardiente juventud! Tú que levantas
A las regiones del espacio el vuelo,
Y que sientes rodar bajo tus plantas
Mezquino y reducido nuestro suelo;
Tú que audaz, como el águila salvaje,
Buscas al sol con ávida pupila,

Y perdida en su luz deslumbradora
 Desplegas los tesoros de tu canto:
 Hijos de inspiraciones y de encanto
 Que os entregáis de la ilusión al sueño
 En brazos de la dulce poesía,
 Cantad, cantad; vuestro solemne acento
 Discorra con las auras perfumadas,
 Y gire en vibraciones delicadas
 Al tenue suspirar del manso viento.

¡Oh mi patria, magnífico es tu cielo,
 Rica vegetación se alza gigante
 Bajo las orlas de tu regio manto!
 Eres la Hija de Dios, la virgen bella:
 Tuviste como lámpara en la cuna
 Del Septentrión la refulgente estrella:
 El sol te idolatró, linda doncella:
 Fué tu púdico velo
 Su manto augusto recamado de oro;
 Les das tu aliento á tus eternas flores,
 Besan tus pies las ondas de tus mares,
 Te dan las aves mágicos cantares,
 Los torrentes entonan tus loores.

¡Oh mi patria! Felice quien ha visto
 De tus volcanes en la eterna nieve
 Reverberar tu sol muy más felice
 Quien en medio la dicha ó desventura
 Y en tu seno ó allende el Océano,
 Puede exclamar con llanto de ternura,
 Tendiendo franca al Septentrión la mano:

«Mi patria, vedla allí; soy mexicano.»
 Cantad, vates, cantad: ¿cómo en la patria
 En que muestra sin velo el firmamento
 Los mundos mil que en sus entrañas arden,
 La voz ha de callar del sentimiento?

¿Cómo mudas é inertes las pasiones
 Donde aspira el mortal vida de fuego,
 Donde suspira lánguido el ambiente,
 Donde cedén las plantas amorosas
 Al sensual beso de la clara fuente,
 Donde de un mundo que expiró, la tumba
 Envuelven con su lava los volcanes,
 Donde el rayo terrífico retumba
 Y en la nube en que rápido resbala,
 La Omnipotencia del Señor escribe
 Y su tránsito fúlgido señala?

Veces mil, solitario el pensamiento
 Desplegó el ala en la tiniebla fría
 Do alumbra reverente el firmamento
 La augusta faz del Hacedor del día.
 Cayó en el caos el divino aliento
 Y desplegó su manto lo infinito,
 Y Dios dijo: Vivid, y las miradas
 De mil mundos sublimes se encendieron;
 Y al chocar los torrentes de luz viva
 En tu trono magnífico, Dios mío,
 Dispersáronse hermosas las estrellas,
 Como arroja al rodar la catarata
 Diáfanas gotas de luciente plata.

Yo miro al firmamento con ternura,
 Promesa al alma de felice suerte,
 Puerto de amor que espléndido fulgura
 Más allá de los mares de la muerte.
 Vedlo, vates; cantad. Ese lenguaje
 De ardierte sentimiento y de armonía,
 Es un lenguaje de himnos de alabanza,
 Es de la fe dulcísima el idioma,
 De la alma luz, de la ternura aroma.

Mas si robusto el atrevido acento
 De vuestra lira enérgico se arranca;
 Si entre pasiones alteradas brota,
 Como ola furibunda que se azota
 Entre las rocas de la mar crugiendo,
 Alzad entonces el cantar tremendo.

¡Oid! El trueno súbito revienta;
 El rayo aterrador ruge iracundo,
 Y rápida se extiende la tormenta.
 Su vista de relámpago recorre
 El universo sumergido en duelo,
 Y en la tiniebla trémula los mares
 Huérfanos gimen al bramár el cielo.....
 Heridas por las ráfagas del viento,
 Negras las ondas de la mar saltaron;
 Remedando alaridos de tormento,
 En las rocas sus fuentes quebrantarón.

Del viento crece el incansable empuje,
 Y en las revueltas nubes relumbrando,
 La tempestad solemne se pasea
 Himnos al Dios de Sabaot cantando.

Unid los vuestros, ¡jóvenes! Las almas
 Que comprenden la voz de la tormenta,

Que oyen en el rugir del torbellino
 Cánticos puros al Señor Divino,
 Que conservan sublime simpatía
 Con la luz, con los vientos, con los mares,
 Y que al pasar la tempestad sombría,
 Cual la gaviota entonan sus cantares.....
 Esas las almas son dignos altares
 Al culto de la noble poesía.

También podéis como sincero espejo
 Pedir á la natura sus colores
 Y vuestros ecos perfumar sentidos
 Con el aliento dulce de las flores.

Ved moribundo al sol: sobre su tumba
 Tímido luce el astro vespertino,
 Y en la faz del crepúsculo medrosa
 Expira tenue su fulgor divino.

Celajes mil de fúlgida escarlata
 Le forman ondeantes pabellones,
 Que leves, cual fugaces ilusiones,
 Van á morir en las lejanas nubes
 Que el astro de la noche ha matizado
 Con brillo hermoso de bruñida plata.

En lo profundo mírase el zafiro
 Tachonado de espléndidas estrellas:
 En el valle murmura la corriente,
 Y al vibrar, va perdiendo sus cristales
 La postrimera luz del sol poniente.
 En la nieve de la áspera montaña
 Aun brilla el día; y por el éter puro
 El humo que se alzó de la cabaña
 Solitario se eleva por los aires.....

El crepúsculo escuche los loores,
 Y el cántico feliz girará blando
 Con el aura que muere susurrando,
 Ebria con el perfume de las flores.

Cantad, así que en la enramada oscura
 Y en la copa del sauce que reclina
 Su faz en la corriente cristalina,
 El zenzontle despliegue sus acentos.....
 La faz del ástro que en el monte expira,
 Las flores entregadas al desmayo,
 La fugace luciérnaga que gira,
 El son lejano del modesto río,
 De la luna naciente el dulce rayo
 Al través visto de árboles pomposos,

Y los campos y el blanco caserío;
 Todo os inspirará: vuestros acentos
 Serán eternos, como lo es el cuadro
 Que produjo los tiernos sentimientos.

Si de la lira el áspero concierto
 Busca la soledad y la grandeza,
 Tu elevas á los cielos tu cabeza,
 Y eres grande, y magnífico, desierto.

Virgen tu seno, regio tu ropaje
 De inmortal y aromática verdura,
 Sólo al sol que comprende tu hermosura
 Muestras sin velo tu beldad salvaje.
 De sociedad hipócrita las leyes
 No profanaron tu arrogante seno:
 Sólo obedeces á la voz de trueno
 Del que es Señor de pueblos y de reyes.
 Cantadle ufanos, jóvenes ardientes:
 Son sus bardos también los huracanes;
 Alumbran sus festines los volcanes,
 Celebran sus amores los torrentes.
 Allí al salvaje mírase altanero
 En los montes prendiendo sus lumbreras
 Y mezclando su cántico guerrero
 Al rugido estruendoso de las fieras.

Su dosel de magnífica esmeralda
 Le da de los encinos el ramaje,
 En que otros tiempos se meció su cuna:
 Las aves, sus penachos y ropaje;
 Y del sol, de las aguas y las flores
 Forma astuto su mágico lenguaje.

Explotad esa mina, mexicanos:
 En ella aprenderéis á amar al hombre
 Y á odiar con entusiasmo á los tiranos.
 Dulce ilusión de amor, del alma aliento,
 Su inefable delicia en la ventura,
 Su acíbar y su infierno en el tormento,
 Aquí hallarás la angélica hermosura
 De tez morena y de mirar de fuego,
 Y beberás torrentes de ternura
 En el brillar de sus divinos ojos.
 ¡Felice tiempo en que irritada hervía
 La pasión de mi amor en mis entrañas,
 Y al suspirar la lira resonante,
 De amor perdido, de entusiasmo ciego,
 Amaba y en amar me complacía,

Porque era inmensa y generosa el alma
¡Y un mundo de ilusión reproducía!

Rugosa y abatida está mi frente:
La zanjaron frenéticas pasiones,
Cual carcome la roca de la playa
El azotar de turbulentas olas.
Ya en medio de los mágicos festines,
Al verterse profusos los licores,
Deidades con sus frentes de jazmines,
Deidades con sus ojos brilladores,
Mezclaban á mis cánticos de amores
Sus voces de encantados serafines.

Y tu nombre aclamaba, esposa mía,
Y el alma en mis entrañas palpitaba:
Cada ardiente suspiro que exhalaba
Era un eco de angélica armonía.

Y en ese tiempo, solazando el alma
A la margen de un lago cristalino,
Ví de las aguas que turbó la calma
Un vapor que ligero se mecía,
Y blanco cual las alas del querube,
Sobre la superficie resbalaba:

Su belleza mi vista seducía.....
Era una blanca y hechicera nube,
Yo la creía el cisne de los lagos.....

Tendí la mano á detener su curso,
Y vistiendo del iris los colores,
Sobre mi frente dirigió su vuelo:

Ya la cauda blanquísima plegaba
Quedando como cándida paloma,
Ya su manto magnífico extendía,

La orla bordando de carmín y de oro;
Ya fugaz en los aires se mecía,
Ya en las olas del lago se posaba;

Con amor su carrera proseguía,
Y ya al tocarla, al envolver mi frente,
Galana, hermosa, en el azul del cielo
Como faja de plata rielando,

Fuése á otros mundos á prestar su encanto,
Dejando á mi alma soledad y llanto.

¡Y esa engañosa nube fué la gloria!
Yo sentía la fe de conquistarla,
Mi alma de rey y de águila el esfuerzo:

Quería se posase en mi cabeza,
Aunque al tocarla produjera el rayo.

¡Ay! que la tumba tragará mi nombre,
Y dormiré con él en su tiniebla!!!

Como el ave altanera que en las redes
Mira los campos y el sereno cielo,
Y siente fuerza de emprender el vuelo,
Y al volar la contienen sus cadenas,

¡Así yo gimo entre horrorosas penas!
Águila envejecida en la alta cumbre
Rastrera buscaré del sol la lumbre
Y me aislaré en las rocas dolorido.

Humilde lira mía,

Mi hermana en la orfandad, mi sólo encanto

En mis amargas horas de martirio,

De gloria me animaste en el delirio;

Tus cuerdas se laxaron con mi llanto:

Convoca á los amigos de mi infancia,

A los hijos del canto y la ternura,

A esos á quienes ano como hermanos,

Cuya espléndida gloria es mi ventura.

Tomen lugar entre los hijos míos

Que viven con la sangre de mis venas,

Cuando mi última luz triste reluzca.

Id, desplegad vuestros sublimes cantos,

No me toquéis, me encontraréis dormido;

Mas llevaré un recuerdo de consuelo,

Recuerdo el más querido,

Que aliviará tal vez mi fatal suerte,

Al recorrer los mares de la muerte

Envuelto en la tiniebla del olvido.

AL MAR.

Te siento en mí: cuando tu voz potente
 Saludó retronando en lontananza,
 Se renovó mi ser; alcé mi frente
 Nunca abatida por el hado impío,
 Y vibrante brotó del pecho mío
 Un cántico de amor y de alabanza.
 ¿Te encadenó el Señor en estas playas
 Cuando, Satán del mundo,
 Temerario plagiando al infinito,
 Le quisiste anegar, y en lo profundo
 Gimes ¡oh mar! en sempiterno grito?
 Tú también te retuerces cual remedo
 De la eterna agonía;
 También, como al ser mío,
 La soledad te cerca y el vacío;
 Y siempre en inquietud y en amargura,
 Te acaricia la luz del claro día,
 Te ven los astros de la noche oscura.
 A mí te ví venir, como en locura,
 Desparcido el cabello de tus ondas
 De espuma en el vaivén, como cercada
 De invisibles espíritus, llegando
 De abismos ignorados y clamando
 En acentos humanos que morían
 Y el grito y el sollozo confundían.
 A mí te ví venir ¡oh mar divino! •
 Y supe contener tanta grandeza,
 Como tiembla la gota de la lluvia
 En la hoja leve del robusto encino!
 Eres sublime ¡oh mar! Los horizontes
 Recogiendo las alas fatigadas,
 Se prosternan á tí desde los montes.
 Prendida de tus hombros la luz bella
 Forma los pliegues de tu manto inmenso.
 Entre la blanca bruma

Se perciben los tumbos de tus ondas,
 Cual de hermosa en el seno palpitante
 Los encajes levísimos de espuma.
 Si te agitas, arrojas de tu seno
 En explosión tremenda las montañas,
 Y es un remedo de la brisa el trueno,
 Terrible mar, si gimen tus entrañas.
 ¿Quién te describe ¡oh mar! cuando bravía,
 Como mujer celosa,
 En medio de tu marcha procelosa
 El escollo tus iras desafía?
 Vas, te encrespas, le ciñes con porfía,
 Retrocedes rugiente,
 Y del tenaz luchar desesperada,
 Te precipitas en su negro seno
 Despedazando tu altanera frente.
 En tanto, el viento horrible,
 Arrastrando al relámpago y al rayo,
 Cimbra el espacio, rasga el negro velo
 De la tiniebla, se prosterna el mundo
 Y un siniestro contento se percibe
 ¡Oh mar! en lo profundo,
 Cual si con esa pompa celebraras,
 Entre el eterno duelo,
 Tus nupcias con el cielo!
 Cansada de fatiga, cual si el aura
 Tierna te prodigara sus caricias,
 A su encanto dulcísimo te entregas,
 Calmas tu enojo, viertes tus sonrisas
 Y como niña con las olas juegas
 Cuando te dan su música las brisas.
 Tú eres un ser de vida y de pasiones:
 Escuchas, amas, te enloqueces, lloras,
 Nos sobrecoges de terrible espanto,
 Embriagas de grandeza y enamoras.
 Cuando por vez primera ¡oh mar sublime!
 Me ví junto de tí, como tocando
 El borde del magnífico infinito,
 Dios, clamó el labio en entusiasta grito:
 Dios, repitió tu inquieta lontananza:
 Y Dios, me pareció que proclamaban
 Las ondas repitiendo mi alabanza.
 Entonces ¡ay! la juventud hervía
 En mi temprano corazón; la suerte,
 Cual guirnalda de luz, embellecía

La frente horrible de la misma muerte.
 Y grande, grande el corazón, y abierto
 Al amor, á la patria y á la gloria,
 Émulo me sentí de tu grandeza
 Y mi orgullo me daba la victoria.
 Entonces, el celaje que cruzaba
 Por el espacio con sus alas de oro,
 De la patria me hablaba.
 Entonces ¡ay! en la ola que moría
 Reclinada en la arena sollozando,
 Recordaba el mirar de mi María,
 Sus lindos ojos y su acento blando.
 Si una huérfana rama atravesaba
 Juguete de las ondas, cual yo errante,
 Lejos de su pensil y de su fuente,
 La saludaba con mi voz amante,
 La consolaba de la patria ausente.
 Si el pájaro perdido iba siguiendo
 Rendido de fatiga, mi navío,
 ¡Cuánto sufrir, Dios mío!
 Su ala se plega, aléjase la nave,
 Y se esfuerza, y se abate, y desfallece,
 Y convulso, arrastrándose en las ondas,
 El hijo de los bosques desaparece.
 En tanto, tus inmensas soledades
 La gaviota recorre, desafiando
 Las fieras tempestades.
 Entonces, en la popa, dominando
 La inmensa soledad, me parecía
 Que una voz á lo lejos me llamaba
 Y acentos misteriosos me decía:
 Y yo le preguntaba:
 ¿Quién eres tú? ¿De la creación olvido
 Te quedaste sus formas esperando
 Engendro indescifrable, en agonía
 Entre el ser y no ser siempre luchando?
 ¿Al desunirse de la tierra el cielo
 En tus entrañas refugiaste el caos?
 ¿Oh, mágica creación, rebelde un día,
 Provocaste á tu Dios; se alzó tremendo;
 Sobre tu frente derramó la nada,
 Y te dejó gimiendo
 A tu muro de arena encadenada?
 ¿O, promesa de bien, en tus cristales
 Los átomos conservas que algún día,

Cuando la tierra muera,
 Produzcan con encantos celestiales
 Otra luz, otros seres, otro mundo,
 Y entonces nuestro suelo
 A tus plantas, se llame mar profundo
 En que retrate su grandeza el cielo?
 Hoy llegué junto á tí como otro tiempo
 Siguiendo ¡oh Libertad! tu blanca estela;
 Hoy llegué junto á tí cuando se hundía
 En abismos de horror y de anarquía
 La linfa de cristal de mi esperanza;
 Y hoy, como en otro tiempo, la voz mía
 En himno se tornó de tu alabanza;
 Porque eres un poema de grandeza,
 Porque en tí el huracán sus notas vierte,
 Luz y vida coronan tu cabeza,
 Tienes por pedestal tiniebla y muerte.
 Nadie muere en la tierra; allí se duerme
 De tierna madre en el amante pecho:
 Velan cipreses nuestro sueño triste,
 Y riegan flores nuestro triste lecho.
 Solitaria una cruz dice al viajero
 Que pague su tributo
 De lágrimas y luto,
 En el extenso llano y el sendero.
 En tí se muere ¡oh mar! Ni la ceniza
 Le das al viento: en ola que sepulta
 La rica pompa de poblada nave,
 Nada conserva las mortales huellas,
 Se pierden..... y en tu seno indiferente
 Nace la aurora y brillan las estrellas.
 A tí me entrego ¡oh mar! roto navío,
 Destrozado en las recias tempestades,
 Sin rumbo, sin timón, siempre anhelante
 Por el seguro puerto,
 Encerrando en mi pecho dolorido
 Las tumbas y el desierto.....
 Pero humillado no: y en mi fiereza
 A tí tendiendo las convulsas manos,
 Sintiendo en tí de mi alma la grandeza
 Y ahogando mi tormento,
 Le pido á Dios la paz de mis hermanos;
 Y renuevo mi augusto juramento
 De odiar á la traición y á los tiranos.

CONSUELOS

AL SR. D. CASIMIRO DEL COLLADO
EN LA MUERTE DE SU HIJA LA SRA. D.^a MARGARITA
C. DE ALVÉAR.

I

¡Cuán horrible dolor! En la alma mía
Se repercute su vibrar intenso
Y se hace sombra y confusión el día,
Cuando me inclino á verte en la agonía
De tu infortunio inmenso.
¡Cuán horrible dolor! como un abismo
Te cerca pavoroso tu tormento:
Con miedo de mí mismo
Temo lanzar mi acento
Y desgarrar con voces doloridas
Tus abiertas heridas.
Risueñas esperanzas, ilusiones,
Halagos de renombre y de riqueza
Arrolló con fiereza
La inexorable suerte
Al hundir en la tumba y en la nada
La existencia de tu hija idolatrada.

¿Qué hiciste? ¿cuál tu crimen? ¿quién se pudo
Lastimar con tu culto de ternura,
Si era de tu misma alma esencia pura,
Si era tu nardo blanco en los albores
De tus castos amores?
Era tu luz, la luz de su mirada,
De tu voz la sentida melodía,
Música deliciosa,
Y cuando con ternura te veía
Tú sentiste, al besarte enamorada,
Que su alma entre tus labios sonreía.

¿Qué vale la razón? ¿qué de la Ciencia
La excelsa omnipotencia
Que le atribuye la soberbia humana?
¿Quién conoce las leyes eternas
Que imponen al mortal la dura suerte
De agotar las venturas y los males
En la copa de bronce de la muerte?
¿Quién ignora que es ave nuestra vida
Que surcando el espacio, el vuelo emprende,
Y que bajo sus alas escondida
Hebra férrea depende
Que la tiene á la muerte sometida
Y de su mano inexorable pende?
¿Cómo? quién consolarte, hermano mío,
Cuando el dolor terrible que te mata
Tu mundo de venturas desbarata
Y te entrega á la nada y al vacío?

Tu existir al través de su existencia
Revestía del iris los colores;
Era como aura blanda
Refrescando sus alas en tus fuentes,
Bebiendo sus aromas en tus flores;
Gala de los espléndidos jardines,
Decoro de aristócratas salones,
Manantial de contento,
Y escondido tesoro
Que estallaba en sublimes vibraciones
Sobre las cuerdas de tu lira de oro.

Hoy vuelves á tu estancia obscurecida
Que como ruina está muda y desierta
Esperándote en pie, mas también muerta;
Y temiendo encontrar doquier despojos,
Desde el umbral prorrumpes de su puerta,
Con tu alma de dolor enloquecida:
¿En dónde estás, encanto de mis ojos?
¿En dónde estás, delicia de mi vida?
Y te responde el sollozar doliente
De tu Emilia, tu santa compañera,
La aurora de la hermosa primavera
El nítido lucero de tu Oriente;
Ella que, herida y desangrando su alma,
Por brindarte una gota de consuelo
Finge sosiego y te procura calma.

¿Nada vale tan íntima ternura,
 Nada te dice su dolor sublime,
 Ni ves que de esos labios la sonrisa
 Hondos gemidos de dolor reprime?
 Oyela, atiende, te señala el cielo,
 La fe en Dios en su frente reverbera;
 Ella grita sublime: «cree y adora;
 Tras esta nube de mortal quebranto
 Nuestra hija nos espera.»

A tí, Eterno Hacedor, á tí, Dios mío,
 Mis hermanos confío.
 —Tú, de tu ángel de luz sigue las leyes,
 Levanta á Dios las suplicantes manos,
 Que esta es mansión de duelo y de gusanos.
 Ella te aguarda en su región de estrellas;
 Alzate del abismo en que derrumba
 El dolor fiero á la materia inerte,
 Y convierte vivífico la tumba
 En mentís victorioso de la muerte.

1894.

A MI HIJA MARIA.

DE EDAD DE DIEZ AÑOS.

Búcaro de azucenas, celaje de oro,
 Sonrisa de las auras de la mañana,
 Linda María,
 Para qué he de contarte lo que te adoro,
 Cuando tú eres mi vida, la soberana
 Del alma mía.

Cuando yo soy el sauce que en los cristales
 De tu clara corriente, tiende amoroso
 Sus mustias ramas;
 Cuando al verte se ahuyentan mis hondos males
 Y cuando con tu acento tan melodioso,
 Padre, me llamas.

Bajo tu cutis blanco, la luz del cielo
 Circula y da á tu cuerpo fulgor de estrella
 Nítida y pura.
 Á tu conjunto envuelve místico velo,
 En que algo de divino vibra y destella,
 Por mi ventura.

Los dones nos deslumbran de la riqueza,
 La gloria es una maga, cuyo laureles
 Son mi delicia.

Tú pones en olvido tanta grandeza,
 Y para avasallarme, basta que apeles
 Á una caricia.

Vives dentro de mi alma cual llama pura
Que en diáfana linterna su brillo ostenta,
Y que con sus reflejos la sombra ahuyenta
De mi amargura.

Tal del mar en el fondo y entre cristales,
Que la luz de los cielos nunca ilumina,
Se encuentra entre las rocas la rica mina
De los corales.

Colibrí de mis sueños que, revolando,
Vas el cielo y los aires engalanando
Con tus destellos.

El sol, enamorado de tus primores,
Jugando entre tus plumas, sus mil colores
Torna más bellos.

Libre, feliz, ufana, gira inconstante,
Cortezan amorosas tu curso errante
Plantas y flores.

Y de dichas sin cuento busca el tesoro
En el fondo divino del cáliz de oro
De mis amores.

Mi voz es el pretexto, niña adorada,
De otra habla sin acentos, apasionada,
Con luz y aroma,

Con la que en mis entrañas tu amor celebro,
Dulce como el almíbar, como el requiebro
De la paloma.

Hay bosques de arrayanes y de jazmines,
Al pasar mis recuerdos por los jardines
Dó fué tu infancia;

En éxtasis dichoso mi mente vaga
Y se empapa en ventura viva y se embriaga
Con su fragancia.

Mas si la suerte esquiva negado hubiera
A tu ser esa gracia tan hechicera,
Te adoraría,

Porque el fulgor de mi alma sobre tí existe
Y de encantos divinos te me reviste,
Tierna María.

Ideal que realiza bello y viviente
Lo que ví en mis ensueños cruzar fulgente
Por mi existencia.

Arcángel que en mi ocaso se me aparece
Y que tiende sus alas y me guarece
Con su inocencia.

Pero ¡ay! esos delirios, como verjeles
Que pueblan las gardenias y los claveles
Bajo azul cielo,

Los amagan los vientos con soplo helado
Y tienen su sepulcro ya preparado
Bajo del hielo.

Te dió vida ¡oh! ¡mi encanto! vejez sombría;
Mi noche fué tu aurora, dulce María:
Y yo lloraba

Lamentando el presente de la fortuna,
Al ver la orfandad triste que tras la cuna
Te saludaba.

Avecilla canora que hizo su nido
Sobre cada rama, que enfurecido
Rompiera el viento,

Al borde de un abismo lanzas tu canto.
No lo interumpa ¡oh, niña! funesto el llanto
De tu tormento.

Tal vez tu santa madre, dulce amor mío,
Te encontrará temblando de hambre y de frío
Y abandonada;

Y cuando auxilio pidas, todas las gentes
Volverán los semblantes indiferentes,
Niña adorada.

Tal vez muerta tu madre, su precipicio
De flores engañosa te cubra el vicio
Sutil y artero;

Y con su inmunda boca bese la orgía
Tus carnes de camelia, no, vida mía,
Muere primero.

Julio 10 de 1894.

DISTRIBUCION DE PREMIOS

DE LA ESCUELA DE CIEGOS.

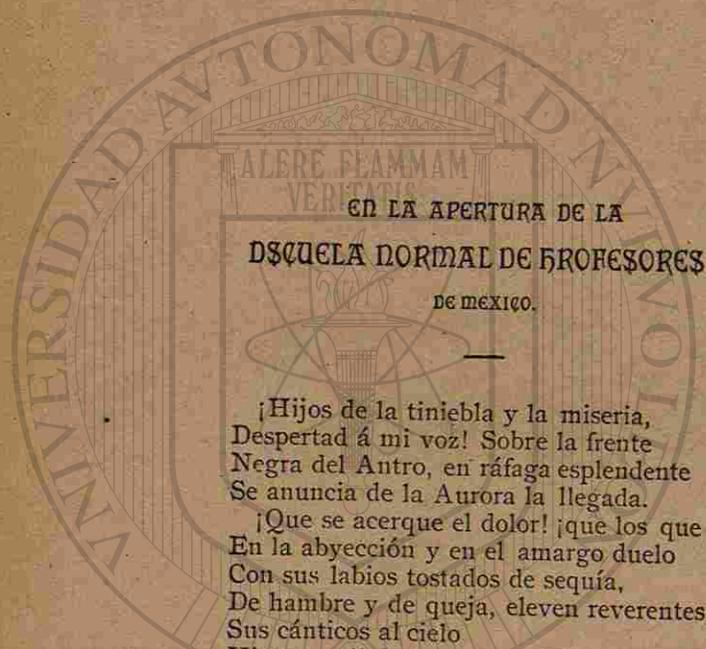
¡Huérfanos de la luz, alzad la frente,
 Que en vuestra eterna noche alumbre el día!
 ¡Esa que creis tiniebla, que del mundo
 Parece segregaros, es un velo
 Con que proteje el ángel de la vida
 Con misterio profundo,
 Vuestro existir que pertenece al cielo!
 Es obscuro vacío
 En que el Eterno impera,
 Y en que pura la augusta inteligencia,
 Como un sol para el alma reverbera.
 Como el beso que imprime en vuestro labio
 La fresca linfa de la amiga fuente
 Así es la luz. Cual tierna melodía
 Que vibrando en acentos de ternura
 Consuelo al alma envía,
 Empapada en dulzura,
 Y hace temblar al pecho enamorado
 De infinita alegría;
 Así es la luz. Como de errante aroma
 La apacible caricia,
 Como arrullo de tímida paloma,
 Que requiebra al amado con delicia,
 Como llega á vuestra alma entusiasmada
 Este rumor del futimo contento,
 Así es la luz.....y los que en negra sombra
 De los hombres recorren el camino,
 Verán más bella tras su triste noche
 La luz divina del eterno día.....

Aquí infirmes en lóbrego aislamiento
 Cadáveres de pie, perdidas aves,
 Sin rumbo al estallar de la tormenta;
 Agua sin cauce, yedra sin arrimo,
 Triste niñez sin brisas y sin flores,
 Con la existencia en prolongada tumba
 De llanto y de dolores.....
 ¡Oh, no, vendrá la ciencia,
 Vendrá el amor, y con ardiente anhelo
 Lucharán nobles con la suerte impía,
 Y llegarán á penetrar osados
 Donde no pudo penetrar el día!
 Vino la ciencia, y en el punto leve,
 Que en su ingeniosa percepción emplea,
 Hacé que palpe el ciego sorprendido
 La facción atractiva de la idea.
 Vino la ciencia, al dedo diligente
 Translada la pupila penetrante
 Y en éxtasis profundo
 Más grande que Colón de entre las sombras
 Audaz conquista para su alma un mundo.
 Vino la ciencia.....y los trozados lazos
 Con que á los hombres le ligó el destino
 Reanuda; á sus hermanos se incorpora
 Y en santa comunión con los mortales
 Le da el saber su copa bienhechora.
 Y sutil el amor; sagaz desplega
 El ala de las dulces armonías,
 Y sus tiernos suspiros y sus quejas,
 Y sus sueños informes y lamentos,
 Como seres palpables, cobran vida
 Y flotan deliciosos en los vientos.....
 ¡Sublime caridad! madre amorosa
 Del que llora en doliente desamparo,
 Limpio raudal que corre refrescando
 Los labios que se abrazan de tormento!
 ¡Sublime caridad, cuna de niño,
 Faro del hombre, apoyo del anciano,
 Cuál resplandece tu sagrado fuego
 Cuando te adoro como luz del ciego!
 ¡Venid! mirad resucitar las almas.....
 Envueltas en las sombras pavorosas,
 Como arcángeles réprobos. Con gozo
 Ved en las manos vencedoras palmas,
 ¡Ved en las frentes virginales rosas!

Hosana al bien que arrebató al destino
 La negra venda que al cadáver de alma
 Que en mortaja de vida se envolvía,
 Dió la luz del saber que al triste aliento
 Que formulaba maldición y queja,
 Prorrumpir hizo en cantos seductores
 Y tornó el pecho, abismo de dolores,
 Y presa de agonía,
 Nido de deliciosos ruiseñores
 Que dulces trinan cuando muere el día.
 ¡Triunfa, padre infeliz! ¡Victor, contento,
 Tú que miraste al hijo de tu sangre
 Sin luz y sin abrigo,
 Como sombra terrible del tormento
 Condenada al suplicio del mendigo!
 Tú que temblabas de fijar tus ojos
 En la lápida humana que encerraba
 A tu hijo vivo, para el mundo muerto,
 Y te hirieron cual dardo sus caricias
 Y te hundió en el dolor su paso incierto.
 Bebe sus triunfos.....ciñe sus coronas
 Empápese tu ser en sus delicias,
 ¿Será que lo que creemos la tiniebla
 Es luz para el espíritu? Es acaso
 En la región del alma ese vacío
 Ignorado existir? ¿Es que la vida
 Torna la espalda al engañoso mundo,
 Y en el misterio al ciego perfecciona,
 Y en su idea el Eterno se aparece
 Y en otros mundos que pintar no sabe,
 Como un sol de esperanza resplandece?
 Si esa región existe, como existe
 En vuestros rostros pura la alegría,
 Si á esa región de amor vuela vuestra alma
 Entre las sombras sin dejar el suelo,
 Allí ensalza la patria, allí con llanto
 Pedid por ella al Hacedor del cielo.
 Allí elevad los tiernos corazones,
 Y en cánticos sinceros
 Ofreced ardorosas ovaciones
 Al bendecido nombre de Trigueros.
 Viejo, herido de acerbos desengaños,
 Con sombras de dolor sobre la frente
 Que salpicaba el hielo de los años,
 Sus hijos os llamó y en vuestros triunfos

Flores de su ternura.....
 Era pompa y encanto de estas fiestas
 Su llanto de ventura.....
 ¿Si pudierais mirar unos instantes
 Lo que estoy viendo yo?...Los circunstantes
 Se agrupan; por miraros os rodean
 Y en mirar vuestros triunfos se recrean;
 La esbelta dama y el doncel garrido,
 El tierno niño, el encorvado anciano
 Os ven vivir sus rostros de amargura
 Y sienten que se escapa de sus ojos
 Llanto que arranca vuestra dicha pura.
 La madre diligente
 Lleva á su hijo á su seno y os señala
 Cual quien le dice: «quíerelo alma mía,»
 No conoce á quien le ama
 ¡Para ellos, oh dolor, no alumbrá el día!
 La alma va á nuestras almas y contempla
 Vuestros ensueños de inocentes niños
 De vuestras gracias las tempranas flores,
 De juventud las galas esparcidas
 En un abismo de miseria y duelo.
 ¡Y quiere hablar y enfrena la blasfemia,
 Misterio impenetrable; pero llora
 Por vuestra suerte; aunque el misterio adora!

 ¡Omnipotente Dios! Tú que eres fuente
 De amor y de bondad; da á nuestras almas
 Tesoros de ternura y que se viertan
 En el seno infeliz de los que gimen!
 Perfecciona estos seres de las sombras,
 Que el saber los redima, que el contento
 De sus pupilas desterrando el lloro,
 Recorra sus tempranos corazones,
 Como una alegre nota los cristales
 Palpitantes del tímpano sonoro.



¡Hijos de la tiniebla y la miseria,
Despertad á mi voz! Sobre la frente
Negra del Antro, en ráfaga esplendente
Se anuncia de la Aurora la llegada.
¡Que se acerque el dolor! ¡que los que gimen,
En la abyección y en el amargo duelo
Con sus labios tostados de sequía,
De hambre y de queja, eleven reverentes,
Sus cánticos al cielo
Himnos mil de ternura y alabanza!
Porque se erige un templo á la Esperanza;
Que dice al porvenir: «Bien y consuelo.»
¡Inspiración divina! con tus rayos
De mis cansados años funde el hielo
Y desata mi acento entumecido
En cánticos sonoros;
Que remeden de ardientes querubines
Los celestiales coros,
Que lleguen de mi patria á los confines
Del saber ensalzando los tesoros.
Así brotando el sol reverberante
Sobre la cima del volcán gigante,
Funde la nieve, engendra cristalinas,
Hervidoras corrientes
Que se lanzan festivas de la altura
En tumbos relucientes
Y tendiendo su manto en la llanura

Sobre la verde yerba y entre flores,
Retratan bellos el espacio inmenso
Circundado de ardientes resplandores.
¡Reina Satán! el fango á los reptiles,
Disputa el hombre cuando busca el sueño;
Forceja con el hambre el desdichado
Herido por el látigo del dueño:
Al evitar el hondo precipicio
El inexperto, en intrincados lazos
Se apresa, le persiguen, y refugio
Busca ciego del crimen en los brazos.

En tanto en los banquetes opulentos,
En el garito, en la ruidosa orgía,
A la sombra del templo sacrosanto
El vicio audaz, escandaliza al día.
Y la santa virtud rasgando el manto
Resígnase al tormento,
Sin esperanzas ó le aniega en llanto
¡Encima del patíbulo sangriento!

¡Reina Satán? Rompamos en su frente
El cetro de su inmunda tiranía.
Mortal, ven á la luz, acude, arranca
Tu ser de la abyección. Ven, que amanece
En las cumbres del bien, encantadora
¡La estrella que consuela y que redime
El alba del que sufre y del que llora!
Ven á la luz, conduce entre tus brazos,
Al tierno niño de tu amor tesoro;
Ven, que ha brotado cristalina fuente
De ternura, de bien y de pureza;
Acorre pronto, báñale en tus aguas
Y que levante erguido la cabeza
Del porvenir magnífico, adivino,
Que siembra liberal de adelfa y rosas
El sendero escabroso del destino.

Yo te admiro, gran Dios, cuando revienta
Bajo tu carro repentino el trueno,
Yo te admiro agitando con tu soplo
Del mar inmenso el insondable seno.
Te ensalzo si engalanas el espacio
Con el arco del iris esplendente;
Si haces del infinito tu palacio
Y de los soles orla de tu frente.
Pero te amo, buen Dios, cuando al mendigo,

Y al huérfano infeliz, y al que desecha
 La altiva sociedad, brindas abrigo.
 Porque el bien es tu esencia;
 Tú, bienhechor bendito,
 Concediste tu gracia á la inocencia
 ¡Y al átomo invisible el infinito!
 Este es tu templo, ¡oh Dios! la sacra llama
 Del amor se alza aquí y aquí se adora
 ¡Al Dios del bien que regenera y ama!
 ¡Oh, la Escuela! ¡La Escuela! es el amparo
 De la frágil simiente, que algún día
 Cubrirá de renuevos opulentos
 La tierra inculta y burlará potente
 ¡La furia de los vientos!
 Es la urna misteriosa
 De que saldrá invencible la conciencia
 A alimentar los varoniles pechos;
 Es el arca preciosa
 Do guardarán los pueblos soberanos
 Sus timbres de grandeza y sus derechos.
 Es la escuela, el capullo de hilos de oro,
 Que bajo el toldo del ramaje umbrío,
 Alas le da al insecto y le concede
 El dominio del campo y del vacío.
 Es un plantel de delicados niños
 Que alentarán enteros corazones,
 Y entre mimos, y juegos, y cariños,
 Darán al porvenir generaciones
 Vigorosas, fecundas, que prometan
 ¡Glorias á Dios y paz á las naciones!
 Es la escuela, la madre que calienta
 Sobre su seno al párvulo querido,
 Le arrulla, le contenta,
 Su incierto paso diligente guía,
 Y que da su consejo y su enseñanza,
 Al conducirlo por la florida senda,
 La mágia del prodigio y la leyenda,
 El prestigio de amor y bienandanza.
 La ciencia en ella astuta se disfrazaba
 Y penetra en los juegos infantiles
 Traviesa y retozona,
 Corriendo como niño en los pensiles.
 Y en el *Abaco* oculta artificiosa
 El balbutir del cálculo. En la línea
 Trazada por acaso; en el tejido

De múltiples colores; en el gozne
 Del figurín pedante y en las vueltas
 Del trompo bailador, embelesando
 Revelan su presencia
 Y vierten á torrentes sus tesoros,
 ¡El progreso fecundo y la experiencia!
 ¡Oh, ¡cuánta abnegación! cuánta ternura!
 ¡Cuánta riqueza de bondad inmensa,
 Cuántos pródigos dones ofrecidos
 Al ser que ama y que piensa.
 Ese arco, y esa cuerda, y el juguete
 Que seduce y deslumbra con delicia,
 Es el bien en su esencia
 Disfrazado de chiste y de caricia,
 Perfumado de amor y de inocencia.
 De ese enjambre infantil, de esas espumas
 De vida palpitante, que en sus mares
 Forma la humanidad, nace la Patria,
 Invoca como Dioses tutelares
 A la razón, al bien, á la justicia,
 Se alza potente en la terrena esfera
 Y radiante de amor, como astro impera.
 Tal te presento, México, en tu mano
 Nuestra bandera tricolor ondea,
 Se siente grande el pueblo soberano
 Y brilla su alma como luz febea.
 ¡Divina inspiración! de entre mis canas
 Haz que brote tu lumbre vencedora
 Como brota entre témpanos de nieve
 Con luz triunfal magnífica la aurora,
 Y ostenta sus encantos hechiceros
 Al colorar con tintes purpurinos
 Sobre la azul esfera
 ¡Los raudales de estrellas y luceros!
 Sublime Pestatozzi, anciano-niño,
 Tú presentiste al hombre en su simiente,
 Tu alma de puro armiño
 Con beso amigo se posó en su frente
 ¿Por qué el renombre, cortesano abyecto,
 Prorrumpes audaz en cánticos divinos
 A esos demoleedores ambiciosos
 Vergüenza de ladrones y asesinos,
 De la virtud insulto
 Y al apóstol del bien niega su culto?
 ¿Por qué no alza un altar al que ilumina?

¿Por qué templos no erige al que consuela?
 ¿Por qué no clama con acento osado,
 El gran templo es la Escuela?
 ¡Francia, Francia inmortal, yo te distingo
 Tras tu lucha sangrienta,
 Convulsa, herida, desgarrado el manto,
 Saliendo vacilante de un abismo
 De sangre y de terror, volver los ojos
 De tus males horribles á la fuente
 Entre gritos de horror y de venganza.....
 Y sentir como madre y en el niño
 Radicar tu esperanza
 Dando ser poderoso, ¡haciendo día
 En la aula del que enseña y el que guía!
 Y aquellos de la ciencia los titanes
 Te comprendieron y Laplace augusto
 Y Sieyes pensador y los del mundo,
 Astros, con ambición enaltecida
 A la Escuela Normal le dieron vida.
 ¡Sacerdocio de luz! este recinto
 Será tu cuna, en sus alegres muros
 Guardará la Nación desengañada
 Sus destinos futuros.
 Este plantel será para el que guía,
 En él aprenderá sabio piloto
 A dirigir la Nave voladora
 Con rumbo amigo por el mar desierto
 Y á burlar la tormenta bramadora
 Y con giro triunfal llegar al puerto.
 Aquí cual ave ensayará sus vuelos
 Para tender el ala diligente
 Cuando al viento se lancen sus polluelos.
 Aquí en sus lomos como pez astuto
 Pará surcar las ondas á sus hijos
 Y cariñoso evitará el naufragio
 Con cuidados prolijos.
 Aquí la hmanidad enaltecida
 Verá que corre su raudal de vida
 De la Escuela al hogar, vivificando
 Al padre rudo y á la madre tierna,
 Ensalzando al trabajo que transforma,
 Que fecunda, que cría,
 Que lleva estrepitosa la alegría
 ¡A donde en ocio y hambre, entre serpientes
 De impuros vicios se maldice al día!

Del hogar al taller, el mismo brazo
 De remangado lienzo, á la palanca
 Pedirá sabio, su potente empuje.
 Sorprenderá en el libro y en la ciencia
 De la máquina activa los secretos;
 Y el acero pensante,
 Y el hierro inteligente,
 Y el vapor imperioso y dominante,
 Hinchidos de poder y de grandeza
 Le darán como hermosa prometida
 Pura y resplandeciente la riqueza.
 ¡Y ese ruido, ese estruendo, ese trueno,
 Aturdidor en himnos al progreso,
 Traducirán los hombres complacidos
 Como el hosanna de la paz creadora
 Que conjura del hambre los gemidos!
 Y avanzará el saber, y cuando llegue
 Al palacio, á la plaza, á los cuarteles,
 Hallará con delicia
 Que todos de la patria son soldados
 Y ciudadanos fieles,
 Que llevan en sus bélicos pendones,
 ¡La razón, el derecho y la justicia!
 Alma, del alma de la patria mía,
 Alzate pura como blanca nube
 Del límpido cristal; acorre, sube,
 Y domina sublime al infinito.
 ¡Allí revela á Dios, al que redime:
 Al que en el evangelio sacrosanto,
 Fijó divino sus eternas leyes!
 Allí á despecho de la fuerza bruta,
 Allí con rabia de menguados reyes
 Clama que entre ese Dios..... y el fanatismo
 ¡La luz, la libertad y la conciencia
 Cabaron un abismo!
 Honra y gloria al poder, que te edifica,
 Un pedestal que ensalzarán los siglos;
 Honra y gloria al poder, porque su agente
 Da lustre de su padre á los laureles
 Que en Trafalgar magníficos ganara,
 ¡Y le lleva á sus hijos y á la historia
 Este recuerdo de inefable gloria!
 ¡Gloria y honra al poder, porque el que impera
 Volviendo el rostro al cortesano incienso,

Con ardor puro, con anhelo intenso
 Contento ha preferido
 Ser de este pueblo de hijos de los héroes
 ¡Padre amoroso y bienhechor querido!
 ¡Gloria y honra al poder! Quemad perfumes,
 Cubramos su obra de amaranto y flores;
 Los niños á su hogar lleven laureles,
 Alegres disfrazándose de amores.

Mientras su hijo, su ensueño, su presea
 Descuella y se engrandezca y para su hora
 Gloria y orgullo de la patria sea.

Lauros mil al poder porque realiza
 La ambición noble del sublime Juárez,
 De llevar á la luz al pueblo amado,
 De mirarle feliz, aunque él se viera
 ¡Herido, y escupido y calumniado!

Dios de inmensa bondad, Dios sacrosanto,
 Tú que das á las yerbas el rocío,
 Como á la noche tu estrellado manto,
 Cuida el plantel, Dios mío,
 Cuídalo con amor que es flor de llanto,
 Ampáralo, Señor..... mira del niño
 Renacer los graciosos embelesos,
 Mira que te bendice con sus labios
 ¡Que vierten risas y derraman besos!
 Cuida Señor, la Escuela, que es la nave
 Que lleva de la patria los destinos,
 Cuídala, calentándola en tu seno
 Que tú eres el amigo del que llora,
 Que eres el Dios del pobre y el Dios bueno;
 Ampárala Señor, que de ella nazcan
 La paz, el bien, la fuerza, la riqueza,
 ¡La patria indeficiente y su grandeza!

Y ese cuadro de eterna bienandanza
 Que á pueblos libres servirá de norma,
 Será de los que hicimos la reforma,
 La victoria inmortal y la venganza.

1887.

A JULIA IGLESIAS.

LAS DOS VIRGENES.

I.

¿Qué son esos acentos que atraviesan
 Sombras de fresnos, toldos de ramajes
 Que al aire dan las orlas que columpian
 Al tenue aliento de las brisas suaves?

¿Por qué en torrentes brota la armonía
 Y se tiende en dulcísimos cantares,
 Entre los bosques de arrayán y rosas
 Que perfuman las alas de los aires.....?

Es el festín: con débiles reflejos
 El sol baña la frente de la tarde,
 Y en el verjel que en competencia adornan
 Rica naturaleza y hábil arte.

Opulento banquero, le da suelta
 A sus instintos de amoroso padre,
 Y celebra de su hija el natalicio,
 La flor de la beldad y los magnates.

Era Lilia una niña, muy más bella
 Que de Murillo y de Rafael los ángeles,
 Pálido el rostro, de ébano el cabello;
 Y el mirar tierno de sus ojos grandes.

Amor inmenso al alma revelaban
 De su luz deslumbrados al cerrarse:

Con ardor puro, con anhelo intenso
 Contento ha preferido
 Ser de este pueblo de hijos de los héroes
 ¡Padre amoroso y bienhechor querido!
 ¡Gloria y honra al poder! Quemad perfumes,
 Cubramos su obra de amaranto y flores;
 Los niños á su hogar lleven laureles,
 Alegres disfrazándose de amores.

Mientras su hijo, su ensueño, su presea
 Descuella y se engrandezca y para su hora
 Gloria y orgullo de la patria sea.

Lauros mil al poder porque realiza
 La ambición noble del sublime Juárez,
 De llevar á la luz al pueblo amado,
 De mirarle feliz, aunque él se viera
 ¡Herido, y escupido y calumniado!

Dios de inmensa bondad, Dios sacrosanto,
 Tú que das á las yerbas el rocío,
 Como á la noche tu estrellado manto,
 Cuida el plantel, Dios mío,
 Cuídalo con amor que es flor de llanto,
 Ampáralo, Señor..... mira del niño
 Renacer los graciosos embelesos,
 Mira que te bendice con sus labios
 ¡Que vierten risas y derraman besos!
 Cuida Señor, la Escuela, que es la nave
 Que lleva de la patria los destinos,
 Cuídala, calentándola en tu seno
 Que tú eres el amigo del que llora,
 Que eres el Dios del pobre y el Dios bueno;
 Ampárala Señor, que de ella nazcan
 La paz, el bien, la fuerza, la riqueza,
 ¡La patria indeficiente y su grandeza!

Y ese cuadro de eterna bienandanza
 Que á pueblos libres servirá de norma,
 Será de los que hicimos la reforma,
 La victoria inmortal y la venganza.

1887.

A JULIA IGLESIAS.

LAS DOS VIRGENES.

I.

¿Qué son esos acentos que atraviesan
 Sombras de fresnos, toldos de ramajes
 Que al aire dan las orlas que columpian
 Al tenue aliento de las brisas suaves?

¿Por qué en torrentes brota la armonía
 Y se tiende en dulcísimos cantares,
 Entre los bosques de arrayán y rosas
 Que perfuman las alas de los aires.....?

Es el festín: con débiles reflejos
 El sol baña la frente de la tarde,
 Y en el verjel que en competencia adornan
 Rica naturaleza y hábil arte.

Opulento banquero, le da suelta
 A sus instintos de amoroso padre,
 Y celebra de su hija el natalicio,
 La flor de la beldad y los magnates.

Era Lilia una niña, muy más bella
 Que de Murillo y de Rafael los ángeles,
 Pálido el rostro, de ébano el cabello;
 Y el mirar tierno de sus ojos grandes.

Amor inmenso al alma revelaban
 De su luz deslumbrados al cerrarse:

En su inocencia el corazón dormía,
Sin temor al vaivén de los pesares,

Como en espejo de apacible lago,
De esbelta palma la gentil imagen;
Y algo de melancólico velaba
Con vuelo incierto el mágico semblante,

Como el sol cuando filtra sus destellos
En las ramas profusas de los sauces,
Y como oculta tórtola á la luna
Alza en los bosques sus dolientes ayes.....

Niña inocente que en los cielos sueña
Y que de amor su corazón no sabe,
Cual fuente que retrata las estrellas
Al correr limpia en el tendido cauce.

Y nació bella del banquero avaro,
Como flor de marfil del fango nace,
O cual llama fosfórica que brota
De los restos humanos en la cárcel.....

Era el festín: en ráfagas la llama
Inundaba la estancia, y en los árboles
Resbalaba profusa, convirtiendo
En fantásticos grupos sus ramajes.

Del amplio cenador, seda y armiño
Suspendieron pomposos cortinajes;
Y era de un sólo espejo el ancho muro,
Y sembrados de soles sus cristales.

Entre claveles que su labio abrían,
Entre acacias y nardo y tulipanes,
Que como ébrios de luz se reclinaban
De estatuas en los blancos pedestales

De trecho en trecho, en medio de la estancia
Se levantaban fuentes deslumbrantes,
Sacudiendo entre plúmbagos y almendros
Y enredaderas bellas, sus diamantes.

Las fuentes el carril interrumpían,
Donde brindaba el arte los manjares

En grupos caprichosos, do en tumulto
Se elevaban columnas y pirámides,
Sobre dorados cestos de las frutas
Asomaban sonriendo entre el follaje.

Era una insurrección de luz, de aromas,
De música, de amor y de beldades,
En que el iris, rompiendo sus matices,
A todo daba luminoso realce.

¡Oh! cómo se miraba la luz pura
A los hombros de nieve abalanzarse,
Iluminando pechos que tembiaban
¡En sus nidos de perlas y de encajes!

¡Oh! cómo triunfadora la hermosa
¡De pasión inundaba los galanes!
¡Oh! y cómo del placer la intensa fiebre
Se embriagaba en los senos palpitantes!

Y la óptica falaz reproduciendo
En salones sin fin, como en los aires,
Como nadando en llama, los encantos
Del contento tornaba en celestiales.

Los acentos de amor entre las notas,
Brotaban esparciéndose irritantes,
El mirar que acaricia entre las flores
Cintilaba tiernísimo y brillante.

Del Jerez el topacio se brindaba
Al través de su muro de cristales
Y del Champaña trémula la espuma,
Sobre el diáfano cáliz rebosante.....

Hubo un momento en que imperó el silencio
Como queriendo el gozo renovarse,
Y en ese instante..... percibió el concurso
De canto lastimero, eco distante.....

Y como el alma humana se enamora
Y le seduce el viso del contraste,
Que se indagara del extraño canto
Ordenaron mil voces á los pajes.

«Es el viejo cantor.» dicen volviendo,
Ese que da sus coplas á las calles,
Que quiere se le escuche una leyenda
Que á la deidad de nuestra fiesta trae.....

Unos dicen: «limosna;» otros censuran
Aquella aparición como un ultraje,
Y Lilia ordena que al coplero anciano
Con respeto y cariño se le llame.

Apareció el cantor: su triste frente,
Ni se mostró humillada, ni arrogante;
Mudo é inmóvil se quedó el concurso,
Y él prorrumpió, después de serenarse.....

II.

«Recuerda fiel la memoria
«El tiempo de los torneos,
«De amorosos devaneos
«De altas empresas de gloria.

«En que la mística dama
«Y el entusiasta guerrero,
«Y hasta el humilde escudero
«Cortejaban á la fama.

«En que opulento señor,
«En medio al fastuoso brillo,
«Daba albergue en su castillo
«Al humilde trovador.

«En que á su grata presencia,
«Todo, sumiso, callaba,
«Porque sin rival cantaba
«Entonces la gaya ciencia.

«Y hoy el astuto dolor,
«A mi pecho vacilante
«Le pide por un instante
«Mi disfraz de trovador

«Y vengo á contar un cuento
«Si el concurso me perdona,
«Que adorne como corona
«Al legítimo contento.»

El trovador calló como mirando
Si le era la licencia concedida:
Tiene llanto en sus ojos, de su frente
Las gruesas gotas de sudor corrían.

Alguien mira de reojo al importuno
Quídam insustancial: «música!» grita,
Y que hable el trovador con breve acento
Viendo al viejo amorosa, exclamó Lilia.

Apoyó en su bastón la izquierda mano,
Limpió su frente, serenó su vista:
Y á un desierto poblado por estatuas
El soberbio salón se parecía.

III.

CANTO DEL TROVADOR.

«Eranse dos artistas, dos tiernos trovadores
«Sembrando en su miseria sublime inspiración:
«El uno sus hechizos pidiendo á los colores;
«El otro á la escultura, con fúervida pasión.

«Entre ambos compartiendo con fraternal cariño
«Del infortunio el llanto, de la pobreza el pan:
«Soñando con sus almas del blanco del armiño,
«En ricas recompensas del entusiasta afán.

«El pintor los matices del iris sorprendía;
«Parece que en las hebras del mágico pincel,
«Estaba como oculta la luz del claro día,
«Los cantos de la fuente, la pompa del clavel.

«En orfandad de niños cruzando de la vida
«En hondo desamparo por el revuelto mar,
«El arte fué la playa que les tendió sus brazos,
«El arte fué á sus almas consolador altar.

«Al pintor diera el cielo la fuerza y la osadía,
«Al escultor ternura le concediera Dios:
«En una sola llama de santidad ardía
«Lo más radiante y puro del alma de los dos.

«Pablo, el pintor, calcaba en obediente lienzo
«De su inspirada mente magnífica creación,

«Para abrir á su hermano las puertas de la Europa,
«Y que emprendiera el vuelo su genio de escultor.

«Y un día en que las sombras pedía á su paleta
«Para envolver los cielos en lúgubre capuz,
«Sintió que de sus ojos la luz desaparecía.....
«Y que en la eterna sombra se sepultó su luz.

«El último destello que en su interior quedaba,
«Se vió cuando se vierón sus lágrimas rodar,
«Quedándose en las sombras aislado y silencioso,
«De la muerte los pasos inmóvil á esperar.

«¡Oh juventud hermosa, que en el dolor naufraga!
«¡Oh pintor desdichado sin flores y sin sol!
«¡Oh eternidad de espera sin rumbo y sin arrimo!
«¡Oh mísera existencia sin luz y sin amor!

«En Alfonso su hermano la sombra proyectaba
«Despedazando fiera su triste corazón,
«Y á su cincel divino remedio demandaba,
«Y un rayo, un solo rayo de ardiente inspiración.

«Remedio de su Pablo la ciencia predecía,
«El oro de su noche le puede restituir
«Al mundo y sus placeres, el arte y sus encantos
«Al alma de la vida que alumbra en el zenit.

«Y acariciando el mármol como rendido amante,
«De su cincel de acero mirábase nacer
«Algo de ideal y puro, de vago y de divino,
«Con rostro de querube, con formas de mujer.

«Temblaba como carne del mármol la tersura,
«Los labios de la estatua parecen respirar,
«Y su cincel retira del mármol, porque siente
«Que el levantado seno comienza á palpar.

«En celestial consorcio sobre la frente agrupa
«De su creación la gracia y el tinte virginal;
«A su cuello de cisne pegó su labio ardiente,
«Cual rendido viajero sus labios al cristal.

«¡Oh Virgen de los cielos! tu imagen se encarnaba
«En el sumiso mármol premiando la virtud,

«Y en el beso postrero de su cincel triunfante,
«Dijo, pensando en Pablo: *la Virgen de la Luz.*

«Fué de Pablo la Virgen la tierna compañera,
«Amor de sus amores, sus brisas y su sol;
«La madre idolatrada, la niña, la flor pura,
«El aroma de vida del triste corazón.....

«Al delicado pecho de la insensible estatua
«Contempló en sus delirios como animado ser:
«Contóle sus dolores, lloró sobre su seno,
«Tuvo alivio y consuelo su inmenso padecer.

«Los ojos de sus dedos palpaban su hermosura,
«Vivía de su aliento oyendo en su interior
«Al colocarse al frente de sus helados labios,
«Las notas melodiosas de su celeste voz.

«Así, cuando pensaba que á venta inexorable
«Al alma de su vida se pudo destinar,
«Dudaba entre el encanto de restituirse al día,
«O encontrar sin su Virgen desierto y orfandad.

«Y pasaban las horas de vuelo infatigable,
«Envueltas en tristeza y en lúgubre crespón,
«Como cruza las sombras el cárao nocturno
«Lanzando como cantos, gemidos de dolor.

«Y yo, triste coplero, bastardo del acaso,
«Que sazonó con cantos el pan del infeliz,
«A la Reina del ángel, en medio á los artistas,
«Cual madre entre sus hijos enamorado ví.

«Lloré con los dolores, dí aliento á los ensueños
«De un porvenir alegre de goces y de luz,
«Y derramé mis cantos cual gotas de consuelo,
«En el sagrado cáliz de amor y juventud.

«Yo tomaré riqueza la angélica hermosura,
«Dije: y á los magnates sumiso buscaré;
«Le pediré á mi lira sus cantos más sentidos,
«Y luz para tus ojos, ¡oh Pablo! encontraré.

«¿Qué importa que me digan el soñador risible,
«El corredor de cuentos, el bardo insustancial,

«Si llevo entre los labios la luz del claro día
«Y si llevo en mi pecho de la ternura el mar?»

«Así en acecho astuto de la piedad divina,
«Alcázares de grandes y templos recorrí,
«Y no encontré un resquicio de amor y de consuelo
«Para el que en las tinieblas consúmese infeliz.

«Bellas, á quienes ciñen la luz y los encantos,
«Los que ostentáis donceles, la dicha y el amor,
«Verted de vuestras copas cual lágrima una gota
«Para mi pobre ciego, de tierna compasión.

«Un óbolo que caiga de cada blanca mano,
«En gozo tiernas almas y en bien inundará:
«Tendrá como recuerdo en su suntuosa estancia,
«Y augurio de ventura la Virgen celestial.

«Pensad en los que lloran, magnates de la tierra;
«Pensad en que es contento que goce el infeliz,
«Pensad ¡ay! en que á muchos la vida les daría
«Los míseros desechos de opíparo festín.»

Y creyendo que á punto la ternura
Iba á estallar, consuelo de sus ansias,
Mandó acercar con imperioso acento
Al medio del salón la hermosa estatua.

Ya Lilia estaba en pieya le tendía
Con noble afán la mano enamorada.....
Cuando gritó el banquero: «¡Impertinente!
«No nos entristezcáis.....¡vedme mañana!»

Y cual negra corriente los despojos
Y los gusanos de la tierra arrastra,
Así siguió la turba al avariento,
Haciendo renaciese la algazara.

Pueblan ardientes de Offembach las notas,
Oyense risas, truenan las palmadas,
Y del cantor las voces doloridas
En el tumulto de placer se apagan.

Como tropel de ardientes cazadores
Que á herido ciervo con placer alcanza,

Y estalla en gritos de feroz contento
Cuando contempla sus mortales ansias.

Corrido el trovador, dejó aquel sitio
Dando corriente á sus amargas lágrimas;
Pero al dejarlo.....al esconder su rostro *
Huyendo del desprecio á las miradas,

Creyó mirar á Lilia, y en sus ojos
Tesoros de bondad, nidos de gracias:
Creyó ver en relámpago divino,
Un mundo de ternura y esperanzas.

Así, cuando entoldado el horizonte
El terror y la muerte nos amagan,
Rauda corriente de propicio viento
Las negras nubes poderoso rasga.

Y allí rayos del sol se precipitan,
Derramando en los montes sus cascadas,
Dando realce al magnífico paisaje
Las tristes sombras que en los cielos vagan.

¿A dónde va en su carroza
A donde la tierna niña,
La que huella alfombras turcas
La que duerme entre cortinas?
¿Por qué en extraviados barrios
Su regio coche camina?
¿Qué busca la joven bella,
Qué busca la joven rica,
Donde los dolores moran,
Donde viven las desdichas?
Al pisar de sus caballos,
Las pobres chozas se cimbran;
Sobresalen sus sirvientes,
Con sus lujos y sus cintas,
Del techo de los *jacales*
En que los pobres habitan.....
Va por donde mora Pablo,
Que el desdichado vivía
Donde hacen paso las casas
A los llanos que principian.
Entre unos árboles grandes
La mansión está escondida,

Con descarnadas paredes,
 Con rejas que parecían
 De desnuda calavera
 La maltratada mandíbula.
 A distancia quedó el coche,
 Y fuese sola la niña,
 Hasta que el punto deseado
 Encontró sagaz su vista.....

Era un sepulcro sin losa
 La casa.....triste y vacía;
 El lecho de dura tabla,
 Una mesa y una silla;
 Pegados á las paredes
 Grandes lienzos se veían,
 Con tan celestes pinturas,
 Con imágenes tan lindas
 Que entusiasmados pensaban,
 Los que los lienzos veían,
 Que los ángeles del cielo
 Perfeccionaban sus tintas.
 En un rincón, empolvado
 Estaba en expectativa
 Como marco sin su cuadro
 El caballete de artista,
 Como sin lámpara faro,
 Como descordada lira,
 Como casco de una barca,
 Cadáver de la hahía... ..
 La luz del sol penetraba
 Silenciosa.....y se limita
 A calcar en los ladrillos
 Su entrada á la estancia exigua.
 Y á la luz aquélla al frente
 De la imagen de María,
 Venerada por lo augusta,
 Por sus perfecciones linda,
 Estaba el pintor de hinojos,
 En adoración tan íntima,
 Que parece que los cielos
 A la oración asistían.....
 Ancha la frente, moreno
 El color de sus mejillas,
 La nariz proporcionada,
 La boca breve, expresiva,

Y la barba, del que sufre
 Resignado su desdicha,
 Al cuello erguido y esbelto
 Como raudal descendía
 El ébano en negras hebras,
 Que en sus profusas sortijas
 Remedaban la obsidiana
 Y á su piel hacen caricias,
 Como del sauce las ramas
 Besan la onda cristalina,
 Pero donde se concentran
 Luz, amor, ensueños, vida.
 Es en sus hermosos ojos
 Que ven el alma sin vista,
 Abismos de triste sombra
 Y en triste sombra perdida,
 Como en naufragio espantoso
 La luz brillante del día.....
 La niña al pintor mirando,
 La niña en el pintor fija,
 Sintió llanto de sus ojos,
 Dobló humilde sus rodillas,
 Y habló con la voz del alma
 Tierna á la Virgen María.....
 Manteniéndose á distancia,
 Reverente y escondida
 ¿Se encontraron las dos almas
 En esa plegaria mística?
 ¿Se amaron, se prodigaron
 En el éter sus caricias?.....
 ¿La estatua desde aquel punto
 Tuvo la dulce sonrisa
 Con que al felice creyente
 En los altares cautiva?.....
 Yo no sé; pero volvióse
 A su palacio la niña,
 Sin alma, porque ya su alma
 Con el pintor se vivía.
 ¿Sedujo la niña al padre,
 Corrió hacia Pablo furtiva
 Y le hizo, siempre distante,
 Sus generosas visitas?.....
 ¿Se volvió asombrado Pablo
 Alguna vez con delicia.....
 Percibiendo que la estatua

Como que dulce respira,
O que el ahogado sollozo
Cree que la estatua palpita?.....
Eso calla la leyenda,
Ni esperéis que yo lo diga,
Que no quiero que aquí deje
Negras huellas la mentira.

Una vez al besar Pablo
La mano de su madona,
Papel leve como seda
Y de perfume de rosas
Halló.....y esperó que Alfonso
Le descifrara en persona.
Y oyó casi con espanto,
Una carta que aquí anota
Fiel y oficiosa la pluma
Tomada de mi memoria:
«Felice tú, noble artista
«Porque te confiaste á mí:
«La noche de tus desdichas
«Está tocando á su fin,
«Y los rayos de la aurora
«Mirarás brillando en mí.
«Sigue del bardo los pasos
«Sin más querer inquirir,
«Que una vida de venturas
«Amanece para tí.»

¡Pobre mujer! cuando su pecho se abre
Del amor puro al viento, el sacrificio
Es su placer, y en su entusiasmo corre
Con vuelo temerario á lo infinito.

¡Pobre niña! que mira sus amores
Nacer entre las zarzas del martirio,
Como la luz del alba que alumbrara
Al viajero fatales precipicios.

Pobre Lilia, que regó con llanto
Su linda alcoba y sus salones ricos,

Desesperada de encontrar á Pablo
De sus cegados ojos el alivio.

La noche estaba en su alma; en desamparo,
Exhalaba quejosa sus suspiros,
Como ave herida que á los anchos mares
Tuerce inexperta del materno nido.

En vano quiso del feroz banquero
Consuelo hallar, que sus ardientes mimos
Despertaron las víboras del cielo,
Voraces en su pecho empedernido.

Y torvo y suspicaz, siguió los pasos,
Sintiendo el garfio de rencor maldito,
Y esperando le dieran sus pesquisas,
A sus fieras venganzas un resquicio.

Rompió los diques del amor un día,
Y tierno, astuto, inmenso y atrevido,
Tomando por el cuello á la fortuna,
Le dictó leyes con poder altivo.

Lilia fingió perdidos sus diamantes,
Pidió, vendió, y en medio del sigilo,
En su complot de amor, á un sacerdote,
Logró sagaz mirar comprometido.

El coplero se torna en instrumento,
Sabido que hay un pecho compasivo
Que oculto quiere redimir á Pablo
De la honda sombra en que se encuentra hundido.

¿Quién sino una mujer comprender puede
La sutil previsión, el tierno mimo
Con que procura la mujer amante
El consuelo y el bien del ser querido?

En el cojín que sostendrá sus sienes,
En la seda, en el vaso cristalino,
Y en la gota del agua de sus labios,
Vierte la esencia de su amor divino.

Así se preparó la oculta estancia
Del noble Pablo en apartado sitio,

Y en ella se instaló, como del vate
Y de Alfonso teniendo los auxilios.

¡Paso á la ciencia! al cabo se prepara
A operar en el ciego sus prodigios.....
Alcemos la cortina de ese cuadro:
Felice yo si exacto lo describo.

Es del enfermo la cuidada estancia,
Más bien de colibrí precioso nido:
En follaje de encajes y de sedas
El lecho del doncel esconde el brillo.

Donde no halla la vista candelabros,
Lámparas de cristal y espejos ricos,
Es porque invaden los lujosos muebles,
En nombre del placer el breve sitio.

Bajo de amplio dosel, sobre una peana
Que formaron el oro y el armiño,
La Virgen de la Luz alza la frente
Derramando amorosa sus hechizos,
Vertiendo los aromas á sus plantas
Blancas camelias y morados lirios.

Símbolo de alguna alma, al frente ardía
De la madre de Dios robusto cirio,
Que compitiendo con la luz opaca,
Daba á la estancia sus dorados visos.

En cómodo sillón estaba Pablo,
Pálida la color, negro el vestido,
Cayendo en el Olimpo de su frente
De su cabello de ébano los rizos.

Los augustos ministros de la ciencia
Se hallaban á su frente, y absorbidos
En ansiedad intensa, estaba Alfonso
Y aquel viejo cantor que conocimos.

Tras el lecho, perdido en sus cortinas,
Del sacerdote veíase el vestido,
Y también se miraba en negro velo
Semblante misterioso obscurecido

De incógnita matrona, que piadosa
Condujo al sacerdote á aquel recinto,
Creyendo su presencia conveniente
En aquella ocasión y en aquel sitio.

Es el fatal momento, sólo se oye
Frente á la Virgen el chispear del cirio,
El aliento suspenso entre los labios
Y presos en los pechos los gemidos.

«Virgen, Madre de Dios, bebe en tus ojos
«La blanca luz el astro matutino:
«Piedad para el que gime en negras sombras,
«A sus ojos devuelve el bien perdido.»

«El es la luz de mi alma, en sus tinieblas
«Me siento fallecer, muriendo vivo:
«Para él, el sol, los lauros de la gloria;
«Para mí, del tormento el infinito.....»

«¡Piedad de mi amargura! tú á las sombras
«También miraste circundar á tu Hijo,
«Cuando cual negros buitres se posaron
«En la cruz á que estaba suspendido.....»

«¡Piedad del noble joven! te lo piden
«A tus pies de mis lágrimas los ríos:
«Vé que que de angustia se derrite el pecho
«Que ardiente te invocó como su alivio.....»

Dijo Lilia, que á incógnita matrona
Pidió el disfraz..... ahogando sus gemidos,
Así clamó su amor sin esperanza
De los cielos tan sólo conocido.....

Vuelto Pablo á la Virgen, en silencio
Los circunstantes de la estancia hundidos,
Alzó la mano el médico..... de su obra
Con firme pulso para dar principio.

Algún gusano vil de cuyo nombre
Fuera el canto sacrílego bautismo,
De lo que pasa, al suspicaz banquero
Por mísera pitanza lleva aviso.

Y furioso, seguido de sus criados,
En la frente el furor, la espada al cinto,
Llegó á la alcoba donde Pablo estaba
Iba tocando de la puerta el quicio.....

Cuando escucha de asombro exclamaciones,
De goce acentos, de contento gritos:
Es la luz con su pompa y sus encantos,
Radiando y difundiendo el regocijo.

Es la luz la que plácida revuela,
Es Dios que inunda con su inmenso brillo,
Las pupilas de Pablo, y resucita
Risueño, ardiente, vencedor y lindo.

Y un sólo pensamiento le preocupa,
Y sólo uno le embarga su albedrío:
Arrojarse á las plantas de su Virgen,
Su alma verter sobre sus pies divinos.

Lánzase..... y espantoso le detiene
Un caballero..... que entra de improviso
Y de allí arrastra á la ignorada dama
Con rudo brazo y ademán altivo.

Trémula..... incierta, vacilante el paso,
La doncella se aleja de aquel sitio,
Más levantando el velo de su rostro,
«No importa, Pablo..... porque el triunfo es mío.»

Dijo la jóven, se borró cual sueño
La aparición..... y en el silencio frío
Se escuchaba el rumor de las pisadas.....
Y el rumor sordo del robusto cirio.

**

Niña que llora el tormento
Del imposible de amor,
No invoques en tu convento
La imagen de tu pintor.

Mira que á su pena asisto
Y que lamento tu mal,
Aunque vistas el sayal
De esposa de Jesucristo.

Y no le queda á tu historia
Tan sentida y tan doliente,
Que te conserve en tu mente
Quien fué tu amor..... y tu gloria.

Ni un recuerdo..... ni una luz
De quien tú fuiste luz pura,
Ni en tu pobre sepultura
Una flor junto á la cruz.....

Él á su Virgen quería,
Él su amor le consagraba:
De Lilia nada sabía
Y su Virgen le extasiaba.....

Pero una vez el cantor
Le dijo: «que pintes quiero
«Con tu pincel hechicero
«Una Virgen del Dolor

«Que enajene su hermosura,
«Que de la noche entre el velo,
«Mire un claro azul del cielo
«Como fin de su amargura.»

Y pidió á la inspiración,
Pablo su santa asistencia,
Y pintó en reminiscencia
De tiniebla y de aflicción;

Una Virgen de Dolores
Con tintas tan verdaderas,
Con sombras tan hechiceras
Y con tan vivos colores,

Que el infelice pintor,
Muy más que pintor, poeta,
Le dió vida á su paleta
Con su llanto de dolor.

La Virgen cabe á la cruz
De agonía sollozando,
Y en esa cruz resbalando
Vívido rayo de luz

Que caía dulce y grato
En un rostro con amor,
Y era de Pablo el retrato.....
Un capricho de pintor.....

Y en el altar en que oraba
Lilia..... y á Dios le pedía.....
Con el alma que lloraba
Diera fin á su agonía.

Astuto puso el cantor,
Cual promesa de consuelo,
Entre crespones de duelo
A la Virgen del dolor.

Lilia entonces del altar
Ni un punto se desprendía;
Llorando la hallaba el día,
La noche la vió llorar.

Y..... sin arrimo ni amores,
Entre las vírgenes santas.....
Expiró Lilia á las plantas
De la Virgen de Dolores.....

Nueva Orleans, Marzo 25 de 1877.

ODA A JALAPA.

Una vez más me embriagarán tus ojos,
Una vez más me endiosará tu frente,
Una vez más devorarán mis besos
Tu tez de rosa y tu seno ardiente.
Beberé de tu deleite enloquecido
Tus auras eupapadas en aromas;
Me adormiré junto al caliente nido
Retrete del amor de las palomas.
Tu dulce aliento vertirá su esencia
Reviviendo mi ser, Eden precioso,
Y en éxtasis divino
Las notas de jilguero cadencioso
Harán porque me olvide del destino.
Una vez más, el alma enamorada
A tu encanto se entregue
Y en tu éter de perfumes se extasía
Y en el placer se anegue.....
Cuando á tu ser sediento le confíé.....
¿Cómo decirte adiós, Jalapa hermosa?
¿Cómo decirte adiós, el que al tormento
Vino atado con bárbaras cadenas
Y despertó á tus besos de contento
Sin rastro de sus penas?
¿Cómo decirte adiós, quien hondos duelos
Trajo en su pecho y negra desventura
Y encontró en tí tesoros de ternura
Y en tus hijos raudales de consuelos?
Distraído te miré..... sentada estabas
En la falda de la alta serranía;
A tus pies las colinas de esmeralda
Por tapiz en sus quiebras los pensiles
Y como orla brillante de tu falda
Las aguas bullidoras
Alternando su arrullo con los trinos

Que caía dulce y grato
En un rostro con amor,
Y era de Pablo el retrato.....
Un capricho de pintor.....

Y en el altar en que oraba
Lilia..... y á Dios le pedía.....
Con el alma que lloraba
Diera fin á su agonía.

Astuto puso el cantor,
Cual promesa de consuelo,
Entre crespones de duelo
A la Virgen del dolor.

Lilia entonces del altar
Ni un punto se desprendía;
Llorando la hallaba el día,
La noche la vió llorar.

Y..... sin arrimo ni amores,
Entre las vírgenes santas.....
Expiró Lilia á las plantas
De la Virgen de Dolores.....

Nueva Orleans, Marzo 25 de 1877.

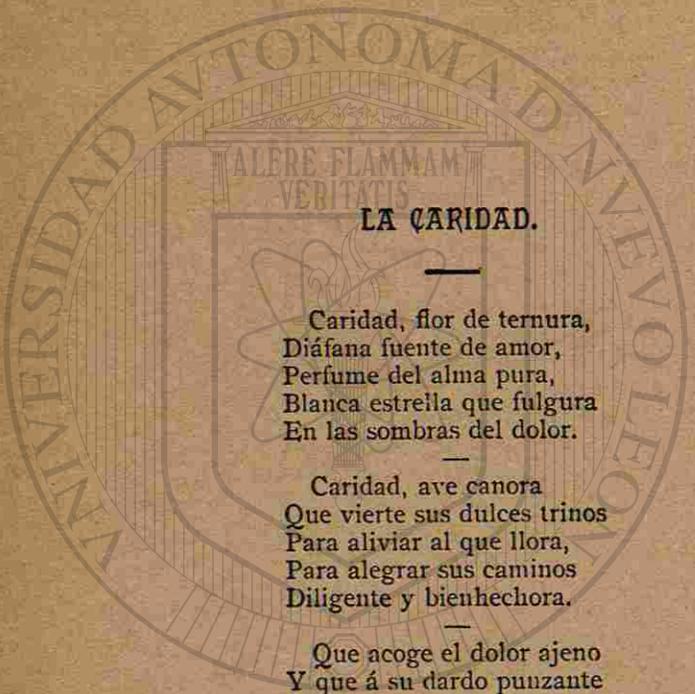
ODA A JALAPA.

Una vez más me embriagarán tus ojos,
Una vez más me endiosará tu frente,
Una vez más devorarán mis besos
Tu tez de rosa y tu seno ardiente.
Beberé de tu deleite enloquecido
Tus auras eupapadas en aromas;
Me adormiré junto al caliente nido
Retrete del amor de las palomas.
Tu dulce aliento vertirá su esencia
Reviviendo mi ser, Eden precioso,
Y en éxtasis divino
Las notas de jilguero cadencioso
Harán porque me olvide del destino.
Una vez más, el alma enamorada
A tu encanto se entregue
Y en tu éter de perfumes se extasía
Y en el placer se anegue.....
Cuando á tu ser sediento le confíé.....
¿Cómo decirte adiós, Jalapa hermosa?
¿Cómo decirte adiós, el que al tormento
Vino atado con bárbaras cadenas
Y despertó á tus besos de contento
Sin rastro de sus penas?
¿Cómo decirte adiós, quien hondos duelos
Trajo en su pecho y negra desventura
Y encontró en tí tesoros de ternura
Y en tus hijos raudales de consuelos?
Distraído te miré..... sentada estabas
En la falda de la alta serranía;
A tus pies las colinas de esmeralda
Por tapiz en sus quiebras los pensiles
Y como orla brillante de tu falda
Las aguas bullidoras
Alternando su arrullo con los trinos

De las aves canoras
 Y todo era festín, la enredadera
 Sus hebras daba al viento
 Su pomposo abanico la palmera
 Desplega en las alturas,
 El jinicuil frondoso en troje estrecha
 Guarda el fruto de armiño
 Y en oleajes de helechos, en murallas
 Bejucos trepadores;
 Forman la yerba espléndidas cascadas
 Y pórticos y bóvedas de flores!
 Los brazos alza en tumultuoso grupo
 El plátano gigante
 Y sus banderas de hojas revolea
 Con caprichosos flecos
 Que forman con su gárrula sonante,
 De escándalo, de júbilo los ecos.
 En enjambres sin fin desparramadas
 Entre incendio de rosas y claveles,
 En llamas inconstantes
 Vuelan insectos de jacinto y oro,
 De ópalo chispas, átomos de fuego
 Que en su voluble giro
 En el jazmín y la camelia blanca
 Reflejan los matices
 Del pálido topacio y del zafiro.....
 Como manto prendido de tus hombros
 Se tiende el bosque el alto liquidámbar
 Laberinto de ramas
 Une sus brazos al robusto encino
 Y alza su aguja de esmeralda al cielo
 En su orfandad el pino.
 Y distante..... distante, en cerco inmenso
 Descollando fulgente el Orizaba
 Junto á los cielos á ostentar se atreve
 Su diadema magnífica de nieve.....
 Todo como por tí, por tu hermosura
 Jalapa de mi amor.....y esa belleza
 Es polvo y sombra, y nada tus jardines
 Y nada comparadas tus regiones
 A tus hijos de nobles corazones
 A tus bellas de faz de querubines
 Nace aquí la mujer como del hombre
 En el ensueño, cuando el mundo niño
 La vió surgir en su éxtasis de cielo

De un delirio sublime de cariño
 Mira aquí la mujer con embeleso
 Y se siente en la piel con su mirada
 El leve roce y la humedad del beso.
 Habla aquí la mujer.....como quien canta
 Y su voz en acentos de jilgueros
 Se tornan hechiceros
 Al salir del marfil de su garganta.
 ¡Oh, pero aquel mirar..... el alma mía
 Quien olvidarlo como loco.....anhelo
 Cuando se mira se conquista el día
 ¡Ay! pero quien la pierde, pierde un cielo!
 ¿Cómo decirte adiós? Me hiere el celo
 Si otros te admiran, mi pasión querría
 Que fueses menos bella,
 Y mi alma sólo apellidarte mía.....
 Del corazón en la ceniza fría
 Tu reviviste el fuego
 Y palpité mi lira y en mis canas
 La tempestad sentí de las pasiones,
 Y te adoré como de joven ciego
 Y el yerto labio derramó concientos
 De encendidas canciones
 A tí la juventud, á tí la vida
 Coronada de flores,
 A tí la engalanada, la querida,
 La estancia del amor de los amores.....
 ¿Quién me arranca de tí? ¿quién restituye
 Mi ser al desengaño,
 ¿Quién á la envidia y al rencor y al dolo?
 Quién, cuando es mi ambición, linda Jalapa,
 Idolatrarte sólo?.....
 ¡Jalapa, adiós! recuerda que un viajero
 Te vió, te amó y un punto recogiendo
 Sus sueños y sus muertas esperanzas,
 Empapó en su ternura sus acentos
 Para tornarlos himnos de alabanzas.
 ¡Jalapa, adiós! cuando suspire el viento,
 Amante acariciando los pensiles,
 Vuelve la faz pensando
 Que algo de mi cantar tiene el acento
 Con que mecen las auras perfumadas
 Tus verdes jinicuales.

Diciembre 12 de 1875.



LA CARIDAD.

—
Caridad, flor de ternura,
Diáfana fuente de amor,
Perfume del alma pura,
Blanca estrella que fulgura
En las sombras del dolor.

—
Caridad, ave canora
Que vierte sus dulces trinos
Para aliviar al que llora,
Para alegrar sus caminos
Diligente y bienhechora.

—
Que acoge el dolor ajeno
Y que á su dardo punzante
Opone su noble seno
Para compartir, amante,
Con el que sufre, el veneno.

—
Aura apacible del cielo
Que cruza en callado vuelo
Por los desiertos del mal;
Y que acaricia divina
A la zarza y á la espina
Del estéril arenal.

—
Caridad, pan del hambriento,
Luz del ciego, apoyo fuerte
Del anciano macilento,
Que entre abismos de tormento
Busca gimiendo la muerte.

—
Cuando la desgracia impía
Sus encantos roba al día
Y á los cielos su esplendor,
En horizonte lejano
Percibe el dolor humano,
Como una estrella, tu amor.

—
Es la alma en su pura esencia,
Amparando la inocencia,
Dando á la miseria abrigo,
Lenitivo á la dolencia,
Cariño y pan al mendigo.

—
Es un ángel invisible
Que de las hondas pasiones
Calma el huracán terrible
Y muestra entre nubarrones
Claros de cielo apacible.

—
Que la caridad no es dar
El rico montones de oro
Para riqueza ostentar,
O de sí alejar el lloro,.....
Para ella, *dar es amar.*

—
Se transforma en madre amante
Para el niño abandonado,
En sombra del caminante,
En puerto del navegante,
En patria del desterrado.

—
Pide su auxilio á la ciencia
Y al enfermo asiste amiga,
Y triunfa de su dolencia;
Aconseja á la conciencia,
Brinda lechó á la fatiga.

—
A la egregia dama guía
Al jacal del indio rudo
Donde enciende la alegría,
Y donde amorosa y pía
Cubre su cuerpo desnudo.

¿Por qué quien de la riqueza
Goza feliz el favor,
No comprende la grandeza
De que halaguen la pobreza
Las heces de su licor?

¿Por qué los que en alto están
No prueban nunca el placer
De calmar el duro afán
Del que puede perecer
Por un mendrugo de pan?

Cuando al hijo idolatrado
Mima el grande potentado
Derrochando su caudal,
Tierna señala la frente
Del parvulillo indigente,
La caridad celestial.

El taller del pobre vela,
Cuida la cárcel obscura;
En el santuario, en la escuela,
Y en la misma sepultura,
Es esperanza y ternura.

Abramos el corazón
A los que piedad imploran,
¡Que el Dios de la redención
Es amparo y salvación
De los que en el mundo lloran!

1890.

A MI PATRIA.

En la aurora feliz de la vida,
en sus auras, su luz y su cielo,
maternal nos prodiga, la Patria,
caricias y besos.

Ser del ser, que al mortal vivifica,
su lucero del alba en la cuna,
su ramaje de sauce amoroso,
si duerme en la tumba.

Modulando las voces del niño,
resonando en el canto guerrero,
cuando vibra en amantes arrullos
deleita su acento.

Es más bella que el rayo de luna
en la frente del lago dormido;
es más pura que el plácido aliento
del nardo y del lirio.

Y tan pura y tan bella, doliente
y en miseria y barbarie sumida
al pasar á su frente los siglos
la espalda volvían.

Con desprecio y con hiel su sustento
el destino feroz preparaba;
sin poder ni exhalar una queja
la mísera esclava.

Ya ese bulto que en la honda tiniebla
de los hurras burló la tortura,
ya ese huérfano ser, sin amparo
gimiendo en la angustia;

Se acercó generoso y sublime,
noble anciano y con magia suprema,
hizo luz en su torno, y valiente
rompió tus cadenas!

Vive, dijo, levanta la frente
á los cielos, radiante y altiva,
hazte Patria de la horda infelice,
¡levántate invicta!

¡Fué la patria! de Hidalgo el acento
repitieron gozosos los montes;
y á tu frente cñeron los rayos
del sol de Dolores.

A la lid, á la muerte, á la gloria,
entusiastas clamaban las gentes,
y al pasar el tumulto impetuoso
¡brotaban laureles!

Y era el indio, y la Corte, y el negro,
que al ser de hombres, su ser levantaban
y era Hidalgo, de Dios vindicando
¡la estirpe humillada!

Para tí, patria hermosa, reparte
libertad y sus dones divinos;
para mí y los que siguen mis huellas
¡afrenta y martirios!

¡Mexicanos! con altas virtudes
responded al sublime ardimiento,
de los héroes que al darnos sus vidas
¡la vida nos dieron!

Que de el alma del pueblo se eleve,
con ternura entusiasta alabanza
para tí, el inspirado del cielo,
criador de la patria.

Como nave gallarda relucha,
entre escollos rompiendo las ondas
y cercada y herida en las peñas
sus flancos destroza;

Y de pronto á las aguas tendidas
la tormenta impetuosa la empuja,
y desplega sus velas alegres
y al puerto saluda;

Tal el mundo se vió independiente,
tal los hados premiaron su esfuerzo,
tal te elevan las almas ¡oh patria!
de Hidalgo y Morelos.

Juventud que atraviesas radiante
el espacio, sembrando coronas,
juventud que al sonreir puebla el suelo
de lauros y rosas.

¡Juventud venturosa heredera,
del valer de la estirpe de Hidalgo;
enarbola su lábaro bello
terror de tiranos.

Y que libre y honra la, ¡oh mi patria!
las naciones tu nombre respeten,
ó que libre y honrada, entre ruinas
te hiera la muerte.

Septiembre 15 de 1887.

MIS MUERTOS.

Hoy que siento á mi ternura,
Descender la sombra oscura
Del pasado,
Y que en lágrimas deshecho
Rebosa mi triste pecho
Lastimado.

Hoy que recojo en mi mente,
Con anhelo reverente
Las memorias
De mis íntimos dolores,
De mis perdidos amores,
Y mis glorias.

Quisiera fuese mi canto
Tan henchido de quebranto,
Tan intenso,

Que como zarza prendiera
Y una nube produjera
Como incienso.

Que reviviera mi infancia
Con sus flores de fragancia
Celestial,

Con su dulce melodía,
Con la tierna poesía
Maternal.

Madre amante, luz de mi alma,
Blanco nardo, hermosa palma
De mi hogar,

Arrullo blando y sentido,
Consuelo nunca perdido
En mi pesar.

Madre en cuya hermosa frente,
Como en lago transparente,
Ví la luz.

Copo de nieve brillando
En la altura, iluminando
El cielo azul.

Tú dejaste en mi hondo duelo
Claros del nítido cielo
De tu amor.

Tu recuerdo es un lucero
Que me ilumina el sendero,
De mi Dios.

¿Qué delicia, qué contento,
Qué hechizo, qué arrobamiento
Puedo hallar,
Que equivalga á la pureza,
Ni que tenga en su terneza
Tu mirar?.....

Tu virtud en la bondad
De mi padre idolatrado
Cintilaba,
Cuando sin piedad el hado
En brazos de la orfandad
Me dejaba.

Del tiempo que apenas suena
Y se sepulta en la arena
De repente;
De la vida en la mañana
Va atravesando galana
La corriente.

Enjambre de mariposas
Son las horas deliciosas
Del vivir.
Nadie fija la mirada
En que el verjel es la entrada
Del morir.

De amor las primeras flores
Y los vivos resplandores
Del saber.
¿Donde están, á donde huyeron,
Que en la noche se perdieron
Del no ser?

En la noche de mis sueños
Y mis negros desengaños
Se hace el día,
Y son de mi vida albos
Tu inocencia y tus amores,
Mi María.

La tierna, la mujer fuerte,
Con sus ojos en mi suerte
Siempre fijos;
Tú, la santa enaltecida
Por el amor y la vida
De mis hijos.....

La amistad á sus regiones,
Entre bellas ilusiones
Me llevaba,
Y predecía victoria
Cuando al cielo de la gloria
Me exaltaba.....

Cantaba en mí y en mi seno
La patria, el amor, el trueno
Del renombre;
Cuánto hechiza, cuánto inunda
La ventura más profunda
Para el hombre.....

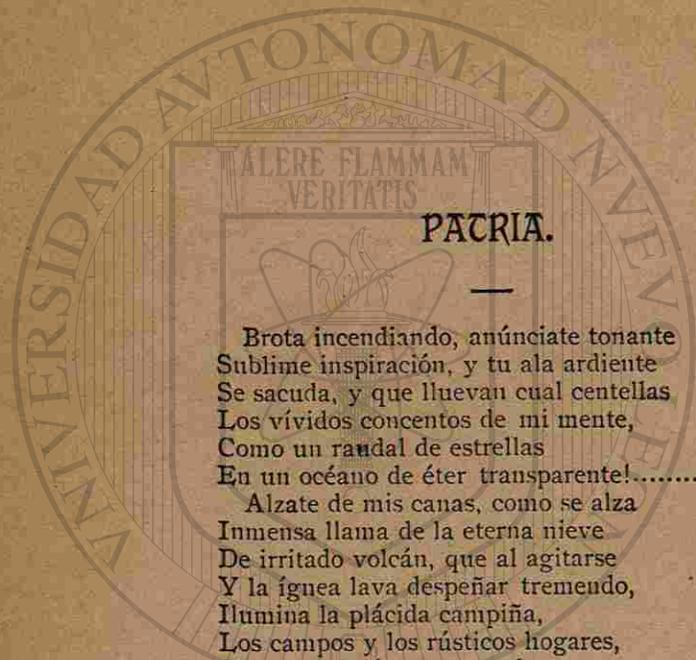
Aquel ígneo Nigromante,
Aquel Ocampo gigante,
Y aquel Juárez,
De la humanidad entera
En la dilatada esfera
Luminares.

Aquel Arista eminente,
Aquel Otero elocuente
Y Calderón,

Y otros á quien rinde culto
A la luz del Sol, ya oculto
El corazón

Aquel insigne Cardoso
Tan pensador, tan gracioso,
Que alentaba
Mi vida menesterosa
Y que con Luis de la Rosa
Me amparaba.

Volaron ¡ay! con violencia.....
No cruzan de mi existencia
Los desiertos.....
¡Ay! lloraré abandonado
Sobre el polvo idolatrado
De mis muertos.



PATRIA.

Brota incendiando, anúnciate tonante
 Sublime inspiración, y tu ala ardiente
 Se sacuda, y que lluevan cual centellas
 Los vívidos concetos de mi mente,
 Como un raudal de estrellas
 En un océano de éter transparente!.....

Alzate de mis canas, como se alza
 Inmensa llama de la eterna nieve
 De irritado volcán, que al agitarse
 Y la ígnea lava despeñar tremendo,
 Ilumina la plácida campiña,
 Los campos y los rústicos hogares,
 Contestando á su estruendo
 En cánticos magníficos los mares!
 ¡Oh patria! ¡Oh patria! nombre sacrosanto,
 Sangre del alma, esencia de mi vida,
 Cuerda de arpa celeste estremecida
 A los húmedos besos de mi llanto.
 ¡Patria! foco de sol. ¡Núcleo divino,
 De cuanto ardiente el corazón adora!
 Nuestro dosel de púrpura en la aurora,
 Lámpara en tu lucero vespertino:
 ¡Ven, que yo soy el bardo de tus glorias!
 ¡Ven, que soy el cantor de tus dolores!
 ¿Cuándo mi musa le negó sus flores,
 Jamás, ni á tu aflicción ni á tus victorias?
 ¿Y á qué venir aquí? ¿puede orgullosa,
 La pobre mano del poder y el oro,
 Añadir una cuerda melodiosa
 De esta mi lira al tímpano sonoro?.....

¡Puede surgir en medio al estampido
 Del ronco bronce que victoria alcanza,
 De la alabanza la flotante llama
 En medio del espacio estremecido;
 Y alzar, bardo servil, como oriflama
 Su tributo á un tirano aborrecido!
 ¡Puede al que dicta con su espada leyes,
 Infame foragido de corona,
 Copleto vil doblarle la rodilla!
 ¡Puede haber un Almonte que traiciona,
 Y su lira á sus pies tender Zorrilla!
 ¡Eso no supe yo!..... Dulce es su nombre
 Cuando ardiente y tan casto como beso
 De amor de niño nuestro ser despierta:
 Ese nombre es la madre, es la sonrisa,
 Que nos abrió del existir la puerta,
 Y es dulce nombre en la extensión del cielo,
 Alba formando y produciendo día,
 Un nombre que en las alas del consuelo
 Lleva vertiendo en la alma la alegría.
 Pero un hombre á la música del alma
 Hoy transmite sus ricas melodías:
 Es el verdor de la gallarda palma;
 Es la esperanza en los acerbos días
 Y ese nombre, es tu nombre..... ¡feliz Juárez!
 Do está, se hace la patria..... donde flota,
 La patria está con su hechicero encanto,
 Es un rayo de sol que aun si resbala
 En la nube sombría,
 Allí se mira sonreír el día
 Formando el iris del pendón de Iguala!
 A tí, no inciensos, no; no la riqueza:
 A tí, la prueba, el torcedor martirio:
 A tí, huracanes y fragor de rayo;
 Pero á tí, de los héroes la grandeza
 Y en tu cielo de gloria el sol de MAYO!
 Sí, que se doble al estallar del trueno
 La débil caña demandando abrigo
 A la ruin yerba y al hollado cieno;
 Pero el cedro opulento
 Luche esforzado: al trueno desafie,
 Y si lo incendia destructora llama,
 Quede en pie, mutilado y sin follaje,
 Tostado y desparciendo sus cenizas
 En el bosque salvaje,

Hasta verse terrible monumento
 De su pujanza y del furor del viento!.....
 ¡Gloria á los fuertes! ¡gloria á los que llevan
 En alto tu pendón, ¡oh patria mía!
 Para ellos las caricias de la gloria:
 En sus copas contento y ambrosía:
 A su paso, los lauros de los pueblos
 Para sus pechos el amor de hermanos:
 Sustento y agua, y luz para sus huellas:
 Bendigan su camino los ancianos:
 Inúndenlo de flores nuestras bellas,
 ¡Ah! y ellos vencerán: al enemigo,
 El brazo del poder y la fortuna,
 La riqueza y las naves de los mares,
 Y la traición y su infernal milicia:
 Pero á la causa de tu patria, ¡oh, Juárez!
 La pujanza del Dios de la justicia!
 ¡Ah! y ellos vencerán De Dios la mano
 Llena de indignación se abrirá un día,
 Y grande y libre el pueblo mexicano,
 Dirá á la tierra: LA VENGANZA ES MÍA.
 Sus verdugos caerán, el hondo abismo
 A recibirlos tenderá sus brazos,
 Parodiando el *hossana*
 Que hoy elevan malditos al Eterno,
 Entre astillas del trono hecho pedazos!
 Tú, ¡oh Chihuahua! la fuente de mil huertos,
 Que bulles en inmensas soledades;
 La gacela dormida en los desiertos,
 Liza de bravos, ramo de beldades!
 Blanca garza que animas la llanura
 Junto á las aguas del alegre río,
 A tí, la gratitud y la ternura
 En estas horas de dolor impío!
 Dormido está á tus plantas el desierto
 Como manso león, linda matrona,
 A tí, se llega, cual se llega al puerto:
 Alegra de tus montes la corona.
 Ven, le dijiste á Juárez: ven y lucha:
 Ven, y tu nombre, ¡oh Juárez! eterniza:
 Ven, guardaré tu gloria, que yo guardo
 De Hidalgo y de los suyos la ceniza!
 Y cuando su urna el ancho firmamento
 Posa sobre las torres elevadas
 De la excelsa ciudad, finjo un momento,

Matrona al templo que ora al Ser divino,
 Hincada y con las manos levantadas
 Mirando de sus huestes el camino!
 Tú, Juárez, sólo á tí digno te creo,
 De abrigar á tu pecho la grandeza,
 De Chihuahua inmortal, y con ternura
 Pintarle de los tuyos el deseo.
 En su seno renueva tu pujanza,
 Y renueva tus votos en tu día,
 Para que oiga de tí la patria mía:
 Pueblos del Anahuac, FE Y ESPERANZA.

Chihuahua, Marzo 21 de 1865.

